3 1761 09546598 5

Conte

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/obrascompletas03picn

JUANITA TENORIO

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Apuntes para la historia de la caricatura.—Madrid, 1878.

Lázaro. (Casi novela.)—Madrid, 1882.

Del Teatro. (Lo que debe ser el drama.)—Madrid, 1884.

La hijastra del amor. (Novela.)—Madrid, 1884.

Ayala. (Estudio biográfico.)—Madrid, 1884.

Juan Vulgar. (Novela.)—Madrid, 1885.

El Enemigo. (Id.)—Madrid, 1887.

La Honrada. (Id.)—Barcelona, 1890.

Dulce y sabrosa. (Id.)—Madrid, 1891.

Novelitas.—Madrid, 1892.

Cuentos de mi tiempo.—Madrid, 1895.

Tres mujeres. (Cuentos.) Colección Klong.—Madrid, 1896.

Vida y obras de Don Diego Velázquez.—Madrid, 1899.

Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.)—Madrid, 1900.

Cuentos. (Colección Mignon.)—Madrid, 1900.

Discurso leído en los Juegos florales de Calatayud. Calatayud, 1901.

La Vistosa (Cuentos.)—Madrid, 1901.

El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.

Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del «Quijote».—Madrid, 1905.

Drama de familia. (Cuentos.)—Valencia, 1906.

LS
P5986

JACINTO OCTAVIO PICÓN
de las Reales Academias Española y de Bellas Artes.

OBRAS COMPLETAS

TOMO TERCERO

Juanita Tenorio

153116
30/10/19

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, PRECIADOS, 48

1910

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito que manda la ley.

Se han tirado aparte doce ejemplares en gran papel.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29.—TELÉF.º 991

AL LECTOR

Cierto amigo mío, cuyo nombre quiero callar, sabiendo mi afición á conocer episodios y lances de la vida donde fundar novelas y cuentos, me regaló el manuscrito original de este libro, sin declararme su procedencia, pero autorizándome para que lo aprovechase á mi antojo.

¿Es, positivamente, relato hecho por una mujer y algo así como sus memorias? ¿Será ficción literaria al modo de las cartas que forman Les liaisons dangereuses, *de Choderlos de Laclos, ó de las no menos célebres y mucho más honestas halladas entre los papeles de un deán, con las cuales creó nuestro insigne Don Juan Valera su incomparable* Pepita Jiménez? *¿Participará de lo real y de lo imaginado mezclándose en su composición lo que fué con lo que pudo ser?*

Yo lo publico sin alterar más que unos cuantos nombres de personas, como otros autores dicen haber hecho en casos análogos, por si de resultar cierto lo narrado hubiese quien se disgustase viendo cosas íntimas suyas, ó de los suyos, puestas en letra de molde.

Sea verdadero ó fingido cuanto el manuscrito refiere, lo que me importa es que te agrade, que adormezca algún rato tu pena ó distraiga tu fastidio, para que así perdones á JUANITA *sus flaquezas y á mí el habértelas mostrado. Ella, si vive, agradecerá tu bondad; y á mí, si llego á saber que te he endulzado una noche triste ó te he acortado una tarde aburrida, me darás ánimo para seguir sirviéndote.*

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Madrid, 1910.

I

Los recuerdos claros y precisos que conservo de mi niñez no alcanzan más allá de cuando tenía ocho ó nueve años: lo anterior anda por los escondrijos de mi memoria, tan confuso y borroso, que no me doy cuenta exacta de ello; de lo que estoy segura es de que ya por entonces nadie entraba en mi casa ni hablaba con mi madre en la calle, cuando me llevaba consigo, que no me llamase bonita, monísima, preciosa y otras finezas por el estilo, que yo escuchaba con fruición, acostumbrándome desde niña á los elogios; de suerte que, aun descontando exageraciones, y sin ser propensa á la vanidad, me supuse autorizada á creer que la Naturaleza había sido conmigo muy generosa en gracias y atractivos. Testimonios ajenos y retratos que guardo me han persuadido

de que tales encantos eran trasunto y copia fiel de los de mi pobre madre. ¡Funesta belleza que harto cara hemos pagado ambas!

Mi padre era librero; y su tienda, que dirigía con inteligencia y fortuna, de las más acreditadas de Madrid. En lo que no acertó á ser dichoso, y conste que lo digo con pena, fué en su vida íntima: nunca se llevó bien con mi madre. Quizá radicasen las causas de esta desdicha, origen de todas las mías, en la desproporción de sus edades: por los años á que se refieren estos apuntes, él tenía muy cerca de los sesenta y ella sólo treinta y dos; además, se habían casado mediante interesados consejos de familia, á pesar de ser primos carnales, combinación matrimonial que rara vez da buen resultado; finalmente, existía entre ambos honda diferencia de caracteres, y hasta de genios. Mamá, según me han asegurado personas que la trataron mucho, era muy vehemente y sensible, de ternura exquisita, fácil de impresionar, toda corazón, como vulgarmente se dice, por lo cual los egoístas y secos la tildaban de soñadora y romántica; pero quien sabía observarla imparcialmente, estudiándola á fondo, tardaba poco en comprender que aquel romanticismo consistía en esa especie de ansia

sin nombre que nos predispone á sentir las cosas de la vida con más delicadeza y á juzgarlas con más independencia de criterio que el común de las gentes. Papá, sin ser como esos personajes de melodrama ó de novela, caracteres de una pieza en que todo es malo, era frío y reservado, huraño y hosco: no tenía ninguna de las condiciones que hacen al hombre aborrecible; pero estaba en absoluto desprovisto de aquellas otras buenas cualidades con que pudiera inspirar simpatía ó amor; su natural, áspero y desabrido, le incapacitaba para estimar lo que valía una mujer toda afabilidad y mansedumbre; dulces armas que habían lógicamente de embotarse ó mellarse en aquella esquividad y dureza: así que la esposa, mal comprendida y peor apreciada, debió de pasar, como tantas otras víctimas del séptimo sacramento, de engañada á desesperada, y acaso de desesperada á rebelde.

Estaba nuestra librería establecida en una de las calles más céntricas. Entrando en la tienda se veían á ambos lados, desde la puerta al muro frontero, dos mostradores largos y estrechos sobre los cuales se alzaban grandes anaquelerías: á la derecha estaban los libros españoles: á la izquierda, los extranjeros: ocu-

paba el centro una mesa donde, sin distinción de origen, se ponían las obras recién publicadas, los semanarios y las revistas. No había más que dos sillas, clara señal de que el dueño era opuesto á que allí se hiciera tertulia. Al fondo, en un ángulo, tenía mi padre su escritorio, cubierto siempre de cartas, facturas y catálogos; pero hasta allí casi nadie llegaba, porque los compradores de paso topaban antes con cualquiera de los dependientes, que en sendas mesitas escribían á derecha é izquierda de la entrada; y los parroquianos asiduos porque, sin desconocer la competencia del dueño y lo útil que les era en ciertos casos consultarle, sólo recurrían á él cuando los muchachos no acertaban á servirles. La trastienda era un cuarto con estanterías cargadas hasta el techo y en medio un tablero donde se hacían las operaciones del empaquetado y el cierre para el correo. No describo con más pormenores estos sitios, porque no fueron por entonces escenario de cosa importante á mi relato.

Mis padres y yo con dos criadas, cocinera y doncella, vivíamos en el entresuelo. Hacía el matrimonio vida independiente en cuartos separados: él, como trabajaba en la librería y arriba no necesitaba despacho, tenía sólo un dormi-

torio con un tocador contiguo; mamá, una gran alcoba, donde también dormía yo, y otro tocador; piezas todas que recibían luz del patio. Á éste caían las ventanas del comedor, los cuartos de las muchachas y el de costura, donde estaban mis juguetes. Á la calle no daban más que la salita y un gabinete, puestos sin lujo, pero con profusión de pequeñeces y detalles reveladores de que allí vivía una mujer de exquisito gusto. Para convencerse, bastaba ver los muebles, no costosos, pero sí cómodos y de forma elegante, y lo bien que armonizaban con las cortinas y la alfombra; los grabados y fotografías de cuadros buenos, puestos en lindos marcos que adornaban las paredes, y la total ausencia de bronces falsos, muñecos de loza, cacharros ridículos y flores contrahechas.

La casa toda, aunque pequeña, nuestra mesa, el aspecto de las criadas y el modo de vestir que tenía mi madre indicaba que vivíamos bien; tan distantes de la privación y el apuro como del gasto excesivo. Si mamá se extralimitaba en algo, era en mis ropitas; pues me llevaba siempre engalanada con tal primor, que más parecía yo hija de una dama muy rica que de la mujer de un librero.

Entrando ya en sucesos sobre los cuales qui-

siera pasar como sobre ascuas, pero que no debo callar por haber influído mucho en mi vida, diré que conservo reminiscencias, unas bien determinadas, otras confusas, de cosas que me vedó entender la inocencia, mientras fuí niña, y que me había de aclarar esa curiosidad maliciosa, fruto de los años, por la cual nos enterquecemos en saber hasta lo que ha de causarnos pena. Ya he indicado que mis padres no se llevaban bien: delante de las criadas y de mí hablaban poco; á solas, lo estrictamente necesario entre personas que viven juntas. Algunas veces, á las altas horas de la noche, les oía disputar: cuando esto sucedía, él se expresaba con aspereza; ella, con gran calma, y consiguiendo siempre hacerle callar; como si tuviese constantemente á mano razón, reproche ó queja que le forzase á enmudecer. Á lo que entiendo, lo que mi padre temía más era que mi madre levantara la voz.

No sé determinar á punto fijo la relación que existiese entre estas desavenencias y lo que voy á referir; de lo que estoy persuadida, porque cuantas veces he pensado en ello el corazón me lo ha dicho con esa voz avasalladora superior á todo razonamiento; de lo que estoy persuadida, repito, porque para ello me

basta evocar la mirada serena y franca de mi madre, es de que las flaquezas en que ésta incurriera fueron originadas por las culpas de mi padre; así que, cuando éste trataba de imponerse ó rebelarse, no podía. Cuáles fueran aquellas culpas, no lo he sabido jamás: de que existieron, no me cabe duda.

Quisiera retratar física y moralmente á la que me llevó en sus entrañas; pero renuncio á tal empeño comprendiendo que lo que sé de ella, lo que siento al recordarla, todo el dulcísimo encanto en que mi piedad la envuelve, no bastarían á lograrlo; además, era yo tan niña cuando la perdí, que al obstinarme en penetrar y resucitar lo pasado, confundo cariñosamente aquello que los recuerdos tienen de real y positivo, y aquello otro que es resultado del esfuerzo con que la voluntad los agranda y hasta los violenta y desfigura ansiando fingirse al ser querido como adornado y lleno de toda perfección. Tengo que contentarme con decir que fué buena, hermosa y desgraciada, y que de sus faltas, si las cometió, alguien debió avergonzarse más que ella misma.

Dos ó tres veces á la semana, por lo menos, venía á mi casa un caballero, amigo de mis padres, que representaba cuarenta y tantos años,

simpático, de arrogante figura, vestido con sencilla elegancia, y el cual frecuentemente me traía golosinas y juguetes: la primer muñeca y la primer cocinita que tuve me las dió él. Entraba por el portal de la casa, nunca por la librería: si estábamos solas, permanecía largo rato con nosotras; si había gente de fuera, se iba pronto. Durante estas visitas, ni en él ni en mi madre sorprendí jamás ademán, palabra ó gesto que manchase mi pureza de niña. Nos lo encontrábamos á veces en calles y paseos: entonces hablaba unos minutos con mamá, me daba un beso, y se despedía sin acompañarnos; pero se quedaba mirándonos hasta perdernos de vista. Sé que un invierno tuvo una pulmonía; y aunque no puedo precisar fechas, se me figura que por entonces fué cuando mamá salió sola muchas mañanas seguidas, y, contra su costumbre, vestida de cualquier modo. Algunas semanas después reanudó él sus visitas, y repito que nunca observé nada, absolutamente nada que, al ser yo mayorcita, me sugiriese idea torpe ni sospecha maliciosa. En presencia mía, jamás descubrieron asomo de secreto entenderse, ni siquiera una de esas miradas involuntarias con que el alma, dichosa ó acongojada, se delata; y sin embargo de tanta pruden-

cia y tanto decoro, por lo que á continuación refiero, relacionando recuerdos que confusamente me acuden, pienso que aquel hombre tuvo la culpa de la muerte de mi madre.

Una tarde llegó más temprano que de ordinario: poco después me mandaron á jugar con las muchachas, y se quedaron solos hablando hasta casi anochecido: ni me llamaron, como de costumbre, para que me despidiese de él y me besase, ni le vi salir. Al cabo de dos horas, cuando mi padre subió á comer, la doncella que fué al gabinete para avisar á mamá, la encontró desmayada en el suelo. Tardó mucho en volver en sí; aquella misma noche se puso mala; pasó muchos días gravísima, y, aunque pareció curarse, en realidad no se restableció nunca. No era ella de genio muy alegre, pero desde entonces nadie la vió reir; perdió la afición á vestirse bien y engalanarse, y, por último, fué apoderándose de ella tan honda y pertinaz tristeza, que, menos yo, todo llegó á serle indiferente y enojoso. Raro era el día que sus ojos no mostraban señales de llanto; dormía muy poco, y pasaba horas enteras sentada en una butaca, como ensimismada y abstraída. Ni aquel señor volvió á poner los pies en casa, ni ella á pronunciar su nombre. Pasados algu-

nos meses, una tarde en que la doncella me sacó de paseo, le vi en coche, con una señora elegantísima, de bastante más edad que él, y que conservaba restos de belleza extraordinaria. Poco después oí que se había casado. Mi pobre madre murió de allí á dos años: once acababa de cumplir yo.

Desde entonces quedé moralmente sola en el mundo, pues aunque mi padre atendía á mi mantenimiento y me tenía en su casa, era tan áspero para conmigo, que nunca me acariciaba ni besaba; jamás fuí para él objeto de uno de esos impulsos de cariño con los cuales, hasta las personas de carácter más esquivo, revelan en ciertos momentos, y á veces impensadamente, la poca ternura que sean capaces de sentir. Malos tratos, no; ni una palabra fea, ni un golpe; pero tampoco el menor halago. Á un tutor, por indiferente y frío que fuese, la hipocresía ó la cautela le habrían quizá movido á hacerme de vez en cuando, ante quien pudiera verlo, alguna fingida demostración de cariño: mi padre ni siquiera con esto quiso disfrazar el cruel despego de que me hizo víctima.

Sabía yo leer muy bien en castellano y en francés, escribir medianamente, y algo de aguja; todo esto me enseñó mi madre: muerta ella,

ni él se cuidó de mandarme al colegio, ni menos de traer á casa quien me diese lecciones. Juntos almorzábamos: yo, guardando temeroso silencio; él, leyendo siempre un periódico que apoyaba en la botella del agua, colocándolo así, antes que para sostenerlo, con propósito de que no se cruzasen nuestras miradas; como si temiera leer en la inocencia de las mías algo que le hiciese avergonzarse de su terca dureza. Nos servía Luisa, la cocinera, á quien por su corpulencia y casi agigantada estatura llamaba yo Luisona. Ella me hacía plato, y á decir verdad, no sin poner cierto cuidado al escoger lo que me daba. Por la tarde mi padre no comía en casa, haciéndolo yo en la cocina con aquella buena mujer que, sin ser prodigio de ternura, á lo menos sentía por mí esa piedad que rara vez deja de inspirar al alma femenina la infancia desgraciada.

Yo dormía, desde la muerte de mamá, en un cuarto inmediato al de Luisona, que antes fué de costura y plancha, y donde ella puso mi cama para tenerme cerca. Al volver de noche, nunca entraba mi padre á verme.

Basta lo dicho para indicar que mi niñez fué lamentable, porque más todavía que la falta de la pobre muerta me hizo huérfana el desvío de

aquel á quien yo decía *padre,* y que nunca me llamaba sino Juana: la palabra *hija* no se la oí pronunciar. No tenía yo parientes que de mí cuidaran—porque los que tuve, luego se verá cómo fueron—, ni amiguitas con quien jugar, ni labores que aprender, ni lecciones que estudiar, ni otra compañía que la de Luisona. Mis paseos se reducían á ir con ésta por la mañana á la plaza; mis juguetes, á pobrísimos cacharritos que de tarde en tarde me compraba, muñecas de trapo que yo misma me hacía y, sobre todo, estampas que cuidadosamente recortaba de los periódicos viejos, los prospectos de publicaciones extranjeras, las cubiertas de novelas por entregas y de cuantos papeles rotos y sobrantes quedaban por los rincones de la librería ó me guardaban, por lástima, los dependientes y el mozo encargado de la limpieza y el reparto.

De aquel aislamiento moral, que me tenía como condenada á pasar horas y más horas sin entretenimiento alguno, y del ansia de buscar recreo en estampas y papeles, á falta de cosa mejor, nació en mí, desarrollándose rápidamente, la afición á leer; que tal vez fuese también cosa heredada, porque mi pobre madre leía mucho. Dadas las condiciones en que yo vivía, verdaderamente crueles atendida mi edad, los

libros fueron al principio para mí algo que imperfectamente suplió á los juguetes y las amiguitas; después, muy pronto, un medio de contrarrestar y hasta encantar mi soledad; y, por último, el afán de leer me dominó, convirtiéndose en mezcla de costumbre y consuelo que adquirió la fuerza de una pasión. Espiando los momentos propicios, por la mañana antes de que abriesen la tienda ó después de cerrada por la noche, cogía un libro, guiándome unas veces sólo por el título, otras por las láminas que me llamaban la atención, y luego, ya en el comedor, ya en el cuarto de la cocinera, me sentaba con él, y á poca suerte que hubiera tenido al escogerlo, con que de su contenido comprendiera algo, me entretenía de tal modo, que casi perdía la noción del tiempo.

Harto sé que esto es raro en una mujer, sobre todo española, pero no hay razón para que lo calle. Es más: tanta parte ocupa esta afición en los comienzos de mi vida, que quiero apuntar ahora cómo nació y fué creciendo hasta enseñorearse de mí, haciéndome el inmenso beneficio de no dejarme pensar con envidia que otras niñas de mi edad tenían casitas de muñecas, labores de mano y amigos y parientes que las mimasen.

Nunca se me ha olvidado cuál fué el primer libro que me retuvo sentada un rato largo. Ya llevaba yo muchas semanas de hojear colecciones de periódicos con grabados, leyendo epígrafes y letreros puestos por bajo de retratos, paisajes, monumentos, cuadros, estatuas, viajes de reyes, aperturas y galerías de exposiciones, cuando un domingo después de almorzar cogí un volumen que se dejaron olvidado en la mesa del cierre. Era una historia novelesca, titulada *La Conquista de Granada,* escrita por no sé qué literato medio cronista, medio poeta, que entreveraba lo real con lo fingido, pintando lances de amor y de guerra, citas y desafíos, galanteos y batallas. Toda aquella tarde me la pasé leyendo; leí por la noche en la cocina, mientras Luisona secaba cubiertos y vajilla, hasta que nos acostamos, y leí casi todo el día siguiente, sin que á nadie le chocara ni me reprendiese por ello; pero yo, instintivamente, conociendo que hacía cosa impropia de mi edad y obrando con malicia, escondía á ratos el libro, para no llamar la atención, y por si acaso me privaban de aquel placer. La impresión que recibí fué análoga á la producida por la narración de sucesos muy interesantes: el libro me parecía un señor que me los iba con-

tando. Yo no sabía dónde estaba Granada ni por qué los cristianos querían tomarla y los moros la defendían; pero lo iba deduciendo de la naturaleza del relato, empapándome de él hasta entusiasmarme lo mismo con las hazañas de los guerreros que con las ternezas de los amantes. Declaro, sin embargo, que las escenas y diálogos de pasión me gustaban mucho más que las escaramuzas y combates. Las figuras que me parecían más simpáticas, dicho sea sin agravio de los Reyes Católicos y su corte ni de Boabdil y la suya, eran un caballero moro y una dama española, que al fin resultaba ser mora convertida por fuerza; él se llamaba Muza, y ella doña Violante de Marchena. Cuando en el último capítulo y en las postreras láminas los vi á él muerto de un bote de lanza y á ella encarcelada en un monasterio, lloré como si su desgracia fuera mía. He leído después, siendo mujer y pudiendo apreciarlas bien, historias interesantísimas, novelas admirables, sin hallar jamás personajes que me conmoviesen tanto ni me arrancasen tan sinceras lágrimas. Que algunas criadas de la vecindad tenían novio, era lo que hasta entonces sabía yo del amor: su existencia me fué revelada por aquella pasión del moro y la cristiana, y esta fué la primer

llamarada de la divina lumbre que percibieron mis ojos. Amor de novela, artificioso y triste; quizá presagio de mis futuros amores, nunca dichosos ni alegres. Lloré también al leer que los granadinos eran desposeídos y desterrados de sus casas y sus jardines: el triunfo de la fe y el acto de poner la cruz de plata en las torres de la Alhambra no aminoró en mi alma la pena de ver aquellas pobres gentes, porque yo creía verlas, agolpándose antes de salir para el destierro en los cementerios, donde iban á despedirse de las sepulturas de sus padres.

El segundo libro que cayó en mis manos, los *Cuentos de hadas,* de la célebre madama D'Aulnoy, me causó al principio cierta decepción; como si en él echase de menos la presencia de otra pareja enamorada, compuesta por un hombre y una mujer de carne y hueso; pero pronto, sin duda á causa de mis pocos años, sentí el influjo de lo maravilloso. Si antes me cautivó lo que tenía color y sabor de vida real, ahora me hizo gozar lo que parecía soñado. Las aventuras de príncipes é hijas de reyes fantásticos habitadores de palacios ideales y sujetos al poder de magas y nigrománticos, poblaron mi mente de quimeras y turbaron mis noches. Á veces al recogerme en aquel cuartito inme-

diato al de Luisona, luego de apagada la luz, creía ver, surgiendo de la tiniebla, carros hechos con grandes conchas de cristal y tirados por pájaros multicolores que me llevaban en volandas sobre jardines donde hasta las más humildes florecillas eran de piedras preciosas. En otras ocasiones, se me aparecían, á poco de cerrar los ojos, viejas hechiceras ó brujos barbiblancos que luego se transformaban en damas y donceles: ellas eran infantas vestidas con trajes de luz, vaporosos é ingrávidos, envueltas en gasas tenues como ráfagas de neblina; ellos, gallardos príncipes que venían á recibir de sus manos las bandas y banderas con que marchaban á la conquista de los lejanos imperios en cuyos tronos habían de sentarlas... Cuando por la mañana Luisona me vestía para llevarme á la compra, único paseo que yo disfrutaba, y salíamos á la calle, las gentes, los árboles, las casas, todo me parecía horriblemente pobre y feo. Estos cuentos me entretuvieron mucho; hasta me causaron ese placer que consiste en la contemplación de lo imposible realizado. Pero nada me hizo olvidar la tristeza de doña Violante y las frases apasionadas de su guerrero: todas aquellas esmeraldas, perlas y rubíes, que las magas tiraban á

granel, no valían para mí lo que una lágrima de la pobre enamorada; y ninguno de los príncipes protegidos por fuerzas sobrenaturales tenía á mis ojos la poesía del moro. Claro que esto no lo razonaba yo entonces así, porque era muy niña; mas ahora puedo afirmar que sin analizarlo lo percibía; y es que indudablemente estaba predestinada á sentir las cosas del amor con facilidad extraordinaria.

Otro de los primeros libros que leí, trataba de diversos viajes: en pocos centenares de páginas se narraban expediciones de suecos por los mares árticos, é ingleses por desiertos abrasados del sol. Con todos me identifiqué, compadeciéndoles en las adversidades y regocijándome cuando salían vencedores de la Naturaleza. Me encantaba cuanto fuese lucha, esfuerzo, entusiasmo.

Indudablemente, mis primeras lecturas fueron un remedio buscado por instinto contra la soledad y el abandono. Después, muy pronto, no sólo me di cuenta de que el leer me entretenía, sino que se apoderó de mí una especie de curiosidad insaciable, una como ansia de saber lo que existía más allá de las paredes de mi casa, de conocer almas distintas de las que me rodeaban, de inquirir cosas sucedidas en

otros tiempos y regiones; y leí con fruición, desordenadamente. Era preciso que una obra fuese aburridísima ó exigiese particular preparación, de filosofía ó matemáticas, por ejemplo, para que se me cayera de las manos. El desarrollo de esta pasión por la lectura, que á mí misma me ha parecido muchas veces impropia de una niña, se explica, sin embargo, por las condiciones en que yo vivía. Crecida y educada en circunstancias normales, habría tenido distracciones, juegos, pequeños deberes de colegio á que atender y gentes que me vigilaran y mimasen; pero sin madre, sin maestras, sin compañeras, sola entre la fosca indiferencia de mi padre y la ruda compasión de la pobre Luisona, busqué el remedio á mi soledad en lo mismo que me rodeaba: no había en torno mío más que libros, porque mi padre los vendía, y me aficioné á leer, pareciéndome que mientras leía estaba acompañada. Es increíble lo que leí desde los doce á los diez y seis años: historias, viajes, versos, comedias, vidas de santos, causas célebres, tratados devotos, cuentos galantes, obras en que se reconstruyen las sociedades de los pueblos antiguos, novelas que son como fotografías de las costumbres modernas, libros donde se reflejan las virtudes

más austeras y relaciones licenciosas de épocas corrompidas; en una palabra, de todo. Sin orden, sin elección, fueron pasando por mis manos, acaso dejando rastro en mi espíritu, hoy la fe más ciega, mañana la incredulidad más osada. Según el azar me las ponía delante, ó los títulos me atraían, saboreaba las páginas inspiradas por la más excelsa poesía ó me horrorizaba, sin acabar de comprenderlas, con las más abominables torpezas. Mi inteligencia, apenas formada, no sabía analizar doctrinas ni teorías, á pesar de lo cual mi conciencia y mi sensibilidad distinguían perfectamente el bien y el mal, la fealdad y la belleza, cualquiera que fuese su procedencia: siendo hermosos y honrados, los ideales que parecen más opuestos hallaban eco en mi corazón. Ríase quienquiera, pero así se explica que yo haya leído, con verdadero deleite, capítulos enteros de la *Guía de pecadores,* del *Tratado de la tribulación* y hasta de *La agonía del tránsito de la muerte;* y también los *Cuentos,* de Boccaccio; las *Historietas,* de Tallement des Reaux, y *Las amistades peligrosas,* de Laclós. Orgullo tengo en recordar que he sabido percibir lo mismo la grandeza espiritual de los ascéticos más rígidos que el ardoroso sensualismo y

el ansia de vida proclamada por los poseídos del amor mundano. Dicho se está que unas cosas las comprendí cuando las leía, otras mucho más tarde, y que algunas me dejaban cavilosa y turbada, quedándose por los rinconcillos del cerebro en espera de nuevas revelaciones que las aclarasen: Lo característico de mi afición fué despertarme mayor interés y causarme más placer las historias y las relaciones de seres reales que las aventuras imaginadas: he preferido siempre las autobiografías y memorias á las comedias y novelas; gustándome de éstas, sobre todo, las que retratan á hombres y mujeres sin pretender pintarlos mejores ni peores de lo que son.

Basta lo apuntado para dar idea de cómo este ahinco por la lectura se apoderó de mí, me entretuvo y me consoló cuando había menester, distracción y consuelo. Sirvió, además, estoy segura, para despertar en mi alma cierto hábito de pensar y darme la noción de lo justo y lo injusto que nadie inculcó en ella, porque mi madre había muerto y mi padre... como si no lo fuese. Puedo afirmar que jamás leí crimen ó acción fea sin reprobarlos y condenarlos, aunque siempre procurando discernir cómo en cada caso las ideas y las pasiones

humanas han chocado con las preocupaciones sociales.

Llegué á los diez y seis años haciendo aquella vida triste y casi claustral, doblemente amargada por la ausencia de la pobre muerta y el desvío de mi padre, cuando éste, de pronto, cometió conmigo una verdadera maldad: pasados los sesenta se enredó con una mujer muy joven, casi una chiquilla, y para llevársela á vivir á casa me metió en un colegio. La cosa sucedió del siguiente modo.

Adoptada la resolución se fué á ver á un hermano casado que tenía y á su mujer, mis tíos Andrés y Rosa; les dijo que yo estaba en todo atrasadísima; que no sabía nada de lo que debe saber una muchacha medio decente, y que, en cambio, iba camino de echarme á perder á fueza de sorberme la librería; que ya era hora de que aprendiese algo; que él no podía ni quería ponerme maestros en casa, y que, habiéndose asociado con un amigo para fundar otra librería en Barcelona, obligándose á viajar con frecuencia, carecía de quién me vigilase, ¡como si nunca se hubiese cuidado de ello!; finalmente, para no gastar ó gastar poco, acabó por pedir á su cuñada que hablase con la Marquesa de Arantines, solicitando una plaza gra-

tuita ó de media pensión en el colegio de las *Damas grises,* en cuya fundación ó patronato tenía vara alta.

Esta Marquesa de Arantines, que andaba ya cerca de los setenta, aunque intachable señora y de elevada alcurnia, no era bien mirada por algunas familias nobles, ó empeñadas en parecerlo, de las que tienen el tejado de vidrio; pero nadie se atrevió á enemistarse abiertamente con ella: primero, por ser riquísima, y ante quien tiene mucho dinero, ceden, ó aparentan ceder, las mayores intransigencias; y, además, porque todos sabían que su lengua, con sólo el modo de decir la verdad, sin ser maligna, resultaba temible. De criterio independiente; acostumbrada á pensar por sí; de alto sentido moral y por lo mismo indulgente y compasiva con ciertas flaquezas; libre en su manera de hablar, aunque siempre dentro del más limpio decoro, y nada supersticiosa ni beata, parecía un tipo de mujer entre nosotros algo exótico. Sin llegar á impía ni descreída, recordaba mucho á las damas francesas de mediados del siglo XVIII que recibían en sus salones á los enciclopedistas y precursores de la Revolución. Para pintarla, basta decir que juzgaba con despiadada crudeza á las que por co-

dicia ó perversión aceptan el sucio reparto del adulterio, y, en cambio, cuando socorría á una pobre recién parida, si acaso oía llorar al niño, jamás preguntaba si era de legítimo matrimonio.

No influyó esta señora ni intervino gran cosa en mi vida—¡ojalá hubiese yo permanecido largo tiempo á su lado!—, mas quiero recordarla aquí con cariño, y con el respeto que me han inspirado siempre los que piensan, como ella, que, á quien ama ó sufre, cualquiera puede afearles la causa menos aquel que les socorre.

Mi tía Rosa, hija de un empleado subalterno de Hacienda, estudió para maestra: al quedar huérfana no pudo, por escasez de recursos, concluir la carrera, y por mediación de no sé quién entró en casa de la Marquesa cuando ésta tenía ya cincuenta años, sirviéndole de algo más que de primera doncella y algo menos que de dama de compañía, viajando con ella y cuidándola en sus achaques. Allí conoció al tío Andrés, teniente que procedía de la clase de tropa, aficionadísimo á las faldas y antiguo asistente del Marqués consorte, que fué uno de los generales más bravos de la primera guerra civil: la Marquesa casó á Rosa con Andrés, y les conservó siempre más afecto del que merecían.

Aunque á la tía le pareció descabellada la idea de meter en el colegio á una chica tan crecida, debió de temer que mi padre quisiera confiarme á su cuidado, exigiéndole que me llevase consigo, lo cual le habría pagado miserablemente, y se prestó á solicitar lo que deseaba de la Marquesa. Esta quiso verme, y aquí..., dejadme que sin modestia lo diga, cómo se pueden confesar los encantos propios, ya marchitos, yo era entonces un verdadero pimpollo.

Mi personilla parecía, física y moralmente, modelada para descrédito de las excelencias de la higiene y en mengua del amoroso cuidado; porque la niña crecida en un entresuelo madrileño, y á quien rara vez sacaban de paseo, estaba fuerte y sana, como si la hubieran criado en un parque inglés, respirando aires puros y robusteciéndose con juegos casi atléticos; la huerfanita confiada á una tosca sirviente, tenía la afabilidad y el agrado que inculcan la dulzura materna. Era de mediana estatura, pero muy esbelta y proporcionada; el naciente pecho, bien formado; las piernas y los brazos, próximos á su completo desarrollo, se iban transformando de gráciles en fuertes, sin que sus líneas perdieran delicadeza ni elegancia; las manos,

bonitas: verdad es que yo me las cuidaba: me bastó ver las de algunas señoras que á veces entraban en la librería á comprar novelas francesas, para procurar tenerlas iguales; los pies, preciosos: sólo con mirar los zapatos de mamá, que estaban olvidados en un cajón de una cómoda, me aficioné á calzarme lo mejor que podía. Además, no debo ocultar que yo sentí desde chiquita, instintivamente, esa coquetería fina que consiste, no sólo en querer gustarse una á sí misma, sino en procurar ser agradable al prójimo. Aunque fuese para sentarme á leer en un rincón donde nadie hubiera de verme, me componía con esmero, poniéndome en la cabeza alguna de las pocas cintas que podía comprarme Luisona. Ella me escogía también mis pobres trajes, y con esto queda expresado el abandono en que mi padre me tenía. Por fortuna, Luisona, reconociendo mi mejor gusto, me dejaba casi siempre tomar en las tiendas lo que me parecía, con tal de no rebasar el presupuesto asignado. Entre dificultades y tacañerías, iba yo vestida con extremada sencillez; pero acaso esto mismo me favoreciera.

Era muy blanca, sin palidez enfermiza; tenía los ojos azules obscuros, guarnecidos de largas

pestañas; la boca, aunque no muy chica, bien dibujada, de labios gruesecillos, dientes bonitos y bien puestos; el pelo de ese raro tono, entre dorado y grisáceo, que los franceses llaman rubio encenizado, y la nariz un poco respingadilla, pero muy poco, lo cual, unido á la frescura de la tez y la viveza de la mirada, me daba cierto gracioso encanto. ¿Será feo que me describa yo misma de este modo? No lo sé. La prueba de que no debo de exagerar gran cosa, es el recuerdo siguiente. Una tarde de verano, aprovechando la ausencia de mi padre, bajé á la librería á buscar no sé qué, en ocasión de estar allí dos pintores de los más notables de Madrid, á quienes conocía de verlos retratados en los periódicos. Llevaba yo un trajecillo de percal, blanco, con florecillas azules; en el pelo un lacito del mismo color, y el cuello libre, sin puntilla ni encaje que lo cubriera. Contemplárome los artistas con el rabillo del ojo, y oí que uno decía: «Fíjate en la librerita: dentro de un par de años, y vistiéndola bien, ¡vaya un modelo para una figura de *Manon!*» Y el otro, que debía de ser más listo, mirándome como si quisiera desnudarme con la voluntad, repuso en voz baja: «Y sin esperar dos años ni ponerle trapajos, ¡qué *Clóe* se podía hacer de

ella!» Algún tiempo después, habiendo ya leído la admirable novela del abate Prevost y la deliciosa pastoral de Longo, me acordé de aquellos señores, y pensé que ambos tenían razón; porque en mi figura se daban juntas la apicarada monería de la francesita que trastornó al caballero *des Grieux* y la clásica pureza de formas de la chiquilla griega que despertó el amor de *Dafnis*.

Iba diciendo que la Marquesa quiso conocerme. Mi tía me llevó. Nunca había yo visto, más que en estampas y grabados, salones, muebles, colgaduras, alfombras y cuadros como los de aquella casa, que en lo exterior era feísima, y por dentro un verdadero palacio. Pero ella, la Marquesa, sí que me gustó. No cabe figura de vieja más señoril y simpática. Era alta, delgada, canosa, de ojos listos y voz dulce, mostrando la propia dentadura completa, y no muchas arrugas. Vestía traje negro, de glasé, sencillísimo; sobre los hombros traía una pequeña manteleta de encaje, también negro, de las que llaman á lo María Antonieta; pendiente del cuello, una larga cadenita de oro, con la cual jugueteaba mucho, como si quisiera conservar la costumbre de hacer algo para lucir las manos, que aún eran bonitas; y calzaba za-

patos de raso negro, con madroños en lugar de hebillas. Se hartó de mirarme, pero no con impertinente curiosidad, sino con gesto bondadoso, sonriendo, como si en ello recibiese agrado; explicó á doña Rosa las dificultades con que temía tropezar para complacer á mi padre, y después, encarándose conmigo, me preguntó:

—Suponiendo que lo consigamos, ¿irá usted contenta?

Yo me puse muy seria, y sin chistar dejé caer la cabeza sobre el pecho. Entonces ella miró á mi tía, diciendo:

—La cosa es algo fuerte... Hay que hacerse cargo: son diez y seis años...

Y mirándome nuevamente con gran fijeza, añadió:

—¿Cuántos tenía usted cuando perdió á su mamá?

—Once—repuse.

—Poco podrá usted acordarse de ella.

—Mucho, señora.

Indudablemente, pronuncié estas palabras con tal acento, que la impresioné; porque volviéndose rápidamente hacia la tía, dijo con viveza:

—Lo del lado izquierdo lo tiene bueno.

Ignoro si doña Rosa comprendería la frase:

yo creí entender que aquello del lado izquierdo era mi corazón. Y no se equivocaba.

Minutos después, dejándome sola en la habitación, pasaron ellas á la inmediata. Sin poder reprimir el impulso de legítima curiosidad que se apoderó de mí, me acerqué á la puerta por donde acababan de salir, y agucé el oído. Afortunadamente se habían alejado poco, y escuché que la Marquesa decía estas palabras, las cuales la pintan de cuerpo entero:

—A esa edad, meterla en un colegio es un horror. Si la individua que ha trastornado al padre le quisiera de veras, si tuviera corazón, por muy perdida que fuese..., mejor estaba la chica en casa; pero todo hay que preveerlo; y por si es de mala entraña, más vale sacarla de allí. Yo la recomendaré de veras.

Se alejaron, sin que pudiese oir más, y volvieron en seguida. De allí á poco la Marquesa nos despidió, diciéndome:

—No se entristezca usted; sea dócil; ya encargaremos que la traten bien.

Yo, buscando por instinto protección, me atreví á contestar:

—Muy desgraciada voy á ser; pero con haber conocido á usted me parece que he de serlo menos: gracias, señora.

Entonces brilló en sus ojos una llamarada de bondad, y tendiéndome una de aquellas manos que años atrás fueron seguramente como las de la Santa Isabel, de Murillo, dijo:

—No la olvidaré á usted.

Quise besársela; no lo consintió, y salimos.

Al mes estaba concedida la plaza de media pensión en el colegio; me encargaron un modestísimo equipo, gasto que mi padre de fijo hizo con gusto, pues era para alejarme, y se designó el día en que había de llevarme Rosa.

Confieso que en un principio la idea del encerramiento me pareció la mera posibilidad de algo muy desagradable, una simple amenaza; sólo después de la visita á la Marquesa comprendí que iba de veras, y luego me causó impresión desastrosa la llegada del equipo: lo componían el uniforme de salida, que era de lanilla negra con ancho cinturón de seda de un azul rabioso, muy feo, y sombrero negro de paja con lazo de aquel mismo tono antipático; dos trajes grises para diario; varias medias docenas de prendas interiores; dos pares de botas, de horrible forma, y dos de zapatos fuertecitos. La ropa de cama, las toallas, una caja con objetos de tocador y otra con útiles de costura, completaban lo exigido por el regla-

mento: no llevé una hilacha más. La vista de todo aquello, que indicaba mi próximo cautiverio y además era un ridículo conjunto de adefesios, me descompuso y enojó terriblemente. Tentada estuve á resistirme cuando llegara el momento de salir de casa, llorar, gritar, armar un escándalo para que la vecindad viera que me llevaban rabiando y pataleando; luego esto me pareció vergonzoso, y pensé que lo mejor sería decir á mi padre algo muy ofensivo y muy duro en el momento de la marcha; pero mi pobre cerebro de diez y seis años no acertaba con el modo de dar forma al deseo de venganza. Sin embargo, la noche que precedió á la partida me desvelé discurriendo una frase que fuese como un latigazo. Por fin, creí haber dado con ella y hasta con la manera de decirla; sí, ya en la puerta, delante de Luisona, ó en la librería en presencia de los dependientes, cuanta más gente hubiera, mejor, encarándome descaradamente con mi padre, le diría: «Ya me voy; no seré yo tan desdichada en el colegio como lo ha sido mi madre á su lado de usted.» Pero sólo con evocarla mentalmente, mis pensamientos tomaron otro rumbo. Una pena tranquila y mansa sucedió, poco á poco, á la excitación pasada; mi memoria se fué lle-

nando de mil y mil cosas que parecían dormidas. Me acordé de su enfermedad y su muerte; de la noche en que la doncella, al ir á llamarla para cenar, la encontró en el gabinete desmayada; de la incurable tristeza que se apoderó de su alma, y de aquel señor que antes venía á vernos y desde aquella tarde no volvió: entonces, de pronto, ante el vago temor de que, al nombrarla, mi padre dijese algo que la ofendiera, sentí una sacudida inexplicable, porque si tal cosa sucediese, yo me lanzaría contra él como una fiera... No; ni resistirme, ni llorar, ni ofenderle; nada: ¿para qué? Largo rato estuve pensando en lo malos que debían de ser aquellos dos hombres: el que no volvió á casa y el que me sacaba de ella. Fueron horas muy tristes; hasta que el mismo exceso de fatiga, y sobre todo esa inconsciente predisposición de la juventud á esquivar el dolor, me rindieron al sueño. Cuando al otro día á las ocho de la mañana vino á buscarme la tía Rosa, me encontró vestida.

—Despídete de tu padre—me dijo.

Bajé á la librería y me asomé á la puerta. No habían llegado aún los dependientes y estaba escribiendo, solo con el mozo de recados. Me acerqué, y dije tranquilamente:

—Me voy.

No alzó la vista de los papeles; alargando una mano me atrajo hacia sí, me besó friamente y, sin fijarse siquiera en que yo no le besé á él, me dejó marchar. Quien salió á despedirme hasta la puerta de la calle, llorando y dándome muchos abrazos, fué Luisona.

II

De mientras fuí colegiala, no referiré sino lo que contribuya á explicar mis impresiones al ponerme en contacto con gentes extrañas, y lo relacionado con sucesos posteriores de mi vida.

El colegio, situado en un barrio extremo de Madrid, era vulgarmente conocido por el *de las Madres* ó *las Damas grises,* á causa del hábito que vestían las monjas que lo regentaban, pertenecientes á una comunidad francesa. La mayor parte de las educandas era de la clase media acomodada; otras había, en corto número, de familias nobles, con más ínfulas que dinero, las cuales las llevaban allí por no poder pagar colegios más caros; existiendo siempre entre ambos grupos cierta hostilidad que, aun dulcificada por simpatías aisladas, solía estallar en frases agrias nacidas de la vanidad, que unas fundaban en los timbres y otras en la fortuna de

sus casas. Las de media pensión ó de favor, como nos llamaban, por si se nos olvidaba, éramos seis, y recibíamos igual trato que las demás; pero cada una de nosotras estaba adjunta en concepto de ayudanta á una de las madres que dirigían servicios determinados: así, había la ayudanta de comedor, de ropería, de despensa, de capilla, de estudios y de labores. Esta obligación á que se nos sometía implicaba indudable inferioridad; mas, por la índole misma de las cosas, se convertía en pequeño privilegio, porque los quehaceres de que estábamos encargadas nos daban una como sombra de autoridad y mayor libertad dentro del colegio. Á mí, cuando ingresé, me tuvieron dos meses en estudio y luego me hicieron—allí todo se nombraba en francés—*adjointe au garde manger,* ó sea adjunta á la despensa; es decir, que ayudaba á la despensera. Llamábase ésta sor Verónica, era la más inteligente y la única bonita.

La toca rígida, el hábito de corte feo y color ratonesco y los enormes zapatos, verdadero conjunto de atentados á la forma femenina, no conseguían mermar el encanto que causaban la dulce mirada de sus grandes ojos pardos, la esbeltez de su talle y una cierta bizarría y aire señoril en movimientos y posturas con que re-

velaba su origen fino. Además, tenía el pecho precioso, cosa rara entre monjas, á las cuales parece que espontáneamente se las atrofia y deprime esta hermosa parte del cuerpo declarada inútil, pues ni el hombre ha de contemplarla, ni ha de amamantar al niño.

Sor Verónica fué muy buena conmigo: andando el tiempo supe que la inspiré lástima cuando se enteró de por qué y cómo á los diez y seis años me había metido mi padre en el colegio: yo experimenté hacia ella simpatía vivísima. Jamás me hizo la menor confidencia; pero siempre he creído que debió de entrar en religión por desengaños de amor. Cuando creía que nadie la observaba, tenía un modo de quedarse ensimismada y bañados los ojos en mal contenidas lágrimas, que la embellecía sobremanera. Viéndola así, sor Exaltación—una madre muy bondadosa, pero de cortísimos alcances—solía decir: «Cuando sor Verónica medita en la pasión y muerte de Nuestro Señor, se pone que parece una santa imagen.» Á mí me parecía que otra pasión, acaso otra muerte, causaban aquellos dolorosos arrobos.

Sor Verónica me hizo un favor grandísimo. Sabiendo que mi padre era librero, y por consiguiente algún día la tienda vendría á mis ma-

nos, me aconsejó que estudiase contabilidad; y yo, persuadida de que el consejo era bueno, aprendí de esto cuanto calculé que pudiera serme útil. En todo lo demás adelanté rápidamente, valiéndome de mucho mis pasadas lecturas. Por cierto que para la geografía y la historia nos daban unos manualitos franceses plagados de disparates y mentiras: apenas tenían un nombre español bien escrito; José I había reinado aquí pacíficamente y Bailén fué cosa de poca importancia. Á pesar de la rabia que esto me daba, me apliqué al francés, y con tal fruto, que, andando el tiempo, las monjas trataron de aficionarme á la idea de que profesase para utilizar en la enseñanza mis servicios. ¡No era mal monjío el que me esperaba!

Mis tíos iban á verme frecuentemente; mi padre, nunca; Luisona, siempre que se lo permitían, y algunas veces á hurtadillas. La circunstancia de estar yo á horas fijas en la despensa y la bondad de sor Verónica facilitaban sus visitas. El primer domingo de cada mes venía á buscarme mi tía y me llevaba á pasarlo en casa. En tales días, la mujer que allí estaba haciendo papel de señora se iba antes de que yo llegara, y hasta que hubiese regresado al colegio no volvía. Tal es el único rasgo de delicadeza que

tengo que agradecer á mi padre. Los tíos almorzaban con nosotros, haciendo la situación menos violenta, porque aquél apenas desplegaba los labios. Yo aprovechaba estas salidas para llevarme en el lío de la ropa algunos libros pequeños, escogiéndolos de colecciones viejas arrinconadas, que ya no se vendían, advirtiendo á Luisona dónde había de colocarlos cuando se los devolviera. De esto nunca se enteraron las madres: sor Verónica, que debió de maliciárselo, porque alguna vez me sorprendió leyendo, hizo la vista gorda. Además, en el colegio hallé una pequeña mina de libros.

Para predicar, confesar y darnos lección de Historia sagrada venía, por lo menos tres veces á la semana, un cura francés corpulento, bonachón, de rostro rubicundo, hablar meloso y ademanes remilgados.

La superiora le había cedido para las horas que allí pasaba una habitación donde sólo entraban él y la lega encargada de la limpieza; y en este cuarto tenía el buen señor un armario lleno de obras religiosas y profanas, pero muy profanas; bien es verdad que para combatir el error, todo hay que conocerlo.

Dióle á este clérigo por aprender á fondo el español y leer el *Quijote;* después, sabiendo

que mi padre era librero, me encargó que le averiguase no recuerdo qué cosa de ediciones antiguas; luego se aficionó á preguntarme significados de palabras, y, por fin, se hizo amigo mío hasta donde cabía amistad entre tan grave personaje y mi humilde persona. Era tan listo, que cuando me llamaba á su cuarto jamás cerraba la puerta, teniendo cuidado siempre de no dejarla entornada, sino abierta de par en par. Lo que acabó de hacerle simpatizar conmigo fué recomendarle que leyese á ciertos autores españoles, entre otros, Fray Luis de León. Se entusiasmó con la *Perfecta casada,* y sobre todo con el comentario al *Cantar de los cantares,* aunque de este admirable libro me dijo: «*Comment connaisez vous ça, ma petite? C'est admirable, mais c'est n'est pas bon pour un enfant.*»—La verdad es que yo, por un poquito de orgullo patrio, pequé de ligera, hablándole de tan delicioso libro.

Tuve, entre las educandas, pocas amigas: el temor á desaires y desengaños me aconsejaba que no intimase ni me encariñase con ninguna, pues al salir de allí habíamos de ocupar en la vida lugares tan distintos, que harían imposible la verdadera amistad; ni, dado mi carácter, era fácil que me entendiese con ellas: las ricas,

por su dinero, y las nobles, por sus timbres, eran vanidosas para tratar de igual á igual con una de las de media pensión, y yo demasiado independiente para adularlas y bailarles el agua, como hacían otras de mi grupo. No puedo, sin embargo, negar que hice muy buenas migas con algunas. Las había excelentes, que prometían ser y fueron verdaderas señoras, damas en toda la extensión de la palabra; aunque en corto número, también las había que por su malicia y desenvoltura anunciaban la escasa vergüenza y malos sentimientos con que se apercibían á salir al mundo; pero predominaban las que, por falta de corazón y entendimiento, y también por mal dirigidas, habían de formar el triste rebaño de las mujeres vulgares, inútiles para sí y funestas para los hombres.

Una hubo con la cual llegué á tener confianza; y, como luego hizo papel en mi vida, quiero contar en qué ocasión nos cobramos afecto. Tipo singular de muchacha. Era hija de los Condes de la Puebla de los Alberches; su casa muy rica y noble hasta no más; su familia, de hombres caballerosos y mujeres honradas; pero todos poseídos de gran orgullo por su abolengo. No desmentía ella la raza, pues creo que en aquella especie de manía nobiliaria hasta

llegaba á figurarse que en vez de sangre le corría añil líquido por las venas. Tenía cuatro hermanos varones; de modo que, á menos de una peste en que á todos les sobreviviera, nunca ostentaría el título. No parecía, sin embargo, por entonces tan ambiciosa y fría de corazón que les deseara la muerte, aunque en el fondo del alma le bullese la amargura de no llegar á condesa. Harto persuadida estaba de que su extraordinaria belleza, unida á su ilustre origen y fortuna, la colocaría en condiciones de casarse con quien le trajese, no una corona condal, sino hasta la grandeza de España; mas, dado su entusiasmo y veneración por el título de sus padres, ningún otro le hubiese halagado tanto. Tenía un año más que yo; su padre, viudo, había prolongado el dejarla en poder de las monjas, no para verse más libre, sino por no confiársela á una hermana setentona y enferma. Á cada salida volvía Irene diciendo que al mes siguiente la sacarían del colegio, pero el Conde persistía en el encierro: sospecho yo que temeroso de los cuidados que habría de ocasionarle la hermosura de su hija. Y no temía sin fundamento, porque Irene era una Venus; es decir, comparable á la diosa del amor, lo fué más tarde: en la época á que me refiero parecía

una ninfa de líneas delicadas y airosas como las que en barro y porcelana hicieron Clodion y Falconet. No estaba enteramente formada, pero ya las partes todas de su cuerpo andaban cerca del magnífico desarrollo á que llegaron pronto. De cara era también preciosa: las facciones correctas; el pelo, castaño muy obscuro, abundante y sedoso; los ojos, azules, grandes y extremadamente claros, eran por cierto hermosos; mas cuando se fijaban enojados, adquirían tal expresión de dureza, que infundian miedo; no pareciendo entonces ojos de mujer, y menos de mujer buena, sino de diosa infernal. Era de vivo ingenio, lista, graciosa y de claro entendimiento, aunque á veces se lo anublaban la obstinación ó la terquedad; porque al sentir ambición ó deseo, su energía se trocaba en fiereza, y puesta en un empeño no sabía cejar ni transigir. En lo moral, un saco de contradicciones: tan caritativa y limosnera, no la he conocido; más rencorosa, tampoco.

Y vamos al episodio en que se cimentó nuestra amistad.

Una tarde, al terminar la clase de dibujo, antes de salir á recreo al patio ajardinado, quedamos unas cuantas entretenidas recogiendo carteras y papeles; luego se formó un grupo com-

puesto principalmente de las de origen menos linajudo: comenzaron á hablar de la hermana de una de ellas, salida recientemente del colegio, cuya boda iba á verificarse pronto con el hijo único de los Marqueses de Casa Lonja, y cada cual, según su discreción, hizo su comentario. Una dijo:

—Debe de ser título de poco más ó menos: nunca lo he oído.

Otra repuso, bromeando:

—Déjate de tonterías; lo importante es no ser la señora de tal ó de cual, á secas; por lo demás, quitada media docena de casas antiguas, muy antiguas, todos los títulos son iguales: lo mismo da uno que otro.

—¡Qué barbaridad!—exclamó Irene.

—¿Por qué?

—Porque, además de esa media docena, hay otras casas que por antigüedad y lustre valen tanto como la primera; por ejemplo, la mía.

—Descenderás de doña Urraca...

Sonaron algunas carcajadas, y á tenazón, muy quemada, contestó Irene:

—Poco menos.

Redoblaron las risas, ya insolentes, y entonces ella, encarándose con las que hacían chacota, les dijo:

—No entendéis de eso: ¿creéis que llevar cualquier condado de los que hace el Papa ó de esos títulos de mostrador que dan ahora es lo mismo que llamarse una Condesa de la Puebla de los Alberches, como mi madre? Hay noblezas que son ridículas y familias que son una vergüenza.

Entre las chicas presentes había varias cuyos padres llevaban títulos pontificios ó eran de creación moderna; creyeron que la frase iba contra ellas, y contestaron con la mayor acritud. Irene les volvió la espalda. Ya se dirigía hacia la puerta, cuando una, más atrevida que las otras, exclamó:

—Dejadla, hijas. Va á la Puebla de los Alberches, ó de los Albérchigos, á contárselo á su mamá.

Una algazara fenomenal acogió estas palabras. Irene no se creyó entonces ofendida sólo por quien las pronunció, sino por cuantas se rieron: detúvose en la puerta, las miró lívida de rabia, avanzó unos pasos, y, como quien ha encontrado en el pensamiento todo el veneno que pretende arrojar por la boca, dijo fríamente:

—¡Vaya! Vosotras os vais á burlar de los Alberches, y yo os voy á contar todo lo que se dice en Madrid de vuestros títulos, de vuestras

mamás y de vuestros papás... Veréis cómo la que más y la que menos no es hija de quien se figura. ¿Por cuál empiezo?...

Es imposible pintar la que se armó. Seis ó siete de las más talludas se abalanzaron contra ella; creí que la deshacían á golpes y arañazos; otras comenzaron á tirarle á la cara las cajas vacías de los lápices, las puntas de los carboncillos y los restos de las gomas y mendrugos de borrar: no parecían señoritas, sino chiquillas desarrapadas de la calle. De pronto, una de peor índole se quitó las tijeras del cordón de la cintura, y, esgrimiéndolas amenazadora, adelantó hacia ella gritando:

—¡Dejádmela, que la voy á cortar el pelo!

—¡Eso, eso, cortarle el pelo, pelarla!—corearon muchas.

Yo que, apoyada en un tablero de dibujo, había presenciado la escena impasible y neutral, como cuadraba á quien no le importaban abuelos ni pergaminos, me arrojé contra la de las tijeras, arrancándoselas de un tirón: á empellones y codazos me acerqué á Irene, que comenzaba á sangrar un poco de las narices, donde le alcanzó un golpe, y aparté á las que la maltrataban, gritando mucho para que me oyeran las monjas. La llegada de éstas y la vista de la

sangre, que asustó á las más bravas, apaciguaron el alboroto, del cual salió la víctima con cardenales y arañazos. Si no acudo tan pronto en su socorro, no sé lo que hubiera pasado. Todas quedaron castigadas: la de las tijeras una semana sin recreo, y las demás tuvieron que escribir las conjugaciones de cinco verbos franceses.

Á partir de entonces, Irene se encariñó muchísimo conmigo: algunas veces, al peinarnos juntas, solía decirme, mostrándome su magnífica mata de pelo:

—¡Tú lo salvaste!

Aunque se trataba con algunas de las que no tomaron parte en aquella refriega, fuí su amiga predilecta, poniendo en mí tal confianza, que solía referirme historias y antecedentes de muchas familias; con lo cual fuí empezando á enterarme de que cuantos casos raros había yo leído en memorias y novelas eran insignificantes comparados con lo que la vida real ofrece á cada paso. ¡Mucho sabía la niña!... Al mismo tiempo, aunque yo no estaba en edad de observar mucho, sin darme cuenta iba comprendiendo aquel extraño tipo de muchacha, conjunto de cualidades excelentes y perversas, mujer quizá predestinada á ser de esas cuyo corazón, según las circunstancias, lo mismo puede

guardar para quien se les acerque un manantial de dicha, que un verdadero infierno.

Permanecí en el colegio hasta poco antes de cumplir los diez y ocho años. Me trataban bien, gracias á las recomendaciones de la Marquesa; pero mi vida era muy triste. Á los comienzos, en los días de salida, la tía Rosa solía llevarme á casa de aquella señora; después, advirtiendo que me acogía cada vez con mayor afecto, y como si temiera que se interesase demasiado por mí, suprimió estas visitas. Las de Luisona nunca me faltaron, siendo la única persona que me contaba algo de mi casa; y por cierto que, con ese delicado instinto que en la gente baja suele suplir á la educación, casi nunca me habló de la querida de mi padre. Relacionado con ésta, sólo me dijo que mis tíos la odiaban, acusándola de gastarse la librería en trajes y perifollos. Luisona me enteró también de que en sustitución de un dependiente despedido entró otro, jóven y listo, pero que á ella desde el primer día le fué antipático; y, finalmente, varias veces me habló de que mi padre andaba enfermizo y débil.

Si él fuese padre como debiera y yo le amase, la manera de darme esta última noticia en distintas ocasiones y con detalles alarmantes,

me habría metido el corazón en un puño: doloroso es confesarlo, pero no me asusté.

Pocos días después de una de estas visitas, estando sor Verónica y yo en la despensa, la llamaron; volvió muy pronto, y después de algunos rodeos y preparativos, me dijo que mi padre había muerto. Aquella mujer listísima y dulce con quien yo me había espontaneado, y que debía de saber de mi casa más que yo misma, estuvo conmigo cariñosísima, sin caer en la vulgaridad de pretender consolarme: ¡harto comprendió que realmente mi sufrimiento consistía en no poder llorarle como á mi madre!

Antes del entierro desapareció de mi casa la que allí estuvo haciendo de señora; el tío Andrés, nombrado tutor y curador mío, tomó con su mujer doña Rosa, dentro del novenario, posesión de nuestras habitaciones, y al mes, por no pagar la media pensión y cobrar fama de cariñosos congraciándose conmigo, me sacaron del colegio.

Mientras vivió sor Verónica, nunca dejé de visitarla con frecuencia.

Y vamos á mi casa, donde todo era mío y yo no fuí nada, hasta que me harté de paciencia.

III

El tío Andrés, aunque no sabía jota del comercio de libros y estaba entregado á los dependientes, hacía como si entendiera, y vigilaba largos ratos, permaneciendo en la tienda por darse aire de propietario; Rosa comenzó á enseñorearse y mangonear: ambos, aunque hablaban de lo que tenían, de lo suyo, y de que hacían un sacrificio cuidando de mi casa y persona, tardaron poco en persuadirme de que estaban dispuestos á vivir á costa mía.

No me equivoqué: así seguimos un año, pasándolo ellos tan ricamente. Doña Rosa presumía de habituada á la comodidad, y alardeaba de madre, como si me quisiera mucho. Cuando íbamos de visitas, nunca dejaba de decir á sus amigas: «Á mis años..., ya véis..., esta hija que me ha caído del cielo..., ¡pobrecita!» Don Andrés me habría parecido un tipo

muy cómico si no barruntase que me salía muy caro. Tenía la mañana dormilona; por la tarde, de paseo y al café; la noche..., ¡vaya usted á saber! En resumen, con la tutela, curatela ó lo que fuese, les vino la bendición del Señor; mientras yo, sin poder aún considerarme amenazada de ruina, iba viendo claro que cuanto se gastaba de más, eso tendría de menos el día de mañana. Lo peor era que el negocio estaba entregado á la mera práctica de los dependientes, bajo la ilusoria dirección del tío, y esto me infundía miedo. Finalmente, sin dejar de aparecer conmigo afables y bondadosos, se apoderó de ellos excesivo afán de mando. Yo, hecha á tener paciencia, les observaba dócil; la pobre Luisona, más oprimida, ni podía aguantarlos ni sabía disimularlo: al igual de toda criada envejecida en una casa, se consideraba con derecho á cierta parte de autoridad; si á alguien miraba como á señora y ama, sin dejar de tratarme como á niña, era á mí: los tíos le parecían intrusos y vulgarísimos gorrones; tanto que, aludiendo á mi madre, á la mujer con quien la sustituyó mi padre, y á ellos, solía decir en su libre lenguaje con porteras y vecinas: «Aquí ha habido, primero, una cordera; después, una zorra, y ahora dos cucos sin vergüenza.»

El choque de esta ordinaria, pero buenísima mujer, con la pareja invasora tenía que llegar, y llegó. Por fortuna, no sólo paré el golpe, sino que me valí de la oportunidad para dar á entender que no era tan simple como se figuraban. Lo conseguí merced á una circunstancia inesperada y á mi energía en aprovecharla, mostrándome resuelta á no consentir que me tratasen como cantidad despreciable, según dicen los químicos.

Creo haber indicado antes que don Andrés fué siempre devotísimo de las faldas. Los años y la prosperidad no apaciguaron sus ímpetus amorosos; al contrario, desde que la tutela y el movimiento de la librería le permitieron manejar algunos fondos, aquella inclinación se le recrudeció, lanzándole á nuevas aventuras. De una de éstas me enteró la casualidad, que si es inadmisible introducida como elemento literario en dramas y novelas, á veces en la vida real desempeña papel importantísimo.

Una mañana, tempranito, pasando por el comedor, recogí del suelo un botón, y al mirarlo comprendí que era de una americana del tío. Éste y Rosa estaban todavía durmiendo, cada cual en su alcoba; Luisona había ido á la plaza. Movida por mi deseo de mostrarme servicial y

cariñosa en las cosas pequeñas, para no dar motivos de queja, y resistir, si hacía falta, en las de mayor empeño, ó quién sabe si convertida en instrumento del Destino, que descubre secretos y evita ó amontona catástrofes, se me ocurrió la idea de pegar el botón. Entré de puntillas en la alcoba del tío, y á favor de la poca luz que penetraba por una rendija del balcón, cogí de sobre una silla la americana, llevándomela á mi cuarto. Sentada en mi sillita baja, con la americana en las rodillas y preparándome á coser, no sé qué vueltas la di; ello fué que se cayó al suelo, y al caerse se salió de un bolsillo de pecho una cartera, y de ésta se desprendió por su propio peso, de entre otros varios papeles, un sobre roto que dejaba ver en su interior una fotografía con tres espantables cabezas de león. No soy curiosa; pero, la verdad, aquello me sorprendió mucho. ¿Qué leones serían los que llevaba el tío en el bolsillo? Saqué la fotografía: las fieras no estaban solas: entre ellas aparecía retratada, dentro de una jaula, en actitud de amedrentarlas, látigo en mano, una arrogante mujer con chaquetilla toda llena de cordones á la húngara, que acusaba un pecho robusto, mallas en los fortísimos muslos, botas altas y gorrita de terciopelo. Los

barrotes de la jaula cortaban con líneas negras la figura de la mujer y las de los leones: era indudablemente una fotografía del natural, y bien hecha. Al pie, en un pequeño espacio blanco de la cartulina, se veían unas líneas escritas: no era retrato comprado, sino regalado. Mi sorpresa fué grande; mi serenidad también; cerré la puerta del cuarto, y leí: «*A mon charmant, capitaine espagnol don Gomés, tendre souvenir.—Comtesse de l'Atlas.*» Quedé absorta: el tío se llamaba Gómez; de modo que, aun habiéndole afrancesado el apellido, el retrato era indudablemente para él. La Condesa del Atlas era una domadora de incierta nacionalidad, que diez años atrás debió de ser hermosa, y que con aquel traje de asustar fieras y atraer hombres estaba todavía guapa. En seguida recordé haberla visto por las esquinas, pintada en los carteles de un circo.

El cuerpo del delito, digámoslo así, no dejaba lugar á duda; lo descubría todo. El tío, de modesto teniente retirado, se había ascendido á capitán para seducir mejor; ella le llamaba *charmant,* lo cual en extranjera de su clase equivalía á generoso; y, finalmente, aquello de *tendre souvenir...*, un poema: el vulgar y triste poema del mujeriego envejecido que se

forja la ilusión de una conquista, cuando no hace más que gastar un puñado de duros.

La intranquilidad, hija de haberme encerrado con aquello entre las manos, y el temor á que alguien intentase abrir la puerta, me causaron gran azoramiento; pero pronto recobré la calma, comprendiendo que el caso, á pesar de su aspecto cómico, era de gran importancia para mí, y debía considerarlo fríamente.

Con la rapidez del pensamiento, formé mi composición de lugar. No sé lo que otra hubiera hecho en mi situación; si obré mal, sírvame de disculpa que, dadas las circunstancias en que me hallaba, la curiosidad y la osadía fueron consecuencia del instinto de conservación y defensa. Acto continuo, escudriñé todo el contenido de la cartera: un par de cartas sin importancia, dos tarjetas de la domadora, algunas del tío, su cédula con qué sé yo cuántos años, y otro papel tan importante como la misma fotografía: una cuenta, con fecha reciente, de cierto lujoso *restaurant* de los mejores de Madrid, en la cual figuraba una botella de *Champagne,* ascendiendo el gasto á setenta y dos pesetas. Yo, en seguida, pensé en los libros que sería preciso vender para ganarlas: por de pronto no se me ocurrió más; pero luego comprendí que

había caído en mis manos un arma poderosa, y reconociéndome desamparada y débil, resolví no soltarla. Claro que había peligro en ello, mas todo lo arrostré con la imaginación.

Me guardé el retrato, las dos tarjetas de la intrépida Condesa y la cuenta de la cena; hecho lo cual, obrando astutamente para que nadie sospechase que había tocado la ropa del tío, en vez de coser el botón lo dejé en el suelo, donde antes estaba; después, entrando de puntillas en la alcoba, puse la americana en la silla, teniendo la suerte de que ni el tío me sintiera ni nadie me viese. Avanzada la mañana, llegó Luisona y llamó doña Rosa desde su cuarto. Podía estar segura de que mi secreto era sólo mío. Finalmente, cerca del medio día, ya levantado don Andrés, hice como que me encontraba el botón; le pregunté si era suyo, respondió afirmativamente y le dije que se lo cosería. Entró en su alcoba, permaneció buen rato, y, al salir á entregármela, aunque aparentando tranquilidad, ya venía inquieto. Sin duda al desocupar los bolsillos echó de menos la imagen de su valerosa beldad y de los terribles leones. Mientras cosía yo en el comedor, vi que andaba abriendo cajones y revolviendo trajes; luego se fué á la calle, supongo que á recorrer los si-

tios donde estuviera la víspera, en busca del tesoro perdido, regresando tarde y de muy mal humor. «¡Qué ha de parecer!»—decía yo para mis adentros.

Transcurridas algunas semanas sin que dejase de pensar en cómo podría utilizar la fuerza que se me vino á las manos para amedrentar al tío y ser en mi casa algo más que una chicuela explotada por aquel par de tunos, me enteré de otras cosas para mí de mayor trascendencia que los devaneos de don Andrés.

Antes debo decir que cuando salí del colegio había, como siempre, además del tenedor de libros que venía sólo por la tarde, tres dependientes: uno que despachaba á los compradores, otro que le ayudaba y anotaba los pedidos y un tercero encargado de llevar la correspondencia, en francés, para el extranjero. Este último se despidió á los dos meses de volver yo á casa, y hubo que pensar en reemplazarlo. Entonces, ansiosa de ponerme al corriente de lo que ocurriera en la librería, propuse á los tíos que no se buscase nuevo dependiente; y que, si les parecía bien, yo podría llevar la correspondencia francesa sin más que subirme las notas de pedido á mi cuarto del entresuelo, para no trabajar en la tienda. Doña Rosa calló como quien

aprueba, pensando acaso que así tendría mayor libertad para salir sin hacer de mamá; el tío no vió en mi proposición más que una economía de que tal vez sacara fruto; y quedé encargada de aquella labor que, á pesar de ocuparme casi toda la mañana y algún rato de la noche, me tenía encantada; pues gracias á ella, por unas cosas colegía otras, y me enteraba del negocio que, dicho sea de paso, iba mal.

Este fué el origen de lo que sigue, y aquí desaparecen la niña de infancia triste y la colegiala por fuerza; es decir, cesa el período de mi vida en que el daño me vino del prójimo, surgiendo en su lugar la mujer predestinada á sufrir, no sólo por la maldad y el egoísmo ajenos, sino también por sus propios errores. La obligación de llevar la correspondencia francesa me puso en comunicación con los dependientes, y particularmente con Ángel, el principal de ellos. Hasta entonces casi no le conocía ni habíamos hablado sino media docena de veces, por ser aquel que, según en una de sus visitas me anunció Luisona, entró en casa estando yo todavía en el colegio. Debo declarar, ante todo, que si á ella le fué antipático, á mí no.

Tendría poco más de treinta y cinco años;

era alto, moreno, con fino bigote negro, bien dibujada la boca, los dientes blanquísimos, las manos cuidadas, los pies pequeños; toda su persona de limpísimo aspecto, y en el vestir más atildado de lo que pedía su modesto empleo. Sus dos mayores atractivos consistían en una gran facilidad de palabra y en parecer muy varonil: podía, por su manera de expresarse y su figura, alternar en un salón de gente bien educada, dando envidia á los hombres y contentamiento á las mujeres: era de esos que, aun subiendo desde muy abajo, nunca parecen advenedizos. Sus malas condiciones ya saldrán. Luisona, que supo olfatearlas, las resumía en estas palabras: «Demasiado señorito para su clase.» En cuanto á mí, confieso que no sólo no le encontraba defectos, sino que hasta repugnaba la posibilidad de que los tuviera. Sin embargo, dos cosas veía en él, una que me inquietaba, otra que me causaba impresión desagradable: la primera, un cierto brillo acerado y frío que en algunos momentos daba á sus hermosos ojos, expresión rápida de maldad cautelosa; la segunda, el feo detalle de usar una sortija con un brillante que, aunque por amarillo tenía escaso valor, por grueso significaba vanidad y desdecía de su situación y recursos.

Á poco de hablarnos, sin atrevimiento por su parte ni imprudencia por la mía, estábamos él deseando agradarme y yo alegrándome de gustarle. Las ocasiones de vernos eran muchas; las de hablar libremente muy raras: ante testigos, su actitud era cortés y respetuosa; nadie, por observador que fuese, podía sospechar que yo le importara nada; cuando nos quedábamos solos, como si de súbito perdiese aquella facilidad de expresión que le era peculiar, hablaba lo indispensable, esquivando las miradas que luego, en desquite, fijaba en mí apenas imaginaba que yo no le veía, siéndole esta cortedad, que me pareció sincera, más provechosa que la mejor calculada astucia; porque, contemplándole tan comedido, iba yo dejándome invadir de esa turbación deliciosa causada por el presentimiento de que van á decirnos lo que anhelamos escuchar.

No sé en qué momento ni con qué frases me lo dijo: no me puso en el trance de contestarle con palabras categóricas, y eso que debió de comprender que no le rechazaría; lejos de incurrir en la vulgaridad de declararse—que es preguntar lo que ya debe uno saber—, me demostró su afecto enterándome de cosas que me importaban mucho, y abriéndome los

ojos para que viese lo que estaban haciendo conmigo.

Por él supe que la librería iba mal en fuerza de descuidada; pero que años atrás fué un excelente negocio y podía volver á serlo, pues la fama de la casa y el sitio donde estaba eran grandes elementos de prosperidad. ¿Causas de la situación? Primero, el abandono y exceso de gasto á que se entregó mi padre; luego, la malhadada intervención del tío, que, además de no saber dirigir ni dejar que otro lo hiciese, tomaba diariamente del cajón lo que le venía en gana. El bueno de don Andrés debió de perder los estribos desde que tuvo á mano un cestillo con dinero; indudablemente se figuró que la librería era suya: cogía lo que se le antojaba, hasta con cierta tranquilidad de conciencia, imaginando que siempre viviríamos juntos y que yo no había de llegar á la mayor edad ni nadie pedirle cuentas. Por fortuna, los dependientes, quizá temerosos de lo que allí pudiera sobrevenir, llevaban escrupulosamente la contabilidad, apuntándolo todo; y tales asientos bastaban á probar que la infidelidad de don Andrés era la más extraña mezcla de sin vergüenza é ignorancia, y que su resultado sería un desastre para mí, si no se aplicaba pronto remedio.

Pasé algunos días de gran inquietud, comprendiendo que si no me defendía estaba perdida. Nunca he sabido cómo tuve el valor de hacer lo que hice; pero el pensar que de la noche á la mañana podía quedarme sin tener que comer, me puso fuera de mí, infundiéndome un coraje de que aún hoy me asombro.

Tras muchas vacilaciones, un domingo dejé que la tía se fuese á misa; me cité con el que ya podía llamar mi novio; puestos de acuerdo, le abrí la tienda; y, á solas, con los libros de cuenta y razón á la vista, una cuartilla de papel y un lápiz, me expuso el estado lamentable del negocio, demostrando que el tío llevaba tomados, digámoslo así, algunos miles de pesetas. Ayudada por las nociones de contabilidad que aprendí, gracias al consejo de sor Verónica, me hice cargo de que, en un par de años y á pocas domadoras ó titiriteras guapas que cenaran con don Andrés, me quedaba sin pan.

Al concluir la explicación, decía mi novio:

—Si se entera de esto, me planta en la calle.

—Quien va á marcharse—repuse airada—es él, y su mujer también.

—Pero si es su tutor de usted...

—¡Pues como si no lo fuera!

Cuando tal dije, ya estaba resuelta á dar un

escándalo, si era preciso. Me horrorizó la idea de verme arruinada, desvalida, sujeta á lo que aquella pareja de bribones quisiera darme; acaso á servirles de criada. La misma desesperación me hizo comprender que en el fondo de mi alma existía una fuerza salvadora: mi propia enérgica voluntad. Experimenté una sacudida semejante á la que sentí la víspera de ser llevada al colegio, cuando se me ocurrió ofender á mi padre; pero á diferencia de entonces, no surgió ahora á tranquilizarme y amansarme la sombra de mi madre. Cuanto más pensaba, mayor era mi exaltación. ¡Verme yo—al cabo de un par de años ó antes—en la calle, despojada, miserable, expuesta á los ultrajes de la suerte, y eso después de haber tenido mal padre, infancia triste y juventud prisionera! ¿Vine yo al mundo para ser víctima ó juguete del prójimo? Al imaginarlo solté una carcajada de ira, y mi novio me miró asombrado. No; no tenía aquel hombre la clara inteligencia que supuse; pues, á tenerla, hubiese comprendido que yo no era de las que se dejan pisar, y que si me revolvía y encrespaba de aquel modo por la amenaza de la miseria material, aún había de ser mayor mi braveza cuando el daño me fuera hecho, no en la caja de la librería,

sino en mi propio corazón. Pero no adelantemos nada.

Le rogué que estuviese dispuesto á demostrar ante testigos cuanto me había revelado; lo prometió entre protestas de cariño, y nos despedimos, abriéndole la puerta con igual cautela que á su llegada. Subí al entresuelo, me asomé al balcón, y aún pude verle desaparecer por la esquina inmediata. Me pareció hermoso, fuerte, sobre todo, mío, y el alma se me llenó de esperanza. Sí; con su ayuda podía mirar sin miedo á lo porvenir.

Á la mañana siguiente, como si una divinidad propicia quisiera facilitarme la ocasión, estando peinándome, Luisona entró llorosa en mi cuarto:

—¿Qué te pasa, fenómeno? —le dije cariñosamente.

Deshecha en llanto se dejó caer sobre una silla, y entre sollozos repuso:

—Me ha echado..., porque dice que plancho mal... Me ha despedido... Dice que me vaya...

—¿Quién te ha despedido?

—Doña Rosa.

—Aquí no manda doña Rosa—dije serenamente.—No llores; anda, anda á tu cocina.

—Pero ¿qué vas á hacer? —preguntó Luiso-

na, á quien nadie había dicho, y menos yo, que no debía tutearme.

Por si á la pobre mujer le faltaba razón, no quise que acabase de contarme la causa del conflicto.

—Haz lo que hayas de hacer, como si no hubiera pasado nada, y no hables con ella.

Marchábase Luisona á su fogón, cuando en aquel momento, atraída por nuestras voces, y envuelta la huesuda persona en un feísimo peinador blanco, vi acercarse á doña Rosa por el pasillo. Indudablemente venía á decirme algo en apoyo de su autoridad; yo, sin hacerle caso, cerré la puerta, quedándome dentro del cuarto. En seguida me puse un traje de calle, con sombrero y todo, y bajé á la trastienda, por donde solía entrar mi tío.

Acostumbraba éste á venir siempre media hora antes del almuerzo, y pasarla allí preguntando unas cosas y ordenando otras; aquello de hacer que hacemos, para forjarse la ilusión de que dirigía. Menos de esa media hora necesitaba yo para lo que me propuse.

—No cuelgue usted el sombrero—le dije al verle llegar.—Vamos un momento á la calle: deseo hablar con usted sin que se entere nadie.

—¿Pasa algo?

—Y gordo.

La sorpresa y la curiosidad, como yo esperaba, le hicieron obediente; eché á andar, me siguió, y en la calle le cogí del brazo, diciéndole:

—No ponga usted esa cara tan asustada, que de esto no se ha de enterar ni la tierra; no le conviene á usted.

—¿Á mí? ¿Pues qué sucede?

—Le sucede á usted que yo he nacido muy desgraciada, pero ya estoy resuelta á revolverme contra la desgracia, y el primer paso que doy es éste. Escúcheme usted bien. Las desdichas de mi infancia harto sabe usted cuáles fueron; ahora podía yo comenzar á vivir, si no feliz, por lo menos tranquila, con la vida asegurada, aunque sea modesta. En vez de esto, me encuentro con que mi porvenir está comprometido; la librería medio perdida, y usted sabe por qué. Desde que usted se ha encargado de ella...

—¡Chiquilla!

—No hable usted alto, ni me suelte el brazo, ni se ponga de malas; estoy decidida á todo, incluso á meterme aquí mismo en un coche y á irme al juzgado... Esto, para usted, sería lo peor... Conque tengamos la fiesta en paz.

Se quedó absorto.

—Estás loca..., ofendiéndome...

—Bueno; desde que usted se ha encargado de las cosas, como no entiende, ha ido dejando empeorar y casi agonizar el negocio; además, va usted tomando, ya ve usted que no digo más que tomando, dinero para sus gastos...

—Los gastos de la casa...

—Sin pensar que lo que toma no es suyo. Cuando no quede nada y sea preciso cerrar, ó nos embarguen, á usted le quedará su sueldo de teniente retirado y vivirá usted como antes, pero yo no tendré qué comer: de modo que aquí se acabó la tutela, curatela, ó lo que sea.

Seguimos andando calle abajo, yo esforzándome por sonreir para no llamar la atención; él, confundido, mirándome con airados ojos.

—La ley...—se atrevió á decir.

—La ley ahora la pongo yo. En adelante, cada fin de mes ó de semana, ó al día, cuando haga falta, le llevarán á usted á firmar lo necesario...; y digo que le llevarán, porque usted y doña Rosita se van de mi casa tranquilamente, sin disputa ni ruido, sin tambor ni trompeta, como dicen los franceses. Usted busca pretexto, y dentro de quince días, á lo sumo, me dejan solita en mi casa, con mi criada vieja y

mis dependientes, que yo levantaré el negocio: no quiero morirme de hambre.

—¡Eso no puede ser!

—Para todo el mundo usted es mi tutor...; no pretendo deshonrarle á usted... si no me obliga. No han de llevarle á firmar nada que le comprometa; pero usted á mí no me arruina.

Detúvose de pronto, y ya poseído de extrema irritación, cometió la tontería de amenazarme:

—¡En casa verás lo que es bueno!

—En casa puede que hasta me levantara usted la mano; por eso le he sacado de ella; y si aquí me pegase, no faltaría quien me defendiese... Pero tampoco en casa hará usted nada, porque si no entra usted allí sonriente y afable, sabrá doña Rosa quién es la Condesa del Atlas, y la verá retratada con sus mallas en las piernas y sus leones á los pies... Allí no falta más león que usted.

Se quedó blanco; de su boca salió, en palabras atropelladas, un torrente de improperios, y me oprimió el brazo hasta hacerme daño. Todo lo esperaba; pero me propuse tener calma. Para explicarse su sorpresa, es preciso saber que jamás tuve yo ante él osadía ni arranque que permitiera sospechar tal atrevi-

miento; y para comprender su espanto, conviene decir que, á pesar del valor acreditado de su hoja de servicios, con doña Rosa era un mandria.

—¡Eres una víbora! ¡Lo vas á pagar caro!

—Soy una mujer que no quiere verse arruinada; usted un hombre muy juicioso, y no ha de obligarme á que mande un dependiente al juzgado. En los libros consta cuanto usted ha ido sacando..., y, sobre todo, ahorremos á la tía ese disgusto de que vea los leones.

Volvimos hacia casa: yo iba asombrada de mi propia entereza; él, verdaderamente aplanado. Al entrar en la librería, le dije:

—Estamos á siete: para primeros del que viene puede usted tenerlo todo listo; y si necesita pretexto, voy á dárselo. Doña Rosa ha despedido esta mañana á mi Luisona, y yo no consiento en separarme de ella. Lo hace usted cuestión de delicadeza.

Ya en casa, temí por un momento que montando en cólera cometiese un atropello: pronto me persuadió su actitud de que estaba completamente manso: debió de creer que yo obraba impulsada por alguien, que me había entendido con algún dependiente, y el terror á su mujer acabaría de acoquinarle. Ahorrando detalles,

diré que, sin duda, sus culpas con relación á mis intereses eran mayores de lo que yo sabía, porque ni siquiera intentó ablandarme.

Á fin de semana, como surgiese por la misma cuestión del planchado el conflicto entre Luisona y la tía, ocurrieron las cosas de este modo. Doña Rosa, delante de don Andrés y de mí, la riñó con duras palabras; ella contestó mal, y entonces la primera gritó con gran autoridad:

—Vaya, lo que no fué el otro día, será hoy: ahora mismito... ¡á la calle!

Yo, sin mirarla, encarándome con su marido, dije:

—Eso es demasiado: lleva aquí muchos años, me ha visto nacer, y no se va, porque yo no quiero.

Si en los tiempos antiguos el oráculo de Delfos hubiera de pronto prorrumpido en injurias contra el divino Apolo, no pusieran los asombrados griegos cara más espantada que la de doña Rosa.

—¡Gómez!—En los momentos solemnes le llamaba por el apellido.—¿Qué significa esto!

Gómez, como si se hubiese aprendido la lección, revestido de dignidad, repuso:

—Lo hago cuestión de delicadeza; esta mocosa, en su casa, y nosotros ¡en la nuestra!

Quedó doña Rosa pasmada: callaron; me fuí á mi cuarto, y ellos al suyo. Lo que allí trataran, no lo sé; mas la disputa debió de ser agria, porque chillaron mucho: don Andrés lo arrostraría todo, pensando que, aunque el disgusto fuera grande, aún sería peor el pleno cumplimiento de mi amenaza. Hicieron sus preparativos sin dirigirme la palabra, tomaron casa, y á los ocho días se fueron de la mía. Doña Rosa salió sin mirarme; el tío, como quien se considera ofendido, iba diciendo entre dientes:

—¡Ingrata!... ¡ingrata!

Minutos después de quedarme sola, bajé á la trastienda, y acercándome al pupitre donde Ángel escribía murmuré en su oído:

—Ya se han marchado.

Sin levantar casi la vista del papel, repuso:

—Perfectamente.

Y tuvo un modo de pronunciar la palabra, que en aquel momento me pareció á mí que quien los había echado de casa no era yo, sino él. Esperaba una frase de cariño, y no la dijo; pero lo atribuí á prudencia, porque no estábamos solos. En cambio, durante los minutos que pudimos hablar mientras se cerraba la tienda, estuvo muy cariñoso, y al despedirnos oprimió por vez primera un instante mis manos entre las suyas.

Esta fué para mí la impresión principal del día: debí pensar con gozo que ya estaba libre de los tíos ó quedar hondamente preocupada por lo que la suerte me deparase, y nada de ello me embargó el ánimo. Lo que conmovió todo mi ser fué la sensación causada por el contacto insistente de aquellas manos, cuyo calor suave parecía habérseme subido pecho arriba, como una caricia misteriosa.

IV

Las penas pasadas, por hondas que fueran, si no dejaron rastro, llegan á recordarse con apacible melancolía; mas las que envenenaron lo porvenir, cada vez que resurgen en la memoria renuevan el dolor. De éstas me toca hablar ahora: al evocarlas, todavía siento humillado mi amor propio, porque fuí insensata; herido el corazón, porque fuí burlada: apenas concibo cómo pude caer en tales errores: por ellos no he sido lo que quise ser, sino lo que otros han hecho que fuera: ¡cruel tiranía de las costumbres, que pueda uno redimir culpas propias, voluntariamente cometidas, y no haya modo de borrar la huella de las ajenas! Todo lo fié al amor y todo lo perdí por él. He sufrido hasta la desesperación de comprender que si me engañó quien imaginé que me quería, también me equivoqué al creer que le amaba, siendo más triste

esta desilusión que aquella maldad; así que antes me sentiría capaz de perdón para él que de disculpa para mí. Pude enmendar mi daño á los ojos del mundo, no á los míos, y preferí anteponer mi conciencia á mi honor; este ha sido mi único consuelo. Los bordes del precipicio en que caí estaban sucios, y no quise salvarme ensuciándome las manos al agarrarme á ellos; además, nunca he creído que quien es capaz de cometer ciertas vilezas, sea bueno para remediarlas.

Quedó Ángel encargado de la librería por delegación de mi tutor, á quien llevaban á firmar lo preciso. No habiendo yo mantenido amistad con casi nadie que conociese á mis padres, y como las personas que venían á ver á los tíos no volvieron, me vi muy sola; pero nada hice para evitarlo. Algunas vecinas de los demás pisos de la casa, antes curiosas que compasivas, me visitaban de tarde en tarde; las recibía amablemente sin intimar con ellas: ninguna merece especial mención.

Respecto de una sola persona quebranté este voluntario apartamiento: la Marquesa de Arantines. No quise que me supusiese ingrata ni dejar de referirle la conducta del tío, para que no me juzgara mal, porque deseaba con-

servar su estimación y tenerla propicia. Fuí á verla. Su desabrimiento al recibirme y sus intencionadas preguntas, me revelaron que ya doña Rosa había hablado con ella; pero en cuanto comencé á contarle lo sucedido, varió de actitud y volvieron á lucir en sus ojos y dibujarse en sus labios aquellas miradas y sonrisas que revelaban tanta inteligencia como bondad. Se lo referí todo, absolutamente todo, excepto mi inclinación hacia Ángel. Entonces, después de reirse con lo del retrato de la domadora y condenar la falta de honradez del tío, me habló con la afabilidad de siempre; y, prodigándome señales de simpatía, me dijo que no vacilase en buscarla si algún día la necesitaba.

Durante casi un año imaginé que Ángel iba á ser para mí el hombre necesario al porvenir de toda mujer. Nos educan, ó dejan de educarnos, de suerte, que sin hombre para nada valemos, y á todo lo malo estamos expuestas; así que al ver en él, no sólo indicios de gustarle, sino muestras del interés con que comenzó á ocuparse en la industria con cuyo producto habíamos de vivir, abrí el alma á la esperanza engañosa que me hizo verlo todo á medida de mi deseo. No perdí la noción de la realidad hasta el punto de ocultárseme lo que Ángel iba

ganando al casarse conmigo; cierto que el dependiente se convertiría en amo; pero ¿había de quererme y pretenderme sólo por esto? Tan ofensiva para él me parecía tal suposición, como lo fuera para mí la de que Ángel creyese que me había yo fijado exclusivamente en su capacidad mercantil. ¿No merecía que me quisieran por mí misma? ¿No era él, por su figura y por su inteligencia, capaz de enamorar á cualquier mujer? Entonces, ¿cómo admitir, sin vergüenza para uno y desdoro para otro, que nos moviese el interés? Claro que en mis planes entraba la idea de vivir lo mejor que pudiéramos; pero pensé más, muchísimo más, en agradarle y en lo que me agradaba: hasta me complacía que tuviese bastantes más años que yo, enorgullecida de verme solicitada, no por un mozalbete, sino por un hombre hecho y derecho. Aunque hoy me avergüence haber puesto en él mi cariño, debo confesarlo: me enamoré, y con esto queda dicho todo. ¡Extraña alucinación la del primer amor, ó de lo que tal nos parece! No llega la fantasía, si antes no la han excitado, á fingirse lo que desea; pero se deja inquietar deleitosamente por los sentidos, se exalta, sueña despierta, y á su mandato el cuerpo parece estremecerse como pidiendo la

parte de dicha que le toca en la vida. Enamorada, sí; con sólo mirarme, me producía esa emoción turbadora é intensa que aumenta la sensibilidad á expensas de la reflexión; y sus palabras me agitaban como caricias. Andando el tiempo, he visto á mis pies adoradores á quienes lo que por mí experimentaban, les hacía, sin duda, perder inteligencia, á lo menos, pasajeramente; pues esto me sucedió con Ángel; de aquí todo mi daño.

Yo no había escuchado nunca frases de amor, crecí sedienta de ternura, y tenía veinte años. No faltará quien me juzgue con indulgencia. La doble delicia de querer y suponerme querida me quitó clarividencia para desconfiar y fuerza para resistir. Tan grande fué mi ceguedad, que ni siquiera me infundió sospechas lo poco que hablaba de casarnos, atribuyéndolo á cortedad ó temor de que le supusiese impaciente por ser amo de la casa, cuando era yo la deseosa de que lo fuese pronto de todo, y en particular de mí.

Nunca tuvo conmigo la confianza que creí merecer; pero algo me contó de su vida pasada. Muy niño quedó doblemente huérfano, entregado á un tío bondadoso, aunque áspero y gruñón: éste le costeó los estudios, y más le habría

protegido si él, en vez de venirse á Madrid, se quedara en su compañía cuidando, como el buen señor deseaba, de un naranjal y dos huertas, de que era propietario en el pueblo donde residía, cercano á Valencia.

Confiaba mi novio heredar aquellos bienes, porque el tío era soltero, sin ningún otro pariente; mas tan halagüeña esperanza estaba amargada por el miedo á que la sugestión ajena en enfermedad grave, alguna prodigalidad de enamoramiento senil ó cualquier otra causa, echase las cosas á perder; así que Ángel, cuantas veces hablaba de esto, repetía que, saber que «el viejo» estaba malo de cuidado, y ponerse en camino del pueblo, sería todo uno. Por cierto que oirle siempre llamar al tío «el viejo», y nada más, me producía malísimo efecto. Otras observaciones análogas pude hacer, que me hubieran sido salvadoras; pero ya he dicho que estaba ciega. Taimado y falso, puso gran empeño en que ocultásemos nuestras relaciones hasta mi mayor edad, por evitar—decía—disgustos con el tío Andrés, quien para vengarse, y como tutor, podía suscitarnos dificultades; y aun en esto le creí. Algunas veces intentaba yo reflexionar sobre mi situación; pero las ideas de recelo y de prudencia, en se-

guida se me antojaban agravios, llegando á tal extremo de confianza en él y desprendimiento de mí misma, que los más naturales sobresaltos me parecían ridículos. Si al contacto de sus manos las mías temblaban, sentía, como si le ofendiera, impulsos de arrojarme en sus brazos pidiéndole perdón; y si su bigote me rozaba el oído, todo mi ser desfallecía absorto ante la promesa de una dicha que tardaba en llegar... Realmente, me había sorbido el seso.

Han pasado muchos años; su traición torció para siempre el curso de mi vida, y, sin embargo, conservo vivo el recuerdo de aquella excelsa poesía que se enseñoreó de mi alma: el desengaño me hizo aborrecer al amante; la revelación del amor nunca he podido maldecirla.

Como el segundo dependiente me subía al entresuelo los datos y notas para la correspondencia en francés, Ángel y yo nos veíamos de día muy poco. Nuestras entrevistas eran de noche, en la trastienda.

Apenas Luisona se dormía, bajaba yo por la escalerita de caracol con que comunicaban ambos pisos, descorría la barra de seguridad de la puerta, y él, teniendo gratificado al sereno, entraba con una llave que mandamos hacer. Para no ser delatados por la luz, discurrí cubrir la

lámpara eléctrica con un canuto de fuerte papel de embalar, puesto á manera de pantalla; así no salía claridad por intersticios ni rendijas, el centro del cuarto quedaba iluminado, y los ángulos escasamente: en uno de ellos colocábamos nuestras sillas, y en aquella semiobscuridad, propicia al misterio y la ternura, permanecíamos horas y horas... Á pesar de esto, no se permitió conmigo libertad ninguna de las que implican osada grosería; pero tampoco se contuvo tanto que me indujese á suponerle insensible ó me hiciese desconfiar de mis encantos. En este punto, hablando sin hipocresía, siempre he pensado que el verdadero amor es atrevido para pedir, débil para negar, y que luego de unidas las almas, ellas mismas impulsan ó arrastran á los sentidos y aun purifican cuanto exigen ó conceden. Durante aquellas citas, alguna vez me vi obligada á violentarme apartándole suavemente de mí; nunca á rechazarle por la fuerza, que acaso me habría faltado. Andando el tiempo, comprendí que él pudo reprimir el deseo, porque no me amaba, y que yo perdí mi fortaleza, por amarle mucho.

El invierno fué riguroso; algunas noches nos quedábamos yertos: sufrió Ángel un fuerte catarro, y nos vimos obligados á suspender las

entrevistas; primero, porque guardó cama; después, porque aún tosía mucho: la tos amenazaba descubrirnos, y no se le podía poner pantalla, como á la lámpara. En cuanto estuvo algo restablecido, reanudamos las citas. La primera noche que vino corría un viento helado que traspasaba los huesos; en la librería dábamos diente con diente. La idea de que tuviese una recaída, tal vez funesta, me aterró, y sin pensar más ni pararme en barras, olvidada del prójimo y de mí misma, atenta sólo á evitar que sintiese frío, con la misma temeridad que desde dentro del redil una oveja pudiera decirle al lobo: «entra», á los cinco minutos de sentarnos, le dije:

—No quiero que estés aquí; vamos arriba.

Me miró sorprendido y vaciló un instante, ó hizo como si vacilara; apagué la luz, le cogí de la mano, subimos por la escalera de caracol, y á tientas le guié hasta mi cuarto. Allí encendí luz, ocultándola lo mejor que pude con una tela, y nos sentamos, yo en un sofá chiquito, y él á mi lado en una butaca pequeña.

—Es una imprudencia—dijo.

—Nadie me importa nada—repuse—, y tú ya comprendes por qué lo hago.

Hablamos mucho, en voz baja, deliciosa-

mente. Lo primoroso, aunque modesto, de mi gabinetito, la luz amortiguada, el grupo que formábamos, todo creo verlo al recordarlo; hasta me siento penetrada por la dulzura de sus mentiras, y me parece que respiro la atmósfera de aquel cuarto, cuya tibieza y silencio contrastaban con el vendaval que fuera silbaba, y rugía como una fiera. Para que no faltase ese detalle cómico que suele ir unido á lo más sentimental y delicado, al través de puertas y cortinas, alternando con el fragor del viento, se escuchaba el fuerte resollar de los ronquidos de Luisona.

Había venido Ángel antes de las once; volaba el tiempo: cerca de la una, aprovechando un rato en que se apaciguó el huracán, él, más resuelto, porque amaba menos, dijo:

—Me voy.

Sobre cuanto abrigo traía le puse al cuello un pañuelo de seda, y bajé á despedirle. En la librería, casi á obscuras, porque hasta allí apenas llegaba la claridad de la trastienda, estando cogidos de las manos, me atrajo con fuerza, y por primera vez nos besamos. Salió; coloqué la barra en su sitio, subí rápidamente, me asomé á uno de los balcones, y aún pude verle alejarse por la esquina cercana. La ráfaga de

viento glacial que recibí en plena cara, interrumpiendo bruscamente la ardorosa agitación que yo sentía, me dió miedo, como si fuera una amenaza, un símbolo siniestro. Cerré sin meter ruido, fuí á mi cuarto, y me arrojé llorando sobre el sofá. Será ridículo, y seré yo todo lo romántica ó supersticiosa que se quiera; pero jamás he podido olvidar que la emoción causada por el primer beso de amor me la cortó una racha de aire frío.

Nada más sucedió aquella noche; sin embargo, no pude pegar los ojos.

De igual modo seguimos viéndonos: se restableció Ángel y mejoró el tiempo; mas ya no nos gustaba quedarnos en la trastienda; y perdido todo temor, si es que llegamos á tenerlo, porque para él no había riesgo y á mí poco me importaba ser sorprendida por Luisona, continuaron las entrevistas en el gabinete durante muchas semanas.

Yo iba llegando á ese estado de ánimo en que una sola idea lo absorbe todo: casa, librería, comida, porvenir, peligro, decoro, nada fijaba mi pensamiento; no quería más que verle, que llegara la hora de cerrar la tienda; y, como preparación para el momento deseado, componerme, aunque modestamente, lo mejor que

podía; estar bien peinada y calzada, y mirarme al espejo; lo cual era en mí gran novedad. Á las diez y media Luisona se iba á la cama, y me dejaba leyendo; todos los días me repetía lo mismo:

—Te vas á desvelar.

Poco duraba la lectura; á las once venía él, entrando como queda dicho. Su cariño y su modo de expresarlo parecían aumentar y avivarse, pero sin que dejara nunca de ser dueño de sí: las palabras vehementes, las manos tímidas: rara vez llegó á tocar mis ropas; y aquel beso de la noche del frío, aunque parezca increíble, tuvo pocos sucesores. La verdad es que si yo no estuviera tan ciega, ó entonces supiese lo que hoy, habría desconfiado; porque mesura tanta, comedimiento tan prolongado, más tenían de solapada preparación y astuta expectativa que de sincero apasionamiento. No fué como el muchacho que, seducido por el aspecto tentador del fruto, lo arranca con entusiasmo para saborearlo con delicia, sino como el pacienzudo hortelano que diariamente lo mira, sin palparlo siquiera, y se marcha seguro de que su propio peso lo desprenderá del tallo. Quien ama mucho, difícil es que no se atreva: el talento de la enamorada está en dis-

tinguir cuál se acerca movido sólo de cálculo ó de deseo, y cuál impulsado por el amor verdadero, que limpia lo más impuro; y este talento fué el que á mí me faltó.

Contaré rápidamente lo que no se puede confesar sin sonrojo. Una tarde, en vez del segundo dependiente, subió Ángel á darme las notas para la correspondencia francesa; por la expresión de su rostro comprendí que algo anormal le sucedía, y le pregunté:

—¿Qué te pasa?

—Noticias del pueblo: el viejo está muy malo... Tendré que ir. Me he citado para esta noche con un amigo que ha de decirme cosas de interés. Si tardo, no te impacientes.

—Pero no dejes de venir... ¿Y crees que tendrás que ir al pueblo?

—Conviene que vaya; nos conviene mucho.

—¿Cuántos días?

—Los menos que pueda.

Callé, y se me humedecieron los ojos.

Entonces miró desde la puerta hacia fuera, y, seguro de que estábamos solos, me abrazó fuertemente, como si la idea de separarnos le inspirase aquella protesta que consistía en tenerme un momento sujeta contra su pecho. Yo me sentí presa de una laxitud y un desfalle-

cimiento tan grandes, que, si él no me soltara, no hubiera podido desprenderme de sus brazos; fué cosa de pocos segundos. En seguida, sin hablar más de lo dicho, salió del cuarto dejándome llorosa, y durante todo el día creí continuar sintiendo el calor que su cuerpo comunicó al mío.

Vino á las once y media de la noche. Por consejo del amigo había telegrafiado; y, según fuese la respuesta, resolvería.

—De modo que ¿cuándo te vas?

—Casi seguramente, pasado mañana á media tarde.

Hasta cerca de las dos de la madrugada estuvimos hablando. Parecía otro hombre, mil veces más apasionado que antes: sus miradas y sus frases denotaban vehemencia extraordinaria; sus manos, sin cesar, llegaban á mi cuerpo; hubo un momento en que sentí aquella misma laxitud que cuando me abrazó por la tarde; después estuvo largo rato callado, y, por último, separándose despacio como quien á duras penas se domina, dijo con voz alterada:

—Te pido perdón... me voy, me voy... más vale que me vaya.

Aún conseguí retenerle unos minutos, pero desasosegado é inquieto, acercándoseme tanto

que parecía querer beberme la respiración. De pronto se obstinó otra vez en irse, y se fué dejándome alma y sentidos en tal turbación, que no hubiese podido decir si experimentaba gratitud al verme respetada ó dolor echando de menos sus halagos.

Bien supo lo que hacía. Desde aquel instante, ya no fué impaciencia la que se apoderó de mí, sino ansia imposible de apaciguar. No he comprendido nunca cómo me apasioné de aquel modo: lo indudable es que no dejé de pensar en él y en lo que hacia él sentía. Unos ratos imaginaba amarle libre de impulso material, con la mayor pureza; otros, me complacía evocando su figura, su rostro, hasta sus menores movimientos... No dormí; por la mañana entré contra mi costumbre en la tienda, y no estaba; por la tarde también faltó.

Llegada la noche, en seguida de acostarse Luisona, bajé á la librería, quité la barra de la puerta y me subí á esperarle, á obscuras, junto á la escalera de caracol. Mi idea fija era la maldita separación, el viaje; como si marcharse y perderlo fueran la misma cosa... ¿Sería capaz de no venir á despedirse?... Por fin, percibí el leve ruido que hizo al entrar. Cuando comenzó á subir trepidó con su peso la barandilla en que

estaba apoyada, y temblé como si en aquel punto me arrebatasen la voluntad y la energía, sorbidas por una fuerza misteriosa. Tropezó conmigo.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana al medio día.

Entramos en el gabinete asidos de las manos, pero fuí yo quien se las cogió; y si en aquel momento hubiese surgido alguien, á defenderme de mí misma, me habría revuelto colérica contra el amparador. Recordando aquel comienzo de mi caída, he pensado mil veces en la ridícula fatuidad con que algunos hombres imaginan ser conquistadores cuando apenas saben recibir lo que una fuerza superior les entrega. En mi caso, como en otros innumerables, aunque fué grande la perfidia del hombre, la excedió con mucho la insensatez de la mujer.

Me senté en una butaca pequeña y él á mis pies en una banqueta. En cuanto repitió que se iba seguramente al otro día, sentí llenos de lágrimas los ojos.

Lo que ocurrió después no es para narrado ahora fríamente. Además, tendría que callar mucho; porque, en mis labios, aquello mismo que tuvo la poesía inmensa de lo natural y espontáneo, parecería impúdico. Recurramos,

pues, al pulcro pero claro eufemismo de Cervantes, cuando pone en boca de Dorotea las siguientes palabras: «Y con esto, y con volverse á salir del cuarto mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido.» Lo mismo me sucedió á mí, sin que de mi gabinete ni mi alcoba, piezas que estaban juntas, tuviera que irse nadie.

No sé dónde he leído que, según una vieja leyenda india, por cada mujer que recibe la revelación del amor aparece en el cielo una estrellita nueva, la cual se borra el día que ella vierte las lágrimas del primer desengaño. La estrella que me correspondiese brillaría aquella noche con fulgor vivísimo, pero se apagaría pronto.

Á punto de clarear, cuando menos imaginaba yo que en el mundo existiera algo más poderoso que el lazo recién creado, Ángel, como si de pronto temiese que alguien nos descubriera, é invocando precauciones y respetos que me tenían completamente sin cuidado, dijo que se marchaba. Hasta después de perderme no comenzó á sentir miedos por mi honra. Separarnos en aquellos momentos me pareció una profanación. Cubierta de cualquier modo con una bata, bajé á despedirle.

—Nada más que cuatro días, ¿verdad?

—Y si puede ser, dos.

Los últimos besos fueron en la puerta. Después, subí sin miedo, como si tuviese más valor que antes ó me sintiera más mujer. Me acosté; y, entonces, ya no pude contener el llanto: lloré mucho, pero no por mí, sino porque él se iba.

Á la mañana, cuando entró Luisona en la alcoba con el desayuno, le dije:

—Cierra, cierra; quiero dormir más.

Y, metiendo la cabeza bajo el embozo, seguí paladeando con alma y cuerpo aquella dolorosa delicia, mezcla de placer y terror, que había penetrado todo mi ser. Luego, durante el día, ó la pobre mujer no se fijó en mí, ó nada observó que me delatase. Bien dice la Biblia que no se conoce el rastro del águila en el aire, ni el de la nave en la mar, ni en el de la sierpe sobre la peña, ni el del hombre sobre la moza.

La ausencia de Ángel duró una semana. Volvió sin saber disimular cierto desencanto, que me produjo mala impresión, porque el tío se había curado; pero la alegría de verle no me dejó parar mientes en ello. Además, me pareció que venía más amante que se fué. Él en seguida comprendería que me encontraba más ciega que al marcharse.

Durante unos cuantos meses, mi vida se redujo á desear que las horas del día pasasen rápidamente y dieran las once de la noche; hasta la impaciencia de llegar á la mayor edad, para casarme sin entorpecimientos, quedó reducida á la condición de cosa secundaria; ni siquiera me atosigó la idea de que aquel loco amor tuviese ciertas consecuencias, pues ¿qué me importaba ni quién me iba á pedir cuentas de mi honra? Había llegado á un punto de enamoramiento en que fuera sacrílego, á mis ojos, analizar ni juzgar la felicidad de querer y ser querida: lo que embargaba mi ánimo era el placer de esperar y recibir al hombre á quien me había entregado. Luego comencé á esmerarme en trajes, peinados, adornos y cuantos detalles imaginaba que pudieran hermosearme. Sin gastar mucho, con una costurera lista, que busqué, y ayudada de los periódicos franceses de modas que venían á la librería, hice prodigios; por supuesto, sólo en ropas interiores y para andar por casa, pues apenas salía.

No dejaba de disgustarme ver que él concedía poquísima importancia á este atildamiento y á los primores que tanto esfuerzo me costaban; mas también en esto mi ceguedad tenía pronta su disculpa, induciéndome á pensar,

vanidosamente, que yo sola le cautivaba, sin que necesitase alicientes. Francamente, confieso que me ponía de un humor de todos los diablos observar que la elegancia y el buen gusto carecían de valor á sus ojos. Aun con mi propia belleza le sucedía algo de esto; y como toda mujer, á no estar tonta de remate, sabe lo que es y lo que puede, no se me ocultó nunca que antes le agradé por parecerle hermosa, en el sentido más material de la palabra, que por fina y delicada.

Me acostumbré á comer temprano para que Luisona acabase sus quehaceres en la cocina y se acostara pronto; luego le aguardaba, primero en el gabinete, y cuando mi impaciencia iba en aumento, junto á la escalerilla de hierro: al oirle llegar y subir, el corazón me latía con violencia mayor en cada cita, y rara era la noche en que al entrar en mi cuarto no estábamos ya cogidos de las manos como la vez primera.

Los dos parecíamos poseídos por la misma exaltación; pero, dicho sea en honor mío, de día en día iba yo notando que en lo referente á cosas del corazón mi sensibilidad superaba á la suya: él tenía... no sé cómo expresarlo... más de hombre que de amante; yo mucho más de enamorada que de hembra. No quisiera for-

mular groseramente lo que percibo y siento con tanta limpieza. Y basta de recordar aquel idilio, en el cual, por cima de mi sinceridad y su perfidia, flotó la ilusión del amor como una mentira dulcísima.

Una mañana, según había ocurrido otras veces, aunque por prudencia procurábamos evitarlo, en lugar del segundo dependiente subió él á darme unos papeles; al poco rato tornó á subir para aclarar unas dudas, y estuvo conmigo unos cuantos minutos.

Apenas salió de mi cuarto, entró Luisona. Lo que esta mujer hizo entonces, el móvil que la impulsó, ha quedado para mí envuelto siempre en cierto misterio. ¿Había comprendido nuestras relaciones y el grado de intimidad á que llegaban? ¿Quiso únicamente ponerme en guardia contra Ángel, por observar que me gustaba, pero ignorando hasta dónde llegaba mi locura? Antes me inclino á esto que á lo primero. Fuera lo que fuese, aunque la intención era buena, el procedimiento resultó brutal. Después de dos ó tres frases llenas de inhábiles reticencias y rodeos propios de persona leal á quien estorba el disimulo, dijo francamente:

—En fin, nena, yo no soy más que una criada; pero te he visto nacer, y te quiero mucho...

Ya ves que eres mi señorita... y te llamo de tú...

—¿Y á qué viene todo esto?

—Pues, aunque te enfades, porque yo no soy quién para mandarte ni aconsejarte, lo que yo te digo es que te andes con cuidado... y que ese hombre...

El modo de decir «ese hombre» y los ojos que puso al decirlo, eran una acusación. Debí de palidecer; pero, aparentando indiferencia,

—Sigue, tonta—repuse.

—Que no tiene que subir aquí, donde tú estás... que se esté en la tienda, á su trabajo... y gracias.

—¿Por qué?

—Porque no es bueno...

Había en su manera de expresarse una fuerza, una convicción, que me helaban la sangre.

—¿Y qué nos importa? Aquí es un buen empleado—interrumpí ansiosa de que lo malo que hubiera de revelar se refiriese sólo al servicio de la librería.

—En los libros no me meto. Lo que te digo... Ya sabes mi manía; hombre que es malo con las mujeres, es malo para todo.

Á punto estuve de arrojarme en brazos de Luisona suplicándole que acabara de una vez;

pero mis tristezas pasadas me habían hecho algo disimulada cuando era preciso, y, fingiendo serenidad, me limité á decir:

—Algún lío, ¿eh?

—Un lío, no; una infamia.

—Explícate.

—¿Sabes cómo vive?

—De huésped ó en compañía con una viuda ya entrada en años, á quien ayuda á pagar el cuarto.

—¿Y qué más sabes?—preguntó Luisona.

—No sé más; ni nos importa.

—Pues esa viuda—continuó—es tía de una sobrina muy guapa, viuda también, de veinticuatro años... á quien Ángel ha engañado. Tiene de ella dos niñas, la mayor de tres años; y ha quitado á esa muchacha de con su tía y la ha puesto un taller de plancha para que trabaje y él vestirse bien y gastar... Y aunque tiene las niñas y todavía está criando á la pequeña, pues, criando y todo, la pega... Este es el caballero; ¡tan señorito, tan majo y con ese brillante gordo en el dedo!

De un tirón soltó Luisona el deshilvanado relato, que en otros labios hubiera parecido episodio de vulgar folletín y en los suyos y para mis oídos tuvo la grandeza brutal de lo

irremediable. Quedé aterrada; todo mi deseo era que me dejase sola para llorar.

—Puede que sea mentira. ¿Por quién lo sabes?—pregunté ansiosa de pruebas que no me convencieran.

—No son habladurías; me lo ha contado Flores, el tenedor de libros, y me ha dicho, pero no quiere que Ángel lo sepa porque le tiene miedo, que Ángel gasta demasiado para el sueldo que aquí cobra... Y yo sé que todo es verdad, porque he ido y he preguntado y me he enterado. El taller de plancha está en la calle de... (se me ha olvidado el nombre que me dijo), más allá de la iglesia de Chamberí; la muchacha se llama Pepa Fureda y la niña mayorcita Ángela...

No me doy ahora cuenta de cómo pude dominarme. Á duras penas sostuve unos minutos la conversación con Luisona; y, como si aquello me interesase poco, me limité á decir:

—Tienes razón: empleado que gasta mucho, no conviene. Déjame, que me voy á lavar.

Ya no podía seguir fingiendo. Salió Luisona del cuarto, y me encerré. Estaba fuera de mí, pero más colérica que abatida; el dolor tomaba las formas de la ira. Lo primero que se me ocu-

rrió, aun á riesgo de publicar mi deshonra, fué vengarme.

Sabía yo que en un cajón de una abandonada mesa de mi padre había un revólver viejo y una caja de cápsulas. Durante algunos minutos sentí la tentación de cogerlo, cargarlo y mandar subir á Ángel... Con la rapidez del relámpago pasó por mi mente la trágica visión del castigo. Llamarle con voz dulce: «entra», cerrar, y matarlo. Todo, todo lo creó la imaginación desenfrenada: vi su cuerpo caído sobre la alfombra, mis ropas salpicadas de manchas rojas, la gente, el escándalo, la justicia, la cárcel... todo; hasta la posibilidad de que él se defendiera, me desarmara y me matase. ¡Ojalá!...

Al pasar junto al armario de espejo, me causé pavor: estaba desgreñada, sin que nadie me hubiese tocado; los ojos saltones y abultados, la cara enrojecida. Comencé á sentir latidos violentos en las sienes, y me dejé caer sobre el sofá; allí quedé como tronchada; luego rompí á llorar, y tan ardoroso tenía el rostro, que las lágrimas se me secaban sobre la piel, igual que se evaporan las gotas de la lluvia al contacto de la arena caliente. Transcurridas dos ó tres horas, dominando cuanto sentía, procuré serenarme para que Luisona no sospechase lo que

me pasaba, y, después de pensarlo mucho, resolví no ver á Ángel hasta comprobar por mí misma lo que aquélla me contó.

Teníamos Ángel y yo convenido que si alguna vez surgía obstáculo que impidiese la cita de la noche, le mandaría pedir, antes de cerrar, la cuenta de un corresponsal determinado. Así lo hice, aunque me costó trabajo; y, naturalmente, no vino. Quería estar sola, pensar, madurar bien la resolución que adoptase. Creo que no he pasado noche de dolor moral tan intenso; y no consistía mi pena en perder al hombre que ya me parecía indigno de mí; lo que lloraba no era su falsedad, sino mi propio error; el engaño padecido, la muerte de las ilusiones que nadie jamás había de resucitar. Fuera rectitud de conciencia, ingénita noción del deber, ó acaso romanticismo sentimental heredado de mi pobre madre, no concebía yo amor que viviera cediendo de lo suyo ni usurpando lo ajeno. En tiempos caballerescos mi mote hubiera sido «sólo suya, y mío sólo»: el reparto de alma ó de cuerpo se me antojaba prostitución asquerosa.

Mediada la mañana del día siguiente, cuando él estaba ya en la tienda y no corría el riesgo de encontrármelo donde me proponía ir, salí ves-

tida de cualquier modo, encaminándome hacia los sitios de que la víspera me habló Luisona. Tras mucho andar por las calles inmediatas á la iglesia de Chamberí, sin preguntar á nadie, di con el taller de plancha. Ante la puerta, jugando junto á la socava de un árbol, había una niña como de cuatro años: me bastó verla para comprender que no habían engañado á Luisona: quizá me equivocase; que el pesar, como la esperanza, engaña mucho; pero la criatura se parecía á Ángel. En la tienda había dos mujeres planchando: no quise mirarlas, entré en el portal, llamé aparte á la portera y, después de ponerle dos duros en la mano, le hice, con la astucia que pude, cuantas preguntas quise. Todo era cierto; no me quedó la menor duda: en mi corazón se desbordaron la humillación y la vergüenza; pero lo más poderoso que sentí fué un desprecio tan grande, tan absoluto, de Ángel, que al persuadirme de su maldad casi daba por bien empleado el desengaño con tal de no pertenecerle. Más que la perdición y la deshonra me aterró la idea de haber podido verme, para toda la vida, sierva de tal señor; y la adivinación de mi existencia, por siempre malograda, me fué menos amarga que la posibilidad de haber sabido aquello después de ser legalmen-

te su mujer; porque contra este mal no habría habido remedio.

Por la tarde, resuelta á afrontar la situación y á que la escena fuese breve, mandé llamarle; ni siquiera cerré la puerta: subió sin sospechar nada: dentro ya del gabinete, miró hacia los lados para cerciorarse de que estábamos solos, y, como de costumbre, se acercó á besarme. Le rechacé sin violencia, y procurando dominar la cólera que me alborotaba el alma, le dije bravamente, aunque con voz apagada:

—Busca el pretexto que más te convenga y despídete de mi casa: te doy un plazo de ocho días, pero no subas aquí más: el único favor que puedes hacerme es evitar que te vea.

Se puso lívido de coraje; parecía hombre distinto del que yo conocía: si se atreve, me mata: indudablemente, era capaz de pegar á la madre de las niñas.

—¿Y se puede saber la causa de estos disparates?—preguntó de mala manera.

—Porque sé cómo vives; que tienes amante, mujer..., lo que sea; tienes hijas: la última, de cuando ya me hacías á mí el amor.

Entonces vi más clara que nunca su bajeza: seguro de sí mismo, repuso:

—¿Y qué? Tengo hijos, pero á quien quie-

ro es á ti, y eso no estorba para que nos casemos.

—Para ti no sería obstáculo; lo es para mí. ¡Vete! Ó llamo, aunque el escándalo acabe de perderme. ¡Vete!

De tal modo le miré, que no se atrevió á replicar, y haciendo un gesto de despecho, como quien dice «peor para ti», salió del cuarto.

Me escribió y le devolví las cartas sin abrirlas. Á los cuatro días anunció al tenedor de libros que se despedía.

En veinticuatro horas se había desvanecido el sueño que me forjé de amor honrado, de cariño legítimo y porvenir venturoso: estuve muchos meses enferma y, sobre todo, consumida por la tristeza, sin vislumbrar al término de mis cavilaciones más que la vida malograda, la amenaza de lo irregular é incierto; porque no era yo mujer para ocultar la verdad ó mentir á un hombre que en lo futuro me amase, ni sabría, si llegara el caso, en qué lenguaje hacerle la confesión exigida por mi conciencia.

Quedó la librería durante mi enfermedad en manos del tenedor de libros, quien, apenas yo restablecida, me enteró de que la casa estaba amenazada de muerte si no se dirigía mejor que hasta entonces: sus demostraciones, con núme-

ros á la vista, no admitían réplica. Yo, comprendiendo que aquel no era negocio para llevado por mujer sola y que, de seguir así, me arruinaría por completo, accedí á que buscase comprador. Ya tenía él apalabrado su socio capitalista, y pronto hicimos el convenio.

En noches de insomnio eché mis cuentas. Vendida la librería, iba á tener un capitalito con cuya renta podría vivir, pero vivir mal. Á grandes males, grandes remedios—pensé—, y el que discurrí fué sencillamente heroico. Constaba de dos partes: primera, invertir en papel del Estado todo lo que me diesen por la librería, acumulando los intereses sin tocar un duro, para tener luego la vejez asegurada; segunda parte, y aquí está la heroicidad, por tratarse de quien siempre había vivido como señorita, buscar empleo, colocación, algo que me diera durante unos cuantos años el pan de cada día; en una palabra, trabajar. Completaba este proyecto una tercera parte, inspirada en el afecto que yo sentía hacia la única persona que me mostró cariño desde que murió mi madre (y también en el deseo de conservar cosas, para mí llenas de recuerdos, y que acaso más adelante no pudiera reemplazar si me deshacía de ellas), me propuse dar á Luisona unos cuantos

miles de reales con que realizase su sueño dorado de tomar en traspaso una carbonería ó cacharrería, poniéndole por condición que me guardase los muebles y objetos de que no quería desprenderme.

Pensé la parte más dolorosa de este plan con verdadero valor, pero sin calcular lo difícil que sería ponerla por obra. Al pretender ocupación, todos fueron obstáculos. Omito detalles que darían idea de lo triste que es para una mujer joven y hermosa procurarse medios de vida. Por fin, se me ocurrió ver á la Marquesa. Me recibió en el gabinete de costumbre, vestida de negro, jugueteando con la cadenita de oro que de mil graciosos modos enroscaba á sus manos preciosas. Le expuse mi situación, callando, naturalmente, todo lo relativo al mal hombre que me perdió, ya por completo aborrecido, y consulté con ella mi propósito y mi deseo de que me ayudase á encontrar colocación.

Aquella señora, una de las pocas almas buenas á carta cabal que he encontrado en la vida, me escuchó atenta; y mirándome luego, creo yo que hasta con asombro, repuso:

—Muy bien pensado, hija mía: lo que te produzca la venta de la tienda, guardarlo para el día de mañana, y mientras seas joven, traba-

jar... Lo difícil será que puedas trabajar siendo tan bonita.

Debí de ponerme colorada, porque continuó diciendo:

—Sí, hermosísima; pero... ¡trabajar! ¡Lo que va á costarte trabajar... y ser buena!

Callamos ambas unos instantes: ella, pensativa, como quien trata de dar forma á lo que se le está ocurriendo; yo, triste, porque estaba viendo venir, aunque envuelta en amables palabras, la dificultad de protegerme. De pronto su rostro se animó con una sonrisa que ya la quisieran muchas de veinte años, y dijo:

—Colocación... yo tengo una para ti; aquí, conmigo.

—¿Con usted?

—Sí; estoy enferma, enferma de veras, aunque procuran ocultármelo; paso muchas horas sola, y por no ir sola dejo de salir á pie y andar mucho, como me han recomendado los médicos... Estarás á mi lado casi constantemente, cuando no tenga que recibir gente de cumplido; te harás cargo de mi correspondencia (tú debes de escribir bien) con los cortijeros de Andalucía y los caseros del Norte; algunos ratos me leerás periódicos ó libros. Vamos, entre secretaria y *demoiselle de compagnie*...

Te vestiré... no creas que irás hecha una facha. El sueldo...

Aunque no podía ser mayor la sorpresa que aquello me causó, tuve serenidad bastante para expresar mi gratitud:

—Señora, lo que usted quiera darme: ¡si yo no podía soñar esto!

—Pero hay que convenirlo todo: te daré quince duros al mes, y como los criados, á veces, no son buenos para con quien se ve en tu posición... para que no digan que eres una doncella más, no quiero que tengas días fijos de salida...

—Ni necesito salir.

—Y tendrás un cuarto para ti sola, que puedes arreglarte con muebles de esos que deseas conservar.

Tan provechosa me pareció la proposición y tan delicadamente fué hecha, que la gratitud y el consuelo se me desparramaron por el alma.

Al cabo de un mes, durante el cual sufrí emociones imposible de describir, había vendido la librería: su importe me produciría una renta modestísima que iría acumulando al capital; Luisona tomó el traspaso de su cacharrería, y yo estaba en casa de la Marquesa, donde, con media docena de muebles míos, me arreglé el

cuarto que me dieron, cuidando mucho de no poner en él nada que revelara pretensiones ó pareciese impropio de mi nueva y humilde posición. La primera noche que allí pasé, á pesar de la extrema bondad con que me acogió la Marquesa, no pude cerrar los ojos. Desde que salí del colegio, en medio de mis penas, mi propia independencia me sirvió de consuelo: en adelante, aunque me trataran bien, sería una persona á quien se paga por un servicio de carácter doméstico. Nunca he olvidado que al recibir los quince duros del primer mes tuve que correr á encerrarme en mi cuarto para que no me vieran llorar.

V

Vivían con la Marquesa su nieto el Conde de Palmares, guapo mozo de veintitrés años, y la madre de éste, Condesa viuda del mismo título, que confesaba cuarenta. Diez habían pasado desde el fallecimiento de su marido, el hijo de mi protectora; la cual, por amor á su memoria y por cariño al huérfano, al ocurrir aquella desgracia no quiso separarse de éste ni de su madre. Ocupaban ambos habitaciones apartadas de las de la Marquesa, haciendo vida enteramente distinta. Casi nunca comían juntos, pues la señora mayor, atenta á su sadud, gustaba de horas fijas; la Condesa andaba casi siempre convidada, y el muchacho iba ya declarándose independiente. Intentaré, ahora, presentar á los dos últimos con pocos rasgos; que, después, ellos solos acabarán de dibujarse.

Si la Marquesa de Arantines merecía ser citada como tipo de la verdadera dama á quien el abolengo y la riqueza sirven para que brillen su ingenio y su bondad, la Condesa viuda de Palmares, por el contrario, pertenecía al número de las que, ensoberbecidas por la belleza y la fortuna, tienen de sí tal idea, que se hacen insufribles al prójimo. Era, mejor dicho, había sido soberanamente hermosa; esbelta, de singular gallardía, las facciones muy correctas, la tez blanquísima. Desgraciadamente, su inteligencia no corría parejas con su belleza, faltándole tacto hasta para cuidarse y componerse: así, teniendo los ojos negros como el azabache, incurrió en el error de enrubiarse el pelo con un tono casi rojo, mal escogido, que daba á su fisonomía aspecto desapacible y duro; le dijeron, por la regularidad de líneas y la blancura del cutis, que tenía cara de estatua, y ella, temiendo perder encanto, para no alterarse, apenas sonreía, con lo cual siguió pareciendo muy escultórica, pero sin pizca de gracia; estaba admirablemente formada, y en lugar de dejarlo adivinar con aquel discreto arte que tanto importa, se vestía de modo que casi no dejaba ganas de verla desnuda. En un palco ó en un baile, ya sentada con majestad de reina

ó deslizándose sobre la alfombra de un salón con serenidad de figura bíblica, su triunfo era seguro; en la íntima soledad de un gabinete brillaba mucho menos, como acontece infaliblemente á toda la que, prendada de sus encantos, considera debida la adoración del prójimo. Además, su afán de parecer dueña de sí la privaba de naturalidad, desapareciendo su verdadero sér bajo la tiesura de ese empaque físico y moral propio de las actrices vulgares, cuando hacen papel de gran señora. Frívola y poco impresionable, no leía más que revistas de modas ó relatos de crímenes: su índole oculta por el disimulo, su genio comprimido por el fingimiento, no surgían sino en los momentos de enojo: entonces pecaba de mordaz y hasta deslenguada; como si, por secreto atavismo, sintiera la nostalgia del arroyo: en cambio, cuando algo la interesaba, de puro mimosa parecía deshacerse; pero atenta siempre, por muy dulzona que pareciese, á que no se le descompusiera el semblante ni se le desarreglaran las ropas. Aunque la hipocresía de buen tono, que es el más aristocrático de los vicios, tomaba en su pensamiento y sus labios apariencias de virtud, estaban en ella muy desarrolladas ciertas aptitudes amatorias, frecuentes en las que alar-

dean de rígidas; y como no era lista, á veces, descubría la hilaza: yo la oí decir una vez, sin saber ella que repetía la frase de la famosa Marquesa de Longueville: «Á mí no me gustan las diversiones inocentes»; y en otra ocasión preguntaba: «¿Por qué darán los hombres tanta importancia á lo que nosotras tan poca?» Era, en fin, un notable ejemplar de la criatura deliciosa para mirada y funesta para tratada en que seguramente pensaron San Máximo al decir que la mujer es «naufragio del varón» y San Anastasio Sinaita cuando la llamó «consuelo del Diablo y víbora vestida».

Su hijo Gonzalo nació enfermizo y débil. Cuentan que, al verlo tan enclenque, dijo su abuela, aludiendo á la vida que la mamá hizo durante el embarazo: «Este pobrecito viene cansado de tanto trasnochar.» Por iniciativa de la buena señora lo criaron en Palmares, magnífica hacienda propiedad de la misma, donde permaneció confiado á la familia de un administrador hasta los quince años; cumplidos los cuales, sin sacarle de la finca, le pusieron de preceptor un cura de poquísima ilustración, pero muy bondadoso y que, por haber andado en emigraciones y destierros gran parte de su juventud, poseía bastante bien el francés y el

italiano. Estos idiomas y algo de lo que constituye la llamada segunda enseñanza, fué cuanto pudo comunicar á su discípulo; quien, por fortuna, entre aire puro, alimentación sana, mucho ejercicio y poco esfuerzo intelectual, se fortaleció sobremanera; mientras su madre resplandecía en fiestas y saraos. No dejaba, sin embargo, de ir á verle, aunque no tan á menudo como la abuela y el padre. En traerle á Madrid pensaba éste seriamente poco antes de morir: la viuda suspendió el proyecto, deseosa, según ella, de que se robusteciese; en opinión de otros, para ocultar que tenía hijo tan talludo. Pasados otros dos años, el cura dijo á la Marquesa que allí el chico no haría ya sino enrustiquecerse; y ambos, de acuerdo, propusieron á la madre que aquél se lo llevase una larga temporada al extranjero, para que se perfeccionara en el francés y aprendiese algo de inglés. En carrera científica ó literaria no era prudente pensar: primero, como decía el capellán ocultando con caritativo eufemismo la tarda inteligencia de su discípulo, «á causa de que la cabeza de don Gonzalito no estaba para esfuerzos extraordinarios», y segundo, porque éste miraba los libros con olímpico desprecio. Á la Condesa le halagó la idea de poder decir que su hijo estaba

concluyendo de educarse fuera de España para luego ser diplomático, y aprobó el proyecto. Fuéronse, pues, el clérigo y el Condesito á París y Londres con propósito de pasar allí dos años; mas al concluir el primero, teniendo ya el muchacho diez y ocho, el cura escribió á la Marquesa diciéndole, entre quejas y distingos, que, no por ser el chico de mala índole ni haberse picardeado, sino sencillamente porque la edad hacía su oficio muy aprisa, ya no era posible sujetarlo.

Con pretexto de ver Italia, aún se prolongó la tutela algunos meses; hasta que, hallándose en una de las mejores fondas de Roma, y á raíz de cierta aventura en la cual hizo el Condesito sus primeras armas amorosas (colocando en situación poco lucida al marido de una dama inglesa), quien escribió á la abuela con la mayor osadía fué el propio Gonzalo, diciendo que estaba harto de preceptor, y que, si no se lo quitaban, pronto habrían de arrepentirse. Surtió efecto la amenaza, y se les dió la orden de regreso.

Pocos días antes de esto hice mi visita á la Marquesa pidiéndole protección, y fuí acogida como queda dicho. Á la semana siguiente, estaban en Madrid el cura y Gonzalo, retirándo-

se el primero á Palmares y tomando el segundo posesión de sus habitaciones.

¿Me hubiese amparado la Marquesa, del modo que lo hizo, si supiera que tan pronto iban á juntarse bajo el mismo techo un mozo como su nieto y una joven como yo? ¿Le parecería luego poco caritativo despedirme? Prefiero creer que me consideró lo bastante formal para fiarse de mí. Ello fué que Gonzalo y yo llegamos á la casa con un par de semanas de diferencia.

El retrato del Conde, que así, naturalmente, se le llamó desde el primer momento, es fácil de bosquejar. En lo físico, se parecía á su madre: era de gallarda presencia, guapo y fuerte: el campo y los viajes le habían robustecido. En lo intelectual y moral, confieso que no supe conocerle hasta pasado bastante tiempo. Al principio, me pareció de ingenio adocenado, pero blando de corazón; y aun la misma tosquedad y rudeza que le imprimió la crianza campesina, no atenuadas por los viajes ni corregidas por la influencia del cura, se me antojó que le daban cierto carácter de hidalgo antiguo, leal y franco, bonachón y sencillo; mas por cima de estas cualidades prevalecían en él la voluntad soberbia y el ardimiento imperioso, que le

impulsaban á encapricharse con vehemencia y atreverse con osadía: niño grande que, acaso por ternura ingénita, se arrepintiera presto del mal que hiciese y del dolor que causara; niño, también, en olvidarse fácilmente del daño que produjese, y, sobre todo, en la carencia absoluta de energía para ponerle remedio. Era, en fin, de esos hombres á quienes el deseo hace temibles: cuando aman ó imaginan amar, pecan de impulsivos; iguales riesgos corren en sus acometidas la inocencia y la coquetería; la mujer que resiste les exaspera; la que los provoca se pierde; el rubor no les contiene, ni les desarma el llanto: diríase que en su organismo la animalidad se enseñorea de la razón; y que, arrojándose sobre la belleza como la fiera sobre la carne, la devoran sin saborearla. Defenderse de estos salteadores de amor, tanto más temibles cuanto más jóvenes, y conservarlos cuando nos han vencido, es el mayor empeño en que puede verse comprometida una pobre mujer. Si yo hubiera tenido en aquel tiempo la experiencia que hoy, habría adivinado que Gonzalo, sin tener mala índole, era extremadamente peligroso.

Servía de asesor y consejero á la Marquesa y á su nuera, en lo referente al manejo y admi-

nistración de sus bienes, don Rómulo Blancas, hombre de cuarenta ó pocos más años, alto, delgado, anguloso, morenucho y francamente feo, aunque sin nada repulsivo; rico, de ameno trato; de tan enérgica voluntad y claro entendimiento, que, según los aplicaba, podía hacerle á uno el beneficio ó el daño que quisiese; era, sobre todo, muy enamoradizo y mujeriego: así que, dadas aquellas otras condiciones, resultaba temible; porque, conociendo su carencia de encantos físicos, ponía en juego, para compensarla, su talento, y para hacerla olvidar, su esplendidez.

Vivía este hombre en una casa, propiedad de la Marquesa, contigua á la que ésta y su nuera habitaban y con la cual tenía comunicación por una puerta que desde el escritorio de él daba acceso á una galería llena de cuadros, macetas y muebles comodísimos, donde ambas señoras gustaban pasar largos ratos y aun recibir á personas que no fuesen de cumplido.

Antiguamente, no existía pasadizo entre ambas fincas, y la historia de la mencionada puerta explica la situación de Rómulo Blancas respecto de aquella familia. Blancas entró como ayudante ó escribiente de un administrador viejo, á quien no he conocido: muerto éste, here-

dó el cargo con la habitación que le daban; y después, á fuerza de inteligentes servicios y de ingeniosa astucia, se hizo necesario. Ponderando con habilidad suma las dificultades, y venciéndolas, sacaba al Conde de apuros para que pudiese pagar deudas de juego ó mostrarse generoso con aventureras, á quienes regalaba como á damas, y con señoras que cobraban como perdidas. Hasta le hacía servicios que, siendo menudos, parecían inapreciables, como mandarle avisos, redactarle cartas, buscarle escondrijos, justificarle ausencias y favorecer cuanto aumentase su libertad, ahorrándole disgustos con su mujer y su madre: de manera que Palmares, entre agradecido y dominado, acabó por tratarlo, no como á administrador más ó menos útil, sino como á confidente y cómplice, sin el cual no sabía ni podía dar un paso.

Respecto de la Condesa, la conducta de Blancas fué igualmente astuta y todavía más censurable. Comenzó por adularla, no cara á cara, sino en ausencia y procurando que se enterase; luego, según ella fué concediéndole confianza, la ayudó con préstamos y anticipos á emprender gastos y viajes costosos, á salir de trampas, á tapar la boca á joyeros y modistas;

después, con labor finísima, ascendió á depositario de secretos é interioridades donde los tapujos, devaneos é imprudencias casi llegaban á culpas, y, por fin, dos años antes de morir el Conde, seguro del terreno que pisaba, aprovechando hoy una factura saldada, mañana un capricho satisfecho ó un disgusto evitado, presentó su candidatura de amante.

Dicho sea en honor suyo, algo resistió la Condesa; pero un día Blancas la cogió sola en su gabinete y entre protestas de pasión le explicó, con pruebas al canto, que la fortuna de la casa estaba comprometida y que el Conde era incapaz de salir del atolladero; acabando por declarar que él, si no le concedía el supremo favor á que aspiraba, se separaría de ellos, pues lo único que pudiera retenerle allí era el ver recompensado su amor, á cambio de lo cual prometía el más absoluto secreto y la aplicación de todas sus fuerzas al engrandecimiento y prosperidad de su amada. Finalmente, valiéndose de estar ya entonces el Conde muy enfermo, hasta tuvo la osadía de decir á la futura viuda que por su gusto le sucedería con todas las de la ley, pero que no quería privarla de ostentar el título, que habría de perder si por segunda vez se casaba. Debió ella de calcular-

lo y pesarlo todo poniendo en un platillo de la balanza las condiciones del pretendiente y en otro su propia conveniencia, y como ésta, de fijo, pesó más, se dejó convencer.

Entonces fué cuando, con objeto de evitar que Blancas saliera desde sus habitaciones á la calle para entrar á las del enfermo, se abrió la puertecilla de comunicación. De ella hacían uso los amantes con gran cautela; siendo solamente poseedores del secreto el criado de Blancas, una doncella de la Condesa, cómplices del contubernio, y yo, que por casualidad lo descubrí. La Marquesa jamás lo supo, y á buen seguro que no lo tolerase: primero, por cariño á su hijo, mientras era vivo; luego, por respeto á su memoria, y, finalmente, porque todo lo que tenía de compasiva con cuantas combinaciones amorosas caben entre verdaderos enamorados, se trocaba en intransigencia contra los que, aparentando pecar por amor, pecan por codicia, y éste era precisamente el caso de Blancas y la Condesa.

Debo advertir que la ignorancia de la buena señora nada tenía de particular, porque sobre que los tres hacían vida diferente, no frecuentando los mismos sitios ni tratando á las mismas familias, los amantes, en presencia de la

Marquesa, procedían con la mayor prudencia, y á veces la buscaban para quejarse y murmurar uno de otro. Años atrás no hubieran podido engañarla, pero estando ya vieja, achacosa y casi siempre recluída en sus habitaciones, les fué fácil lograrlo.

Murió el Conde, según se puede observar, no sin cierta oportunidad: la viuda le llevó luto con discreta elegancia, y pasado el año de rigor, más cuatro ó seis semanas de piadosa añadidura, comenzó á ser celebrada como una de las señoras mejor vestidas de Madrid. Esto en lo referente á trajes y tocados visibles á todo el mundo; que respecto de la ropa interior, pudieran envidiar su lujo las que más caro se venden. Con razón cierto día que cometió la imprudencia de vestirse de pies á cabeza en presencia de una amiga íntima, encantada ésta por la finura de las batistas, la riqueza de los encajes y el primor de los calados, le dijo, entre asombrada y envidiosa: «¡Ay, hija, el ángel que te viese así, no volvía á entrar en el cielo!»

Conocidas ya las figuras de las tres personas de la familia y la de Blancas, que casi siempre estaba con ellas, diré cómo vivían.

El Condesito, ya atraído por amigos, paraba poco en casa; la Condesa viuda lucía en teatros

y saraos, pero sin retirarse demasiado tarde, en lo cual imitaba á Blancas, que también se recogía temprano; ni el hijo ni la madre comían más de dos días por semana con la Marquesa: de modo que quien estaba casi constantemente con ella era yo. Por la mañana salíamos en coche, apeándonos, si el tiempo lo permitía, para andar largo rato: después de almorzar, solía entretenerse mirando y arreglando sus colecciones de abanicos, esmaltes, telas y flecos antiguos, ó me dictaba cartas llenas de discreción y sazonadas de gracia. Algunas tardes hacía visitas á señoras de su época: yo entonces no iba, ó la esperaba en el coche; pero tal deferencia usó siempre conmigo, que, caso de mandarme subir acompañándola, jamás me dejó en antesalas ó recibimientos, sino que, apoyándose en mi brazo, me entraba donde ella: harto sabía que yo era discreta para olvidar lo que oía y prudente al contestar si me hablaban. Después de comer le leía periódicos españoles ó franceses y libros, mostrando en la elección de ellos un gusto muy personal é independiente, pues no los quería sino verdaderamente serios ó que la divirtiesen mucho: así, unas veces escuchaba con callada fruición capítulos enteros de la *Guía de Pecadores,* de Fray Luis de

Granada, y otras hacía saladísimos comentarios de aquellos *Recuerdos* y *Memorias* escritos por damas y caballeros franceses que pintaron la corrupción cortesana del siglo XVIII. También se deleitaba en charlar conmigo de las cosas del día ó de la obra que acababa de oir, sorprendiéndose de que yo hubiese leído tanto. Como era tolerante y nada hipócrita, hablábamos con cierta libertad; ella, hasta con calor; pero jamás la escuché frase indecorosa ni pensamiento sucio, aunque sí algunos sobremanera atrevidos.

Fácilmente se comprenderá que, por mucha benevolencia que la Marquesa desplegase conmigo, al fin y al cabo yo no era más que una criada distinguida, y este modo de pasar la juventud me hacía compararme á esas pobres flores que se marchitan en una estufa sin que las admire nadie. La misma señora, dándose cuenta de ello, solía decirme: «Peor podrías haber caído... y, sin embargo, es cruel que vivas sola con esta pobre vieja.» Y otras veces, ampliando su pensamiento: «Debía venir por aquí un hombre capaz de comprender lo que vales y lo que mereces.»

Ignoraba que los dos hombres que más cerca teníamos habían puesto en mí los ojos: Blancas,

apenas entré en la casa; Gonzalo, en cuanto llegó: y ambos con tal tenacidad, que me dieron muy malos ratos. No fué culpa mía: si se enamoraron, cada cual á su modo, fué porque yo estaba en plena sazón de belleza. Sé que hablo con poca modestia, pero me he propuesto ser sincera: igual diré mis pecados, cuando llegue la ocasión. Lo cierto es que en mí se juntaban la frescura de la juventud y el encanto propio de la mujer que, aun privada de exteriorizarlo libremente, ya conoce el poder del amor.

De esta hermosura malhadada se prendaron Blancas y Gonzalo. Lo que me sucedió con ellos, mejor dicho, lo que ellos y alguna otra persona hicieron conmigo, explica cuanto he sido luego. Tengo, pues, empeño en referir lo que me pasó en esta casa, y cómo salí de ella; pero lo haré rápidamente, sin gran lujo de pormenores, para llegar pronto á sucesos y lances de mi vida que pueden despertar interés y mover á piedad.

VI

Blancas me vió por primera vez en el cuarto de la señora, hallándose presente la Condesa, y, aunque tuvo buen cuidado de no revelar lo que le gusté, se lo conocí en seguida. Desde entonces, comenzó á buscar ocasiones de encontrarme en galerías y pasillos, y tomó la costumbre de frecuentar las habitaciones de la Marquesa, lo cual le era fácil, dada la libertad que allí disfrutaba. Ponía yo la mayor prudencia en esquivarlo, á riesgo de parecer huraña; mas algunas veces no hallaba modo de evitar sus galanterías, por cierto impropias de mi condición; como llamarme «señorita», mientras no podían oirle, ó cederme el paso ante las puertas, cuando nadie había que nos viese. Necesité estar continuamente en guardia, hacer prodigios de habilidad y astucia para que no me cogiese á solas. Pasaron unos cuantos meses;

él, mostrándose audaz; yo, precavida: luego, de pronto, por un caso fortuito que me produjo verdadero asombro, descubrí el secreto de sus amores con la Condesa: me figuré entonces que disponía de un arma contra él, y que podría tenerle á raya; pero presto me persuadí de que el descubrimiento era inútil. Refiero, sin embargo, cómo sucedió esto, por la trascendencia que para mí tuvo posteriormente.

Sabía yo, por burlas y reticencias de la doncella de la Condesa, que la intimidad de ésta con Blancas era algo sospechosa, mas nunca di completo crédito á semejante habladuría; cuando, de pronto, yo misma vi á la pareja en un momento de triste intimidad, mil veces más expresiva que el más deshonesto abandono.

La señora había estado enferma: ya se sabe que para mí la señora era la Marquesa. Gertrudis, que era la primera doncella, y yo, veníamos alternando en el cuidado de velarla, y una noche me tocó quedarme. Eran las dos de la madrugada. Estaba leyendo en una butaca no lejos de la cama, con la luz dispuesta de modo que no la molestase, cuando de pronto me pareció que se quejaba: agucé el oído, miré hacia el lecho y vi que se había incorporado con grandes señales de dolor; en fin,

se puso tan mal, que me asusté mucho. Toqué el timbre y vino Gertrudis. Pasado un rato, observando que se agravaba por momentos, determiné avisar á la Condesa, y salí en busca de su doncella para que la despertase. Como conocía palmo á palmo la casa, eché á andar encendiendo al paso las lámparas eléctricas en unos sitios y en otros no, bastándome para no tropezar el resplandor que iba quedando á mi espalda; hasta que, en el cruce de dos anchos corredores, donde estaba el ingreso de las habitaciones de la Condesa, vi por las rendijas de la puerta que dentro había algo de luz; y teniendo en cuenta las distancias, me dije: «No está en el gabinete, sino en la alcoba; pero aún no debe de haberse acostado.» Entonces, en vez de seguir en busca de la muchacha, cuyo cuarto aún distaba mucho de allí, se me ocurrió entrar directamente y hablar con su ama. Intenté abrir la puerta grande: la hallé cerrada; y, con la prisa propia del caso, sin pensar más, fuí hacia la puertecilla de escape que ponía en comunicación el dormitorio con tres habitaciones, que eran la pieza del baño, otra llena de armarios y el tocador. Entré; y, contra lo que supuse, en ninguna de ellas había luz. La escasa claridad que se percibía,

bastante apenas para no tropezar en los muebles, procedía del gabinete. Anduve despacio, y al llegar al medio del tocador quedé inmóvil, como si me hubiesen fijado los pies en la alfombra que amortiguaba el ruido de mis pisadas. No es fácil describir el cuadro que contemplé.

En el gabinete, que era grande y suntuoso, estaban solos la Condesa y Blancas, sin más luz que una lámpara, muy pequeña, con pantalla de seda, puesta sobre la chimenea: por esto, desde fuera, se notaba tan poco resplandor. En una mesita se veían una botella de Jerez, una copa y un plato de cristal con bizcochos. La Condesa, que asistió aquella noche á una fiesta, acababa de quitarse, no sólo un magnífico abrigo blanco de piel rizada de Mongolia, sino también el traje de gasa rosa, y hasta el corsé, dejándolos en el sofá. De las galas que momentos antes luciera, no conservaba puestas sino la camisa y el pantalón, adornados de ricas puntillas, las medias de seda gris perla, que harmonizaba con el rosa del vestido, y los zapatos de este mismo color. Estaba echándose encima, de cualquier manera, una bata preciosa de crespón amarillo muy claro, con lazos de un suave tono malva. Estu-

diadamente, dejaba sin anudar las cintas, y como la camisa, por exigirlo el traje que llevó, era escotadísima y sin mangas, al menor movimiento descubría el pecho, de blancura marmórea, pero ya tan blando y caído, que la sutil batista quedaba en unos sitios tirante y en otros arrugada por el triste vaivén de su volumen y su peso. El rostro, quizá merced á la escasa luz y finura de los afeites, no carecía de encanto; aunque el tinte rubio tirando á rojo del pelo, daba ingrata dureza á las facciones. Las piernas, los hombros y los brazos conservaban líneas de estatua; por el contrario, las caderas, el vientre y el talle habían perdido toda esbeltez y gentileza. Los alardes de lujo y primores de elegancia, en vez de favorecerla, casi la perjudicaban, mostrando su terca lucha contra lo irremediable: era una ruina ante la cual el alma se sentía invadida por la tristeza que inspira el acabamiento de lo bello. Hubo un instante, menos de un segundo, algo tan breve como un relámpago de tiempo, en que la vi primero palparse con ambas manos los pechos temblorosos y fláccidos, en seguida mirarse rápidamente á un espejo cercano, y después, apartando las palmas de su cuerpo y del cristal la vista, fruncir los labios con un gesto de indecible amar-

gura. La odié más adelante por el daño que me hizo; pero entonces me dió lástima...

Blancas estaba sentado en el sofá, junto á las prendas, sin duda tibias todavía, que ella acababa de quitarse... y profundamente dormido.

No cabía duda: mientras la pobre mujer, por comodidad ó coquetería, se desnudaba ante él despojándose hasta del corsé, el hombre se había dejado vencer del sueño. Jamás he visto cuadro tan lamentable. Lo abarcaron mis ojos en menos tiempo que cuesta referirlo: fué cosa de un momento: la revelación fugaz y penosa de algo que pudiera ser profético: sentí como si una voz me dijese al oído: «Hoy, esa; mañana, tú.»

No quise sorprender aquella escena muda de dolor y hastío: pensé que la Condesa quizá fuese capaz de perdonarme el descubrimiento de su culpa, pero que no me perdonaría el haberme enterado del poco poder de sus encantos; y sin avanzar un paso, conteniendo la respiración, me volví hacia el cuarto de mi señora. Afortunadamente, la encontré más tranquila y pasó mejor el resto de la madrugada. La doncella, indiferente y medio dormida, ni me preguntó adónde había ido.

No estaba repuesta de las emociones de la

noche, cuando á la mañana siguiente el Condesito, que hasta entonces se había limitado á mirarme y decirme cuatro galanterías, me dió de pronto la medida de su atrevimiento. Y para que se aprecie la importancia que yo no podía menos de conceder á este primer arranque suyo, prólogo de otros más graves, recordaré que Gonzalo tenía ya veintitrés años y tan buena figura que, desde su llegada á Madrid, cuantos vivíamos en la casa observamos que las amigas de su madre, unas pensando en sus hijas, y otras por cuenta propia, se lo comían con los ojos.

El haber permanecido durante la niñez y la adolescencia en el campo, transformó al chiquillo feucho de puro débil en mozo robusto, sano y hasta guapo. Era moreno, alto; tenía negros el pelo y el naciente bigote, las facciones algo bastas, el color sanguíneo, los pies y manos, por su tamaño y forma, antes de trabajador que de señorito: todo él de aspecto más vigoroso que fino y más fornido que elegante, lleno de vida y respirando fuerza. En pocas palabras, considerado físicamente, el bello ideal de cualquier señora poco romántica. Su inteligencia no pasaba de lo vulgar, y atribuirle extraordinaria penetración sería adularle: de vivo y sagaz no

tenía gran cosa. La buena crianza, el natural afable y el barniz de cultura que dejan los viajes le hacían simpático, consistiendo su principal atractivo en el genio dulce y conciliador. Esto en el trato superficial y somero de visitas y salones; porque en la intimidad, cuando algo le llegaba á lo vivo, era impetuoso, violento, como suelen los que, careciendo de gran inteligencia, tratan de compensarla, por instinto, alardeando de energía. Añádase á esto la facilidad extrema que disfrutaba para verme y hablarme, mi condición de persona asalariada, y además, ¿por qué no decirlo?, mi hermosura, que hasta sin pretenderlo daba pábulo á su deseo, y aun así será difícil comprender la resistencia á que tuve que apercibirme y la entereza que me obligó á desplegar, en un principio, para rechazarle.

En cambio, aunque quien lea esto sospeche maliciosamente lo contrario, no me fué preciso sofocar en mí el más leve deseo: ni el verme requerida por un joven de condición social tan superior á la mía; ni mi edad, propicia al apasionamiento; ni siquiera la tentación de aquello mismo para lo cual era solicitada y cuyo intenso halago no desconocía, nada, repito, llegó á alborotarme los sentidos ni á encender en mí

lo que los predicadores llaman el fuego de la concupiscencia; antes al contrario, la desigualdad que nos separaba me infundía miedo, y mi corta experiencia de lo material del amor me hacía rechazar la idea de conceder mi cuerpo á quien no me hiciera, desde luego, señora absoluta de su alma. Los placeres pasados dejaron en la mía un sedimento amargo: el hombre era un ser que comenzaba á inspirarme aversión: hasta entonces no había conocido uno bueno. Me acordaba de mi padre, incapaz de ternura; del que abandonó á mi madre; del sinvergüenza de mi tío; del malvado que me perdió; y temía que el Condesito fuese otro nuevo ejemplar de la misma especie.

Gonzalo y Blancas me parecían dos señores ricos codiciosos de mi cuerpo, y nada más. Pero con una diferencia: Blancas me deseaba por vanidad ó amor propio, como si considerase denigrante tener cerca una mujer hermosa sin lograrla; Gonzalo, de otro modo, más sinceramente, porque toda mi persona, desde los pies hasta el pelo, le atraía irresistiblemente. De Gonzalo, acaso con habilidad y ternura, supiera yo apoderarme; el otro sólo podría servirme de diablo protector que me llevase en coche, si me resignaba á dejarme llevar. Y con

orgullo declaro, aun á riesgo de parecer tonta de puro desinteresada, que el ardor juvenil de Gonzalo me halagaba mucho, y, por el contrario, Blancas me ofendía hasta con las miradas, antojándoseme leer en ellas la insultante seguridad de que, tarde ó temprano, suya tendría que ser. Mediante estas explicaciones, se comprenderá mejor la distinta impresión que me causaron las dos primeras y graves tentativas que, con intervalo de pocos días, hicieron ambos para decirme lo que de mí esperaban.

Según iba contando, la misma mañana de aquella madrugada en que descubrí la intimidad de Blancas y la Condesa fué Gonzalo á ver á su abuela. Yo, según costumbre cuando la señora pasaba mala noche, sabiendo que lo agradecía, en vez de retirarme á mi cuarto entré en un gabinetito contiguo á su dormitorio; y sin más que aflojarme el corsé y entornar el balcón, me eché á descansar en una *chaisse longue:* así, en caso de necesidad, podía acudir pronto. Me quedé dormida. Al cabo de un rato, me despertó de pronto no sé qué ruido, y abrí los ojos.

Á cuatro pasos, en pie, inmóvil, como clavado en el centro de la habitación, estaba Gonzalo contemplándome. Grande fué mi asombro,

y aún subió de punto al ver que no se disculpaba ni siquiera se turbaba. Rápidamente me arreglé la descompuesta falda y me levanté avergonzada; pues aunque la claridad era poca, sobraba para que hubiese visto á sus anchas lo que en mí descubrieran la libertad del sueño y la dejadez de la postura. No me atreví á increparle; pero mi rubor y el gesto de desagrado que hice le expresaron mi enojo. Sin cortarse, con la mayor naturalidad, dijo:

—He visto en los museos de Europa muchos cuadros de diosas dormidas: ¡como éste, ninguno!

—No creo—repuse poniéndome en pie y temblándome la voz—que el estar usted en su casa y ser yo lo poco que soy en ella le autorice para ofenderme.

—¡Si yo no la ofendo! Vengo á enterarme de cómo está la abuela, hablamos diez minutos, la dejo adormilada, salgo, y en vez de irme por el salón, paso por aquí... La veo á usted descansando, me detengo, y nada más. Era imposible pasar de largo. La ofensa hubiera sido despreciar los ojos lo que tenían delante.

Confieso que en aquel momento no me pareció tan tonto como le juzgaba. Sin embargo, pensando que la más leve sonrisa en semejante

ocasión fuera el colmo de la deshonestidad, me puse muy seria, y bajando modestamente la cabeza eché á andar para salir del gabinete. Conoció la intención, y colocándose velozmente ante la puerta, dijo:

—¡Quiá! El momento es precioso. La abuelita no ha de levantarse; sabiendo que usted está aquí por si ella llama, nadie ha de venir; mi madre no se habrá despertado... Estamos seguros, y tiene usted que oirme.

—Será á la fuerza, por no dar un escándalo, en que yo saldría perjudicada; pero lo que usted hace no es propio de caballero, y yo mañana me marcharé de esta casa. Tendrá usted la satisfacción de haberme quitado mi manera de vivir.

—Lo que es propio de un caballero es enamorarse de una mujer como usted. Y en cuanto á marcharse... me parecería una ingratitud que dejase usted abandonada á mi abuela... porque no va á ser mamá quien venga á cuidarla. Con que, hablemos.

—Ni debo ni quiero escucharle á usted.

—Bueno—contestó sonriendo—; usted no debe, pero yo la obligo... humildemente. Es un caso de fuerza mayor; miedo insuperable, que dicen los letrados. ¿Por qué no quiere usted oirme?

—Porque lo que hablan un hombre de su

condición de usted y una mujer de la mía sólo sirve para que ella, por prudente que sea, salga perdiendo. Lo dicho: si se obstina usted en perseguirme, me iré.

—¿Marcharse? ¿Y quién le va á leer á la abuela las novelas francesas? Vamos, usted que tanto ha leído, ¿no ha visto nunca que un hombre que tenga un poco de dinero se enamore sinceramente de una mujer hermosísima? ¿Es preciso andar á la cuarta pregunta para que le escuchen á uno?

Tales pensamientos no eran de sabio; pero, repito, que tampoco me pareció tonto. En su modo de hablar había mucha vehemencia y ni asomo de grosería; á pesar de lo cual, no desarrugué el ceño ni mostré blandura.

—Sea usted franca—prosiguió—: ¿es imposible que se entiendan una rica y un pobre, ó al revés?

—¿Ve usted cómo me ofende? ¿Qué es lo que llama usted entenderse?

—Quererse mucho... Nada más.

Realmente, dichas así las cosas, no había ofensa. Mi rostro no perdió, sin embargo, su expresión de severidad.

—Pues, sí, señora—continuó—; es posible que se entiendan.

—Lo seguro es que acaben mal; sobre todo ella, cuando es la pobre. Y basta, señor Conde: ya le he escuchado á usted; déjeme usted salir.

—Pero quedamos en que no la he ofendido y en que seguiremos hablando... y le advierto á usted que en lo de quererse mucho, entra todo.

Me había yo aproximado á la puerta y estaba á punto de trasponerla, cuando de pronto extendió los brazos y, por sorpresa, me oprimió entre ellos, pero sin brutalidad, suavemente. No se puede decir que hubiese abuso de fuerza, porque apenas me oprimió. Si el acto fué reprobable, el modo no pecó de violento ni grosero. Luchar, gritar, era perderme. Aunque quien llegase presenciara mi resistencia, siempre quedaría en pie el hecho consumado de que el Conde me abrazaba, y podría decir: «¡Sabe Dios lo que habría pasado antes!» Ó «¡Hasta que llegó gente no dió voces!» Lo que hice fué encoger el cuerpo y escurrirme deslizándome de entre sus brazos.

Después, al ver que seguía plantado ante la puerta, cerrando el paso, retrocedí, y dejándome caer en una silla rompí á llorar calladamente, como quien sabe que el más leve sollozo basta para atraer testigos que descubran su do-

lor y publiquen su afrenta. Y entonces sí que me pareció fino, pues aquel mocetón fornido y vigoroso á quien juzgué brusco y grosero—por lo que todos contaban de él—, al verme llorar, se arrodilló delante de mí, me pidió perdón, y sin que pudiera evitarlo, hasta me besó las manos, diciéndome tan dulces disculpas, que si por la osadía era merecedor de castigo, por el arrepentimiento inspiraba misericordia.

Á pesar de esto, me mantuve muy digna: retiré las manos y severamente, pero sin aspavientos, le supliqué:

—Por última vez, señor Conde, déjeme usted marchar...

—Pues no vuelva usted á llamarme señor ni Conde, y prometa que hablaremos.

—¡Mire usted que me iré de la casa!

—La buscaré á usted donde vaya.

De repente, sonó el timbre del dormitorio de la señora: me puse en pie y me enjugué las lágrimas. No hizo ademán de detenerme; pero en el momento de ir á trasponer la puerta me cogió suavemente por una muñeca diciéndome con cierta fiereza en que había mucha ternura:

—Perdóneme usted: soy algo brusco, pero es que, como la quiero á usted de veras, estoy resuelto á que hablemos.

Sonó el timbre otra vez, y eché á andar mirándole de manera que leyese en mis ojos todo lo que no le podía decir: que se equivocaba; que no era yo mujer para un capricho; que me había lastimado. Claro que tales cosas no hay mirada que por completo las explique; mas algo debió de comprender, porque al pasar yo ante un gran espejo en la habitación inmediata, vi en él reflejada su figura; y observé que se había quedado en pie, inmóvil, igual que se me apareció cuando desperté; pero no estaba sonriente, ufano ni vanaglorioso como hombre que saborea el primer lance de una conquista fácil, sino pensativo y ensimismado, cual si realmente tuviera para él gran importancia lo que acababa de suceder. ¡Yo sí que entonces quedé pensativa y cavilosa! Pues si aquel muchacho no hacía más que poner cerco á mi hermosura, harto segura estaba yo de la respuesta que habría de darle; pero si continuaba diciendo que me quería de veras, ¿qué le iba á responder... y qué era lo que debía callar?

Aunque desde aquella mañana estuvo más prudente, comprendí que andaba buscándome las vueltas y que, en el momento menos pensado, tendríamos otra escena parecida. Lo impo-

sible de imaginar fué lo que hizo, y referiré más adelante.

Y vamos, ahora, con el otro pretendiente, que, por ser de distinto jaez, merece párrafo aparte.

VII

Convaleciente la señora, estábamos ella y yo una tarde en su gabinete, cuando entraron, con minutos de diferencia, primero la Condesa y luego Blancas. Me levanté para irme, lo cual, por cierto, era un acto en reconocimiento de mi servidumbre, que siempre me molestaba; y al verme marchar, dijo la señora:

—Oye, Juanita: voy á darte un encargo. Mañana, de doce á una, que es la hora á que ella vuelve de sus pruebas y sus compras, vas á ir á casa de *mademoiselle* Marcela: le dices que estoy mejor, que puedo salir y que mande inmediatamente el sombrero negro: no envíes recado ni escribas, ¿eh?, y métele prisa. Es muy pesada, y por eso quiero que vayas tú misma. No hemos estado allí más que una vez, pero supongo que te acordarás de la casa.

—Sí, señora... pasada la Glorieta de Bilbao;

no recuerdo el número, pero conozco la casa: en la planta baja hay una tienda pintada de rojo.

—Esa es.

Blancas, que, según acabo de decir, estaba en el gabinete, se enteró perfectamente de dónde y á qué hora tenía yo que ir.

Al otro día hice el recado, y como la *mademoiselle* me enseñó el sombrero concluído, sabiendo lo que á la señora le gustaban estas pruebas de querer agradarla, en vez de decir que lo mandaran, rogué que lo envolviesen en un gran pliego de papel de seda para llevarlo yo misma.

Era uno de esos primeros días de verano en que el ramaje de los árboles, ya cubierto de hoja tierna y brillante, destaca sobre el azul intenso del cielo; la luz viva y la atmósfera diáfana lo envolvían todo, produciendo sensación de dulce bienestar; se respiraba á gusto: una mañana hermosísima. Salgo del portal de la sombrerera, echo á andar de vuelta, y á los pocos pasos, al atravesar una calle, oigo que me llaman por mi nombre: miro, y de manos á boca me encuentro con la figura alta, espigada y seca de Blancas, en cuyo rostro anguloso y cetrino se dibujaba su doble expresión característica de amabilidad

y energía. Se colocó á mi lado, y, de buenas á primeras, con la mayor serenidad, me dijo:

—En vez de ir hacia el centro, hágame usted el favor de que vayamos un momento hacia arriba, que habrá menos gente. Deseo hablar con usted.

No esperaba el encuentro, pero tampoco me sorprendió. Indudablemente, Blancas sabiendo desde la víspera dónde podía encontrarme, aprovechaba la ocasión. Resuelta yo también á no desperdiciarla para cortar de raíz sus pretensiones, primero fingí gran asombro y luego puse cara de pocos amigos.

—¿Le ha mandado á usted la señora en busca mía?

—No, hija; no sea usted cándida: vengo por cuenta propia.

—Pues no sé qué pueda usted tener que decirme.

—Una mujer tan lista como usted debe adivinar por qué y para qué la busca un hombre como yo. Ni usted es tonta ni yo tengo carácter para hacer niñerías: conque... permítame usted que juguemos á cartas vistas.

—Señor Blancas—contesté secamente—, ni yo puedo permitirme jugar con usted, ni tolerería que usted pretendiese jugar conmigo. No me

obligue usted á que diga á la señora Marquesa que si he tardado, usted ha tenido la culpa.

—No hará usted torpeza semejante: una mujer tan guapa no puede decir que la han entretenido un rato sin exponerse á que supongan que ella ha hecho algo para procurarlo. Más vale que me oiga usted con calma. En cinco minutos está dicho todo: aquí nadie nos ve: hasta he tenido la precaución de dejar lejos el coche.

Hablaba sonriendo, y, no obstante su impertinencia, con cortesía y deseo de hacerse perdonar.

—Sí—continuó—; éste es un atrevimiento grande, pero en casa no hay ocasión, y yo la he buscado. En fin, yo quería decirle á usted que somos libres; ni usted ni yo estamos casados, y todo hombre tiene derecho...

—Y nosotras—repuse atajándole—tenemos el de no escuchar.

Sin cortarse, siguió:

—Eso, con un desconocido, no conmigo... Permítame usted hablar. ¡Si le cuesta á usted menos violencia, y en seguida la dejo!

—Pues que sea poco, y acabemos en paz.

—Su tranquilidad de usted es precisamente la que deseo, pero no la tranquilidad de un momento, sino la de toda la vida.

Tuve que escucharle, so pena de pegarle un bufido llamando la atención de las gentes que pasaban á nuestro lado. Habló poco, y no pudo hacerlo con mayor claridad.

—¿Ha pensado usted—me preguntó, poniéndose muy serio—en el día de mañana? ¿Dónde va usted á ir cuando falte la Marquesa? ¿Á otra casa de iguales condiciones? ¿Encontrará usted señora como ella? ¿Cometerá usted consigo misma la crueldad de vivir siempre sometida á la voluntad ajena por un mal puñado de duros al mes? ¿Ó incurrirá usted en la tontería de casarse con quien no pueda mantenerla y quizá no sepa apreciarla?

—¿Y quién le autoriza á usted para entrometerse en mi vida?

Sin contestar, continuó su razonamiento:

—¿Se entregará usted á un obrero más ó menos honrado, pero ordinario y tosco, acaso brutal? ¿Aceptará usted por marido á un señorito de mala muerte, ó á un empleadillo? ¿No comprende usted que á la corta ó á la larga tendrá usted que trabajar para el que sea, ó acostumbrarle á que haga la vista gorda? Es usted demasiado inteligente y hermosa para ser feliz en tales condiciones. Yo la ofrezco porvenir distinto.

¡Qué daño me hicieron sus palabras! Ignoraba él que ni aun con aquello que le parecía mezquino ó incapaz de procurarme la dicha podía yo soñar. Aprovechando la turbación que se apoderó de mí, continuó:

—Usted ha venido observando que en casa, sin comprometerla, la miro cuanto puedo... ¿Quiere usted la demostración, la prueba del interés que me inspira y de aquello á que estoy dispuesto? Pues allá va, que yo no tengo años para cortejarla y perseguirla como un estudiante...

—Por lo visto, se ha propuesto usted humillarme y martirizarme. ¿Por qué?

—Á una mujer que me pareciese vulgar, no me atrevería á hablarle de este modo: á usted, sí. Óigame usted bien. En vez de ese porvenir, incierto por lo menos, yo le doy á usted resuelto el problema de la vida. ¿Recuerda usted la casa donde ahora está? ¿Sabe usted lo que eso representa? ¿Sabe usted que vivir así supone llamar al mejor médico cuando una está enferma, marcharse en verano donde hace fresco y en invierno donde hace calor, verse admirablemente servida, vestirse como la primera?... Y note usted que, como la conozco, hablo poco de galas, trapos, coches y alhajas.

En fin, Juanita, ¿no ha pensado usted nunca en vivir con toda clase de comodidades... y con mil satisfacciones de amor propio?

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo esté dispuesta á perder la vergüenza?

—Dejémonos de tonterías. Pues todo eso es lo que yo la ofrezco: una casa como esa, sino que en vez de ser usted la señorita de compañía de la señora,... la señora será usted.

—Señora, precisamente, no.

—Ríase usted de preocupaciones: cada cual sabe por qué hace las cosas y á qué obedecen sus propias determinaciones. No tiene usted nadie que le pida cuentas. Es usted libre... No le hace la proposición un mozalbete que se entusiasma en domingo para dejarla en sábado: soy hombre formal. Piénselo usted. Tengo prisa, porque la quiero á usted; pero no lo echaré á perder por precipitación ó impaciencia. Reflexiónelo usted despacio. Además, me figuro que, mientras viva la Marquesa, no querrá usted dejarla. Desgraciadamente para ella, no nos hará esperar mucho.

Comprendí que, por los médicos, debía Blancas de estar en antecedentes que yo ignoraba acerca del estado de la señora, y, al oirle, me olvidé de mí misma, exclamando:

—¡De veras? ¿Qué hay? Dígamelo usted, por piedad.—Y tan sincero acento de dolor fué el mío, que repuso:

—Es usted tan buena como hermosa: ¿lo ve usted?; hay que quererla por fuerza. En cuanto á la pobre Marquesa, no durará mucho: conque, piense usted en cuanto le acabo de decir. Esto no es cosa de niño, sino de hombre formal.

Y se me figuró que al decir «cosa de niño» ponía intención en sus palabras. En seguida, sin aguardar respuesta, me estrechó una mano; y, despidiéndose con la mayor finura, se alejó lentamente. Á corta distancia se detuvo para mirarme, y luego apretó el paso en busca de su coche.

Quedé absorta; me parecía mentira. Aquello fué decirme lisa y claramente: «¿Se presta usted á ser mi querida?» Una oleada de rubor me abrasaba la cara. No sé qué me agitó con mayor fuerza, si la ira ó el asco. ¡Qué mezcla de cinismo y desfachatez! Me ofendió más, mucho más que el abrazo de Gonzalo. ¿Qué se habría figurado, ni que hice yo para facilitar su insolencia? Pensé que debí escupirle á la cara. No sé cómo decir la indignación que se apoderó de mí. Tuve que dar un gran rodeo haciendo tiempo para serenarme y no llegar á casa arrebata-

da y llorosa. Mi primer impulso fué contárselo á la Marquesa; pero comprendí que no debía. ¡Pobre señora! ¡Tan buena para mí! ¿Qué conseguiría, sino darle un disgusto? Además, miradas despacio las cosas, ¿qué era yo para ella más que una infeliz á quien pagaba, casi una criada? ¿Me apreciaría lo bastante para protegerme contra Blancas? ¿No podría creer que yo había tratado de conquistarle? Discurriendo de este modo, pensando en la señora y al mismo tiempo en mí, como no podía menos, recordé algunas de las frases de Blancas: «La pobre no le durará á usted mucho. Cuando falte, ¿dónde irá usted?, ¿qué será de usted?»

Lo que hizo el grandísimo desvergonzado fué peor que ofenderme; fué traerme al pensamiento la realidad de mi presente y las amenazas de lo porvenir, aprovechando la oportunidad para presentarse como diablo tentador. Pero la tentación, aunque más adelante me atormentara, entonces me dejó fría. Lo que me mortificaba era verme obligada á estar en guardia al mismo tiempo contra su astucia y contra la vehemencia de Gonzalo. Cualquiera de ellos podía comprometerme, y ¿cómo luchar con ambos sin atraer sobre mí las miradas de la gente de la casa? ¡La casa! Al pensar en ella, volvían

á surgir del fondo de mi memoria las palabras de Blancas: «Una casa como esa... y no señorita de compañía, sino el ama, la señora...» Por lo pronto, como no anduviese lista en esquivar la doble persecución, tendría que irme, viéndome obligada á vivir con mis pocos recursos. En un punto tenía Blancas razón: yo no encontraría dónde estar; mi situación al lado de la Marquesa era excepcional; los servicios que le prestaba, valiosos y gratos para ella por sus especiales condiciones y las mías, serían inútiles con cualquier otra señora: leer, escribir, conversar, ser discreta para permanecer ó salirme de sus habitaciones, según las personas que recibía, acompañarla hablando ó callando oportunamente... Todo esto, que no era nada y era mucho, ¿de qué me serviría en otra parte, ni quién iba á pagarme por ello guardándome las mismas consideraciones que ella? El lenguaje de Blancas fué brutal; pero en lo de ver negro mi porvenir, tenía razón. Apenas dormí aquella noche.

Transcurrieron algunos días sin que me molestase ninguno de mis dos pretendientes. Sin embargo, no estaba tranquila; bastándome el modo que tenían de mirarme, mientras creían que no eran observados, para comprender que

cualquiera de ellos, en el momento menos pensado, podía comprometerme. Pero no me infundían igual temor. Blancas me parecía de mucho más cuidado; Gonzalo, únicamente peligroso por su vehemencia. Además, la manera que tuvo cada cual de requerirme, me había causado impresión muy distinta. Blancas, que se limitó á hablarme, se me hizo antipático por su cinismo; Gonzalo, que hasta me abrazó, no me inspiraba ni asomo de aversión: á los dos les tenía miedo, con la diferencia de que en Blancas me atemorizaban el individuo y el propósito, y en Gonzalo me asustaba la osadía, pero no la persona. De manera que, aun sin darme yo todavía cuenta exacta de ello, estaba mejor apercibida para defenderme del hombre que del muchacho, cual si instintivamente comprendiese que la proposición de Blancas era una ofensa y el atrevimiento de Gonzalo envolvía algo de homenaje.

Pronto vi que la audacia del Condesito, tanto mayor cuanto más sincera, y la propensión que yo sentía á disculparle, estaban preñadas de peligros. Lo que no pude prever fué que á la magnitud de su osadía correspondiese mi propia flaqueza. Sírvame de consuelo que, á menos de matar ó morir, no sé lo que en mi lu-

gar hubiera hecho la matrona más resuelta á defender su castidad. Pero pasemos al episodio en que toman origen otros lances y peripecias más graves de mi vida.

Por desgracia, los médicos que habían hablado con Blancas no se equivocaron. La Marquesa se puso tan mala, que perdimos la esperanza de salvarla. Pasé dos semanas sin moverme casi de la cabecera de su cama, porque la pobre nada quería tomar sino de mi mano, y nadie había de moverla ni arreglarle las ropas más que yo; aunque claro está que, por la fuerza de las circunstancias, en su dormitorio y en el gabinete inmediato entraban continuamente, permaneciendo ratos largos, la Condesa, Gonzalo y Blancas, que andaba por allí como si fuese de la familia.

En medio de la gravedad, sobrevino una mejoría pasajera que duró tres días. El segundo de éstos, en las primeras horas de la noche, la misma señora, comprendiendo que yo estaba fatigadísima, me dijo cariñosamente:

—Juanita, me siento muy aliviada; tú, pobrecita, estás tronchada: quiero que te acuestes y descanses hasta mañana, pero acostada de verdad; si no, no se descansa; caso de hacer falta, ya te llamarán.

Resistí; pero al fin tuve que obedecer. Al marcharme del gabinete quedaban allí Gonzalo leyendo en una butaca y su madre cuchicheando con la doncella. Llegué á mi cuarto sin poder tenerme de puro cansada, y deseosa de acostarme pronto.

No he dicho aún que mi cuarto, puesto con los muebles que yo llevé y algunos otros que me dió la Marquesa, adornado con cuatro menudencias de buen gusto y limpio hasta la exageración, no parecía de persona que prestase servicio en la casa, sino una habitación más de cualquier individuo de la familia. Había en él detalles de pulcritud, de elegancia y hasta de inocente coquetería, que para los envidiosos criados fueron muchas veces motivo de burla, pero que á la Marquesa le hacían gracia y le gustaban. «La primer obligación de una mujer bonita es cuidarse»—solía decirme la pobre señora—; y agregaba sonriente:—«Además, siendo contigo misma tan escrupulosa, comprenderás cuánto te agradeceré que me cuides del modo que tú lo haces.»

Debo añadir, para que se entienda mejor lo que sigue, que este cuarto estaba á un extremo de la casa, lejos de los de la servidumbre, y que tenía balcón á la calle. La señora me lo

cedió bondadosamente para mi comodidad, y puso remedio á los inconvenientes de la distancia con la colocación de un timbre que ella tenía al alcance de la mano estando en la cama, y que sonaba cerca de la mía. Claro que esto me originaba algunas molestias; pero yo prefería aquel apartamiento, al roce con los criados, y cuando lograba encerrarme un rato, me parecía que era libre.

La noche á que me refiero, iba saboreando de antemano el triple placer de estar sola, acostarme despacio y dormir hasta la mañana.

Estábamos en los días más ardorosos de la canícula, y como el cuarto daba al poniente, la temperatura se hacía en él intolerable. Acostumbraba yo en tal tiempo dejar la persiana echada y el balcón abierto, levantándome al amanecer á cerrar las maderas para que la luz no me molestase. En invierno me ponía un camisón largo; en el rigor del verano no me quitaba la camisa del día; de suerte que, siendo como son las que ahora se estilan, me quedaban descubiertos el pecho y los brazos; partes de mi cuerpo por las cuales, dicho sea de paso y sin falsa modestia, según pude comprobar en museos y libros de arte, nada tenía yo que envidiar á las diosas mejor formadas. En la cama

me tapaba con solo una sábana, recogiendo la colcha hacia los pies, por si sentía fresco.

La noche era hermosísima; al bajar la persiana, vi el cielo tachonado de estrellas. Por lo temprano de la hora, se oían aún los ruidos propios del trajín de la casa: subía desde la cocina el chocar de platos y cubiertos, y desde la calle el rumor lejano de rodar de coches y pregonar de periódicos. Nada me importaba; el exceso de cansancio había de hacerme dormir. Me desnudé, lavé y recogí el pelo, y, según queda dicho, sin otra ropa que la camisa de día ni más cobertor que la sábana, me acosté.

Antes de continuar, debo advertir que nunca me he encerrado para dormir: primero, porque sin alardear de brava, no soy nada medrosa, y caso de sentir temor, antes me lo inspira la idea de ponerme mala y que no puedan socorrerme, que la de otro cualquier peligro; y segundo, porque tengo el oído finísimo, y el más leve rumor me despierta. La única precaución que suelo tomar, no por miedo, sino por honestidad y recato, consiste en colocar una silla, con algún peso, delante de la puerta; segura de que á poco que la muevan, con sólo tocarla, ya estoy despabilada. Así lo hice aquella memorable noche, poniendo sobre la silla una enorme caja de

cartón llena de trapos y retales. Después, ni penas ni quebraderos de cabeza consiguieron desvelarme; pudo más la fatiga; y, á cosa de las diez, me dormí... Luego me despertó el fresco que precede á la madrugada; entonces, me levanté, bebí un poco de agua, arreglé las almohadas, cerré el balcón y me volví á la cama, tardando en todo esto tres ó cuatro minutos, durante los cuales, naturalmente, tuve encendida la luz. No sabía yo el disgusto que su resplandor me iba á ocasionar. Ya empezaba de nuevo á conciliar el sueño, cuando repentinamente sonó un ruido, cuya causa comprendí al instante: no cabía duda; alguien procuraba abrir la puerta, y al empujarla despacito hacía deslizarse la silla cargada con la caja de trapos sobre el entarimado del suelo.

Ni por un momento supuse que fueran ladrones: sin contar con que la casa estaba bien guardada, no era dusoso que, si á alguien se le ocurriese la idea de robar, á cualquier otro cuarto iría menos al mío.

De pronto, se acentuó el ruido: seguían empujando; y aunque, por estar el piso encerado, la silla resbalaba fácilmente, sus patas iban tropezando con las ranuras de las tablas. ¿Quién podría ser? ¿Vendrían á decirme que se había

puesto peor la señora? No; para esto no era preciso tanta cautela: tenían timbre; y, caso de buscarme, quien fuera, me llamaría de viva voz desde el pasillo, ó dando golpecitos.

He dicho que no soy miedosa: en vez de gritar, alargué una mano, toqué la llave de la luz eléctrica y el cuarto se inundó de claridad. En aquel mismo instante la silla se deslizaba más de medio metro, y Gonzalo, vestido de frac, con gabán y el sombrero puesto, aparecía dentro ya de la habitación, acabando de empujar la puerta para cerrarla. Indudablemente, al volver á casa, vió luz en mi balcón; concibió la idea de verme, y, sin pensarlo más, en vez de dirigirse á su cuarto, se vino al mío con propósito, por lo menos, de seguir la conversación interrumpida el día que me contempló durmiendo. No hay que decir mi asombro. Escondí los desnudos brazos tirando hacia arriba del embozo, sin dejar fuera de él más que las puntas de los dedos, con los cuales lo sujetaba, y la cara, que, encendida de cólera y vergüenza, se me debió de poner como una amapola. Además, comprendiendo que al menor cambio de postura podía destaparme, quedé inmóvil. No se habrán hallado muchas mujeres en situación tan apurada; pero hay que pintarla con detalles, para que

se calcule la gravedad del caso. Estaba yo cubierta únicamente por la sábana, la cual, como tenía más de usada que de nueva, falta ya de tiesura y apresto, fácilmente se me adaptaba al cuerpo; de suerte que si caía demasiado lo dibujaba por completo, y si la estiraba corría riesgo de que señalase mejor todas mis formas ó se saliese por la parte de los pies. Inclinarme á uno ú otro lado era exponerme á que en cualquier ondulación se me ciñera revelando cuanto debía tapar; y claro está que si Gonzalo se aproximaba, á poco que yo me moviese para rechazarlo, me vería en más grave peligro. El trance era horroroso: no hubiera sido mayor mi desasosiego á estar en tales momentos velada con sólo un cendal de aquellos que los antiguos llamaron *aire tejido* ó con un *manto de humo* de los que usaban las damas en tiempo de Lope y Tirso. ¿Qué hacer? ¿Intentar vestirme para huir? Imposible. Aun procurando envolverme en la condenada sábana, no hubiera conseguido bajarme á coger la ropa sin enseñar las piernas. ¿Incorporarme para subir hasta mí la colcha? Hubiese lucido todo el busto. No me quedaba el recurso de accionar y manotear, dando con los ademanes fuerza á las palabras, porque también así mostraría pecho y brazos. Ni era

cosa tampoco de hablarle recio, porque en el silencio de la noche resonarían los gritos.

Forzoso fué quedar á merced del invasor, fiándolo todo á la expresión del rostro y al poder de la elocuencia.

Por fortuna, Gonzalo permanecía quieto, fijos los ojos en la cama, como si sus miradas, traspasando la sábana, me gozasen toda entera: mientras, yo sentía abrasada la cara en llamaradas de sonrojo.

Esto que tarda tanto en describirse, lo sufrí y padecí yo en unos cuantos minutos de angustioso silencio, pues á él no le dejaba hablar la codicia de ver lo que no veía, ni á mí la rabia de no saber cómo insultarle; hasta que, en voz baja y temblorosa, entre colérica y suplicante, le dije:

—¡Qué infamia es esta? ¡Salga usted de aquí, mal caballero!

Entonces, él, descubriéndose cortésmente, pintada la extrañeza en el semblante, como si yo no tuviese derecho á indignarme, repuso con una entonación mezcla indefinible de naturalidad y frescura:

—No se asuste usted. Sí; la cosa ha resultado un poco atrevida; pero viendo luz en ese balcón, he creído que vendría usted ahora del

cuarto de la abuelita; que aún no estaría usted acostada... y no he podido contenerme.

—¡Váyase usted! ¡Esto es una maldad! ¿Qué daño le he hecho á usted para que me deshonre y me pierda?

—No tenga usted miedo. Porque la quiero, soy incapaz de ofenderla.

—¡Qué más ofensa que haber entrado? ¡Márchese usted, por piedad!

Y, al mismo tiempo que así le increpaba llorando, me mantenía quieta, rígida, temerosa de que al menor descuido se moviese la sábana. Debí de poner cara de verdadero espanto, porque con voz dulce prosiguió:

—Me voy en seguida; pero con dos condiciones: la primera, que hablaremos pronto y será usted compasiva; la segunda, que se deje usted dar un beso... uno sólo, en la cara.

Lancé un ¡oh! que debió de tener algo de rugido sofocado. El Condesito, sin intimidarse, sonrió con cierta gracia, añadiendo:

—¡Nada más que uno! Ya ve usted si la quiero, cuando me doy por satisfecho con tan poco, dadas las circunstancias.

Comprendí que no había escape: ó llamar con el escándalo consiguiente, ó ceder. Callé. Él, interpretando mi silencio como señal de con-

formidad, cumplió su gusto de esta suerte; cual pudiera decirlo un médico cariñoso, evitando hacer daño al palpar una herida, dijo:

—No se mueva usted, y así no se destapará.

Y, mientras yo temblaba como la yerba púdica cuando se acercan á tocarla, colocó sobre una mesita el sombrero, se echó las manos á la espalda para inspirarme confianza, se acercó á la cabecera de la cama, é inclinando despacio el cuerpo sobre mi rostro, suavemente, sin rozarme casi, á flor de labio, me besó entre la mejilla derecha y la comisura de la boca. La acción fué odiosa; tal me pareció entonces; pero, como en el abrazo de marras, el modo no pudo ser más delicado. ¡Parece mentira que tan gran atropello se pueda cometer con tanta delicadeza y finura! Hecha la dulce ofensa, habló con la mayor naturalidad:

—Si esto no es saber dominarse, que venga Dios y lo vea. Y, ahora, á dormirse pensando en que tiene usted que quererme.

Cogió el sombrero, me miró satisfecho, no con aire de burla, sino de extrema complacencia, y, cerrando sin ruido, se alejó de puntillas por el corredor, cual si procurase dar á entender su propósito de no ser sentido en aquella parte de la casa.

Quedé pasmada, presa de impresiones contradictorias; y no sé si más agradecida á su moderación y comedimento que irritada por su desfachatez y osadía. Por supuesto, ya no pude dormir. La turbación me duró hasta bien entrado el día, prevaleciendo, sobre cuantas reflexiones se me ocurrieron, la idea de que si en la acción de aquel muchacho el agravio fué indudable, en lo que dejó de intentar me dispensó favor grandísimo; porque la verdad era que pudo ultrajarme como soez libertino, y se contuvo como caballero andante. Tanto me esforcé en aquilatar la índole é importancia de lo sucedido, que sólo así se explica lo que me ocurrió á la tarde siguiente.

Me habían dejado sola en el gabinete inmediato al dormitorio de la señora, leyendo junto al balcón, cuando, de pronto, entró Gonzalo. Al verme, miró en torno con prudencia: cerciorado de que no venía nadie, se acercó á mí rápidamente, y, risueño, aunque sin sombra de ironía, me dijo:

—¿Ha podido usted dormir? ¡Yo, no! Y ¿ha consultado aquello con la almohada?

Quise hacer coraje, responderle con acritud, mirarle airadamente—igual que miré á Blancas, al escuchar días atrás sus insolencias—, pero

no pude, y entonces no me quedó más recurso que bajar avergonzada los ojos, mientras él murmuraba en mi oído estas palabras:

—¡Juanita!... Tenemos que ser dos en una carne, como dice la Biblia.

VIII

Por muchas observaciones que en mí misma fuí haciendo, me persuadí pronto de que el Condesito me gustaba más de lo que á mi tranquilidad convenía. En vez de producirme su pasado atrevimiento tanta indignación como debiera, me sentí halagada por su empeño constante en acercárseme, y para esquivar las ocasiones tuve que violentarme; en cambio, cuando no podía eludir su conversación, me alegraba; finalmente, cesó de parecerme de tan cortos alcances como supuse: no sería prodigio de sagacidad, pero tampoco se le podía calificar de tonto; prueba de ello la malicia con que obró, obligándome á pensar en él sin rencor, en vez de hacérseme odioso atropellándome de mala manera.

Sus cualidades principales eran el carácter dulce, el genio apacible, el natural bondadoso;

su defecto, la falta de energía. Desde luego adiviné que me sería más fácil conquistarle que conservarle, si tenía él que luchar con quien se opusiese á nuestro amor; pues lo que le sobraba de arrebatado y voluntarioso, le faltaba de constante; mas acaso la misma debilidad que esto implica, alimentaba mis esperanzas. En fin, fuera como fuese, me gustaba. Inútil hubiera sido que contra esta razón suprema tratase de razonar, atenuando mis propias impresiones con sutilezas de pensamiento. La elegancia y finura de modales que había ido adquiriendo desde que llegó á Madrid, su mismo desparpajo algo libre, me encantaban; y es que siempre la mujer, aun conociendo el peligro, es atraída por el hombre de condición social superior á la suya. Claro que yo no corría el riesgo de ser, en cierto modo, seducida; desgraciadamente, ya no podía serlo, porque hay un género de engaño que no se sufre más que una vez: para mí la gravedad del caso consistía, no en defender lo que ya no podía perder, sino en la duda de si callarle mi afrenta pasada exponiéndome á desilusionarle, ó jugarme el todo por el todo en un arranque de lealtad y franqueza, confiándole el secreto de mi humillante desgracia. ¿Tendría él la suficiente independencia de criterio para

hacerse cargo de que, aun habiendo sido burlada, no era indigna de ser querida, ó pensaría que la ultrajada por un hombre ya no puede merecer ni pagar el culto de otro?

Mientras en mi cabeza y, lo que es más triste, en mi pobre corazón se alzaban estos temores—¡harto sabía yo que surgirían!—, sucedió, primero, que el miedo á perder sus halagos me hizo instintivamente, sin doblez, ocultar lo pasado; segundo, que, corriendo los días en la complacencia de oirle, le dejé ver que me deleitaba escuchándole, sin atajar su deseo; luego, con no rechazarle, se lo fuí avivando: con no acertar á enojarme, le permití esperanzarse; y aunque no volvió á pedirme el sí, tan categórico como inútil, ni yo toleré que sus manos se atreviesen á lo que pedían sus palabras, llegamos insensiblemente, ó acaso sintiendo demasiado, á ese punto en que lo más grave sucede natural y espontáneamente. Sin embargo, nada extraordinario había pasado aún: Gonzalo refrenaba su impetuoso anhelo, yo me adornaba de sincero pudor, cual si ambos, sin saberlo, aspirásemos á poetizar los comienzos del idilio, cuando un diálogo que sostuvimos despertó en mi alma ilusiones que antes no vislumbré.

Cierto día le trajeron un paquete de libros; lo

vi sin osar desatarlo, algo extrañada, porque no tenía afición á leer; le pregunté con qué objeto los encargó, y repuso:

—Es que á mamá se le ha ocurrido una idea magnífica... y á mí otra mejor. Yo sé francés, italiano é inglés; en unas cuantas semanas, con esos libracos, me entero de otras zarandajas: un poco de historia, geografía, no sé qué cosas de tratados, códigos y derechos; me examinan no sé dónde, y aunque de todo eso último que digo no ande muy enterado, en los idiomas estaré mucho mejor que otros, ¿entiendes? Me aprueban; luego, el sueldo, afortunadamente, es lo de menos, ó se comienza sin sueldo; pero va uno á Londres, á Venecia, al Cairo, á América, ó donde sea.

Escuchábale, comenzando á desasosegarme; notólo, y echándoseme encima con uno de esos movimientos en que su exceso de espontaneidad ahogaba toda prudencia, dijo apretándome ambas manos:

—Chiquilla, no te alarmes. Esa es la idea de mi madre; ahora, oye la de su hijo. ¿No estás dispuesta á ser mía? Porque no hemos de pasarnos así la vida. Pues el lugar no importa. Yo me marcho hoy, por ejemplo, si me dan plaza: te doy dinero, te aguardo en la frontera,

ó á mitad de camino, y al otro día ó por el tren siguiente, vas tú donde yo te espere.

—Eso es un sueño.

—¿Qué sueño? Ya te estoy viendo en una estación: abrigo largo, porque ya estaremos en invierno; un sombrerillo muy mono, un saquito de piel, bien calzadita... ¿Te parece á ti que se pasearán muchos por el mundo con una mujer tan hermosa?

En su misma ligereza se reflejaba la lealtad con que entonces discurría.

—¿Y qué idea formarías de mí?

—Pudiendo comerte á besos, no me quedaría tiempo para tener ideas. El peligro estaría en que te viera un emperador y te robase.

—Ó en que lo supiera tu madre.

—Es que no lo sabría.

Este modo instintivo de eludir, de esquivar las consecuencias de lo que fraguaba, era signo indudable de su debilidad. Sin embargo, contagiada de su entusiasmo, seguí escuchándole con deleite, soñando despierta, viéndome ya cogida de su brazo por tierras extrañas, ciudades, tiendas y hoteles... en una casa nuestra. ¿Quién enfrena á su propia fantasía lisonjeada por la esperanza? Sí; aquello podía ser; mi afrenta pasada, un secreto que nadie revela-

ría; lo porvenir, un encanto que nadie habría de quebrantar... y, al mismo tiempo, la conciencia me gritaba: «¡Este es el momento! ¡Sé leal, habla, confiesa!» Pero el miedo decía: «¡No, ahora no!» Se me saltaron las lágrimas. Ajeno él á la causa de aquella emoción, la tomó por señal de conformidad, y atrayéndome hacia sí, me dió un beso. Era el segundo, y por sorpresa. Estaba de Dios que no pudiera resistirme. Me hizo bastante más impresión que el primero, y como lo recibía en circunstancias menos peligrosas, la alarma fué menor. Sentí el corazón poseído de intensa dulzura, y en todo el cuerpo un estremecimiento delicioso. Nunca he comprendido por qué ha de ser vituperable que el hombre y la mujer se besen, cuando ambos son libres y no hay perjuicio de tercero. De pronto, sonó ruido de pasos, nos separamos, y en tres días no pudimos hablar. ¡Lo que yo cavilé!...

Las ilusiones, los antojos, los espejismos del deseo, ofreciéndose á la imaginación como realidades posibles, me fueron deslumbrando hasta cegarme. Todos mis pensamientos convergían á esta doble conclusión: ¿no puede estar Gonzalo hondamente prendado de mí, y no hace el hombre lo que quiere cuando se ena-

mora de veras? Acudían á mi memoria los nombres de cuantas mujeres leí elevadas por sólo su belleza desde el más ínfimo y á veces vergonzoso estado á la más próspera fortuna, y considerándome hermosa, harta de oírmelo llamar, lo más dificultoso llegaba á parecerme realizable. Sobre todo, cuando por las mañanas, al lavarme y secarme, miraba la imagen de mi cuerpo en el espejo, solía incurrir en la debilidad, limpia de feo impudor, de establecer comparaciones y paralelos con figuras famosas pintadas ó esculpidas, esforzándome, además, en suponer cómo estarían formadas las señoras más hermosas que frecuentaban la casa donde yo vivía, ó las que me eran conocidas por su fama de bellas, y acababa por no envidiarlas. Confieso que en cierta ocasión, luego de haber estado viendo en un periódico de estampas una estatua de Venus recién encontrada en Olimpia, se me ocurrió la idea de echar la llave al cuarto, desnudarme, subirme en el cajón cubierto de tela donde guardaba el calzado, y convirtiéndolo en pedestal de mi persona, puesto frente al espejo, colocarme en la misma postura que la diosa; pero sentí mucho rubor, y no lo hice. Bueno será advertir, para que no se me juzgue tonta de capirote, que esta com-

placencia en mí misma, esta satisfacción de mi propia belleza, nadie me la conocía; únicamente á solas la experimentaba; precisamente mi aire de modestia y recato era mi mayor atractivo, pero yo tenía el convencimiento de que mi hermosura era bastante á justificar, no ya el deseo de aquel muchacho, sino hasta la conquista de un hombre puesto por la Fortuna en la cumbre de las grandezas sociales.

Así, entre anhelos y desvaríos, dejaba que la fantasía se me poblara de vanidades y quimeras, cuidadosamente ocultas á los ojos del prójimo, todas las cuales venían á parar en mirarme y remirarme pensando en la vehemencia de Gonzalo, y diciéndome: «¡Y eso que no me ha visto más que la cara!» También pensaba que aunque hay pocos hombres que estimen en la mujer ciertas prendas morales, quizá Gonzalo fuese de ellos, y yo tenía la seguridad de que por dócil, fiel y desinteresada, tardaría poco en encariñarse conmigo.

Durante aquella conversación, la correspondiente al segundo beso, no hubo, por mi parte, explícita aceptación del proyecto de viaje; pero desde aquel día se estableció entre nosotros una intimidad como de cómplices. Antes, nuestro disimulo consistía en hablar brevemente, sin

ocultación ni misterio, en corredores y galerías, donde mejor pudieran vernos, para que la misma tranquilidad de que alardeábamos alejase toda sospecha: ahora, preferíamos los sitios apartados y nos eternizábamos en los rincones, aunque con grandísima prudencia. Además, él entraba mucho á ver á su abuela, es decir, á verme, porque siempre estaba con ella; algunas noches, con pretexto de estudiar, no salía; y si la señora tardaba poco en dormirse, teníamos un rato de charla en el gabinete contiguo á su dormitorio, donde, como la luz era escasa para que aquélla no se desvelase y tampoco habíamos de despertarla hablando recio, sucedía que la penumbra y el silencio facilitaban algunas de esas pequeñas libertades que, sin injuria del decoro, son prendas del cariño y golosinas del amor; dulces demostraciones que pocas mujeres negamos, y en cuya dispensación suelen ser más honestamente parcas las verdaderas enamoradas que las hipócritas sensuales.

Desde que la Marquesa, por sus achaques, se acostumbró á no salir del dormitorio y el gabinete, varias habitaciones de las que se había reservado en la casa quedaron abandonadas; nadie entraba en ellas, y esto sucedió con el

cuarto de oro. Así llamábamos á un gran salón alhajado cincuenta años atrás, en cuyo adorno dominaban casi exclusivamente la talla dorada y el damasco amarillo. Con esta rica tela estaban hechos el tapizado de las paredes, la sillería, los cortinajes y las guardamalletas; y de aquella artística labor eran los anchos marcos de los espejos, las consolas con tablero de mosaico romano y dos vitrinas parejas; llenas, una, de abanicos antiguos, y otra, de figuritas de Sajonia y Capo di Monte. Sobre la descomunal chimenea de alabastro amarillento, entre acaramelado y ambarino, había un magnífico reloj de bronce dorado con sus candelabros á los lados; la alfombra, muy clara, tenía ramos y floripondios pajizos; y de los ángulos del techo, dividido en casetones dorados, colgaban cuatro arañas de cristal de roca llenas de lámparas eléctricas, único elemento moderno que allí quiso introducir la señora, y las cuales, una vez encendidas, hacían que todo aquello, con tal profusión de amarillos brillantes y metales bruñidos, pareciese, como vulgarmente se dice, un ascua de oro.

El conjunto, aunque de aspecto muy extraño, no podía ser más suntuoso. Pero lo único que allí tenía yo por admirable era un cuadro

de Pablo Veronés, con figuras de tamaño natural, colocado en lugar preferente. Representaba á Judit y Holofernes; él dormido sobre un montón de cojines y tapices que le servía de lecho en su tienda de campaña; ella, ligerísima de ropa, en pie, airado el hermoso rostro, y espada en mano, preparándose á cortarle la cabeza. El guerrero era un tiazo ordinariote y tosco; la viuda heroica una estupenda beldad; y su más poderoso encanto, el pecho, que mostraba enteramente desnudo. Pertenecía la valerosa matrona al tipo predilecto de los maestros venecianos: era una mujer como Laura de Dianti ó Lavinia, la hija del Ticiano: la que sirvió al Veronés de modelo para esta obra fué, sin duda, de la misma raza. Tenía la cara preciosa y el cuerpo todo de correctísimas líneas; pero lo que embelesaba la vista era aquel pecho de diosa pagana, al mismo tiempo delicado y robusto, lleno y fino, en cuya carnosidad opulenta y sonrosada palpitaba la vida.

Muchas de sus amigas censuraban á la Marquesa por tener en tal sitio pintura, según ellas, tan escandalosa; mas la señora, que hasta en el Vaticano había visto desnudos parecidos, y, además, era mujer de exquisito gusto, nunca les hizo caso, diciendo á las que le

hablaban de ello: «Ya que conservo esa habitación tan recargada de oro y de adornos, sólo porque así la pusieron mis padres, que me dejen en paz el cuadro, que es lo mejor que hay en mi casa.» Y aludiendo á Judit y á las amigas asustadizas, añadía: «¡Ya quisieran ellas estar formadas de ese modo, para que las pintaran así!»

En este *cuarto de oro* acostumbrábamos á refugiarnos Gonzalo y yo para hablar algunos ratos sin testigos, cuidando sólo de que no nos vieran entrar; pues una vez dentro, no era fácil que nadie lo sospechase. ¿Quién iba á figurarse que escogiéramos como escondrijo uno de los principales salones de la casa?

Si á Gonzalo le encantaban estas breves escapatorias, á mí me sucedía lo mismo, y era porque, sin alzar voluntariamente el pensamiento á vuelos ambiciosos, en aquel salón me sentía envuelta en esa atmósfera de lujo y de grandeza á cuyo halago, aunque sea de mentirijillas, no hay mujer que se sustraiga. Al llevarme allí, él únicamente buscaba la soledad conmigo; yo, sobre la lisonja de su amor, experimentaba el vago influjo de una tentación llena de ideas y sugestiones borrosas, fugaces, apenas vislumbradas y ya desvanecidas, pero

que á veces la fantasía, imposible de refrenar, convertía en turbadoras promesas; ni por un momento admitía la contingencia de poseer lo que me rodeaba, y, sin embargo, me creía con cierto derecho á gozarlo. Al noventa por ciento de las mujeres sometidas á la prueba les hubiera pasado lo mismo.

Á pocas de estas entrevistas, en las cuales, naturalmente, fué creciendo la confianza, me convencí, de que Gonzalo me gustaba cada día más, hasta el punto de quitarme bríos para rechazarlo, pero también de que era un chico, uno de esos hombres que por más años que cumplan no acaban de tener formados el carácter y la voluntad; de suerte que, si llegase á dominarle, quizá mi porvenir, aun dentro de lo irregular é ilegal, pudiera ser venturoso y seguro: acaso consiguiera yo hacerme querer, saborear la dicha de ser suya sin venderme, y pagarle cuanto me diese con mayor lealtad, de fijo, que cualquier señorita de esas para quienes ser casada es sinónimo de ser libre. No me impulsaba la codicia; hasta me ofendía la posibilidad de que, andando el tiempo, pretendiera que fuese para él una querida de lujo; antes al contrario, mi ideal hubiese sido atraerle á vida modesta; por lo menos, hacerla yo para mostrar

patentes la sinceridad y el desinterés de mi amor: lujo en la casa, y para él solo. La dificultad estribaría en adquirir imperio sobre un muchacho que era vehemente sin constancia y voluntarioso sin firmeza; uno de esos seres que tan fácilmente se insurreccionan como se doblegan, y lo mismo se someten que se escapan.

Sin embargo, las protestas de admiración que le arrancaba mi hermosura me hicieron confiarme mucho, y, vanidosamente, me fuí empapando en la idea de que cuanto más suya fuese, mejor le aprisionaría. Lo grave era que cada rato que pasábamos juntos hacía más peligrosa mi situación, porque á él le aumentaba el entusiasmo por minutos, y yo sentía amenguárseme la entereza por momentos.

Tal era el estado de nuestras relaciones, cuando, permitiéndolo la oportunidad de hallarse la señora un poco mejor de salud, su nuera, deseosa de ver un cortijo que había comprado, se fué con una doncella por tres ó cuatro días á Granada. Partió en un tren de la mañana, y aquella misma tarde Gonzalo me hizo la seña acostumbrada para que le esperase en el *cuarto de oro;* busqué pretexto que me permitiera dejar por algunos minutos á la señora, y acudí á la cita.

Cuando llegué me estaba esperando plantado de pie ante el cuadro de Judit y Holofernes, contemplándolo como si no lo hubiera visto nunca.

—¿Se va usted á enamorar de Judit?—le pregunté bromeando.

—En primer lugar, sabes que no quiero que me llames Conde ni de usted.—Y señalando la arrogante figura de Judit, añadió: —Mírala bien, á ver si aciertas lo que yo pensaba al entrar tú.

—Como no fuese animarla, vivificarla...

—Teniéndote á ti no la necesito.

—¿Por qué?

—Porque me gustas más. Mira, fíjate bien, se me ha metido en la cabeza la idea de que tu pecho es más bonito que el suyo.

—¡Qué disparate! ¿Para esto me ha llamado usted? Déjese usted de tonterías. Me está esperando la señora.

Debí de ponerme muy colorada.

—Vamos, ¿á que lo tienes por lo menos igual?... ¿Ó es mejor?...

La ocurrencia era muy atrevida; pero él lo decía todo, por escabroso que fuera, quitándole importancia y malicia, con la mayor naturalidad. Bajé los ojos, contestando:

—No puede haber pecho igual á ese: pintar como querer.

—Eso está hecho con un modelo tan hermoso como tú. ¡Mira si tengo suerte!

—Pero, ¿el cuadro es de la señora ó es de usted?

—El cuadro no sé si será mío el día de mañana; quien tiene que serlo pronto, porque te quiero más que á mi vida, eres tú.

La osadía de sus palabras quedaba, en gran parte, atenuada por lo humilde de la entonación. Lo que dicho por otro hombre hubiera sido intolerable, en sus labios era un ruego. Despacito, se me fué acercando con las manos extendidas, al mismo tiempo que decía suplicante:

—Anda, déjame comparar.

Si no inventaba un recurso para huir, estaba perdida. No sé expresar la intranquilidad que se apoderó de mí. Mi miedo mayor era que me tocase. Para resistir hay que estar muy serena, con las ideas muy claras, y yo las tenía muy turbias; pues, aun dándome cuenta del peligro y de lo que exige la honestidad en tales casos, dentro de mí bullía el orgullo por la predilección con que me favorecía: ¿cómo no agradecerle que, despreciando los atractivos de mu-

chas señoras amigas de su abuela y su madre, se hubiese fijado en los míos? ¿Había de corresponder á su fineza con una grosera rabotada? Además, sin rodeos, ya he dicho que me gustaba, y nadie ignora que no es fácil rechazar con malos modos al hombre que por su gracia ó nuestra propia flaqueza ha dejado de sernos indiferente. Yo quería mostrarme brusca, enérgica, y no podía; mas tampoco me resignaba á parecerle desapudorada. Enseñarle el pecho, de ninguna manera; pero decirle una cosa fea, tampoco. Harto hice con esquivar el cuerpo del alcance de sus manos, aparentando enojarme.

—¡Quieto!—exclamé.—No discurre usted más que ofensas.

—¿Ofensa suponer que tienes hermoso el pecho?

—Suponerlo, no; querer tocarlo, sí.

—No digo tocar, sino ver; me contento con mirar, como si fuera el cuadro. ¡Anda, no te enfades!... Desabróchate, aunque sea poquito.

Y echándose las manos á la espalda en señal de relativa moderación, se aproximó á mí.

Correr, exponiéndome á que me persiguiese por el salón, hubiera sido ridículo; ni había de gritar: sólo me podía salvar la astucia.

Fingiendo someterme á su capricho, comencé á hacer que me desabrochaba el cuerpo del vestido, engañándole con el ademán y con estas palabras:

—Bueno; pero de lejos, y lo que dura un relámpago. Sepárese usted un poco.

Obedeció, creyendo haber triunfado; mas yo retrocedí rápidamente, abrí la puerta, la traspuse, y agarrada á ella, desde fuera, dije con toda la dulzura que pude:

—¿Usted no ve cómo está la figura del cuadro? ¿Qué idea formaría usted de mí si me prestase á eso?

Le miré fijamente sin enojo, cuidando mucho que no hubiera en la mirada provocación ni coquetería, y eché á correr hacia el dormitorio de la Marquesa.

No se me ocultó que el peligro estaba sólo aplazado: resurgió pronto y con graves consecuencias.

Al llegar aquí, los que no seais indulgentes ó, por lo menos, compasivos, dejad de leer estas memorias. Lo que sigue únicamente podrá comprenderlo quien sepa que la segunda caída de la mujer tiene casi siempre su origen en el ansia instintiva de remediar la primera.

Aquella misma noche, pasadas las doce, la Marquesa, sintiéndose bien, me mandó retirarme. Crucé sin recelo habitaciones y corredores, y, de improviso, en el momento de abrir la puerta de mi cuarto, se me apareció Gonzalo, que estaba acechándome en un rincón de la galería. Aprovechándose de la emoción que su presencia me causaba, me empujó hacia dentro suavemente y, entrando conmigo, cerró. En seguida, sintiéndome temblar azorada, procuró tranquilizarme; primero, con la apacible expresión de su rostro; luego, con cariñosas palabras:

—Mamá, de viaje; la abuelita, en la cama; los criados, durmiendo... No tengas miedo...

Antes que él se apoderó de mí una laxitud rayana en el desmayo, la cual, sin hacerme perder el sentido, me privó de fuerza que oponer á su dulce violencia.

—No tengas miedo—repetía sin cesar.

Yo lo tenía, y grande. Pero en la exaltación del entusiasmo, arrebatado y vehemente, aunque tierno y mimoso, fué como el peregrino sediento que al llegar á la fuente deseada bebe sin cuidarse de si alguien bebió antes en ella, y hasta imagina ser quien encontró el manan-

tial, saboreando juntamente el placer de disfrutarlo y la gloria de descubrirlo.

De allí á pocos minutos, murmuraba con los labios junto á mi oído:

—¡Ya quisiera la del cuadro parecerse á ti!

IX

Las relaciones amorosas de Blancas y la Condesa estaban rotas, por infidelidad de ella, según supe andando el tiempo; y aunque en casa, al parecer, seguían tratándose igual que antes, era puro fingimiento pactado entre ambos por temor á la Marquesa; pues no podían confesar la ruptura sin infundirle recelos, acaso reveladores del lazo que les había unido aún en vida de su hijo el difunto Conde: la señora era lista hasta no poder más; cualquier indicio la hubiera bastado para entrar en dudas; y, ya que á fuerza de habilidad lograron por tanto tiempo que lo ignorase, no iban á desenmascararse al final, exponiéndose ella al odio de su suegra—quizá con terribles consecuencias testamentarias—y él á perder su estimación y confianza.

Esto no fué obstáculo para que Blancas, im-

paciente por realizar el plan que había maquinado para vengarse de su amante, comenzase á solicitarme con mayor insistencia.

Una tarde, habiéndome quedado sola con la Marquesa, que sufría una nueva y grave recaída, en un momento en que salí del dormitorio al gabinete, consiguió hablarme libre de testigos y, según su costumbre, lo hizo sin andarse por las ramas.

—Ya lo ve usted—decía—; desgraciadamente, esta señora se va: es cuestión de semanas, tal vez de días. ¿Qué va usted á hacer? No concibo que se resigne usted á seguir dependiendo de gentes extrañas. Ya sé que tiene usted algo para vivir; pero es muy poquito...

Intenté dejarle con la palabra en la boca; mas, sujetándome por un brazo, siguió:

—No, no hay escape; calma, ó llamaremos la atención; si alguien viene, será peor. Estoy resuelto á que me escuche usted.

—¿Es que me obliga usted á soportar la misma ofensa de la otra vez? Pues ya sabe usted que desprecio cuanto diga.

—Yo no puedo hacerle á usted el amor como un chiquillo, y aprovecho los instantes hablándole á usted al...

—Sí, hablándome al alma, ¿verdad?...

—Hablándole á usted al entendimiento, á la razón, á su propia conveniencia. Mantengo mi proposición: ¿la recuerda usted bien?; y si es preciso, la amplío: toma usted casa; la pone gastando lo que le parezca, sin privarse de nada; cuantos más caprichos, mayor gusto para mí; usted contenta, y yo dichoso.

—Valor se necesita para hablar así.

—Si prefiere usted gastar poco en apariencia y de puertas para adentro rodearse de primores, lo mismo; si le agrada á usted vivir modestamente, lo sentiré; pero mía, lo esencial es que sea usted mía. ¿Está bastante claro?

Según sentí agolpárseme la sangre á las mejillas, debí de ponerme como la grana. Tales proposiciones, hechas con doble insistencia que cuando me habló en la calle, hubieran sido algún tiempo antes, dado lo incierto de mi porvenir y á pesar de su repulsiva crudeza, una tentación formidable; pero encariñada lealmente con otro hombre, puestas en él mi esperanza y ternura, las consideré como el insulto más villano: codicioso únicamente de mi cuerpo, pretendía comprármelo, invitándome á que yo misma le pusiera precio.

No soy supersticiosa ni dada á vanas imaginaciones, y, sin embargo, en aquel momento

me pareció un tipo infernal; pero no un diablo socarrón, ladino, casi amable; no Mefistófeles, que hasta con el Eterno se permite bromas, sino aquel pavoroso demonio Othys, en quien los antiguos personificaron la lujuria sin delicadeza y el vicio sin poesía.

Así le juzgué en un principio, porque aún no me había dejado entrever todo su pensamiento. Continuó hablando, y presto me convencí de que su propósito era todavía más denigrante: me buscaba, no sólo movido de mero deseo carnal, sino también para convertirme en instrumento de venganza. Indiferente á la ira con que le miraba, seguía diciendo:

—Un poco de afecto, la satisfacción de que sepan que usted me pertenece... y, en cambio, no la habrá más envidiada.

Quería yo responderle algo que le ofendiera tanto como él á mí, y no acertaba. De pronto, acordándome de aquella noche en que le vi dormido en el gabinete de la Condesa mientras ella se ataba los lazos de la bata, y creyendo amedrentarle con darle á entender que conocía su secreto, hiriéndole al mismo tiempo en su vanidad de conquistador, le dije con un descaro de que no me suponía capaz:

—¿Pero usted cree que quien se duerme

viendo desnudarse á una mujer hermosa, puede seducirme á mí?

—No comprendo...

Con la ironía y mordacidad que pude, casi perdiendo la vergüenza á trueque de mortificarle, le referí en son de mofa cómo sin querer les sorprendí aquella noche, acabando por decirle:

—No soy para quien se duerme de ese modo.

Nada creí haber logrado, porque se limitó á contestar:

—¿Y qué me importa la Condesa?

—Pero le importará á ella que yo le cuente cómo me busca usted.

Entonces se clareó por completo.

—¡Mejor!—exclamó.—Eso, eso quiero; así verá que nada me importa lo que hace.

—Vamos—dije poniendo el dedo en la llaga—, pretende usted valerse de mí para disgustarla... para vengarse.

Me interrumpió dejando estallar su encono, imaginando que con descubrirme su despecho iba á persuadirme de lo bien que pagaría mi ayuda.

—Sí; también vengarme.

—¿Como en las comedias? ¿Y por qué no busca usted una señora igual á ella, una de

sus amigas, que le haría caso por ese mismo dinero que yo rechazo?

—Porque usted me gusta, y ellas no.

—No, no es por eso: es porque prefiere usted humillarla más dejándola, no por otra dama, sino por una mujer de condición humilde, para que el desprecio y la campanada sean mayores.

—No; ha de ser usted; por hermosa, por joven.

—Valgo demasiado para eso.

Le miré haciendo un gesto de asco, y le dejé con la palabra en la boca. Al alejarme, oí que decía:

—Ya se decidirá usted; sé esperar.

. . . . . .

Desgraciadamente, no carecían de base las noticias que Blancas tenía del estado de la Marquesa. Á los pocos días de la escena que acabo de referir, la pobre señora se agravó y los médicos la desahuciaron. Al saberlo experimenté sincero dolor: ella y la tosca Luisona eran los dos seres á quienes debía gratitud; además, ¿cómo no apesadumbrarme, si su muerte traía para mí dos terribles consecuencias: quedarme sin colocación y separarme del hombre con quien me había encariñado? Pues según

iba afianzándose la intimidad entre nosotros, mi alma, desechando todo pensamiento ambicioso, si alguno me asaltó al principio, sólo aspiraba á que Gonzalo me quisiera, sirviéndome su amor de áncora de salvación para no envilecerme y perderme.

Con el continuo ir y venir de visitas y servidores, ocasionado por la enfermedad de la Marquesa, teníamos pocas ocasiones de hablarnos á solas. Su pena, la mía tal vez más intensa, y sobre todo mi respeto á la casa, nos hacían prudentes; pero él, como hombre, lo era menos que yo; además, la misma amargura nos impulsaba á buscarnos: y esto nos perdió.

Un día, falta de sueño, rendida de haber velado tres noches seguidas, me senté en una butaca del gabinete inmediato al dormitorio de la señora. Pasó Gonzalo por allí seguro de que en las habitaciones inmediatas no había nadie, pero ignorando que su madre estaba levantada; al verme, se vino corriendo hacia mí, y, sentándoseme sobre el regazo como un niño, me besó: yo, por cautela, quise rechazar el halago empujándole suavemente para que se levantara; mas al mismo tiempo, temerosa de enojarle, le cogí la cabeza entre las manos y le besé también, diciéndole mimosamente:

—¡Quita, loco!

No bastando mis fuerzas á separar nuestros cuerpos, permanecimos así un momento: él, sentado sobre mis rodillas; yo, inquieta, suplicándole que se incorporase, sin dejar de acariciarle amorosamente la cabeza. De pronto apareció la Condesa en la puerta del gabinete. Me quedé espantada. Gonzalo, de espaldas á la puerta, no podía verla: el terror pintado en mi cara y el empellón que le di, le hicieron levantarse: al volverse, casi topando con su madre, se puso lívido; y, acobardado, más muerto que vivo, sin chistar, escapó. Me puse en pie, y, claro está, ruborizada y temblorosa, intenté ganar la puerta cercana. La Condesa, que, dicho sea de paso, siempre me tuvo la envidia propia de la beldad manoseada y decaída á la que está en su apogeo, anduvo más astuta; cerró la puerta, y con una risa peor que un latigazo, me dijo entre furiosa y burlona:

—Ya me figuraba yo que no tenía usted vergüenza... ¡Y en qué momentos!...

La verdad es que á nadie se le hubiese ocurrido en mi lugar frase de disculpa. ¿Cómo decir á aquella mujer que yo quería á su hijo desinteresadamente? La sonrisa con que no dejaba de fruncir los labios y su modo acerado de mi-

rarme, me sacaron de quicio. Soy algo violenta; y, además, me enloqueció el desprecio de aquella hipócrita, que valía menos que yo.

—¡Basta de aspavientos!—dije—; ya sé que me tengo que ir.

—¡Seduciendo á un joven!...

La frase, aunque disculpable en una madre, me pareció tan ridícula refiriéndose á un mozo como un pino, que, entonces, me reí yo.

—¡Perdida! ¡Sin vergüenza! No te vas ahora mismo, porque no se le puede explicar la causa á la señora Marquesa; no lo creería, de engañada que la tienes... Pero, en cerrando ella los ojos, saldrás de aquí... so...

Me figuré lo que iba á decir; el tuteo acabó de exasperarme; á punto estuve de arrojarle á la cara, como hice con Blancas, su bochornoso secreto, hablándole de sus encantos perdidos y del hastío de su amante dormido: no lo hice por consideración á la pobre enferma; pero la miré de tal modo que, amedrentada, me dejó el paso libre. Salí desafiándola con los ojos, diciendo:

—Por Gonzalo no la contesto á usted; ya me lo puede usted agradecer.

Sufrí una sacudida tremenda; y fué lo más triste que, apenas dejé de verla, me invadió el alma una amargura indecible, no por sus gro-

seros improperios, sino por la manera que Gonzalo tuvo de marcharse dejándome en las garras de su madre sin gesto de defensa ni palabra de amparo. No me hubiera gustado que se revolviese contra ella, pero aquel modo cobarde de irse me desilusionó, persuadiéndome de que mi dicha estaba prendida con alfileres. ¡Eso sí!, me juré que, en caso de perderla, sabría vengarla.

En la casa ya no pude hablar con Gonzalo: no me atreví á procurarlo, ni él vino á mi cuarto por las noches. En un principio pensé marcharme tan pronto como la señora, llegado trance de muerte, perdiera el conocimiento; mas comprendiendo que si alguien sospechaba la causa, ó á la Condesa se le iba la lengua, sería inevitable mi descrédito, la cogí en un rincón y con verdadera arrogancia le dije:

—Advierto á usted, señora Condesa, que no me voy hasta después de ocurrida la desgracia: saldré de aquí después del entierro... y vea usted lo que hace, porque también usted tiene algo que tapar.

Tal fué su asombro, que no respondió.

Murió la señora de allí á pocos días; la amortajé y velé su cadáver; luego, fingiéndome mala, me encerré en mi cuarto, y á la mañana

siguiente salí de la casa sin despedirme de nadie y con el firme propósito de trabajar como pudiese, pero no servir á nadie después de haber servido á la Marquesa.

La víspera avisé á Luisona, quien preparó su casa y mi cuarto en ella para recibirme; y allí me acomodé de cualquier manera. Era un sotabanco muy pobre, con cuyas paredes feamente empapeladas formaban contraste los restos relativamente lujosos de mi antiguo mobiliario.

La tristeza se me había apoderado del alma: obligada, sin embargo, á pensar en todo, repasé apuntes é hice cuentas. Con la exigua renta, producto de la librería, que yo no había tocado, y los ahorros de mis sueldos, más algunos donativos de la Marquesa, tenía lo bastante para no morirme de hambre; mejor dicho, para pasarlo con gran estrechez, mal comer y vestir modestamente. Una enfermedad que exigiese ocho días de baños, y estaba perdida. Forzosamente había de infundirme terror mi nueva situación, después de vivir con la Marquesa participando del trato que se dan los ricos.

Poco á poco, la imaginación se me fué haciendo más agorera y pesimista; todo lo veía negro. De pechos en la ventana, que dominaba

una gran extensión de tejados, permanecía horas enteras abstraída, prevaleciendo sobre todos mis quebraderos de cabeza el ansia de adivinar cómo se portaría Gonzalo. Yo quería esperanzarme disculpándole, pero su conducta no era propia de verdadero enamorado: dejó pasar el novenario sin venir á verme, sin escribirme más que dos cartas por el correo; no tuvo valor siquiera para mandármelas con un criado; además, mi amargura fué tremenda al darme cuenta de que, pues no se atrevió á enviarlas á la mano, debió de salir para ponerlas en un buzón, es decir, que salió á la calle y no vino á verme. Vino, por fin, y cuando yo esperaba una explosión de ternura, sólo me ofreció el entusiasmo casi violento que le causaba mi hermosura, por haber estado privado de ella muchos días: no pudo revelar más claramente que si mi cuerpo le gustaba mucho, mi corazón le importaba poco.

¡Lamentable belleza la mía! Esta era la causa única de la atracción, puramente física, que ejercía sobre él, y, como no soy vanidosa, me pareció débil base para ningún sentimiento duradero. Á pesar de todo, el cariño, el amor propio de mujer y el instinto de conservación me impulsaban á conquistar su albedrío. Y una no-

che, cuando imaginaba que podía ser más poderoso mi imperio sobre él, le hablé al alma. Dando tregua á las más apasionadas caricias, mientras se hartaba de llamarme hermosa, le aparté dulcemente, diciéndole:

—Sí, te gusto mucho, pero esto me halaga sin satisfacerme; mi ansia es que me conozcas moralmente, que me quieras, que me quisieras aunque me pusiese fea. Tú no ves en mí más que el cuerpo... Pues escucha: voy á hacer lo que ninguna otra sería capaz de hacer...

Le cogí la cabeza entre las palmas, le miré con infinita sed de amor, y puesto el corazón en los labios, seguí:

—Para convencerte de que no me basta gustarte de ese modo; de que no me llena esa idolatría exclusiva de mi carne, por hermosa que te parezca; para que veas mi ansia de enamorarte por leal, por noble, que nada espero de ti, que no me mueve nada parecido al interés ó la ambición, escúchame bien. Voy á decirte lo que no tenía necesidad de confiarte, y luego, si no me consideras digna de ser amada como quiero serlo, entonces, déjame.

Me jugué el todo por el todo... Y sin omitir cosa importante, entre lágrimas de rubor y arranques de fortaleza, tratando de excitar en

su espíritu la piedad, como mi cuerpo excitaba su deseo, al modo que pudiera volcar el pensamiento y la memoria á los pies de un confesor ideal, capaz de comprenderme, para conseguir antes que su absolución la estimación de su conciencia, hice el mayor sacrificio que puede realizar una mujer, que es exponerse á ser mal juzgada y comprometer lo porvenir descubriendo lo pasado. Bravamente, sin hipocresía ni miedo, le referí mi vida entera: la infancia triste, la adolescencia humillada, la ilusión del amor, el engaño, la caída, ¡todo! Recuerdo perfectamente mis últimas palabras:

—Hago esto para que nunca puedas suponer que he soñado en casarme contigo; así contesto á lo que alguien, acaso tu madre, pueda decirte imaginándome astuta y ambiciosa, y así ahogo yo misma esa tentación, por si algún día llego á sentirla. ¿Comprendes ahora el modo que tengo de quererte y cómo quiero ser querida?

Escuchó sin quitar las manos de mi cuerpo desnudo, cual si lo que tocaba no desmereciese con lo que oía; pero no se las agitó ni se las crispó la emoción, y mi desencanto fué tremendo, pues su falta de dolor, la sacudida que esperé y no vino, me probó que ni experimentaba pena

por la índole de la revelación, ni entendía la magnitud del sacrificio que yo acababa de imponerme. Le observé bien, y no se me escapó nada. Hablando con crudeza, diré que así como al apoderarse de mí la vez primera, su excesivo entusiasmo fué semejante al de la mujer que se pone una joya largo tiempo codiciada, sin pensar en si antes otra se ha engalanado con ella, ahora, al enterarse de que yo tuve otro dueño, no sufrió la menor desilusión: si me hubiera amado, alguna pena habría sentido. Mi relato no alteró un músculo de su rostro; siguió acariciándome, y en voz baja, libre de toda emoción, me dijo tranquilamente:

—Pero, ahora, eres mía.

Y nada más.

Quise que nunca pudiese acusarme de doblez ni engaño. Ya veremos el premio. Quedé tan desalentada, que temí su inmediato y completo alejamiento. Sin duda le faltó valor para dejarme tan pronto.

Pero las consecuencias de haberle sorprendido su madre sentado sobre mí fueron desastrosas. Según supe por una criada, se encerró con él, me puso como un trapo y acabó por decirle que yo era una lagarta sin vergüenza y que de allí en adelante, para evitar que le explotase,

no le daría más que el dinero estrictamente indispensable para que no hiciera papel ridículo donde fuese.

No pudo esgrimir en contra mía arma más poderosa; pues, aunque yo nada le costaba, para aquel muchacho, acostumbrado á lucir y tirar de largo, fué intolerable no disponer más que de unos cuantos duros al mes. La astuta señora le dijo claramente que no volvería á darle lo que antes, mientras no se marchase de Madrid; y ansiosa de facilitar su partida, cuando llegó el momento de aquel famoso examen que había de sufrir para obtener ciertos cargos en las embajadas, buscó tal cantidad de recomendaciones, que Gonzalo obtuvo uno de los primeros números. Desde aquel día no cesó de hostigarle para que se marchase de Madrid. Aún quiso él resistir algún tiempo, y me habló de tratar con prestamistas.

—Tomo dinero, firmo por cuanto quieran, y después veremos si mi madre me deja procesar por estafa.

Se lo quité de la cabeza, oponiéndome tenazmente y tratando de compensar á fuerza de cariño sus disgustos y privaciones; las privaciones de lo superfluo, tan odiosas al rico.

Empeño inútil: exceptuados los arranques de

exaltación amorosa, que en él era intensa, mi ternura no hallaba eco en su pensamiento: sólo de gustarle físicamente me podía considerar segura. Desde un principio fué amante lleno de vehemencia, pero cuyo amor, como fuego de madera endeble, se consumía en grandes llamaradas sin dejar el grato rescoldo de pasión verdadera que calienta y no abrasa. Cual todos los que confunden la posesión con el amor, era antes de ella impaciente; mientras, loco, después, seco; no de aquellos perfectos amadores para quienes el mutuo desearse y el dulce no apartarse son acaso lo que más importa en el afecto noblemente compartido; hombre, en fin, á cuyo lado la mujer delicada y sensible no conseguía gozar una hora de esa charla íntima donde el ingenio puesto al servicio de la dulzura hace vibrar el alma mientras descansa el cuerpo.

Presto sucedió lo que yo recelaba. Cuanto me dijo, después de mil cobardes rodeos, se resume en lo siguiente. Su madre le hacía imposible la vida en Madrid; no le quedaba más recurso sino engañarla, aceptando el puesto que ella misma le había procurado en una legación del norte de Europa; desde allí, durante unos cuantos meses, la persuadiría de que ha-

bíamos roto las relaciones, y en cuanto tuviese dinero vendría escondidamente á buscarme ó me mandaría lo necesario para reunirme con él.

La tibieza en el modo de fraguar y exponer su plan, hubiese asustado á la amante más ciega; á mí me arrancó de cuajo la poca ilusión que me quedaba. Soy de fácil sumisión al halago; altiva para el desvío: no intenté retenerle; ni siquiera descubrí la menor incredulidad oyéndole que nos reuniríamos pronto. Quizá en mi desencanto entró por mucho la doble convicción de que acerté al principio juzgándole de cortos alcances, y de que, por el contrario, me equivoqué luego, cuando la atracción del amor hizo que me pareciese listo: no sé, en verdad, qué me causaba más pena, si quedar privada de llorarle por despegado é ingrato, ó no poder echarle de menos como compañero inteligente en los azares de la vida. El tranquilo filosofar de mi tristeza no me ahorró, sin embargo, una tremenda depresión moral; y, todavía más que su falta de cariño, me amargó mi propio descorazonamiento.

En vano trató de sellar nuestra despedida con una noche de pasión: no me ablandaron sus promesas de venir á buscarme; y nos sepa-

ramos fríamente: él, mortificado por la repulsa; yo, acibarada por el desengaño.

—Ya verás—me dijo—cómo esa desconfianza es injusta.

—En tu mano está convencerme; pero ni vendrás ni me llamarás.

—Prométeme acudir donde yo te cite.

—Lo prometo.

Ni una palabra más. Quiso besarme, le rechacé y salió de mi pobre cuarto. Inmóvil, junto á la puerta cerrada, le oi bajar toda la escalera hasta que el ruido de sus pasos se perdió en el silencio y la distancia, y llorando me dejé caer en una butaca.

Si las ventanas de aquel sotabanco dieran á la parte de la fachada, á despecho de mi forzada energía, hubiera corrido á verle desaparecer: con él se iban mis últimas ilusiones, fundadas en algo muy difícil de definir, que yo vislumbré con delicia: el amor fuera de lo legal y sagrado, pero indestructible, alimentado de sí mismo, ajeno al deber, señor de sí propio, hijo de la fidelidad del corazón, ante cuya divina excelsitud son letra inútil ó ceremonia sin poesía los códigos y consagraciones del mundo.

Al otro día salió Gonzalo de Madrid, en-

viándome antes una carta. Desgraciadamente, escribía tan mal, expresaba con tanta indecisión y vaguedad sus pensamientos, que no era posible comprender si fué dictada por lástima y deseo de mitigar la frialdad de la separación, ó simplemente por el mero propósito de aparecer á mis ojos menos falso.

Luego, durante dos meses, me escribió desde Bruselas, bastándome observar el tiempo transcurrido entre fecha y fecha para quitarme la poca esperanza que me quedaba. Contenían estas cartas débiles y vulgares protestas de cariño, consuelos fríos, promesas condicionales; todo el repertorio de la indiferencia sin valor y el despego sin franqueza. Contesté á las primeras intentando llegarle al corazón; después, con la amargura propia del abandono; finalmente, una de las suyas me pareció tan seca y frívola, que no volví á escribirle. De seguro se alegraría. Y así concluyó este episodio, del cual no sé lo que salió peor librado, si mi sincero afán de querer y ser querida, ó el escaso poder de mi malhadada hermosura.

No había sufrido hasta entonces pena tan honda; estuve enferma, el alma se me abismó en una desesperación pavorosa, y, de entre la humillación del desengaño y la incertidumbre

de lo venidero, volvió á surgir ante mis ojos el problema de la vida.

Esto que se dice en tan pocas palabras representa días enteros de cavilaciones, noches inacabables de insomnio. No tenía persona que me aconsejara, ni menos que me protegiese: amigos, ninguno; parientes, los tíos á quienes dejé de tratar: después de cómo los arrojé de casa, suponiendo que me rebajase hasta llamarlos en mi ayuda, el resultado sería indudablemente que se me comerían los ahorros. ¿Á quién pedir amparo? ¿Qué clase de trabajo pretender? La poca contabilidad que aprendí, no bastaba para entrar en una casa de comercio; labores, nunca me enseñaron; y para otro linaje de servicios, ¿dónde hallar señora como la muerta? Pero era hermosa, y con dolor pensé que la hermosura me valdría.

«Véndete carísima, que quiere decir muy amada»—puso en su escudo una célebre beldad florentina—. Yo también podía venderme; pero sin esperar que nadie me quisiera.

X

Ignoro á punto fijo si Blancas sabía lo que entonces me pasaba, aunque me inclino á creerlo, juzgando por la oportunidad con que se aprovechó de mi estado de ánimo: fuera como fuese, las circunstancias le favorecieron. Deseoso de ponerse al habla conmigo, empleó un recurso al cual no pude sustraerme, y cuya consecuencia inmediata fué un incidente que acabó de echarme en sus brazos.

Tres meses habían transcurrido desde el fallecimiento de la señora, cuando una mañana se presentó en mi casa el criado de Blancas, hombre de toda su confianza, que venía, indudablemente, aleccionado. Segura estoy de que, en lo esencial, no pronunció palabra más ni menos de las discurridas por su amo.

—De parte del señor, que tenga usted la bondad de ir por allí para enterarse de un asunto que la interesa.

—Á mí, muerta la señora Marquesa, nada me puede interesar de aquella casa.

—Es que se trata de algo dispuesto por la misma Marquesa.

—No adivino.

—La señora Marquesa ha dejado algo á casi todos los que la servían.

—¿Á mí también?

—Á usted más que á nadie: mil duros.

—¡Pobre señora! ¡Qué buena ha sido para mí!

—Y para todos: ya ve usted que en faltando ella... la casa desbaratada: el señor Conde, viajando; la señora Condesa, más orgullosa que nunca... Con mi amo se ha portado muy mal: está muy quejoso... La casa no es conocida.

—¿Y cómo no han hablado hasta ahora de esos legados?

—La señora Condesa y mi amo, que es testamentario, supongo que se enterarían en seguida de morir la Marquesa; á los demás, ayer nos lo han dicho. Mañana se leen delante de todos las cláusulas del testamento que se refieren á nosotros: hay que estar allí á las diez de la mañana.

—¿En el escritorio del señor Blancas?—pregunté con disgusto.

—No, en la casa; no sé en qué habitación será; y tenemos que hallarnos todos.

Prometí no faltar, me dió la enhorabuena, y se fué.

Mucho me contrariaba volver á pisar sitios tan llenos de recuerdos amargados, y más la posibilidad de encontrarme con la Condesa; pero, pensando que era una tontería retrasar el cobro, fuí.

Al llegar, minutos antes de la hora marcada, la primer persona con quien topé fué el criado de Blancas, sin que esto me chocara, pues siempre andaba por allí, como su amo. Me mandó pasar á un despachito donde la difunta señora solía encerrarse con su administrador, y, al mismo tiempo, dijo:

—Ayer me equivoqué al decirle á usted la hora: hasta las diez y media no vendrá el señor—. Y se marchó.

—En el acto comprendí la estratagema preparada para cogerme á solas, y procurando salirme tras el criado, le llamé, diciendo:

—Me voy... Volveré luego.

Pero en el mismo instante apareció Blancas en una de las puertas. La escena que siguió, y que tanta influencia había de tener en el resto de mi vida, fué rápida y dramática. Sonriendo

amablemente acercó para mí una silla junto á la mesa cargada de papeles; me senté contrariada, nerviosa; quedóse en pie á mi lado, y con la mayor finura, cual pudiera hablar con una encopetada dama, se explicó de este modo:

—Lo primero, es lo primero: usted cada día más hermosa, y yo más entusiasmado con mi proyecto... Quisiera quitarle á usted de la cabeza toda idea de ofensa, de menosprecio... Convénzase usted de que hay que tomar la vida como viene. En cuanto usted se decida, en cuanto acepte...

Le interrumpí secamente:

—Creí ser llamada para algo más serio. Permítame usted que me retire...

—No se enfade usted. La he llamado para notificarle que la señora Marquesa le ha hecho á usted un legado.

De pronto, oímos crujir de faldas, abrióse la puerta, y entró la Condesa, que venía diciendo:

—Todos están ahí: esto durará poco, ¿verdad?

Al verla, me levanté, y apartándome unos pasos permanecí en pie, algo alejada de ella, en muestra de respeto, pero sin señal de confusión ni temor. En el acto tuve la corazonada de presentir que entre aquella mujer y yo iba á suceder algo grave. Ella, al reparar en mí, hizo

un mohín de desprecio, irguió altivamente la cabeza, mirándome de alto á bajo, y sin poder reprimir el deseo de humillarme, con acento en que se confundían la crueldad y el escarnio, dijo dirigiéndose á Blancas:

—Vendrá á cobrar.

La frase, que pronunciada naturalmente hubiera sido inofensiva, fué por la intención y el tono un latigazo que me cruzó la cara. Y añadió:

—Ha debido esperar fuera con los demás criados.

Entonces, yo, poseída de verdadera fiereza, me erguí como sierpe pisada, la miré con un desdén mayor que el suyo, sonreí encarándome con Blancas, y dando á las palabras una intención que él no podía menos de comprender, le dije:

—En aquello de que hablamos antes, estoy conforme. En cuanto á lo que debo cobrar... ¿verdad que usted mismo me hará el favor de traérmelo á mi casa?

Le alargué familiarmente la mano—la cual, aún asombrado de mi arranque soberbio, no vaciló en estrechar—, y volviendo la espalda á la Condesa salí despacio más altiva que si fuese á tomar la almohada en la cámara regia. No sé lo que luego pasaría entre ellos, y como

el rencor es mal consejero, me marché satisfecha.

Si subí turbada la escalera de mi casa, no fué por arrepentirme de lo que acababa de hacer (aún me parecía poco), sino por el ultraje recibido. Pero lo que más me preocupaba era la duda de si Blancas habría comprendido todo lo que quise decirle, y de qué modo me entregué á él con tal de humillarla á ella. ¿Qué consecuencias iba á tener el arrebato de orgullo vengativo en el cual concedí de pronto lo que había tan resueltamente negado?... Y si aquel hombre no venía, ¡qué humillación!

Al entrar en mi cuarto, pasando junto al armario de espejo, me vi de refilón en su luna. Por bajo del airoso sombrero negro con lazo grande y velito de motas, asomaban, semejantes á pequeñas volutas de oro, algunos rizos sueltos de mi hermoso pelo rubio: tenía la tez intensamente pálida, los labios muy rojos, casi ensangrentados de habérmelos mordido, y los ojos, ya perdida la expresión de la ira y bañados de lágrimas, me brillaban como florecillas azules mojadas por la lluvia. Llevaba un traje negro de lanilla (del luto que me puse por la señora) liso, sin adornos, bien cortado, y que, según la moda de entonces, modelaba todas

las líneas de mi cuerpo, haciendo valer y resaltar la gallardía del cuello, la esbeltez del talle, la firme redondez del pecho y las curvas de las caderas. Estaba preciosa.

La sencillez de mi atavío me era favorable, porque triunfaba la belleza sin auxilio del lujo. Así me habían visto momentos antes la Condesa y Blancas; ni me quité ni me puse nada... Al pensarlo, me complací en mirarme con raro deleite. ¡Vaya si vendría!...

Algo me inquietó la impresión que pudiera causarle mi cuarto. Los muebles salvados del naufragio de mi antigua casa, aunque bonitos y limpios, valían poco; estaba la alfombra bastante raída; desde el pequeño gabinete se veía la estera de cordelillo de la alcoba, que tampoco era nueva, y, finalmente, á pesar de los visillos de muselina que yo misma hice con bonitos dibujos, puestos en la ventana, el conjunto de paredones, medianerías y tejados que desde allí se descubría, era en extremo feo. Todo pregonaba la triste situación de quien poseía tan pobre ajuar y tenía que anidar tan alto.

Sabiendo cómo viven los ricos, por haber estado con la Marquesa, no se me ocultó el brusco contraste que aquello debía de formar con cuanto Blancas estaba acostumbrado á ver;

pero, no siendo vanidosa, no experimenté mortificación: con tal de que en torno mío hubiera limpieza y gusto, no daba importancia á lo demás.

Á la hora del almuerzo no pude tomar bocado. Pasé el día barajando ideas á cual más triste; asustada unos ratos de lo que hice; otros, menos nerviosa que por la mañana; tan pronto halagada por esperanzas que me daban vergüenza de mí misma al recordar que Blancas podría venir, como sensible á la humillación de que no viniera. Quité el polvo en algunos sitios, arreglé varias cosillas y, notando que desde el gabinete se veía parte de la alcoba y hasta la cama, bajé por completo la cortina que pendía ante la puerta común de ambas habitaciones; después, cogí un libro, pero tuve que soltarlo en seguida...

Me asaltaban recuerdos todavía más tristes que la realidad presente... Ángel, un malvado; Gonzalo, por otro estilo... igual de falso. ¡Y pensar que yo con cualquiera de ellos, si me quisiera, hubiera sido feliz! Comenzó á exasperarme el vago temor de verme despreciada por haberme brindado de aquel modo; luego, me alegró la idea de que no viniese, y después, por instantes, la voz de mi descorazonamiento

lo fué agriando y entenebreciendo todo. ¿Qué importa—me decía—que ahora no venga ese hombre, si mañana tendrá que venir otro?

Comenzó á caer la tarde; mas por lo alto que estaba mi cuarto, aún era mucha la claridad. Abrí la ventana. En la inmensidad azul del cielo lucía con fulgor intenso, potente y fija, una estrella magnífica. Siempre he sido un poco romántica; la miré pensando: ¡Cómo brillas! ¡Ya se ve que no eres la mía!... Y rompí á llorar.

De repente sonó la campanilla; por ser corto el pasillo, Luisona abrió en seguida, y Blancas entró sombrero en mano. No tuve tiempo de secarme los ojos ni supe reprimir un involuntario gesto de disgusto; él, notándolo, me preguntó con exquisita cortesía:

—¿Tanta violencia tiene usted que hacerse para recibirme? ¿No me ha invitado claramente á venir?

—No es eso.

—¿Entonces?...

—Es que siento con toda mi alma que me haya usted cogido llorando.

—¿Por qué?

—Puede usted creer que esta escena es comedia... y le juro á usted que no lo es.

—Lo creo; estoy seguro de que sin la ofensa de la Condesa no me dice usted nada.

—Exacto.

—Sea por lo que sea, aquí estoy; y yo haré las cosas de modo que no pueda usted arrepentirse.

—Lo que no podrá usted hacer es que yo, al venderme, deje de estimarme, y que cuanto más me dé usted, en menos me aprecie yo.

—No exageremos—interrumpió deseoso de atenuar lo violento de la situación—; ni usted se vende, ni yo la compro; accede usted á ser mía, y como soy rico vivirá usted con arreglo á lo que tengo: ni más ni menos.

—Pues disponga usted de lo suyo—repuse sonriendo con indecible amargura y dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo.

Nuevamente se me llenaron de lágrimas los ojos; debí de ponerme muy pálida, y un temblor convulsivo me agitó de pies á cabeza.

Sin duda Blancas vió claro y creyó sincero todo lo que yo experimentaba, porque este hombre á quien consideré incapaz de la menor delicadeza—está visto que no acierto á juzgarlos—, la tuvo tan grande aquella tarde, que no hizo el menor intento de tocarme. En el fondo de su alma cínica, tal vez quedaba un resto de

adormecida delicadeza que acerté á despertar, ó acaso el dolor me hizo respetable; de suerte que el comprador no tomó entonces posesión de la cosa comprada, y fuí como una de aquellas reses que, ya puestas al pie del ara en los templos paganos, en vez de inmediatamente sacrificadas, quedaban para otro día.

Lo que hicimos fué hablar mucho, poniendo empeño Blancas en probarme que el móvil principal de su conducta era lo mucho que le gustaba, y yo en persuadirle de que, aun cediendo á su deseo, valía moralmente harto más de lo que revelaba mi flaqueza. En esta conversación comprobé ciertas sospechas que antes tuve. Era extremadamente vanidoso; la Condesa le engañó, y de aquí su rencor; el despecho le indujo á buscarme como instrumento de venganza: quería humillarla, dándole por sucesora una mujer más joven, más hermosa y de condición humilde; y yo, la que ella tuvo á su lado, siendo, como ahora se dice, la señorita de compañía de su suegra, casi una criada distinguida, iba á ser quien la humillase; pues todo el mundo pensaría que mientras estuve en su casa la desbanqué, quitándola el amante. No concebía Blancas que pudieran expresarse con mayor claridad el hastío, el cansancio, el har-

tazgo tedioso producido por la belleza decadente y ajada. Todo esto no me lo dijo él; pero bien claro lo vi en el curso de la conversación.

Cuando se marchó, salí despidiéndole hasta la escalera: luego abrí la ventana, como queriendo purificar la atmósfera del cuarto, y, de codos en el alféizar, me quedé abismada en mis penas.

Era noche cerrada. En primer término, no percibía la vista más que las grandes masas angulosas y obscuras de muros, paredones y tejados: descollando por encima de ellos surgían los contornos de torres y campanarios, cuyos puntiagudos chapiteles, cubiertos de pizarra, recogían el escaso claror de las estrellas; acá y allá rompían la superficie negra de las fachadas los rectángulos de luz amarillenta que forman los balcones alumbrados interiormente, y al través de algún vidrio brillaba el resplandor solitario de una lámpara con su pantalla de color; de las chimeneas salían nubecillas de humo, que, flotando como manchas fugaces en la lobreguez del ambiente, se desvanecían en la altura; por entre las manzanas de casas, á lo largo de las calles rectas, divisábanse las hileras de los faroles, cuyas llamas reverberaban

en cristales y vidrieras, ó á trechos algún arco voltaico irradiaba intenso fulgor blanquecino; y de aquel conjunto de sombras esmaltadas de toques luminosos, se alzaba el rumor confuso de mil ruidos diversos: rodar de vehículos, vocear de vendedores, gritar de chicos y cantar de criadas; ya el tecleo de un piano, ya el lento sonar de las campanadas de un reloj...

Fué para mí una noche muy triste; peor mil veces, más desconsolada que la siguiente á la traición de Ángel, y que aquellas de cruel insomnio en las cuales me fuí persuadiendo del desdeñoso olvido de Gonzalo. Entonces fuí á mis propios ojos, primero, víctima de la doblez ajena; luego, de mi necia credulidad; Ángel me engañó villanamente; con Gonzalo me engañé yo misma; pero ahora acababa de sellar á sangre fría un pacto vergonzoso con un hombre al cual juzgué antes despreciable; es decir, á sangre fría, no, porque al modo que en el cuerpo se siente un derrame de bilis que melancoliza y deprime, así sentía yo en el alma un desbordamiento de rencor que me enloquecía, arrastrándome á lo mismo que repugnaba. No sé analizar el turbión de ideas que se me agolpó al pensamiento. Aquella era mi verdadera caída, el naufragio de mi sentido moral, porque no me

consideré culpable cuando me dejé seducir por el encanto de mi primer amor, ni cuando busqué en el segundo consuelo á mi desesperación; pero, ahora, era yo quien voluntariamente, á sabiendas, se sometía, no al amor ni á la ilusión del amor, sino al ciego impulso del odio. Y, además, sin que yo entonces me diera cuenta exacta de ello, también me dejé dominar por el terror que me causaba la idea de seguir viviendo entre privaciones, consumiéndoseme la juventud sin que nada, absolutamente nada, halagase mis anhelos de muchacha hermosa, ni mi ansia natural de saborear los goces de la vida. Á la edad que tenía, ignoraba lo que eran un traje bueno, un día de contento, un instante de inofensiva vanidad satisfecha. Á pesar de esto, confieso que no me sedujo exclusivamente la tentación de brillar y lucir: será quizá más vituperable, pero el sentimiento que se apoderó de mí, fué el odio. La madre de Gonzalo, apartándolo de mi lado, me arrebató la esperanza de una existencia modesta, tranquila, relativamente dichosa: la unión que yo soñé, aunque fuera de lo legal, hubiera sido para mi conciencia tan honrada como si estuviese santificada en cien altares; y desde que aquella mujer la hizo imposible, me pareció una criatura per-

versa. La idea de humillarla me daba escalofríos de placer.

Pero aún se alzaba en mis cavilaciones otro fantasma más aborrecible que aquella antipática mujer: el hombre; y no uno determinado, sino el hombre todo, el ser maldito, causante de cuantas desventuras me afligieron desde que comencé á vivir; y éste, éste fué el verdadero objeto de mi rencor: en el hombre creí ver desde entonces mi enemigo, y cuanto fuese atormentarle ó envilecerle me pareció obra legítima y represalia justa. Esta mala pasión, todo lo absurda que se quiera, pero no en mi caso falta de base, se me había lentamente entronizado en el alma. Soy, por naturaleza, propensa á corresponder con vehemente exceso al bien ó al mal recibido; el desbordamiento de energía que se sobrepuso á mi albedrío, guardaba relación con mi carácter, y fuí consecuente conmigo misma. Cuando mi padre me mandó al colegio, estuve á punto de decirle el mayor insulto posible en labios de hija; al enterarme de que mi tío me robaba, le arrojé de casa; á la vileza de Ángel, correspondí arrancándome de cuajo el cariño que sin merecerlo le había otorgado; después intenté rehacer mi vida malograda, teniendo el valor de ponerme casi á ser-

vir; al apartamiento de Gonzalo, aun estando allí en su lugar quejas y lamentos, opuse un silencio en que había su poco de soberbia: con ninguno de ellos se desmintió mi brío; pero la verdad es que todos fueron malos conmigo. Mi conciencia me decía que yo hubiera sido incapaz de ingratitud con los que poco ó mucho me quisieron: ni á mi pobre madre, ni á la apacible monja Verónica, ni á la bondadosa Marquesa, ni á la compasiva Luisona hubiera tenido valor de apesadumbrar; antes al contrario, gozara sacrificándome por ellas: y ved qué casualidad, harto repetida para serlo: las personas buenas conmigo, todas mujeres; las malas, exceptuada la Condesa, todos hombres.

Esta idea se me incrustó en la mente con tremenda fuerza; así que al echarme en brazos de Blancas, ella fué la que me dominó con mucho más imperio que la tentación del bienestar y el lujo prometidos. Quizá esto acuse peor natural que haberme mostrado vulgarmente codiciosa; mas lo que me sorbió potencias y sentidos fué el espíritu de venganza, el odio al hombre; y aquella noche, de codos en el alféizar de la ventana, con la mirada hundida entre sombras menos negras que las de mi pensamiento, como visionaria insensata ó protagonista de novela

mala, me juré hacer al hombre todo el daño que pudiera. ¡Necia de mí! ¿Qué era yo sino una pobre romántica que no sabía de la vida sino lo soñado en el rincón solitario de su casa y lo leído en libros de dudosas historias y vanas imaginaciones?

He creído durante mucho tiempo que lo que me arrojó en brazos de Blancas fué la injuria de la Condesa, á quien al principio supuse única culpable de mi arrebato; mas esta mala mujer no fué sino la ocasión; y apenas persuadida de que me vengaría de ella cuanto quisiera, quedó aquel rencor en segundo término, pues lo que hizo conmigo la altiva y manoseada señora, fué mera consecuencia de dejarme yo engañar por su hijo.

Como si aún luciesen en el fondo de mi alma llamaradas de honradez, otros quebraderos de cabeza me atormentaban mucho, principalmente el deseo de atenuar ante mis ojos la manera que tuve de venderme; y también en esto halló mi sutileza medio de tranquilizarme, diciéndome que habría sido despreciable si me entregara por cálculo en la época en que Ángel me sedujo; pero, pasado aquello, perdido el encanto virginal, no merecía yo por darme á Blancas más ni menos vituperio que cualquiera de esas

virtuosas señoritas de buena familia prontas á enriquecerse casándose con un hombre á quien no aman. Yo, vendiendo á uno la belleza despreciada por otros, no engañaba á nadie. En fin, mi conciencia se iba acostumbrando á transigir. Confieso, sin embargo, que me costaba gran violencia, pues bajo mi perversión voluntaria latía un no sé qué vago y misterioso impropio de alma corrompida.

XI

Á los dos meses de recibir la primer visita de Blancas tenía casi acabada de poner mi nueva casa en un piso principal que costaba seis mil pesetas al año; y no lo tomé más caro, porque no quise. Para amueblarlo, él escogió unas cosas, yo otras, sin escatimar nada, rodeándome de comodidades y de lujo; pero teniendo buen cuidado de que esta repentina prosperidad no quedase afeada con pruebas de mal gusto, antes al contrario, puedo asegurar que si uno elegía bien, otro mejor. Permítaseme decir que para mí era labor fácil, pues nací dotada de esa inclinación espontánea por la cual se prefiere lo artístico y elegante á lo vulgar y ordinario; además, mi permanencia junto á la Marquesa y lo mucho bueno que vi acompañándola á visitas ó penetrando con recados suyos en moradas principales, acabó de per-

feccionar aquella facultad. Por ingénita predisposición, era yo incapaz de soportar el desentono agresivo de colores mal casados, ni las formas de muebles ó utensilios feos, ni los adornos recargados; y, finalmente, mis lecturas, mi buen juicio, el instinto de conservar á cada cosa su carácter propio, dándole adecuado lugar y empleo, me libraban de incurrir en disparates. Nunca se me hubiera venido al magín, por ejemplo, meter un retrato de dama francesa del siglo XVIII en un marco de robusta talla española, ni, como cuentan de la mujer de cierto banquero, destinar á un gabinete japonés una chimenea del Renacimiento italiano: así que mi casa, aunque puesta de pronto, y toda de nuevo, que es el gran escollo del buen gusto, tenía tal sello de severa elegancia, que pudieran envidiarla las damas á quienes el dinero sólo sirve para rodearse de cosas ridículas y estropear las buenas.

No describo mis habitaciones, recordando pormenores y detalles, temerosa de hacer pesada la lectura de estos apuntes: sólo me permitiré el inocente placer de recordar que mi comedor de roble, con sus tapices, reposteros y cuadros de paisajes y cacerías, era en pequeño digno de una antigua morada de señores

españoles del tiempo de los Felipes; y que mi saloncito predilecto, cercano al amplio dormitorio, ambos de talla dorada y telas claras, estaban tan primorosamente alhajados al estilo francés del siglo XVIII, que allí hubieran respirado el ambiente de su época aquella célebre Rosalía Duthé, á quien todo un rey mandaba buscar para que iniciase al príncipe heredero en el misterio del amor, y aquellas hermanas Verrier que tenían en su casa estudio abierto de perfecta galantería. En fin, gasté á manos llenas, hermanando el gusto de Blancas, que se inclinaba á lo fastuoso, con el mío, que prefería lo artístico y elegante.

Paso por alto el capítulo de trajes y perifollos; quiero decir, sin embargo, que en lo tocante á ropa interior, nada me parecía bastante fino para que me llegase á la carne: al amortajar mi pudor le puse las más espléndidas galas; y en cuanto á botas y zapatos, persuadida de que mis pies todo lo merecían, nadie fué mejor calzada. Alhajas, pocas: nunca me han entusiasmado, pensando que la hermosura no las necesita y la fealdad resalta con ellas: las que Blancas me regalaba iban derechas á un cofrecillo, quedando guardadas, á modo de reserva, para el día de mañana. Á pesar de sus instan-

cias, tampoco quise, al principio, coche propio: los primeros que tuve fueron, aunque muy buenos, alquilados. Finalmente, mi servidumbre se compuso de una excelente cocinera, dos doncellas y un mozo de comedor, que hacía los recados. Pensé llevarme á Luisona de ama de gobierno; pero luego, discurriendo mejor, la dejé en su modesta vivienda, sostenida á mis expensas y con encargo de conservar en ella, como depósito sagrado, aquellos muebles de mi madre que no quise profanar poniéndolos junto á los pagados por Blancas.

Tal era mi casa; yo la soñé pequeña, bonita, hasta primorosa, pero modesta y, sobre todo, honrada; el hado, el azar de la vida, ó lo que sea, quiso dármela lujosa y rica.

Pronto se fijaron en mí las gentes: como dicen en Francia, estaba *lanzada*. Mi presencia en paseos y teatros despertó viva curiosidad; todo el mundo preguntaba quién era aquella rubia «nueva en esta plaza», según la grosera expresión del vulgo: unos me clasificaban como aventurera parisiense; otros me suponían tiple injerta en pecadora profesional traída para cantar y bailar medio desnuda en un teatrucho de tercer orden: poco se tardó en saber, confundiendo verdades y mentiras, que fuí señorita

de compañía de la Marquesa de Arantines, viviendo en cuya casa y con su nuera la Condesa de Palmares, quité á ésta su amante, seduciéndole á fuerza de astuta coquetería; que Blancas plantó á la Palmares por mí, y, por último, que se estaba gastando conmigo un dineral.

Lo de robar el amante (así decían) á dama tan conocida, me dió extraordinaria notoriedad; mi belleza, mi elegancia, mi manera de vestir y presentarme en público, hicieron lo demás; llegando á inspirar tal interés, que adquirí la certidumbre de ser por muchos codiciada, y pagada á peso de oro en cuanto me prestase á traicionar á mi poseedor, ó él diese señal de flaqueza en apreciarme. Lejos de ello, Blancas se me aficionó tanto, que, si fuese capaz de amor, lo hubiese sentido por mí.

Nada verdaderamente notable ni novelesco me sucedió mientras fuí suya. Si me detengo en este período de mi existencia, es porque lo considero como el fin de mi vida honrada y el comienzo de mis días de escándalo. ¡Yo escandalosa! Lo que nadie sabe es el placer con que lo habría evitado si alguien me favoreciese. Á despecho de las ideas de odio al hombre que se me metieron en la cabeza y de mis vengati-

vos propósitos, tardé poco en comprender que si, por fortuna, la índole de Blancas fuese otra, todos aquellos necios desvaríos se me hubieran disipado en la mente como vaho ligero en atmósfera serena. ¡Ah!, si me llego á sentir amada, ¡cuán distinto hubiera sido todo! Porque, realmente, yo, apenas vislumbraba la posibilidad de ser querida, me disponía solícita á pagar amor con amor, despreciando cuanto de la pasión no procediese. Más de cuatro veces, esperanzada con algún pasajero halago que se me antojó ternura, estuve á punto de decir á Blancas: «Basta de lujo inútil, de gasto excesivo, de prodigalidad tonta; no me des sino lo necesario para vivir; gasta menos y quiéreme un poco más.» Incapaz de comprenderme, estaba á cien leguas de sospechar que mi ideal era el amante verdadero á quien poseer y entregarme para siempre, quedando en vida y en muerte, á ser posible, tan unidos como Filemón y Baucis. Pero nuestra intimidad amorosa tenía la sequedad del pacto fríamente convenido, y en vano me esforzaba por poetizarla. Mi figura, mi cuerpo, todo lo material y físico de mi persona, le gustaba mucho; de mis cualidades morales nada entendía: igual que me sucedió con Ángel y Gonzalo, no paró mientes en

que, prescindiendo de mi poca ó mucha inteligencia, lo que en mí valía más era el corazón.

Á pesar de esta falta de perspicacia para conocerme moralmente, Blancas distaba bastante de ser el personaje odioso y repulsivo que supuse: su buena educación, su afabilidad, su tacto, me producían á veces la ilusión de tener un enamorado sincero; su cortesía ante las gentes nunca se desmintió, sorprendiéndome mucho, en algunos momentos, que tratase con tanta consideración á mujer tan fácilmente comprada; pero, observándole despacio, veía que todo esto era corrección puramente externa y ansia de buen tono; así que, para mis adentros, le comparaba al aderezo falso que pasa por bueno, y cuyo escaso valor sólo conoce quien lo usa. Su mala pasión era la vanidad. Ya se irá viendo que yo estaba predestinada á ser presa de vanidosos. Aun cautivándole por mi tipo y las condiciones de mi belleza, de gran espectáculo, como él decía, más que pasar una noche conmigo le halagaba verme lujosamente ataviada en sitio donde fuese admiración de hombres y envidia de mujeres. Gustaba mucho de acompañarme, como luciéndome; pero una de las cosas con que experimentaba mayor placer consistía en ir, por ejemplo, al teatro donde

yo iba, quedándose en puertas y pasillos para presenciar mi entrada ó mi salida, escuchando á los que me veían pasar cuanto les sugería mi figura y mi lujo.

Al ser reemplazada por mi humilde persona, la Palmares tocó el cielo con las manos, y desahogó su furia hablando pestes de nosotros: de él, cuanto pudo inspirar el despecho; y de mí, mucho más, divulgando la mentirosa especie de que si obligó á Gonzalo á irse de Madrid fué para que yo no le arruinase igual que llevaba trazas de hacer con Blancas. Esto me llegó al alma; pues, dicho sea de paso, ya por tacañería, ya por falta de dinero, la verdad es que el Condesito no me hizo el menor regalo ni me dió el más insignificante recuerdo.

La prosperidad había amansado tanto mi rencor y me acordaba tan poco de aquella antipática señora, que, á no verme así calumniada, jamás hubiese vuelto á pensar en mis propósitos de venganza por haber alejado á su hijo; pero al enterarme de sus viles palabras, resolví humillarla cuantas veces pudiese, segura de que teniendo la mortificación cierta resonancia y halagando la vanidad de Blancas, á éste le parecería de perlas. Lo primero que hice fué algo que á primera vista importaba poco, y con

lo cual, sin embargo, la ocasioné una gran contrariedad.

Tenía la Palmares una doncellita, á quien conocí estando con la Marquesa, muchacha lista, de buen palmito y agradable figura, habilidosa en extremo, así en el manejo de la casa como en determinados cuidados y menesteres, por lo que era de gran utilidad y descanso para una señora. Se llamaba Remedios, y afirmaba haber sido educada en París, lo cual no carecía de fundamento, pues su padre fué impresor en Málaga, á raíz de una tentativa revolucionaria tuvo que emigrar con su mujer y la niña, y á orillas del Sena vivió la pobre familia algunos años.

La Condesa compraba sus ropas interiores, trajes y tocados á las más célebres lenceras, modistas y sombrereras; esto puede hacerlo toda señora rica; lo que muy pocas encuentran es una verdadera primera doncella que sepa, como Remedios sabía, guardar los vestidos, cuidar las galas, conservar las pieles, limpiar encajes, entolar blondas, rizar plumas y hacer de pronto una pequeña modificación ó una reforma hábil en un traje; amén de mil secretos de gabinete y tocador, desde distribuir con gusto de artista las flores en búcaros y jarro-

nes y preparar el te, hasta ondular el pelo y pulir las uñas dejándolas iguales que almendras de color de rosa; en fin, la muchacha era un estuche. Parecía pecar de codiciosa, aunque, como luego se verá, en realidad no lo fuese, porque teniendo novio, de quien estaba ciegamente prendada, quería ahorrar mucho para casarse pronto; ella me lo confesó. Doce duros al mes ganaba con la Condesa: le ofrecí cuatro más, y la dejó en seguida. Calcúlese el furor de aquella iracunda señora cuando de la noche á la mañana se vino Remedios conmigo. No habría prorrumpido Penélope en más amargas imprecaciones si de pronto la abandonasen todas las siervas que la ayudaban á bordar el sudario que preparaba para el padre de Ulises; en cambio, Blancas rió mucho la travesura. Por cierto que al ver en casa á la muchacha, fijándose en ella, cometió una de esas indiscreciones en que incurren hasta los más listos. Mirándola salir de mi gabinete, me dijo:

—Has hecho bien; ¿pero no te da un poco de cuidado tenerla en casa siendo tan guapa?

Á lo cual repuse altiva:

—Está enamorada de veras; con todo tu dinero, no te haría caso ninguno.

La adquisición de Remedios fué poca cosa comparada con otros dos disgustos que di á la Palmares; los referiré rápidamente.

Cuando ya sabía todo Madrid que Blancas era mi amante y lo que conmigo gastaba, sobrevino uno de esos acontecimientos de los cuales se habla mucho entre la gente adinerada. La antigua casa ducal de Adragonte, que, á consecuencia de las prodigalidades de los últimos poseedores del título, estaba ya de tiempo atrás acorralada por los acreedores, había llegado á completa ruina: vendiéronse sus fincas; después, todas las preciosidades contenidas en su palacio fueron sacadas á subasta, verificándose algunos días antes la exposición de muebles, tapices, armas, porcelanas, esmaltes, cuadros, esculturas y cuantas obras artísticas adornaron los salones de aquella nobilísima familia. Todo el Madrid elegante acudió á esta venta, que fué como el funeral de una gran fortuna; muchos objetos atrajeron las miradas de los coleccionistas inteligentes y de los ricos sin gusto; allí se dieron cita, de un lado, el amor al arte, y, de otro, la vanidad; en particular las señoras se quedaban pasmadas contemplando aquel conjunto de maravillas, con cuyas migajas pretendían adornar

sus casas: pero nada fué tan elogiado por el mujerío elegante como un soberbio tocador compuesto de mesa, espejo, candelabros, pomos, polveras y tatarretes de antigua porcelana de Sajonia, todo ello admirablemente conservado. Díjose al principio que se lo disputarían varias damas; después, que desistieron porque de París venía un anticuario para adquirirlo sin reparar en el coste, y, finalmente, que quien estaba resuelta á quedarse con él era mi rencorosa enemiga la Condesa de Palmares.

El día de la subasta á que correspondía el tocador se llenó la sala de anticuarios, artistas, prenderos, aficionados entendidos, necios con cantos dorados y mirones murmuradores sin otro capital que su negra envidia; y, confundidas entre toda esta turba, muchas señoras de alto copete, unas atraídas por deseo de adquirir objetos determinados, otras por mera curiosidad, y, las más, por lucir los trajes. En Madrid esta clase de torneos de la vanidad no es frecuente, y los ricos aprovecharon la ocasión de imitar lo que hacen sus congéneres en otras grandes capitales. Yo me presenté admirablemente vestida, con mi catálogo en la mano, colocándome en la última fila de sillas, desde donde vi en seguida que la Condesa estaba

sentada en primer término. Ella no notó mi presencia, así que luego fué más desagradable su sorpresa. Llegado el momento de subastar el tocador, cantó el vocero:

—Número 242. Tocador de Sajonia, antiguo, compuesto de veintiséis piezas. Tasación: veinte mil pesetas.

Por fortuna mía, el anunciado coleccionista de París no había venido, y á todo el mundo le pareció aquello muy caro. Al pronto, nadie chistó; luego, oí que la Condesa decía:

—La tasación.

Sin levantarme de mi asiento, dije:

—Veinte mil quinientas.

—Veintiún mil—añadió ella.

—Veintiún mil quinientas—aumenté.

En este momento, seguramente, conoció mi voz. Por entre las filas de cabezas y los grupos de lazos y plumas de los sombreros, la vi primero sonreir desdeñosamente, y en seguida mordiscarse los labios, pues al decir ella:

—Veintidós mil,—subí yo:

—Veintidós mil quinientas.

Para abreviar: á cada aumento suyo, correspondía yo con igual ó doble cantidad: ella, aunque aparentaba indiferencia, había palidecido; yo lanzaba las cifras sonriente, serena, sin ges-

to de provocación ni orgullo; las gentes nos miraban asombradas: fué subiendo, y yo también; pujó, y yo más; hasta que calló. Por fin, en medio de un silencio teatral, se me adjudicó el tocador.

Y aquí fué el golpe: al preguntarme el nombre, di una tarjeta que á prevención llevaba, la leyó el vocero, y dijo:

—Adjudicado en treinta y cuatro mil pesetas á don Rómulo Blancas.

Para los que no nos conocían, la escena no pasó de ser un pugilato más ó menos interesante; pero ante los ojos de los mejor enterados, dió ella prueba de poca delicadeza compitiendo conmigo, y además quedó completamente humillada. Y aún remaché el clavo, porque hice lo siguiente. Se subastó un cuadro italiano que representaba á la Magdalena, y cierta Marquesa, á quien yo conocía sólo por el título, ofreció la tasación. Dispuesta á quedarme con la pintura, ofrecí un centenar de pesetas más, y la Marquesa, que no era muy rica, otras tantas. En esto se me aproximó un amigo de Blancas, diciéndome *motu proprio* que aquella dama tenía gran empeño en quedarse con el cuadro para su oratorio, porque se llamaba Magdalena, y acto continuo, cuando el vocero

me miró para ver si seguía pujando, hice un sencillo ademán de negativa, creo yo que lleno de modestia. El amigo de Blancas repitió allí mismo á muchas personas lo que me había dicho y, sabida la causa de mi desistimiento, fuí elogiada hasta por las señoras más orgullosas y estiradas.

Durante muchos días se comentó todo esto, quedando entre murmuraciones y burlas harto mal parada la vanidad de la Condesa; y desde entonces, como si ella fuese la pecadora descarada y yo la dama discreta, cuando nuestros coches se cruzaban, me lanzaba miradas de basilisco ó hacía gestos despreciativos, de los cuales no me daba por entendida; hasta que, harta de groserías, premedité la desazón tercera.

Como había vivido cerca de ella, conocía sus costumbres y defectos: sabía, por ejemplo, que era negligente y olvidadiza, de esas que todo lo dejan para mañana.

En esto publicaron los periódicos el anuncio del abono del Teatro Real: naturalmente, me figuré que la Condesa, á pesar de no haberse terminado el luto de su suegra, no dejaría de abonarse; y pensé también que, como las temporadas anteriores, andaría remisa en proceder

á la renovación. Siempre le sucedía lo mismo, y año hubo en que dejó expirar el plazo, siéndole preciso recurrir á recomendaciones para no quedarse sin su localidad. Caer en la cuenta, y ocurrírseme la idea de apoderarme de su palco, todo fué uno. Se lo dije á Blancas, y la cosa le pareció graciosísima. Entonces le pedí que me mandase su ayuda de cámara, hombre muy listo, y le di instrucciones y dinero. No intenté que éste sobornase al empleado de contaduría, ni acaso fuera posible, para que contra todo derecho comenzase por darme el palco: aunque la sutileza ó el distingo parezcan jesuíticos, mi encargo se limitó á que si ella no mandaba recoger oportunamente el talón, en lugar de esperarla ó avisarla, como otros años hicieron, sin aguardar una hora, lo pusieran á mi nombre; así el empleado pasaría por rigorista ó por precipitado, y nada más. Conseguido esto legalmente, aunque con su poco de astucia, estando en mi poder el papelito, no era fácil anular lo hecho; y de que no se anulase, yo me encargaba. La picardía, como pudo fallar, pudo salir bien, y salió. El criado de Blancas supo entenderse con el empleado del teatro, y todo resultó según lo fragüé. Á las doce de la noche concluía el plazo de la reno-

vación; junto á la taquilla estaba mi hombre esperando; á las doce y media tenía el talón en el bolsillo, y el codiciado palco entresuelo era mío. Á los dos días, yendo á renovarlo la Condesa en persona, se enteró de lo que le pasaba: se puso furiosa, buscó recomendaciones, hizo que la empresa me suplicara que renunciase al abono, confesando que no podía hacer sino rogar; me negué; quiso ponerme pleito, y por fin se lo quitaron de la cabeza. En resumen, conseguí lo que me propuse, y como ya no quedaban entresuelos, hubo de contentarse con uno principal.

La gentecilla elegante y frívola, que vive oliscando en vidas ajenas para divertirse á costa del prójimo, esperó que la noche de la inauguración me apresuraría á convertir el palco en trono de mi triunfo: esto hubiera hecho otra, y también yo sentí la tentación de ir magníficamente ataviada; pero, segura de que aun yendo vestida con modestia y presentándome con recato me tildarían de orgullosa ó desvergonzada, lo pensé mejor, y no fuí: mi palco estuvo vacío.

Lo conocido que era mi amante, la resonancia de los episodios narrados, mi tipo de beldad llamativa y el raro maridaje de sencillez y

lujo con que me vestía, contribuyeron rápidamente á darme gran notoriedad. Si la satisfacción del amor propio consistiera sólo en ser admirada, yo podía estar orgullosa: no me presentaba nunca en público sin verme acogida por el murmullo revelador del efecto que causaba mi traje á las mujeres y mi figura á los hombres.

Entre éstos tenía fama, no sólo de hermosa, sino también de seria é inabordable, pues era cosa sabida que en vano me solicitaron varios, más ricos que Blancas, y principalmente algunos amigos suyos; con lo cual acabó de parecerme bicho de mala ralea el llamado rey de la creación, y una especie de blasfemia eso de que está hecho á imagen y semejanza de Dios. Mas como en la vida todo aparece compensado, de la mala impresión causada por aquellas tentativas de conquista sacaba yo dos gratas observaciones: la primera, que aunque Blancas, dado su natural vanidoso, atribuyese mi fidelidad en gran parte á su mérito y su dinero, debía comprender que la joya que compró no era falsa; la segunda, que cuando él me faltara sería fácilmente sustituído, acaso con ventaja, si no en el orden moral, en lo tocante al provecho.

Desde que fuí suya no dejé de pensar en la

posibilidad de la ruptura: porque si me buscó como medio de humillar á la Condesa, esto estaba logrado; pero además, no siendo amor verdadero lo que por mí sentía, era lógico que un capricho nuevo le distrajese. No me consideraba yo sin fuerza y astucia para retenerlo; tal vez me bastase, llegado el caso, mortificar un poco su vanidad aparentando inclinarme á quien me ofreciese más lujo; sin embargo, persuadida yo de que le faltaban muchas condiciones para procurarme ni aun la ilusión del amor y de que las comodidades que me daba otro me las daría, no me devanaba los sesos por conservarlo. Su misma vanidad me colocó en situación de esperar tranquila lo que viniese.

Casi todos los días traía algún amigo á comer, ó á cenar después del teatro; en su afán de lucirme, haciendo ostentación de la preciosa casa que pusimos, él con su dinero y yo con mi buen gusto, por el comedor de tapices y por el saloncito Luis XV fueron desfilando unos cuantos caballeros—de algún modo hay que llamarlos—, varios de los cuales estaban prontos á cualquier falta de delicadeza con tal de agradarme. Mas vinieron las cosas de modo que nadie tuvo necesidad de portarse feamente.

Dos años fuí de Blancas. Así hubiéramos

continuado largo tiempo; yo le gustaba como mujer—suelen ellos decir mujer á sólo el cuerpo—cuanto podía gustarle; además, y muy pocas sirven para esto, por mi modo de ser, mi educacion y mi manera de presentarme en público y recibir á sus amigos, según frase suya, no muy castiza ciertamente, *le hacía honor;* finalmente, mi lujo era un buen escaparate de su riqueza; pero tenía él harto desarrollado el sentido práctico para no emplear esa riqueza en la adquisición de otra mayor.

Sucedió, pues, que entre las familias venidas á establecerse en Madrid al terminar las guerras coloniales, llegó un matrimonio millonario con una hija de treinta años, ni fea ni bonita, y, aunque de aspecto melancólico, ansiosa de casarse pronto para brillar cuanto permitiera la fortuna de sus padres, pero no como doncellita, más ó menos mimada, sino como señora casada. Blancas debió de observar que esta mujer sentía y deseaba con ardor verdaderamente tropical, y se dispuso á contentarla en provecho propio; ella se percató de que al brazo de hombre tan bien relacionado se introduciría en la llamada buena sociedad; y, además, según me contaron después, sin que me diera frío ni calor, sabiendo que estaba yo

de por medio, experimentó cierta complacencia en quitármelo, ignorando, ó aparentando ignorar, que su dinero, no sus gracias, era quien me vencía.

Los papás, conocedores del temperamento de la hija, acaso temerosos de verla caer más ó menos incautamente en las redes de algún señorito que no valiese siquiera lo que mi amante, se dieron á partido; y en poco tiempo (tan poco que yo no observé alteración en las costumbres de Blancas) quedó concertado el matrimonio bajo condición expresa de que rompiese pronto conmigo.

Comprendiendo que la presteza en cumplir lo pactado acercaría la realización de su deseo, una mañana, después de almorzar, me anunció su boda, clara y brevemente, y sin grosería: con la misma naturalidad que otras veces había dicho, por ejemplo: «Voy esta semana á París», dijo ahora: «Me caso».

Estuve á la altura de las circunstancias; no traté de protestar en nombre de un amor que no sentía; aunque perjudicada, no proferí la menor queja; ni, pudiendo con poco esfuerzo crearle alguna dificultad, se me pasó por las mientes la idea de turbar sus planes. En cambio él se portó generosamente. Además de todo

lo contenido en la casa, que ni por un momento puso en tela de juicio que fuese mío, me dió una cantidad en dinero equivalente á lo que había gastado conmigo en aquellos dos años.

Hago gracia al lector de nuestra postrera entrevista. Las despedidas de los que se aman son tristes; las de los que han estado unidos sin amarse son ridículas; nosotros procedimos tan discretamente, que la nuestra fué amistosa, análoga á la de dos viajeros que han navegado en el mismo camarote de un vapor suntuoso, reconociéndose mutuamente lo bueno, disimulándose lo desagradable, y que, al llegar á un puerto de escala, se separan con un apretón de manos. Ni su corazón ni el mío tenían nada que ver en aquel trance.

Estaba persuadida de que si Blancas no me hubiera dejado, á pesar de sus defectos, aun sin amarle, habría yo puesto empeño en conservarlo, no por codicia, que hartas pruebas di de desinterés rechazando á varios amigos suyos, sino por sincero propósito de no caer á mis propios ojos más bajo de lo que había caído; y no obstante pensar de este modo, á partir de nuestra separación comenzó el período más agitado de mi vida; pero no fué por gusto mío, sino por no surgir quien me quisiese para

sí sólo ni encontrar yo tampoco, como ardientemente deseaba, uno merecedor de que renunciase por él á lo que pudieran darme otros.

Casi niña, con la sinceridad de las primeras ilusiones, anhelé el compañero legítimo, al cual se da nombre de esposo; después cifré mi ventura en ser querida y querer libre, pero honradamente, al que me buscó; segunda vez traicionada, aún puse mi esperanza en el amante único, y al que me adquirió como bestia hermosa le guardé absoluta fidelidad. Ninguno supo comprenderme; era inútil aguardar más: el Caballero del Cisne con que todas soñamos, no venía.

Tal vez estas amargas consideraciones sean meras sutilezas de arrepentimiento tardío, disculpas sugeridas fríamente por el cálculo para cohonestar que me dejé vencer de mi propia inexcusable torpeza, por el hábito del regalo, y, en fin, hasta por la velocidad adquirida.

Acaso tuviera esta acusación algún fundamento de verdad. Ya no podía acostumbrarme á la idea de meterme en un cuartucho, alimentarme mal y vestirme peor; ya no eran para mí los trajes caseros cosidos á poca luz entre muchas privaciones, ni los corsés de pacotilla que deforman el pecho, ni las medias gordas que

afean las piernas, ni los zapatos ordinarios que lastiman y desfiguran los pies, ni los sombreros ridículos hechos por mis propias inhábiles manos; todo esto, con amor se soporta y con cariño se poetiza; mas el alma, privada de ellos, busca resarcimientos en el bienestar, alivio en las comodidades, y convierte el lujo en pasión que sirve de consuelo. Nunca he olvidado la frase de una hermosa pecadora á quien conocí en Francia: iba cubierta de encajes, pieles y brillantes; lo que llevaba encima valía una fortuna; y al oirme elogiarla, admirada de su buen gusto y su riqueza, me contestó amargamente:

—Tengo que ir así, porque no me han querido pobre.

Á buen seguro que si yo hubiese vuelto al sotabanco de donde Blancas me sacó, no subieran muchos á buscarme; pero me vieron en una casa que era un nido de oro, y fueron legión los aspirantes á seguir costeándolo: cuanto más gastaba, más me ofrecían, y mostrándome el poder del dinero me aleccionaron en el arte de defenderme contra ellos mismos.

Desde entonces, aunque por poco tiempo, fuí el más extraño compuesto que puede imaginarse de honradez y perversión, de cualidades

buenas y malas; las buenas, hijas de mi propia índole; las malas, comunicadas por los que me rodeaban. Mi vida pecadora no careció de cierta originalidad, porque jamás recibí en secreto á quien me avergonzase de tener en público á mi lado; y, ni por vanidad ni por codicia, acepté nunca dádiva ú homenaje que costase lágrimas á una mujer digna de respeto. Unos pondrán en duda lo que digo; otros me juzgarán más sentimental y novelesca de lo que realmente fuí. Si se pudieran analizar todas mis acciones, se vería que lo dominante en ellas era un hondo é insuperable desprecio de los hombres que pasaban junto á mí sin sospechar siquiera lo que valía. Fuera de la belleza física, nada notaban; en cambio, ellos, me descubrían todo lo malo de que son capaces: la mezquindad de sus sentimientos, la grosería de sus apetitos. Muchas veces he recordado la frase de cierta amiga mía ante una jaula de monos:

—Míralos—me dijo—; son hombres sin dinero.

Tenía razón. Pero á mí el hombre, antes que ridículo, me parecía malo. El roce con él iba acumulando en mi espíritu un sedimento de aversión que me envenenaba las ideas; mi inteligencia, como caudal de agua donde se vier-

te toda impureza, comenzaba á exhalar efluvios ponzoñosos; y temerosa de mí misma me sentía predispuesta á concebir cualquiera especie de iniquidad que, á mis ojos, tuviera carácter de venganza. Entonces concebí el odio que los desheredados de la fortuna tienen á los ricos que les explotan: desheredada del amor, aborrecí á los que me privaban de sentirlo.

XII

El año siguiente á mi ruptura con Blancas pasé el invierno molestada por malas digestiones con pertinaces dolores de estómago, y tuve que ir á tomar las aguas medicinales de cierto pueblecillo vasco, á pocas horas de la frontera francesa, al cual llegué mediado Agosto con mi doncella Remedios, la misma que lo fué de la Condesa de Palmares.

El establecimiento, parecido á todos los de su clase, era un caserón feísimo con anchos corredores, un comedor tan grande como una estación de ferrocarril, un salón de fiestas donde sobre su tarima se alzaba terrible y amenazador el inevitable piano, y numerosos cuartos en los cuales el calor y el frío se sentían más que en pleno campo; todo ello muy mal servido y con pretensiones disparatadas.

El paisaje hermoso, pero tristísimo, que des-

de los balcones se veía, era un valle hondo y angosto formado por montes, de cuyos picachos parecían enamoradas las nubes, según la persistencia que mostraban en no separarse de ellos: por el fondo de la hondonada serpeaban juntos un riachuelo de corriente limpísima que se deslizaba entre peñas musgosas, y una carretera, ceñida por grandes manchas de brezos y helechos, á la cual de largo en largo daban sombra corpulentos nogales.

Vi al médico director, quien me tranquilizó respecto de mi enfermedad y me trazó el plan que debía seguir: beber el agua en ayunas y á la caída de la tarde, y pasear mucho.

La mañana que comencé el tratamiento bajé al manantial á las nueve dadas. Estaba la fuente al término de una galería de la planta baja, en una gruta fingida con fragmentos de roca que semejaba trasto de teatro, tanto más ridícula cuanto más cerca tenían los ojos la hermosa realidad del campo. Tres arcos daban salida désde esta galería á una magnífica alameda de altos y frondosos árboles, en torno de los cuales había multitud de sillas y veladores.

Tomé el primer vaso de agua, y salí á la alameda. El sitio era precioso, pero había muchísima gente y me disgustó tanto el indiscreto

cuchicheo alzado en torno mío, apenas fuí advertida, que, volviendo pies atrás, pregunté á la mujer encargada de servir el agua cuál era la hora en que aquéllo estaba más solitario; á lo cual repuso que muy temprano, ó pasadas las once, añadiendo:

—Y si la señora quiere andar sola, aquí detrás del establecimiento hay otra alameda donde no va nadie.

Di la vuelta al edificio, y, efectivamente, á espaldas de la gruta había otro paseo más hermoso y umbrío.

Gozosa de verme libre eché por él, y no había andado cien pasos, cuando en sentido contrario vi venir una señora sola, de gentil figura, que aún á larga distancia me pareció elegantísima. Llevaba traje de seda cruda en su color natural, y gran sombrero de paja adornado con cuatro enormes amapolas entre un hacecillo de espigas; iba primorosamente calzada con botas de cuero leonado, y traía sombrilla de brillante seda escarlata, la cual, como tamizando y coloreando tenuemente la luz, parecía envolverla en una llamarada. Tampoco yo iba mal, aunque muy sencilla. Mi traje era de piqué blanco, cinturón con hebilla de oro, sombrero de paja de Italia con flores de esas que

los franceses llaman *bleuets* y en Castilla dicen azulejos, medias y botas de un gris muy claro y sombrilla blanca. Ella venía despacio, leyendo un periódico; yo llevaba un libro é iba buscando con los ojos alguna piedra limpia ó tronco caído para sentarme á la vuelta, después de haber paseado el agua.

En el momento de cruzarnos, ambas nos inspeccionamos con el rabillo del ojo, como siempre hacemos la mujeres al acercarse otra que parece bien vestida. De pronto, nos quedamos paradas, mirándonos de hito en hito, exclamando simultáneamente:

—¡Irene!

—¡Juana!

Era Irene, mi antigua compañera de colegio. Al reconocernos, sin vacilar un punto, ella demostrando que sólo á medias sabía con quién se paraba, y yo sin pensar que acaso luego me negara el saludo, nos aproximamos rápidamente, y echando atrás las sombrillas, nos dimos unos cuantos besos y un apretado abrazo.

—¡Siempre tan hermosa!—exclamó mostrando que no tenía envidia.

—¡Hermosa, tú!—dije con toda mi alma.

—Cuenta, cuenta: ¿qué ha sido de ti en tanto tiempo? Por supuesto, estás casada, y bien

casada—añadió, deduciéndolo sin duda de verme sola y tan bien vestida.

Eludiendo la respuesta, pregunté á mi vez:

—Y tú, ¿dónde vives, que nunca te he visto?

—En París siempre. Casada... casi feliz. Pero... tú, tú... habla, mujer. ¿Rica? ¿Dichosa? ¿Tienes hijos?

La emoción que en aquel instante experimenté, fué una de las más intensas de mi vida. Hice un gesto de asqueada tristeza, y las lágrimas se me vinieron á los ojos.

—¿No eres feliz?

—Cuando tanto preguntas, señal de que nada sabes—repuse amargamente.

Con cariñoso interés me cogió del brazo, exclamando como quien se prepara á prodigar consuelos:

—¡Pobre Juanita! Ven, ven; tenemos que hablar mucho... Si pudiéramos sentarnos...

—Allí—dije señalando una gran piedra que había al borde del camino.

—No; estará húmeda, y nos vamos á manchar. Vamos al otro paseo, donde hay sillas.

Era la primera vez que me sentía avergonzada ante una de mis antiguas compañeras; mas comprendí que debía tener valor, y lo tuve.

—Allí nos sentaremos hasta la hora de almorzar—agregó, insistiendo.

—No, eso no—dije conteniéndola resueltamente para que no acelerase la marcha.

—¿Qué más te da? ¿Por qué no quieres?—Sus miradas denotaban curiosidad extraordinaria, y repetía:—Ahora, nos sentamos en la otra alameda, y luego, almuerzas conmigo. ¿Por qué no?

—De ningún modo; no quiero que nos vean juntas—contesté con firmeza.

—No te comprendo—repuso algo seria, cual si vagamente temiera ser desairada.

—Más claro: es que no quiero que te vean conmigo.

Y la manera de pronunciar esta frase fué tan triste y al mismo tiempo tan valiente, que equivalió á una confesión completa.

Se detuvo mirándome asombrada, y, con gran sorpresa mía, en vez de soltarme el brazo ó hacer parecida señal de apartamiento, atrayéndome hacía sí para besarme, dijo con acento de dulce resistencia á lo que escuchaba:

—¡Imposible! ¡Mentira!

—¡La triste verdad!

—¿Tú!

—Yo; lo peor de lo peor.

—Ya comprendo: mal casada... y luego...

—Ni eso siquiera. Primero, engañada... y después, ya te lo he dicho, lo peor.

—¿Es posible? No, no lo creo. Cuenta, cuenta. Desde que nos separamos no he sabido de ti. Del colegio saliste antes que yo; con diferencia de pocos meses me sacaron á mí. Al año, ya te diré cómo, me casé en París, donde vivo; á Madrid voy de tarde en tarde y por pocos días. Aquí he venido porque un médico español, amigo de mi marido, se empeñó en que tomase estas aguas. Estoy sola con mi doncella, y rabiando por marcharme... Pero tú... tú... cuenta, cuenta... no puedo creer, no entiendo bien lo que me quieres decir.

—Pues si en vez de vivir en París estuvieras en Madrid, nada tendría que referirte; ni tú, al encontrarnos ahora, me hubieras saludado. Dime: entre los españoles que van á tu casa y los conocidos de tu marido, ¿no has oído pronunciar nunca ni has leído en los periódicos el nombre de Juanita Tenorio?

—Sí, muchas veces; una mujer hermosísima... y muy peligrosa.

—La misma.

Me contempló atónita. Pero, fuese en recuerdo del antiguo afecto que nos había unido, ó re-

sultado de esa curiosidad que la mujer echada á perder inspira siempre á la honesta, lo cierto es que ni aun entonces desasió su brazo del mío. Pudo en aquel instante cortar el diálogo separándose más ó menos cruel ó cortésmente de mí, y no volver á mirarme. Lejos de esto, vi con dulce sorpresa que sus bellísimos ojos se humedecían.

—¡Qué pena me da!—exclamó.—Quiero saberlo todo. Pero, ¿cómo has caído? ¿No estabas, por lo menos, en mediana posición? ¿No tenía tu padre una gran librería? Todo, quiero saberlo todo.

—Sí; te lo contaré, á solas, cuando pueda ser... Mala suerte... quizá grandes errores... tal vez grandes culpas... Pero que no te vean conmigo. Y si nos encontramos por ahí, como si no nos conociéramos. Habrá, de fijo, quien á mí me conozca. Tú eres una señora... yo, no. Y si quieres, aquí nos despedimos. Prefiero esto á que te veas obligada á hacerme en público un desaire justo.

—Eso, no. Pero no me quedo sin que hablemos.

—¿Y cómo?

—¿Qué cuarto tienes? ¿En qué piso estás?

—El número 8, en el principal—repuse.

—Yo, el 5: estamos enfrente.

—Que sea esta misma noche... ¡Pobre Juana! Es decir; pobre, no... ¡Si pareces una princesa!... Pongámonos de acuerdo. ¿Vienes á mi cuarto... ó voy al tuyo? Digo... si puede ser: ¿viajas sola?

—Con mi doncella.

—Pues yo voy al tuyo.

—Convenido.

—Á las diez está todo el mundo abajo, en el salón; y luego, ya tarde...

—No tienes más que atravesar el corredor.

—Cabal.

—Yo, en seguida de comer, me subo á esperarte.

—Á las diez. Mira, Juanita, no sé lo que me contarás; pero, conociéndote, no me caben en la cabeza ciertas cosas.

—No pasemos de aquí—dije verdaderamente turbada;—y la humillación que me impongo te dará idea de quién es Juanita Tenorio.

Comprendí que le contrariaba dejarme, y esta demostración de simpatía acreció mi malestar. Se despidió besándome, lo mismo que si no le hubiese confesado nada vergonzoso, y un instante después la vi alejarse, acelerando el paso, mientras yo lo acortaba para

que se adelantase. Al llegar al término del paseo, se volvió á mirarme, me hizo un saludo moviendo en alto la sombrilla, y desapareció bajo los arcos que daban entrada al balneario.

Entonces se me ocurrieron mil pensamientos á cual más triste, todos convergentes á persuadirme de que, si no rica, yo también hubiera podido ser una mujer decente y respetada, tan señora como ella. Luego, desvaneciéndose estas ideas, sentí desconfianza y recelo, arrepentida de haber mostrado tanta franqueza. ¿Qué podía yo importarle á Irene? Pero, en seguida, recordando su afabilidad, al parecer tan sincera, me acometió un ansia indecible de hablar de mí misma, de comunicar con alguien mis penas. Nunca, con nadie había yo tenido un momento de expansión y desahogo... En vano procuraba razonar friamente. ¿Sería Irene capaz de comprenderme? Unos momentos, así lo creía; otros, dudaba, y la mera posibilidad de oir palabras de consuelo, por tibias que fuesen, me hacía desear el instante de volver á verla. Sólo aquellos que hayan padecido mucho pueden apreciar semejante impresión moral. Sufrí de pronto tal apocamiento, se apoderó de mí un tedio tan hondo, que no pueden expresarse

con palabras. La sed de compasión y de piedad me ahogaba.

Pasé el día impaciente, nerviosa; concluir de comer y meterme en mi cuarto, todo fué uno; esperando con la puerta entornada y el oído atento, como si aguardase á un amante... El corredor estaba desierto. En punto de las diez, sonaron pasos de alguien que se acercaba de prisa. Me asomé; era ella: entró, y cerramos.

Las sillas de mi cuarto casi desaparecían bajo las prendas de ropa, como enaguas de seda y blusas primorosas, colocadas sobre ellas para que no se arrugasen; encima de la cómoda se veían dos sombreros muy bonitos; en el velador del centro estaba abierto el estuche de viaje con sus peines de concha rubia y sus frascos de cristal tallado con tapones de plata; y junto á uno de mis grandes mundos, de esos donde caben las faldas sin doblarse, había algunos pares de calzado elegante y fino, atestiguando de mi buen gusto y de la pequeñez de mis pies.

Irene, con gran curiosidad, aunque con disimulo, lo abarcó todo de unas cuantas ojeadas, cual si pretendiera que los objetos hablaran antes que yo; y en seguida dijo, besándome:

—No he cesado de pensar en ti; y nada, que no puedo: ¡no sabes el trabajo que me cuesta creerte!

Para comprender bien nuestra manera de hablar y espontanearnos en estas entrevistas conviene traer á la memoria el lazo de cariño que nos unió en el colegio: no éramos dos mujeres desconocidas una para otra, que al toparse casualmente se entregan á indiscreta locuacidad, sino dos amigas que habiendo dejado de verse algunos años, reanudaban la confianza pasada. Además, lo que yo le dije por la mañana había excitado su curiosidad; estaba justificado que me mirase como una de tantas que hacen oficio de fingir y vender amor; mis confidencias habían de tener para ella el aliciente de lo ilícito; y, en cuanto á mí, por natural contraste, experimentaba complacencia indecible al poder conversar de igual á igual, tú por tú, con una mujer decente. Nos sentamos, ella en la única butaca que había, yo en una silla baja, y hablé; hablé hasta muy tarde, sin cansarme, teniéndola absorta y suspensa de mis labios.

Lo que me sucedió en aquellos momentos fué contrario á todo instinto de hipocresía femenina y hasta de pudor; fué algo singular y absurdo: primero, porque la mujer difícilmente con-

fiesa culpas ó flaquezas, de la índole de las mías, sin grave causa que la obligue y absoluta confianza en quien haya de oirla; segundo, porque esta causa y confianza se puede decir que estaban interrumpidas habiendo vivido ambas apartadas y sin escribirnos. Pero al hallarla tan afable por la mañana y luego al verla verdaderamente conmovida desde el comienzo de mi relato, se apoderó de mí un ansia irresistible de contar todo aquello que, aun haciéndome desmerecer, podía también hacerme interesante. Ella me escuchaba unos ratos sin pestañear; otros, llorosa; siempre, benévola: su dulzura, aprovechando las ocasiones de consolarme, sirvió de estímulo á mi sinceridad; los recuerdos se me avivaban; casi con deleite seguí escarbando en las penas de lo pasado y la ignominia de lo presente; y como quien da voces cada vez más recias para gozarse en que el eco las repita, así yo, por natural impulso, sin mañero artificio, procuré inspirar con mayor sufrimiento más lástima y con más tristeza mover á piedad más honda. Aunque sin entrar en ciertos detalles, no le callé suceso importante de mi vida; es decir, la puse en situación, por segunda vez, de no tratarme ni cruzar conmigo la palabra. Lejos de obrar así, al terminar mi re-

lato me abrazó con grandes muestras de compasión, diciendo:

—Me has hecho pasar un rato muy malo. ¡Pobrecita!

—Ya lo sabes todo.

—¿Y tú quieres que yo te hable con entera franqueza?

—Naturalmente.

—Aun así, difícil es juzgar estas cosas y que yo acierte á explicarme sin herirte; no en balde dejan las gentes de verse tanto tiempo; parece que se pierde la confianza.

—Pues quiero que la tengas.

—Mañana; ahora estás agitada, nerviosa. No sabes la lástima que me das... ¡Quisiera servirte de algo!

—Pero, ¿volvemos á vernos?

—Eso, sí... como hoy. En fin, es tarde; descansa... duerme. Yo también te contaré algo de mí para que veas que, hasta donde pueda ser, somos tan amigas como antes.

Nos besamos, y, atravesando el corredor solitario, se metió en su cuarto, mientras yo, triste y amargada, me acosté viendo ya clarear el nuevo día, que dibujaba con líneas de luz los intersticios y rendijas del balcón.

Grande fué la indulgencia de Irene en aque-

lla noche memorable, y sin embargo nuestra entrevista me causó profundo pesar, porque la mera imposibilidad de presentarnos juntas en público me daba la medida de mi estado; no tenía derecho á sorprenderme, harto persuadida estaba de ello, mas siendo la primera vez que tal cosa me sucedía, no pude dominar la mala impresión.

Temí que Irene no viniese á la siguiente noche; por fortuna, me equivoqué: aún llegó más temprano, y mostrándose tan afectuosa, que nadie sospechara, al vernos de tal suerte, que habíamos pasado años enteros sin tratarnos; y era que, por causas de orden distinto, ella también estaba anhelosa de expansión y consuelo. Ya sabía la índole de mi desgracia; pero debió de recordar, sin duda, mis condiciones de carácter: que yo era discreta, callada y capaz de comprenderla; pensaría además que acaso no volviéramos nunca á tropezarnos en la vida; y, al igual de lo que á mí me sucedió, también por instinto, aprovechó aquella oportunidad de contar sus penas á quien tenía corazón para entenderlas. Comenzó hablándome, como la otra vez, de mí:

—Me has quitado el sueño. Sigue pareciéndome imposible — decía. — Viviendo, como

vivo, en París, y aunque en Madrid por mil causas varíen algo las cosas, me figuro lo que será eso... Al fin y al cabo, los hombres, con más ó menos dinero, en el fondo son los mismos.

—Los aborrezco—interrumpí.—Te aseguro que si no temiese parecer personaje de folletín y ser la *mujer fatal* que peca de monstruosa ó de ridícula, me gustaría apoderarme de uno, de un hombre cualquiera, para hacerle sufrir, y gozar mucho, hasta estrujarlo y matarlo, por vengarme del mal que otros me han hecho.

—Para mujer como tú—decía ella—debe de ser horrible vivir así. Podemos hablar claro: yo no soy asustadiza, nada tengo de hipócrita. Aunque te reserves el derecho de escoger...

—Tienes razón... Y una señora como tú no puede apreciarlo bien. Las mujeres honradas no conocéis á los hombres.

—Lo que debes procurar á todo trance, cueste lo que cueste, es... no sé cómo decírtelo... vamos... quitarte de esa vida.

—¡Si bastara querer!

—Sí, es difícil; me hago el cargo. En primer lugar, tú ya no podrás acostumbrarte á vivir con cierta estrechez, comer mal, vestir pobremente... Ni transigirías con el trato de un hom-

bre ordinario... Pero, piensa en todo: ¿y mañana? ¿Y la vejez?

—¿Y si te dijese que, por dentro, de alma, me siento vieja?

—Pues no puedes estar más joven ni más hermosa. Por consiguiente, te sobran armas para salvarte. Repito que hay que decir las cosas en crudo. ¿Sabes lo que te convenía? ¿Sabes lo que debías hacer, y con lo lista que eres, con esa cara y ese cuerpo, lo tendrás el día que te lo propongas?

—¿Qué?

—Hacerte querer de un hombre: con lo que vales, te sobran medios; pero ¡uno solo!, aunque no sea muy rico: lo esencial es que se encariñe contigo.

—No soy codiciosa.

—Serle fiel... y lo pasado, pasado. Con que sea bueno y te quiera de veras, no pidas más.

—Pues... ¡no has dicho nada! ¿Dónde hallarlo?

Nos habíamos conocido á esa edad en que la índole y la condición natural no se disfrazan; Irene sabía que yo no podía ser una pecadora vulgar, resignada por falta de entendimiento á conformarse con su suerte; así que hablábamos sinceramente, del mismo modo que pue-

den hacerlo dos hombres cuando, habiéndose tratado de mozos, al encontrarse luego en las revueltas de la vida, el que ha sabido mantenerse limpio siente impulsos de amparar al caído. Difícilmente podría dar idea de todo lo que sobre esta base discurrimos. Tal vez aquella conversación acerca del amante único, entre una señora como ella y una desgraciada como yo, parecería escabrosa, acaso inmoral; y sin embargo lo que palpitaba en el fondo de nuestro diálogo y surgía á pesar de las crudezas de lenguaje, era el anhelo legítimo de felicidad y honradez á que toda mujer tiene derecho por muy caída que se vea: la señora se mostraba llena de indulgencia, y la desdichada harta de ser lo que era.

Después, Irene, deseando corresponder á mi confianza, me contó algo de sí. Estaba casada, tenía dos hijos, varón y hembra, y no era feliz. Sin preguntarle yo nada en que hubiese asomo de indiscreción, ella misma, acaso contagiada por mi ansia de expansión, me refirió su vida desde que nos separamos.

También tenía sed de consuelo, y sus penas eran la confirmación de que una mujer puede parecer mimada por la fortuna, y en realidad no estarlo. Su marido, joven, muy acaudalado

y de quien estaba enamoradísima, le guardaba ciertas consideraciones, es decir, no la ponía en ridículo; pero era de esos hombres que unas veces por inconstancia ingénita y otras por su buena figura y por las ocasiones que brinda la riqueza, tienen siempre á la mujer propia en constante sobresalto.

—No es malo—decía—; lo que tiene es que le gustan todas.

—Mira no consista el mal en que tú seas celosa, y se te hagan los dedos huéspedes.

—Por desgracia, no me equivoco. Es guapo, extremadamente generoso, le sobra el dinero, y le gustan las faldas que es un horror. Con esas condiciones, en nuestra sociedad las mujeres se lo disputan, y él se deja querer.

—Bueno; pero... nada grave.

—¡Ay, hija! Para mí, en ese terreno todo es grave; cuando queremos de veras, no hay infidelidad pequeña, y es tremendo: te aseguro que no tengo amiga guapa con quien, poco ó mucho, no me haya hecho sufrir...

—Basta oir eso para comprender que eres muy celosa.

—Con unas, porque las ha buscado él; con otras, porque las grandísimas perdidas le han buscado ellas... y te aseguro que las hay de

oro; algunas, cuanto más señoras parecen y más ricas son... precisamente las que no necesitan nada, las peores.

—Pero, ¿disgustos grandes, cosas de esas que una mujer no puede perdonar?

—Lo bastante para quemarme la sangre. ¡Á mí, que todo lo he sacrificado por él! ¡Hasta de carácter y de genio he cambiado!; tanto, ¡que no me conozco! En cuanto le hacen cuatro monadas, loco; principalmente por las rubias. ¡Si te viera! Claro que lo digo, porque te considero incapaz de ser mala amiga, después de esta confianza que hay entre nosotras... Pero, vamos, estoy segura de que si viniese y te viera... no te dejaba en paz.

—¡Celosa, más que celosa! No me conoce; puedes estar segura de que por todo el oro del mundo, y aunque, además, fuese un Adonis, no conseguiría nada... y sólo ante la idea de que aparezca por ahí, ya admites la posibilidad... ¿Por qué has de ser así?

—No lo puedo remediar. En cuanto á él, de casta le viene al galgo... Su padre, según he sabido, era lo mismo, y su hermano, mi cuñado, es igual. Á éste pronto le conocerás, porque debe llegar aquí dentro de tres días con el médico español que nos ha recomendado estas

aguas; son grandes amigotes: ahora están en Biarritz, donde mi cuñado se ha hecho una casa preciosa.

—¿Y cómo no habéis venido juntos?

—¡Quiá, hija! Aunque sea mi cuñado, con la fama que tiene, bastaba para comprometerme. Ese sí que es el tipo del hombre que no piensa más que en las mujeres; peor mil veces que mi marido.

Para dar otro rumbo á la conversación, pues Irene se exaltaba y yo comprendía que pasaba mal rato al recordar lo mujeriego que era su marido, la interrumpí de este modo:

—Vamos, cálmate y explícame por qué dices que has cambiado de carácter y de genio: ¿qué mudanza es esa?: ¿á qué te refieres?

—Soy otra, y todo por él, por mi marido; no me conocerías. Escucha la prueba... ¿Qué más demostración que la manera de casarme? ¿Te acuerdas de lo orgullosa, mejor dicho, de lo vanidosa que yo era? ¿De mi afición á los títulos? ¿Del entusiasmo que yo sentía por la nobleza y el título de mis padres?

—Perfectamente; era lógico que siendo de tal familia le tuvieras esa especie de amor y de respeto.

—Bueno; pero lo tenía llevado á la exagera-

ción; acuérdate de cómo me puse, hecha una fiera, aquel día en que si no es por ti me cortan las trenzas en el colegio.

—Me acuerdo como si fuera cosa de ayer.

—Pues, pensando así, comprenderás lo natural que habría sido mi deseo, mi ambición, de tener un título al casarme.

—Yo creí siempre que sólo así te casarías.

—Cabal; esas eran mis intenciones, hasta que vi á Luis y me enamoré, y se me quitó la vanidad y me casé con él... Y si no me casan, me muero. Y hoy, en vez de ser marquesa ó duquesa, como soñé, llevo el apellido de mi marido á secas; *tout court,* que dicen los franceses.

—¿De modo que no tienes título?

—No; advirtiéndote que conocí juntos á los dos hermanos, y mi cuñado, el que va á venir, que tiene un año más, es Marqués de Ajalvir, uno de los títulos más ilustres de España, como que se otorgó por los Reyes Católicos. Pero á mí quien me gustó fué el que hoy es mi marido... y no se me pasó por las mientes ser Marquesa de Ajalvir.

—Bien bonito es el título.

—¡Ya lo creo! Pues mira tú—seguía diciendo con notable entusiasmo—, si mi cuñado no

se casara, ese título sería para mi hijo; y ya te digo, del siglo XV; lo dió la misma Isabel Primera.

—Oye, oye... vamos á cuentas. ¿No acabas de decir que se te había quitado el amor á los títulos?

—Para mí, por completo; pero no para mi hijo. ¡El mayor sacrificio del mundo sería capaz de hacer porque fuese Marqués de Ajalvir!

Los ojos le resplandecían, y el rostro todo se le animaba, como iluminado de entusiasmo. Yo, entonces, le dije:

—Pensando lógicamente, si tu cuñado es tan mujeriego como afirmas, lo natural es que no sea fácil de conquistar, y que se muera soltero. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y tres.

—Pues casi me atrevo á asegurar que tu hijo será Marqués de Ajalvir, porque á esa edad y acostumbrado á tratarlas, es muy difícil que su tío se deje atrapar.

—¡Dios te oiga! Siempre estoy temiendo verle caer en las redes de alguna de esas señoritas, muy honestas, al parecer, y, en realidad, moralmente pervertidas, de que está plagada la sociedad en que nosotros vivimos.

—Sí; los más corridos se dejan engañar por niñas.

—Pues para evitar eso, lo que á mí me convenía, pensando en mi hijo ¿eh?, es que á mi cuñado le cogiese por su cuenta una mujer muy guapa.

Al llegar aquí, temerosa sin duda de confiarme con excesiva franqueza sus más ocultos pensamientos, procuró dar rumbo distinto á la conversación, hablándome de algunas de nuestras antiguas compañeras, de la vida que hacía en París, y hasta de trajes y modas. Después me pidió que le enseñara los sombreros que vió la víspera sobre la cómoda y ya estaban guardados; me preguntó mil cosas acerca de cómo vestían en Madrid las señoras, y por último se despidió, acaso más afectuosa y expresiva que la noche pasada.

La manera que tuvo de cortar la conversación referente á su cuñado, en que estábamos enfrascadas, me chocó bastante; dejándome persuadida de que sintió haberse espontaneado con exceso, y sobre todo de que el marquesado de Ajalvir era su continua preocupación y su constante quebradero de cabeza.

La tercera noche vino más cariñosa y locuaz que las anteriores, y menos dueña de sí, porque

precisamente aquel día recibió carta de una amiga contándole que el Marqués de Ajalvir había reñido con cierta señora casada con quien llevaba unos cuantos meses de relaciones. Entonces me convencí plenamente de que las aventuras de aquel hombre y la posibilidad de que cualquiera de ellas acabase en boda, la trastornaban por completo. Al enterarse de que estaba libre de la casada, vislumbró el peligro de que otra se apoderase de él. En vano quería ser discreta; los comentarios que se le ocurrían, pensando en lo que el día de mañana pudiese hacer el cuñado, me iban descubriendo el fondo de su alma: la idea de que se casara la ponía fuera de sí.

—¡Ya ves—me decía—qué calamidad de hombre! No hay querida que le dure medio año; el día menos pensado se encapricha por una chiquilla de las que no se dejan tocar hasta después de la boda, y se ciega. No hay cosa más fácil; y cuantos más años vaya teniendo, peor.

—Ocasiones no han de faltar — dije yo—, porque á ellas precisamente lo que les atraerá es el título.

—¡Claro! Estoy destinada á ver que llaman Marquesa de Ajalvir á cualquier mocosa.

—Ó á una viuda verde.

—Ya ves cómo tenía yo razón—siguió, enzarzándose más y más en la conversación—en lo que te dije ayer. No estaré tranquila hasta que no le coja por su cuenta una que sea muy lista, que tenga muchos atractivos, pero con la cual no pueda pensar en casarse; por ejemplo, una señora desacreditada de puro corrida, ó una de esas viudas alegres, con mala fama, buenas para queridas, ya imposibles para otra cosa... y con mucho arte, ¿entiendes?; que no lo soltara. Siendo así, aunque tuviese hijos, como no podían ser de legítimo matrimonio, el título pasaría á mi mayorcito.

Al decir esto, al admitir la posibilidad de que su hijo heredase el título, aquella misma mujer, de cuya ternura de corazón yo estaba cierta por la bondad que me venía mostrando, tuvo un arranque de fiereza inaudita: le relampaguearon los ojos, se le contrajeron todos los músculos del rostro, y sin calcular la maldad de su pensamiento, acabó expresándolo de este modo:

—Esa sería mi salvación: una mujer hermosa, seductora, inteligente; una verdadera maga que le inspirase una pasión desenfrenada, y que se apoderase de él, estorbando que se casara, ¡aunque tuviera que sorbérselo vivo!... Lo

cual no debe de ser difícil, porque con la vida que ha hecho, salud, no tiene mucha.

Sentí miedo al oirla. Sus pupilas brillaban fríamente, como lentejuelas de acero, y el hermoso semblante se le alteró todo con la expresión repulsiva de una alegría cruel.

Lo que pasó entonces entre nosotras fué intensamente dramático y harto difícil de escribir. Se me figura que algo leí en lo más hondo de su pensamiento. La vanidad que ella, por amor al marido, suponía muerta, no estaba sino adormecida, ó por mejor decir, como trasplantada; porque para sí no quería grandezas; mas para su hijo todo le parecía poco; y al entrever la posibilidad de que heredase el título tan sonoro y grato á sus oídos—¡Marqués de Ajalvir!—, nada le parecía criminal ni siquiera ilícito. En otros siglos se le hubiera ocurrido lograr su propósito mediante un veneno ó pagando un asesino, cosas que ahora imaginaba que podían sustituirse con las malas artes de una querida y el abuso del amor. Quizá el proyecto fuera premeditado, tal vez naciese del giro de nuestro diálogo en aquel mismo instante; de cierto no lo sé. Lo sorprendente, lo estupendo, estuvo en que yo, al percibir la idea malvada, experimenté algo así como el

contagio de su perversidad: ella acarició el pensamiento de ver á su cuñado entre las garras de una mujer mala, para que nunca se casase, y que, si podía, hasta lo matase á puras caricias; en mí se revolvió aquel sedimento de odio al hombre que desde tiempo atrás me venía fermentando dentro del alma, haciéndome sentir la tentación de vengar en uno, en cualquiera, el mal que otros me hicieron.

Nos quedamos un momento mirándonos entre turbadas y suspensas, asustadas de nosotras mismas, ansiosa cada cual de adivinar lo que la otra discurría. De pronto, Irene, recogiendo velas, como si temiese desmerecer á mis ojos, dijo con mucha naturalidad:

—Ya me entiendes; rebaja de mi viveza lo que te parezca; lo que yo quisiera sería únicamente que no se casara, ó que muriese sin hijos legítimos.

Fingiendo tomar la cosa en broma, para ocultar mi turbación, repuse:

—Vamos, se lo echarías á una mujer sin corazón, como los romanos echaban los esclavos á las fieras.

Callamos un momento, quedando cada cual con sus ideas. Después, volvió á contarme de su lujosa casa de París, de su marido, de sus

celos, de su niño mayor, en quien adoraba, y luego, obedeciendo á su constante preocupación, otra vez del cuñado. Yo, aunque comida de curiosidad por enterarme bien de qué clase de hombre era el Marqués de Ajalvir, la reprimía y nada preguntaba, temerosa de que me adivinase los pensamientos. Ella, en cambio, cual si pusiese empeño en persuadirme de que no sabía odiar y de que sólo por exceso de amor materno se le ocurrían tamañas enormidades, siguió pintándole con los más lisonjeros rasgos, afirmando, en suma, que era bueno, inteligente, simpático, generoso, caballero en toda la extensión de la palabra, sin otro defecto, ó mejor dicho exceso, que la desordenada y viciosa afición á las mujeres. No parecía hablar con segunda intención; pero yo, relacionando los elogios con cuanto antes dijimos y con lo que me había sugerido, creí estar oyendo retratar, en unos momentos, al amante capaz de sacarme de la torpe condición en que vivía, teniéndome para sí solo, y en otros instantes, á la víctima expiatoria de aquellos que me lanzaron á tan desastrada vida.

Al despedirnos me dijo:

—¡Bien hemos charlado esta noche! Y como no callamos nada, ya ves, á veces, por

el calor de la expresión, hasta parece una mala.

Tan cariñosa como la víspera, me besó y se fué, dejándome llena de cavilaciones.

Cada día se me mostró más afable; y ya por esforzarse en aparecer indulgente, ó porque viviendo en París le importaban poco las censuras de los huéspedes del balneario, en su mayor parte madrileños, no sólo vino á mi cuarto, sino que me llevó al suyo para enseñarme trajes y alhajas, y por fin quiso que paseáramos juntas.

Salíamos de la fonda separadas, nos reuníamos á corta distancia y alejándonos á campo traviesa, por donde no iba casi nadie, nos engolfábamos en conversaciones llenas de atractivo; para ella, porque escuchaba cosas que las señoras no podían contarle; y para mí, condenada al trato exclusivo de hombres, porque me complacía mucho aquella intimidad con una verdadera dama; resultando á la postre que entre los deslices ó flaquezas que Irene refería de las de su clase y los ejemplos de perversión masculina que yo citaba, nos quedábamos sin saber cuál de los dos sexos vale menos; asombradas ambas de que siendo el amor cosa tan grande y tan pura, puedan hombres y mujeres empequeñecerlo y mancharlo tanto; concluyen-

do todos estos diálogos con las mismas observaciones.

Yo decía que, para la inmoralidad y el pecado, es tanto mayor la tolerancia cuanto más dinero tiene quien lo comete; y ella me aconsejaba que, aprovechando el esplendor de mi lozana belleza, procurase darme pronto un solo señor; el cual, aunque no fuera muy rico, me asegurase contra la incertidumbre de lo porvenir, y por único me rehabilitase á mis propios ojos. Al terminar, casi siempre me repetía:

—Esa vida no es para ti: te sobran encantos con que hacerte querer y talento para saber conservar al que te quiera.

Yo contestaba:

—Acaso te engañes; no tengo de mí tan buena idea. Lo sufrido me ha hecho olvidar cómo se ama, enseñándome cómo se odia.

Y ella respondía:

—No te digo que ames; aunque, si ha de suceder, no podrás evitarlo: mi consejo es que te aproveches del amor que inspires... y para eso conviene tener el corazón libre. La belleza y el ingenio te lo darán todo, si sabes manejarte. Si te propones ser querida, lo serás; y si prefieres hacer como los niños que destrozan aquello mismo que les divierte, también lo conseguirás.

Por fin, una noche, me dijo:

—Mañana llega mi cuñado con el amigo médico; afortunadamente, mañana acabo yo el tratamiento, y pasado, tempranito, me voy.

Luego estuvo lo más expresiva que imaginarse puede, haciéndome todo linaje de consideraciones encaminadas á que cambiase de vida; nos prometimos escribirnos alguna vez, y acabó con estas palabras:

—Mañana no podré evitar que Sancho quiera que comamos y paseemos juntos; al fin, es hermano de mi marido; pero vendré antes de acostarme.

Cumplió su palabra, y nos despedimos con dulce tristeza. Rara escena fué aquella en que juntas lloraron la señora feliz, á pesar de sus penas, porque podía ser virtuosa, y la pobre mujer arrastrada á una perdición para la cual no había nacido. Creo que sus lágrimas serían sinceras; las mías, segura estoy de que lo fueron.

XIII

Mucho tiempo después de ocurrido lo que voy á contar, supe que el Marqués de Ajalvir, recién llegado al balneario, preguntó á Irene qué clase de gente había allí, y que ella le contestó, poco más ó menos:

—Familias de Madrid á las cuales no conozco; la única persona que me ha llamado la atención es una rubia preciosa y elegantísima que va siempre sola. Entre todas las... amigas que has tenido, no recuerdo ninguna igual.

No era menester tanto para que se fijase en mí; pero sin duda esto despertaría su curiosidad, á juzgar por lo que ocurrió en seguida.

La tarde siguiente á la marcha de Irene, cansada yo del paseo de la mañana, quise dormir un rato; me aligeré de ropa, y al acercarme al balcón para dejar el cuarto á obscuras, entornando las maderas, miré hacia el trecho ajardinado

que había delante del establecimiento, donde acostumbraba á quedarse alguna gente después de almorzar, reunida en corros y tertulias.

Me disponía á cerrar, cuando llamaron mi atención dos caballeros sentados junto á una mesita, al pie de la cual se veían un maletín y una manta de viaje. Al verlos, y recordar algunas conversaciones de los días pasados con Irene, me figuré que debían de ser su cuñado y el médico; además, como á aquella hora no llegaban trenes y faltaba poco para que saliera el de la tarde, comprendí que habiendo venido el cuñado á tomar las aguas, el que se marchase sería el médico, y quien se quedase, el Marqués de Ajalvir. Seguí mirándolos, y no hube menester mucha observación para colegir quién podía ser cada cual: uno, como de cincuenta años, era grueso, fornido, barbicano, y estaba vestido, aunque decentemente, con cierto desaliño; otro, enjuto, alto, de aspecto delicado, llevaba un traje de corte irreprochable y calzado fino. Indudablemente, éste era el cuñado. Presto vi confirmada mi suposición; porque llegó el ómnibus, se despidieron, partió el primero de aquellos hombres y el segundo se quedó leyendo un periódico. Entonces le miré atentamente, oculta tras los visillos del balcón,

y como desde éste al jardinillo no había más que unos cuantos metros, pude contemplarle á mis anchas.

Pocos hombres me han causado, á primera vista, impresión tan desfavorable. No era feo; tenía los ojos hermosos, de mirar inteligente; la boca, bien dibujada; el bigote, rubio, largo y sedoso; los pies, no grandes; las manos, que desde mi escondrijo veía perfectamente, me recordaron las del músico Liberti retratado por Van Dyck; toda su persona revelaba distinción y elegancia, y, sin embargo, no me fué simpático. La dejadez de sus posturas, la lentitud de sus movimientos, hasta el modo de doblar el periódico ó sacar del bolsillo la petaca, todo lo que le vi hacer, me pareció marcado por un sello de afectación y falta de naturalidad insoportables; antojándoseme entonces que debía de ser uno de esos caracteres apáticos, presuntuosos y fríos, incapaces de sentir afán por nada, que aparentan comer sin gana, aun teniéndola; que leen sin interés, hablan por condescendencia, escuchan por mera cortesía y fingen cierta necia complacencia en no ser agradables al prójimo.

Mientras le examinaba llegaron dos señoras muy elegantes y se sentaron junto á un vela-

dorcito tan cercano al ocupado por él, que no pudo menos de advertir su presencia. Una de aquellas mujeres era vulgarmente guapa; otra, hermosa sobre toda ponderación; formando ambas, por la gallardía de sus figuras y el primor de sus trajes, una pareja encantadora. Entonces le observé más atentamente; pues siempre he creído que por la manera de mirar á la mujer revela el hombre lo que ésta le hace sentir, la estima en que la tiene y hasta algo de su propia índole. Primero, dejó pasar algunos minutos sin levantar los ojos del periódico; después, alzando un poco la cabeza, las examinó de soslayo, paseando sobre ambas una mirada lenta de curiosidad desdeñosa; enterado ya de que una de las damas era bellísima, se fijó en ella tenazmente; los labios se le fruncieron con una sonrisa casi imperceptible, se atusó muy despacio el bigote, y, desviando la vista, continuó la lectura con fingida indiferencia. No hubo en todo ello verdadera descortesía; pero tampoco he contemplado nunca gesto ni actitud de mayor fatuidad: me pareció tan insoportablemente necio, que le hubiese pegado un cachete. La señora, que tenía todas las trazas de serlo, bajó con modestia los ojos, molestada por lo detenido de la inspección; y él, al cabo

de un rato, se levantó, alejándose lentamente sin volver á mirarla, como significando que la beldad no merecía más homenaje.

La cosa fué brevísima, sucedió en menos tiempo del invertido en referirla; pero á mí, por cuanto había oído á Irene, me bastó para formar opinión de su cuñado, ó mejor dicho para sentir robustecida la aversión que me inspiró desde que hablamos de él. Mi amiga estaba en lo cierto: el Marqués de Ajalvir era el tipo del mujeriego ahito de presunción, acostumbrado á llevárselas de calle y que goza más al abandonarlas que al rendirlas. Su buena figura, su aspecto aristocrático, su traza de rico, se me antojaron armas templadas en daño de cualquiera á quien se acercase. El modo que tuvo de mirar á aquella hermosa mujer y luego de apartar la vista, como hastiado y despreciativo, me pareció la revelación de su carácter. Tal imaginé entonces, acordándome en el acto, por relación de ideas, de aquel criado que, en un libro inmortal, pretende desamorar á su amo y apartarle de la dama de sus pensamientos diciéndole estas execrables palabras: «¡Oh qué plaga, oh qué enojo, oh qué hastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo que aparejadas son á deleite!»

Se me metió en la cabeza que este mismo sería el credo amatorio del Marqués de Ajalvir, y recordé la frase tantas veces repetida por Irene: «No piensa más que en eso», es decir, en sacrificar á su vanidad, más que á su placer, el corazón, el reposo, la honra y la ternura de las que caen en sus manos. Entonces, creí ver en él un odioso ejemplar del tipo á que pertenecían los que se llamaron mis amantes; pero con mayores elementos para ser dañino. La doblez de Ángel, la frivolidad de Gonzalo, la astucia de Blancas se me vinieron á la memoria, envenenándome el pensamiento.

Á este hombre, que acababa de observar, le hacían más temible la elegancia verdaderamente señoril, la gallardía de la persona y la mayor riqueza; pero, en lo esencial, era lo mismo: el seductor que finge amar, ó, sin tomarse siquiera el trabajo de fingirlo, considera á la mujer como cosa desprovista de alma, y para la adquisición de la cual basta, según los casos, la mentira ó el dinero: y sentí la tentación de atajarle en su carrera de triunfos haciéndole sufrir de tan varia y refinada manera, que tuviese, primero, el amor propio humillado por la resistencia, y luego, el gusto acibarado por el miedo de perder lo que lograse. Movida de

creciente aversión, me di á pensar en las víctimas que llevaría sacrificadas; me figuré el aplomo con que se acercaría á las que solicitase, la sorpresa que experimentaría al verse rechazado, y por último concebí la delicia inmensa que pudiera saborear una mujer inteligente haciéndose codiciar de él, negándose sin desesperanzarle, tardando mucho en concederse, tornándose á negar apenas rendida, desorientándole entre burlas y veras, exasperándole con esquiveces largas tras favores fugaces, y convirtiendo en martirio suyo aquella misma falta de corazón que fué táctica y base de su vanagloria. Á estos propósitos nacientes, que venían á ser como el fermento de mis amarguras pasadas, se mezclaba, á modo de sugestión diabólica, el recuerdo de cuanto me dijo Irene, y todo ello junto, se convertía en una especie de obsesión que me iba dominando. El odio y el desprecio del hombre, que tantas veces se habia enseñoreado de mi espíritu, encontraba al fin su forma de manifestarse. ¿Quién me negaría el derecho de engañar y herir de igual manera que fuí herida y engañada? ¿Por qué aquel don Juan no había de tener en mí su doña Inés? Pero no una novicia entre candorosa é inflamable, sino una verdadera y poderosa

coqueta que diese al traste con su arrogancia. Cierto que, para lograrlo, no bastaba la belleza ni siquiera la gracia; sería indispensable la combinación de las artes más negras que caben en el corazón femenino.

La perversidad, incendiándome el alma, me decía que ninguna mujer estaba en circunstancias tan favorables como yo para este papel de seductora despiadada. Desde luego, no siendo yo gran dama ni cortesana célebre, se acercaría á mí confiadamente, seguro de la posesión inmediata; y la primera repulsa le exacerbaría el deseo. Aunque no era rica, la holgura en que vivía bastaba á permitirme rechazar lo que me ofreciera; y no procediendo por codicia ni ansia de notoriedad, sino por aquel empeño de hacer daño en represalias del que me hicieron, nada vendría á entorpecer la serenidad de mi perfidia. Por lo demás, si al dejarme poseer le inspiraba pasión tan ardorosa que le costase la salud, y hasta la vida, aún podría yo decirme, sin sombra de remordimiento, que no le mataba mi maldad, sino su propia locura.

Harto sé que cuanto más trate de explicar la oleada de iniquidad que anegó mi albedrío, más antipática me hago; no ignoro que la exalta-

ción que padecí fué insana y hasta ridícula; que aquel ensañamiento contra un hombre á quien ni siquiera había hablado, fué absurdo; pero no trato de disculparme; antes al contrario, pinto fielmente mis sentimientos, para que sean execrados, porque así fueron. En este descarrío del sentido moral vinieron á parar las memorias acumuladas de mi infancia triste, de mis primeros amores traicionados, de mi ansia de rehabilitación burlada, ¡de aquel doloroso venderme!... Hasta el recuerdo de mi madre, asesinada por el engaño y el olvido, creo que me empujó furiosamente.

La influencia de Irene en esta perturbación de mi ánimo fué indudable; andando el tiempo lo comprendí, mas yo desvié su intención; me sugirió una cosa, y concebí otra: ella ofreció ante mis ojos la posibilidad del amante único; en apariencia, para que me redimiera de mi envilecimiento; en realidad, para que dominando al Marqués, éste no se casara, con lo cual, muriendo sin hijos ó sin hijos legítimos, el suyo heredase el título: yo, poseída del odio al hombre, me encariñé con la idea de convertir su pensamiento en mi venganza.

Nunca he olvidado lo que discurrí, y fragüé aquella tarde y aquella noche. Primero, per-

manecí largo rato junto al balcón, con la frente pegada al vidrio, planeando maldades; luego, anduve por el cuarto de un lado para otro, poseída de ese desasosiego propio de quien obra mal á sabiendas; después, pasé desvelada hasta rayar el día, agriándome y atosigándome con mis propias ideas. Así deben de maquinarse y prepararse los grandes crímenes: parecida á lo que yo sentí debe de ser la fiebre precursora del delito que acaba turbando la razón y avasallando la voluntad. Poco á poco, aquellas múltiples formas de la tentación se fueron reduciendo á una sola, que todas las comprendía; porque Irene, intencionadamente, ó acaso sin saberlo, me había dejado en la imaginación el germen de la más horrenda crueldad: «Una mujer hermosa—dijo—, inteligente, seductora, una verdadera maga, que se apodere de él estorbando que se case, aunque sea sorbiéndoselo vivo...»—Y añadió:—«Lo cual no debe de ser difícil, porque con la vida que ha hecho, tiene poca salud.»—Lo de que su hijo heredase el título, claro que me tenía sin cuidado; en cambio, la idea de hacer sufrir por amor á un hombre convirtiéndome de víctima en juez, y hasta en verdugo, me hacía sonreir de placer.

Después me di á tramar la manera de atraerlo. ¿Cómo procurar que se fijase en mí? ¿No era lo más probable que el seductor, acostumbrado á conseguir fácilmente grandes señoras y sostener pecadoras de alto bordo, me viese con la mayor indiferencia? ¿No acababa yo misma de observar, hacía poco, el desdén con que miró á una mujer hermosa? Me vería; tal vez preguntase quién era; le dirían lo que quisieran, y no haría el menor caso de mí. Era forzoso preparar un lance extraordinario con el cual causarle viva impresión. Hubiera yo querido discurrir algo como el rasgo de aquella baronesa de la corte de Carlos II de Inglaterra que, bailando, se acercó á un candelabro, prendiéndose adrede las vaporosas gasas del traje para que su amante, entretenido por otra, acudiese en socorro suyo; ó como el arrojo de Margarita Bellangé, la cual, yéndose al parque donde paseaba Napoleón III, montada en un caballo loco y castigándolo hasta que la tiró de un bote, consiguió que el Emperador se prendara de su intrepidez y su belleza. Muy inclinada me sentía á intentar alguna hazaña parecida; mas los sucesos se anticiparon, sin que, por fortuna, necesitase acudir á tales extremos.

Á la mañana siguiente, la penúltima en que

debía beber el agua medicinal, después del primer vaso, me dirigí con un libro hacia mi alameda favorita, aquella donde me encontré con Irene. Anduve largo rato, y después me senté en una piedra. Media hora llevaría, distraída continuamente de la lectura por mis tercas cavilaciones, cuando, de pronto, en una curva á cosa de doscientos pasos, vi aparecer un caballero que venía paseando solo; le conocí en seguida: era el Marqués de Ajalvir. Con la rapidez del relámpago, me propuse que no pasara sin fijarse en mí, y como no podía simular un peligro ni realizar ningún acto extraordinario, hice lo primero que se me ocurrió.

Momentos antes me había quitado del pelo, conservándola en la mano, una horquilla plana de concha rubia, con la cual cortaba las hojas del libro; cerré éste cuando ya Ajalvir estaba cerca; me levanté sacudiéndome la falda para echar á andar y, al mismo tiempo, con suma destreza, tiré la horquilla sobre un montoncillo de hojarasca que había junto á un árbol; di algunos pasos, y en seguida, fingiendo notar de pronto la falta de algo, me llevé las manos á la cabeza, hurgándome el peinado repetidas veces, mientras volvía despacio pies atrás mirando al suelo en el corto trecho que anduve y donde

permanecí sentada. Á todo esto, Ajalvir se hallaba ya muy próximo; sentí que se paraba, y continué, fija en el suelo la vista, apartando con la sombrilla ramitas y piedrecillas. Así transcurrieron dos ó tres minutos: yo, haciendo que buscaba; él, detenido, seguramente contemplándome, puesto que no percibía el ruido de sus pasos, hasta que, de pronto, se me puso delante, y llevándose la mano al ala del sombrero, me preguntó con la mayor cortesía:

—¿Ha perdido usted algo, señorita?

—Una horquilla de concha con que estaba abriendo las hojas del libro.

—¿Grande?

—Sí; pero como es casi del color de las hojas que hay por el suelo...

—Va á ser difícil...

—Pues aquí, por aquí se me ha caído.

Seguimos buscando; es decir, yo, fingiendo que buscaba, y él, aunque procurase encontrar la horquilla, más atento á mirarme que á mirar al suelo. Maliciosamente, para prolongar la aventura, me fuí apartando del montoncillo de las hojas secas, y pasaron otros dos ó tres minutos sin que desplegásemos los labios; mas él, de repente, al retroceder unos pasos, vió algo que, herido por el sol, brillaba sobre el conjun-

to mate de la hojarasca amarillenta: era la horquilla. La cogió y me la presentó diciendo:

—Aquí está.

—Mil gracias—contesté tomándola.

Supuse entonces frustrado mi intento de trabar conversación; pero él, en vez de seguir su camino, permaneció inmóvil, mirándome mientras yo me colocaba la horquilla de cualquier modo en el pelo; y mostrando ese aplomo propio del hombre ducho en el trato con toda clase de mujeres, dijo con el mayor desparpajo:

—La verdad, siento que haya parecido.

—¿Cómo?—pregunté con aire severo.

—Que haya parecido tan pronto, quiero decir; no puede usted imaginar lo que me hubiera gustado buscarla juntos... y tardar en encontrarla.

—Le agradezco infinito que haya tenido la bondad de recogerla; pero, ahora, no comprendo lo que me dice.

—No habrá la menor descortesía en que se lo explique.

—Repito que agradezco su amabilidad, pero no sé qué pueda usted explicarme... y como no tengo el honor de conocerle...

Echándola de seria, quise seguir andando;

él, colocándose á mi lado, sin turbarse y procurando entorpecerme la marcha, continuó:

—Pues como no hay aquí quien me haga ese favor, yo mismo me presentaré: soy el Marqués de Ajalvir, un caballero de muy buen gusto.

Haciéndole una ligera inclinación de cabeza, repuse:

—Indudablemente, digno de todo mi respeto; pero se empeña usted en detenerme, y eso no está bien.

—Lo que no hubiera estado bien sería verla y no sentir el deseo de hablarle y de serle agradable. En estos sitios, tan favorables á la confianza y á la libertad... No hay la menor ofensa, por ejemplo, en que yo la acompañe á usted hasta el Establecimiento, ó en que nos estemos aquí un rato.

—No lo creo necesario.

—Suponga usted que la horquilla no hubiese parecido tan pronto: ¿nos hubiéramos marchado sin buscarla? Y en pago de haberla encontrado, porque he sido yo, y no usted, señorita, ¿va usted á privarme del placer de aprovechar esta ocasión...?

—¿Ocasión de qué?

—Además—continuó sonriendo amablemente para dar á entender que no era serio lo que

decía—, corresponde usted mal á la confianza que me ha inspirado. Yo le he dado á usted la horquilla... cuando no me consta que sea suya... Quizá se le haya caído á otra señora. Mi deber era llevarla á la administración del Establecimiento.

No pude menos de reirme, y calculando que aún no me convenía rechazarle agriamente, admití la broma con estas palabras:

—Se conoce que es usted hombre de buen humor. De modo que, primero, ve que estoy buscando una cosa que acabo de perder, me ayuda á buscarla sin ponerlo en duda, la encuentra, y sabiendo que me pertenece, me la da; y, ahora, sólo por el capricho de entretenerme, sale con que la horquilla no es mía. ¡Está bonito!

—No sé cómo estará; lo que sé es que voy consiguiendo mi propósito, porque ya estamos hablando. Me resta lograr que pague usted el hallazgo... y la confianza que he tenido en usted.

—¿Y qué pago exige usted?

—No exijo, suplico.

—Veamos.

—¿Me autoriza usted para que pida todo lo que me parezca justo?

—Le ruego que sea breve.

—Pues permítame usted que le diga que si no le hubiera devuelto la horquilla, tal vez hubiese usted llegado al balneario toda despeinada y con los rizos caídos: el haberlo evitado, merece recompensa excepcional. Pero además, teniendo en cuenta que en estos aburridísimos sitios un caballero que se ve solo y se encuentra con una mujer hermosísima, que también está sola, y yo sé que usted lo está, tiene el deber de ampararla... Fundado en todo lo cual, me atrevo á suplicar á usted que me permita convidarla á almorzar y á dar por la tarde un paseo en coche.

Esto me demostró que sabía con quién hablaba; la cosa era evidente: Irene debió de decirle que yo no tenía derecho á darme por ofendida porque un hombre me pretendiese sin andarse por las ramas. Segunda vez estuve tentada de rechazarle; pero quise reprimirme, temerosa de que se me fuese de entre las manos.

—De manera—le dije—que me supone usted capaz de almorzar con un caballero á quien no tengo el honor de conocer. Así, de buenas á primeras. Sin embargo, como no creo tener mala facha, usted, al verme, ha debido pensar que yo era una verdadera señora; si se ha per-

mitido usted esta libertad, es porque supone otra cosa.

—Yo no supongo, ni sé, ni quiero saber, sino que es usted un prodigio de hermosura, la mujer más hermosa de Madrid; por consiguiente, para mí, una gran señora, una reina; porque no creo en señorío ni en majestad superior á la belleza: y pues he tenido la fortuna de encontrarla sola y prestarle un pequeño servicio, reclamo el pago; me desaira usted abiertamente, cometiendo el feo pecado de ingratitud, ó almuerza usted conmigo.

El modo que tuvo de decir «la mujer más hermosa de Madrid», la urbanidad y cortesía con que, á pesar de su atrevimiento, me trataba, y, sobre todo, ese olfato que las mujeres tenemos para adivinar ciertas cosas, acabaron de persuadirme de que su cuñada, así como me habló de él, le habría hablado de mí; y hasta quizá le avisase de que paseaba por las mañanas en aquella alameda, huyendo de la gente. Quise cerciorarme y, como no me importaba que comprendiese mi sospecha, le pregunté:

—Vamos, la verdad; un caballero la dice siempre, cueste lo que cueste: ¿sabe usted quién soy?

—Sé que no es usted una mujer vulgar... y

me atrae todo lo extraordinario; sé lo que vale usted..., lo estoy viendo.

Confieso que, mientras le escuchaba, sentía yo vivo deseo de que su audacia y su terco modo de insistir me le hiciesen cada momento más antipático; iba, por instantes, confirmándome en la idea de que era el tipo aborrecible del mujeriego curtido en esta clase de lides; y, á pesar de ello, ni su manera de expresarse me parecía realmente ofensiva, ni quería alejarle renunciando á la presa deseada; antes al contrario, determiné asegurarla.

Nos habíamos parado al pie de un corpulento nogal, por entre cuyas ramas penetraba el sol, formando con las sombras de las hojas movibles dibujos que, desde la arena del suelo, parecían trepar por la falda blanca de mi traje. Yo, viva y resplandeciente la mirada con la malicia de la conversación; algo despeinada por aquel teje maneje de quitarme la horquilla, hurgarme el pelo y volvérmela á poner; toda mi persona respirando agrado, pero poseída de cierta decente gravedad, debía de estar muy guapa. El Marqués, cuya buena figura y finos modales eran indudablemente obstáculo á que me pareciese tan odioso como yo quisiera, me miraba pendiente de mis labios. Durante algu-

nos segundos callamos, cohibidos. No tuvo aquel momento de silencio la poesía que tuviera en una pareja de verdaderos enamorados; y sin embargo quedamos un punto pensativos; acaso presintiendo ambos que cada uno de nosotros iba á ser un factor importante en la vida del otro.

—No dude usted más—dijo de pronto—; es usted libre, sé que es usted libre; yo lo soy también. No tengo la vanidad de inspirarle á usted amor, así, de repente... Pero si usted por su lado y yo por el mío andamos solos, aburridos... En un día tan hermoso, con este sol... ¿por qué no hemos de procurarnos, si podemos, la ilusión del amor? Nada más que la ilusión; ya ve usted si me contento con poco.

Me eché á reir por mortificarle, diciendo enfáticamente:

—¡La ilusión del amor...!

—Sí; yo se la ofrezco á usted como pudiera ofrecerle una flor que hubiese por aquí cerca. ¡Vaya!—añadió con energía—, ¿quiere usted la prueba del interés que me ha inspirado y de que soy incapaz de ofenderla? Pues estamos solos, en pleno campo, y no me he atrevido á hacer lo que debí al entregarle á usted la horquilla...

—¿Y qué debió usted hacer?—le pregunté fingiendo asustarme.

—Plantarle á usted dos besos, lo mismo que un fauno cuando coge á una ninfa en medio del bosque... aunque yo lo hubiera hecho con más delicadeza.

—Pues... ¡figúrese usted cómo se hubiera defendido la ninfa!—dije agitando la sombrilla.

—Esto es pura broma. Lo serio es que almuerza usted conmigo, ¿verdad?

Había ya tomado mi resolución.

—No—repuse—; aquí todo el mundo me ha visto sola desde que llegué: no quiero que ahora me señalen con el dedo.

—¿Cuándo se va usted?

—Muy pronto.

—¿Sería indiscreto preguntarle dónde?

—Á Biarritz.

—No podía usted decirme nada tan agradable. ¿Va usted á pasar allí mucho tiempo?

—Un mes.

—Yo iré en cuanto tome estas aguas. Tengo allí casa. ¿Me permitirá usted que la salude donde la encuentre?

—¿Por qué no?

—Y ahora, ¿me autoriza usted para que la acompañe hasta el balneario?

—Eso sí. El mero hecho de llegar juntos, no significa nada.

—Pues vayamos despacio para que me dure más el encanto.

Lentamente, recorrimos la larga distancia que había desde el final de la alameda hasta la entrada del Establecimiento; y juntos atravesamos por entre los grupos de bañistas. Era la hora de mayor concurrencia. Las señoras, agrupadas en corros; los hombres, que paseaban charlando; las jovencillas, que circulaban cogidas del brazo y rodeadas de muchachos; hasta las camareras y los mozos, todo el mundo se nos quedó mirando. Según avanzábamos, la maliciosa expresión de los rostros, las sonrisas imprudentes, nos revelaban que íbamos dejando á la espalda rastro de murmuración.

—¿Ha observado usted el efecto que causamos?—le pregunté.

—Pura envidia: las mujeres, de usted, por lo hermosa; los hombres, de mí, por lo afortunado.

—¡Pues fígurese usted lo que sería si nos viesen almorzar juntos...! Puede que me quisieran echar de aquí como á oveja tiñosa.

—¡Qué necios!

—Fíjese usted, ¡qué caras!

Tal dije, porque precisamente en aquel momento pasábamos á pocos pasos de un corro de señoras que nos miraban, entre descaradas y asombradas, cuchicheando con un jovencito que ocupaba el centro del grupo. No llegó hasta nosotros palabra desagradable, pero el mozalbete debió de decir un chiste á costa nuestra, y las damas, á coro, soltaron la carcajada.

Entonces, acortando el paso, Ajalvir, con la mayor naturalidad, mas con tal presteza que no pude evitarlo, me cogió el brazo derecho, lo apoyó en el izquierdo suyo, y sujetándomelo moderadamente para que no le soltase, dió la vuelta, y me volvió á pasar por delante del grupo, llevándome, luciéndome, con la misma gravedad y galantería que si en un baile de corte fuese sirviendo á una princesa.

—Las mujeres—me dijo—hagan su comentario; es usted tan hermosa y tan elegante, que por fuerza han de tragar bilis; pero como se escurra uno del sexo feo, verá usted lo que le sucede.

Era la primera vez de mi vida que, yendo del brazo de un hombre, me consideraba yo amparada; hubo un instante en que casi me sentí orgullosa y agradecida; pero estaba ya tan aferrada á mis malos propósitos, que aquel impul-

so suyo de dignidad legítima me pareció mero arranque de conquistador vanidoso. En voz baja le dije:

—Seamos prudentes.

—Que lo sean ellos—repuso; y aprovechando mi turbación, añadió—: Ahora le pido á usted con mayor empeño que almorcemos juntos.

—Como usted quiera.

—Y desde este instante, hasta que usted se vaya, no la voy á dejar un momento sola.

Almorzamos en el comedor general, junto á una ventana que daba al parque, y en una mesita designada por él; al ir á sentarnos, notando que no había flores en ella, mandó traerlas, colocándolas ante mi sitio; y luego, tranquilamente, sin cuidarnos de si nos miraban ó no, allí permanecimos charlando hasta que se fué todo el mundo.

Realmente, estaba justificado que, según dijo su cuñada, tuviese Ajalvir partido con las mujeres. Su conversación era agradabilísima. Sin incurrir en el molesto abuso de adulaciones y requiebros que forma el repertorio de los hombres vulgares, sabía aprovechar la oportunidad de decir siempre algo lisonjero, esmerándose en que no pareciese rebuscado, sino na-

tural consecuencia de lo que se estaba tratando. Por detalles é incidentes del diálogo, me pareció listo, de compresión rápida, de juicio sereno, y más instruído que suelen ser los ricos. Demasiado pronto era para formar idea completa de sus sentimientos y facultades; sin embargo, observé en él claros indicios de ese escepticismo tranquilo, con frecuencia irónico, nunca grosero, que hace á los hombres apacibles y transigentes, ya robusteciendo su propia tolerancia, ya infiltrándoles el triste convencimiento de que el prójimo no vale la pena de enfadarse ni tomarlo muy en serio. Pero aquella mañana no estaba yo para descubrir en él buenas cualidades, sino por el contrario ávida de sorprender las malas para justificar lo que me propuse.

Desconfio mucho de saber reflejar aquel estado de ánimo mediante el cual mi voluntad, sin más base que la afirmación de Irene, y sólo porque Ajalvir era gran despreciador de mujeres, se empeñó en considerarle como representación y síntesis de cuanto malo y torpe llevaban en el alma los que me hicieron desgraciada. Momentos había en que, escuchándole con atención, procuraba yo desentrañar el sentido de sus palabras y bucear en su espíritu para adquirir

pruebas de su índole, que se me antojaba perversa; con tal prevención le oía, que los juicios más inocentes, las respuestas más claras me parecían recursos de la malicia y ardides de la cautela. Entre burlas y veras, desplegando la maña con que toda mujer solicitada procura conocer al hombre que la corteja, para defenderse de él, le dejé llevar la conversación al terreno de las conquistas amorosas, esperando que me descubriera su vanidad de galanteador afortunado, y con gran sorpresa le oí estas palabras:

—Algunas me han favorecido; pero el que tiene un poco de dinero no puede enorgullecerse con tales victorias, porque jamás está seguro de ser querido.

—¿Y usted daría valor á que le quisieran?—le pregunté.

—¡Ya lo creo! Nunca me he visto en ese caso.

—Tal vez le hayan querido; pero así son ustedes; desconfiados primero, y luego ingratos.

—Ignoro por qué haya usted de juzgarme tan duramente. ¿No hay mujeres que se echan á perder por falta de quien las ame de veras? Pues lo mismo puede haber hombres que se entretengan con muchas por no haber hallado una que les satisfaga.

—Y si la hubiese usted encontrado, no había de contármelo así, de buenas á primeras.

—Soy más franco de lo que usted se figura. Pero de las que he conseguido sin que me quieran, no me gusta hablar, porque esas no son conquistas, son compras; y si alguna me hubiese amado, sería vileza nombrarla.

—Eso, igual puede ser caballerosidad que sistema—dije sonriendo—, porque nada produce tan buenos resultados como saber callar; del discreto no desconfía ninguna.

Toda nuestra conversación tuvo este mismo carácter, y, por consiguiente, para mí fué de gran importancia. Procuré que hablásemos en términos generales: apenas trataba de requebrarme le salía al paso obligándole á nuevos razonamientos, fingiendo no tomar sus dichos en serio. Quien nos oyera no habría creído que él fuese un caballero rico planteando el logro de un deseo y yo una coqueta más ó menos lista haciéndose desear: parecíamos una de esas parejas en que el hombre y la mujer procuran estudiarse sin comprometerse.

Concluído el almuerzo, fuimos á tomar el café en el jardinillo que había ante la fachada del establecimiento. Allí nos sentamos, uno enfrente de otro: yo, muy seria, procurando no

llamar la atención con ademanes, gestos ni posturas; él, expresándose con el mayor comedimiento y decencia, sin permitirse la menor libertad que pudiera interpretarse en desdoro mío; á pesar de lo cual mi desconfianza y aversión iban siendo tales, que seguía enterquecida en que me pareciese antipático.

Cuando se fué marchando la gente, paseamos alejándonos un poco. Entonces, ya solos, estuvo mucho más expresivo; me hizo prometerle que comeríamos juntos, y al despedirnos me acompañó casi hasta la galería en que estaba mi cuarto, donde entré preocupada.

Había yo procurado siempre que los hombres me guardasen cierta consideración: ni al malvado Ángel, que no podía ser muy fino, porque al fin y al cabo no era más que un dependiente de tienda; ni á Gonzalo, que tenía toda la imprudencia de un chiquillo; ni al mismo Blancas, que pasaba por áspero y dominante, toleré que me tratasen mal; pero tampoco estaba acostumbrada á ser objeto de cortesía y delicadeza como las que Ajalvir empleaba conmigo. Harto sabría él, por habérselo dicho Irene —á quien tuvo buen cuidado de no referirse—, que yo no podía alardear de vestal; y, sin embargo, extremaba la finura y el respeto. Todo

su empeño era que le autorizase para acompañarme continuamente. Pero yo, muy sobre mí, recelosa, llena de mala intención, me había propuesto interesarle, y en seguida desaparecer. Si le gustaba, ya me buscaría.

Pasé la tarde encerrada en mi cuarto, y él dando vueltas ante la casa, deseoso sin duda de acompañarme si salía. No bajé hasta cerca de anochecer. Comimos en la misma mesa del almuerzo, y cuando la gente acudió al salón donde se organizaban la tertulia y el bailoteo propios de todo balneario, salimos á pasear al parque. Como la noche estaba hermosísima, nos alejamos hasta bastante más allá de donde acababan los faroles. Ni aun en plena oscuridad me perdió el respeto, pero, naturalmente, cuanto más hablábamos, mayor confianza iba adquiriendo. Casi una hora duraría el paseo: cuando volvíamos, viendo luz en un balcón, me dijo:

—Aquella es su habitación de usted, ¿verdad? ¿Qué tal cuarto le dieron á usted?

—Sí, aquella es; un cuarto como todos, sin comodidades.

—Me gustaría verlo.

—Lo verá usted en cuanto me vaya; ahora, comprenda usted que no es posible.

—Lo siento mucho.

—Piense usted dónde estamos, y que aunque yo soy muy independiente y despreocupada, no es cosa de exponerme á algo muy desagradable y que me comprometa.

—Pues quería entrar en ese cuarto, porque lo que deseaba era, precisamente, comprometerla á usted.

—Hombre, ¡muchas gracias!

—No vale interpretar mal las frases inocentes. Lo digo, porque si yo entrase en su cuarto de usted, aunque no fuese más que un minuto, quedaba usted, en cierto modo, comprometida á pagarme la visita... Como va usted á Biarritz y yo tengo allí casa...

—Sí, le dejaría á usted una tarjeta.

—Fuera de broma; demos la visita mía por hecha, y prométame usted que me la pagará en Biarritz. Le ofrezco á usted el te mejor hecho que ha tomado nunca y un manojo de flores.

—¿Tiene usted jardín?—le pregunté sonriendo.

—Sí, aunque pequeño.

—Pues allí tomaremos el te, en el jardín.

—¡Ya es usted lista!

—¿Por qué?

—Porque es una manera fina de decir que

no querrá entrar bajo techado... Pero eso no sería una visita; sería como pasar por la calle.

—Entraré donde usted quiera; sólo he pretendido darle á usted á entender...

—Sí; el temor de que yo abusase de la hospitalidad.

—No digo tanto.

—Yo aseguro á usted que no tendría que soñar en defenderse; jamás he tomado nada por fuerza.

Á todo esto, como llegásemos cerca del balneario, dije:

—Ya es hora de retirarme, que debo madrugar. Y habiendo sido usted tan galante conmigo, no quiero ocultarle que me voy mañana temprano.

—Lo siento muchísimo... Pero yo la buscaré á usted en Biarritz.

—¿Quiere usted hacerme creer—le interrumpí muy seria—que pueda sentir el menor interés por una mujer á quien ha conocido hoy mismo?

—No; la había visto á usted anteayer, y ayer; hoy es el tercer día.

—Igual da. Además, me encuentro en una situación de ánimo...

—Recuerdo haber oído á usted que era libre.

—Como el aire que nos rodea.

—¿Entonces...?

—Sería muy largo de contar. Lo que le importa á usted saber es que yo no quiero renunciar á esa libertad. Para que usted comprendiese lo sincero de mis palabras, tendría que hablarle de cosas, de planes, de propósitos... y cuanto le dijese, no conociéndome, se le antojaría puro fingimiento. No, separémonos así, sin más...

—¡Es usted deliciosamente misteriosa!

—Estoy en un momento crítico de mi vida... Repito que, no conociéndome, no me comprendería usted... y tampoco me resigno á que nadie me suponga capaz de hacer comedias.

Á pesar de esta última frase, creo que supe dar á lo que decía las apariencias de la turbación más espontánea. Junto á la puerta, en señal de despedida, le tendí la mano.

—Yo la buscaré á usted—afirmó estrechándomela.

Á la mañana siguiente, cuando con mi doncella bajé á tomar el ómnibus que debía llevarnos á la estación, Ajalvir estaba esperándome en el vestíbulo.

—Mucho hace madrugar el agua—le dije.

—No hay más agua que usted... Y, lo dicho, hasta Biarritz.

Se quedó inmóvil, apoyado en la verja del balneario. Ya estaba el ómnibus á gran distancia, y aún pude verle mirando cómo desaparecíamos en una curva del camino.

No había ejercido sobre mí la menor atracción; al contrario, de hora en hora me aferraba yo más al propósito de convertirme en su ángel malo, y hasta experimentaba cierta vanidad por haber comenzado á representar bien mi papel. Á ratos, pensaba que toda aquella astucia era harto inocente y primitiva para empleada con hombre tan corrido; pero me infundía esperanza la persuasión de que el más listo, cuando se ofusca por conseguir una mujer, queda á merced de la más tonta; porque el deseo roba clarividencia á quien lo padece, y despabila á la simple, en cuanto se ve codiciada.

XIV

Llegada á Biarritz, me alojé en una *maison meublée,* de la parte alta del pueblo, escogida adrede lejos del centro, hacia el camino de Bidart, tomando dos habitaciones modestas, pero limpias y bonitas.

Era pasado el quince de Septiembre, y quedaban veraneando pocos españoles, de lo cual me alegré, para no verme obligada á esquivar la compañía enojosa de madrileños que me conocieran. La mayoría de la concurrencia estaba compuesta por franceses, americanos é ingleses. El lujo desplegado por las mujeres, especialmente las francesas, y sobre todo las *cocottes,* era estupendo; desde luego comprendí que fuera ridículo en una pobrecita como yo querer llamar la atención por la ropa; todo lo que llevaba en mis dos enormes mundos, y creo que he sabido componerme, no valía lo

que un detalle del atavío de aquellas señoras y pecadoras soberanamente engalanadas. Hice, pues, mi composición de lugar, proscribiendo en absoluto cuanto pudiera parecer llamativo. Si me era dado distinguirme por algo, sería solamente por la sencillez: mientras lo permitiese el tiempo, vestidos de piqué blanco ó de seda cruda; luego, de paño y obscuritos; sombreros sobriamente adornados; bien calzada, y nada más. Dicho se está que ninguna mujer me miraba hasta después de observar que me miraban los hombres; en cambio éstos, aunque fuesen acompañando á damas elegantísimas, me comían con los ojos: prueba de que la verdadera belleza no necesita muchos perifollos. Algunas veces, sin embargo, estableciendo comparaciones, me sentía mortificada, temerosa de que mi extrema sencillez no fuese del gusto de Ajalvir, pues hay muchos á quienes entusiasma la mujer lujosa, sobre todo cuando se puede suponer que son ellos los que pagan el lujo; pero tales temores en nada modificaron mi propósito, una de cuyas bases era mostrar, no sólo absoluto desinterés, sino además escaso aprecio de las galas con que otras enloquecen.

Nadie imagine por esto que tenía yo en poco

el cuidado de mi persona; siempre he procurado ir bien, pero haciendo que la ropa sea para mí y no yo para ella, practicando la idea de que el arte de vestirse, como el de pintar, estriba en obtener el mejor efecto con la mayor sobriedad de medios. Así, por ejemplo, nunca me he puesto dos adornos en el mismo sitio, ni he aceptado cortes ó formas que destruyesen la armonía de las líneas del cuerpo, ni, para expresarlo de una vez, he querido lucir collar que ocultara mucho la garganta.

Además de vestirme con la modestia indicada, no frecuenté ciertos lugares: no fuí por las tardes á la pastelería de moda, ni de noche al Casino, donde entran solas las mujeres, porque no quería que Ajalvir me hallara en sitio como escogido para ser encontrada pronto, sino donde tuviese que buscarme. En esto puse particular empeño, diciéndome que, pues él estaba enterado de que no podía presumir de virtuosa, únicamente en hacerle difícil y trabajoso lo que lograron otros, podía yo poner la esperanza de avivar su deseo.

Ahora se verá que, juzgando por lo sucedido, mis cálculos eran innecesarios: si yo pensaba en dejarme buscar, más pensó él en buscarme.

Al noveno día de llegar á Biarritz, y á cosa

de las diez de la mañana, estaba concluyendo de vestirme para irme á la playa con un libro, cuando la dueña de la casa llamó á mi cuarto, y echando por bajo de la puerta una tarjeta, me dijo en español chapurrado:

—Este *senior es al* salón esperando á *uste.*

Recogí del suelo la tarjeta: *El Marqués de Ajalvir.* Me quedé pasmada. Ya he dicho que la casa estaba en uno de los sitios más excéntricos de Biarritz. ¿Cómo se las habría compuesto para dar conmigo? Bajé al saloncito común á todos los huéspedes; una inglesa huesuda que allí había tocando el piano se retiró discretamente, y Ajalvir, reflejándosele en el rostro la satisfacción que le causaba mi sorpresa, me tendió la mano.

—Acabo de llegar.

—¿Y cómo ha sabido usted que vivo aquí?

—Lo sé desde el día siguiente á su venida de usted.

—Me sorprende mucho. ¿Qué diablos ha hecho usted para averiguarlo?

—La cosa más sencilla del mundo. Hice que en el mismo tren que usted y su doncella viniese mi ayuda de cámara; las siguió mientras buscaban casa... primero vieron ustedes otras dos, ¿no es así?; luego ésta, y seguro de que

se quedaban aquí, cuando vió traer los baúles, regresó al balneario y me dijo las señas.

—Para director de la policía, el único.

—Soy un poco desconfiado; temí que me engañase usted y no viniese á Biarritz. El criado tenía orden de no volver sin saber dónde quedaba usted: si hubiese usted ido á América... lo mismo.

—¿Tanto interés le inspiro á usted?

—Esta es la prueba. Ahora, aquí hay más libertad que donde estábamos; nadie se escandaliza de que un hombre y una mujer anden juntos... y vengo resuelto; no la dejaré á usted ni á sol ni á sombra.

Esto era lo que yo deseaba. Desde aquel momento le tuve al lado constantemente. Por la mañana nos sentábamos en la playa, y á la hora de retirarnos me acompañaba hasta la puerta de mi casa, suplicándome, sin conseguirlo, que en vez de almorzar sola lo hiciese con él en un *restaurant;* por las tardes dábamos largos paseos á pie en sitios que yo escogía, y también me rogaba, en balde, que comiésemos juntos; por las noches callejeábamos mirando escaparates, sin que lograra tampoco llevarme al teatro ni al Casino: en fin, con su asiduidad y sus peticiones, se esforzaba

en demostrar que estaba realmente prendado de mí.

Pudo, sin prescindir de menudear las entrevistas, hacer la vida propia de un caballero de su condición y fortuna; pero se consagró á ir únicamente conmigo: entre buscarme y acompañarme, pasaba el día. Así transcurrió una semana, dándose el caso de que un hombre, sabedor de que la mujer á quien cortejaba no merecía cierta clase de respeto, la tratase, sin embargo, aparentando ignorar sus antecedentes y la solicitase con el más extraño maridaje de libertad y miramiento que puede imaginarse. Claro que yo andaba ojo avizor para comenzar á ceder en cuanto notase síntomas de cansancio; pero lejos de presentarse tales síntomas, á cada diálogo le veía más entusiasmado: de modo que, una de dos, ó había hecho cuestión de amor propio lograrme, ó le gustaba más que ninguna le gustó hasta entonces. Fuera lo que fuese, aquella mezcla de obstinación y habilidad, acabó de inducirme á considerarle como el tipo del hombre nacido por nuestro mal para engañarnos ó comprarnos, y que, sediento sólo de belleza y placer, nos consigue con la mentira ó nos prostituye á fuerza de oro. Sí; era más fino, más hábil, más temible, porque dis-

ponía de otros medios; pero en él estaba, como en cifra odiosa y síntesis abominable, el espíritu del que abandonó á mi pobre madre y el de aquellos que profanaron mi cuerpo sin cuidarse de que tuviese alma. Mi exaltación fué subiendo de punto, y en cada entrevista que teníamos, á cada señal de rendimiento, me creía con mejor derecho á venderme cara y á cobrar lo que le diese, pero no en dinero, sino en salud. ¿Buscaba belleza? ¡Yo se la daría! No recuerdo si fuí yo ó si fué Irene quien lo dijo: «Sería el esclavo arrojado al circo; las fieras, mis caricias.» Necedad ó demencia, esta obsesión se apoderó de mí.

Llegó á crearse entre ambos una situación extraña. El hombre, acostumbrado á comprar beldades, no conseguía que se le vendiera la que antes adquirieron otros; la mujer, que no supo defenderse ni guardarse, aguzaba el ingenio para hacer codiciable aquello mismo que había visto despreciado: imaginando que él desplegaba su experiencia, ponía yo en juego mi astucia; cuanta mayor delicadeza iba mostrando, más pérfido me parecía; y de todo le consideraba capaz, menos de haberse enamorado sinceramente; así que, engañada por mi propio error, incurrí también en el de suponerme pe-

netrante y sagaz cuando la turbación que produce el odio me iba quitando perspicacia.

Paseábamos una hermosa noche por el dique que se extiende desde el establecimiento de baños, en la *Playa de los locos,* hasta el sitio donde, junto á unas peñas, estuvo años atrás una de las entradas al parque del palacio imperial que se llamaba *Villa Eugenia,* y en cuyo perímetro se construyó después un *hotel.* La temperatura era deliciosa; brillaban con vivo fulgor las estrellas; hacia la parte del pueblo aparecían las enormes masas de las grandes fondas con luces en algunos balcones; la larga azotea del Casino viejo, alumbrada por arcos voltaicos, despedía claridad más intensa; entre la inmensidad del mar, á corta distancia, surgía aquella roca extensa, casi plana, que apenas sobresale de las aguas, donde las olas, estrellándose al pasar, van dejando un soberbio manto de espuma; en la lejanía de la costa, empinado sobre el pequeño promontorio que le sirve de base, lanzaba el faro sus destellos intermitentes, amarillentos ó rojizos, trazando en la atmósfera una ráfaga luminosa semejante á la cola de un cometa; el continuo rugir del Océano apagaba todos los sonidos que pudieran venir de tierra adentro, y sólo se oía, al-

ternativamente, el fragor de las olas, que al quebrarse en la rompiente festoneaban de blanco la curva dilatada de la playa y, el ruido peculiar de la resaca, que, arrastrando piedrezuelas y arenas, las hacía entrechocar sorbidas por la fuerza del reflujo. El espectáculo era de estupenda magnificencia. Á poco soñador que uno fuese, no podía menos de recoger un punto el espíritu en sí mismo, dominado por la grandiosidad de lo externo y afligido por la miseria de lo propio: el ánimo se sentía presa de la honda emoción que hace orar al creyente y, poseído de la cual, el escéptico busca ansioso en las profundidades de su alma la razón de la vida, adorando, á su modo, la causa de las causas en el altar de la Naturaleza.

Perdóneseme la digresión; pero siempre he creído que aquellos lugares y horas donde campean con soberano poderío las bellezas y maravillas naturales, son poco propicios al amor; porque quien no es insustancial y frívolo, al verse empequeñecido y abrumado, se deja invadir por la melancolía, y haciéndose refractario al halago sensual, pone con tristeza el pensamiento en su condición desamparada y efímera. En tales momentos, todo lo que uno siente es pobre ante lo que contempla.

No debía el Marqués de sentir lo mismo, ó yo le causaba mayor encanto que el cielo, el mar y la noche, porque me iba hablando de amor con toda formalidad; y no de mero deseo encubierto por la galantería, sino de amor, aunque absurdo, dada mi condición, claramente expresado. Yo le escuchaba, entre hostil y lisonjeada, enterqueciéndome en suponer que mentía, y al mismo tiempo sintiendo recrudecérseme aquel mal fundado rencor que maquinó mi cerebro sin anuencia de mi corazón. He aquí parte de nuestro diálogo, tal como puedo recordarlo, donde se mezclaban las vulgaridades propias de tales casos y los conceptos personalísimos, fruto de la situación en que cada uno de nosotros se hallaba.

—Ninguna me ha causado impresión tan honda.

—Si tuviera una perla por cada vez que habrá usted dicho eso, podría hacerme un collar de muchos hilos.

—¿No me cree usted?

—Si casi no me ha tratado usted... si no me conoce...

—Entonces, ¿cómo explica usted que no haga nada ni piense en nada, sino en esperarla, acompañarla y seguirla?

—Porque le gusto á usted igual que le han gustado otras.

—¡Muchísimo más! Ahora estoy enamorado de veras.

—¡De una mujer que tiene mi historia! Tan difícil es que yo admita eso, como lo sería que usted creyese ciertas cosas mías, aunque se las contara desnudándome el alma á pura sinceridad.

—Todo lo crería.

—No nos forjemos ilusiones; por lo menos, se figuraría usted que yo trataba de hacer una comedia para avivarle el interés y el deseo. Convénzase usted de que ninguno de ambos podría tener fe en el otro, aunque nos amásemos de veras. Usted conquistador y yo pecadora: ¡bonita confianza íbamos á inspirarnos! ¡Imposible!

—Buenas ganas de amargarse el dulce que se nos viene á la mano, pudiendo saborear la felicidad de entregarse con confianza.

—Sí; callar, no conocerse, mentirse mutuamente, y representar la comedia del amor.

—Explíquese usted: ¿por qué no podemos creernos?

—Allá va, y conste que prescindo de toda hipocresía y hasta de la misma prudencia. Us-

ted es todavía joven, y muy rico; vive entre señoras de la clase social á que pertenece y de perdidas de las que más caro se venden, aunque, dicho sea de paso, imagino que nada debe de salir tan caro como una señora; está usted acostumbrado á triunfar con frecuencia, viendo satisfecho su gusto y su vanidad; lo fácil de las victorias ha traído consigo el desprecio de las víctimas. Harto sabe usted que unas se le habrán entregado por culpa de sus maridos; es lo más vulgar; otras por quitar el amante á una amiga; muchas por salir de apuros ó gastar en grande; y pongamos algunas á quienes realmente les haya gustado usted.

—Mil gracias; siquiera con esas pocas, me deja usted á salvo el amor propio. Adelante.

—Eso que va dicho, es respecto de las señoras. En cuanto á las que por oficio se cotizan, á buen seguro que siempre habrá usted escogido las más bellas y las más costosas. En una palabra, está usted acostumbrado á deshojar las flores más finas del adulterio y á regalarse con los manjares más delicados del comercio amoroso. Y siendo todo esto tan verdad como que ahora es de noche, ¿pretende usted convencerme de que puede prendarse de

una mujer como yo, de una... digamos las cosas claras...

—No vaya usted á decir algún disparate.

—Bueno; de una pobre mujer que en la vida de perdición no pasa de ser una medianía; que se ha quedado á mitad de camino por su mala estrella, ó por falta de gracia. Un hombre como usted, ¿enamorado de mí? ¡Napoleón conquistando el valle de Andorra! Y esto basta para demostrar que yo no puedo creerle á usted.

No debió de hacerle mella mi razonamiento, porque, cogiéndome un brazo, me atrajo hacia sí, diciendo con calor:

—Adelante; con esas deliciosas tonterías, cuanto más habla usted, más me prende. Luego contestaré. Vamos á la segunda parte: ¿por qué no puedo yo creerla á usted?

—Eso es más difícil; requiere también gran sinceridad, y voy á tenerla; aunque á los ojos de usted pierda valor la mercancía que trata de adquirir.

—Vengan esas confidencias—dijo oprimiéndome suavemente el brazo que me tenía cogido.

Proseguí de este modo:

—Toda mujer caída asegura que no ha llegado á ser lo que es por su gusto, y todo hom-

bre á quien se lo dice la escucha, naturalmente, como quien oye llover. Esta es la primera razón para que usted no me crea, y, sin embargo, yo incurro en la misma vulgaridad; juro que fuí traicionada: entonces, procuré ganarme la vida prestando á una señora—¡bendita sea su memoria!—servicios, aunque decorosos, tan humildes que casi me equiparaban á la servidumbre de la casa: allí conocí á un muchacho que me solicitó con tenacidad; intenté lealmente hacerme querer, y me dejó con esa clase de olvido que es desprecio; una ofensa de su madre me arrojó por espíritu de venganza en brazos de otro hombre; éste me daba el dinero á manos llenas, fuí precavida, y por eso no estoy en la miseria; pero aseguro que no le acepté por codiciosa, sino por vengativa; era el amante de aquella que me ofendió: se lo quité para humillarla. Mientras estuve con él, me sobraron ocasiones de substituirle con otros que me ofrecían más, y no lo hice... También éste me dejó. Se conoce que les gusto á los hombres; pero amor, no lo he inspirado nunca.

—¡Ahora sí!—exclamó deteniéndose y mirándome fijamente.

—Estoy concluyendo. Ya lo ve usted; la historia es vulgar; lo mismo puede ser cierta que

haberla yo inventado para parecer víctima. De fijo habrá usted oído relatos semejantes, porque toda mujer que conserva resto de vergüenza afirma que no se ha maleado por propia inclinación interesada ó viciosa. ¿Y va usted á creerme por mi cara bonita? No me cabe en la cabeza que dé usted crédito á la verdad. Vengamos al final.

—El final es que ha encontrado usted un hombre distinto, de mejor gusto.

—Más listo, más hábil... seguramente. Se conoce que usted ha consagrado á esto la vida, y que con cada una emplea el procedimiento y el lenguaje que mejor puede impresionarla.

—Pura exageración; y sobre todo, usted me encanta de tal manera que no puedo pensar en táctica ni procedimiento. La creo á usted, y quiero que me crea... No sé más.

—Déjeme usted concluir, que ahora entra lo grave.

—Bueno—me interrumpió—; éstas son explicaciones que usted da para demostrar lo lista que es y enamorarme más; pero conste que yo lo creo todo con verdadera fe, que á la fe va unida la esperanza y que usted recompensará ambas virtudes.

—Lo grave es que viéndome libre y con

lo bastante para eso que se llama un modesto pasar, me he propuesto ser libre, y no entregarme por interés, aunque me ofrezcan un monte de oro. He comprado con muchas lágrimas esta libertad. No imagine usted que es fingimiento; no presumo de Thais convertida, ni pienso hacer penitencia; no seré santa, pero tampoco loca; y ya que me puedo detener en la mitad de la cuesta abajo... lo hago. Hasta hoy, á mis propios ojos halla disculpa mi pasado; en adelante, no la tendría. No sueño con esa redención ó rehabilitación que siempre me ha parecido cosa de poetas: lo que me propongo es ser libre. Antes me han escogido á mí; ahora, si llego á tener amante, que lo dudo mucho, escogeré yo; y no será para que me luzca como querida de lujo, sino para tener compañero en lo que me reste de vida.

—Precisamente, esa sensibilidad, ese modo de ser, es lo que en usted me enamora.

—Toda mujer... lo diré con cierta delicadeza, un poco... experimentada, tiene en el fondo del alma, para resarcirse de las tristezas de la vida, un no sé qué vagamente sentimental y soñador, un ansia, medio de corazón, medio de conciencia, con que trata de limpiarse y mejorarse moralmente; y á mí este sentimentalis-

mo me inspira horror insuperable á lo que he sido.

—Hablando en plata; que no aceptará usted homenaje sino de uno que le guste, por quien sienta usted inclinación.

—Y de quien pueda fiarme.

—Ahora sí que es difícil insistir, porque hay en ello algo de vanidad; y, sin embargo, insisto.

La noche estaba hermosísima, la playa desierta; yo iba saboreando el placer de sentirme, si no precisamente respetada, poco menos. Volvimos hacia el pueblo; y, rodeando mucho, me acompañó hasta mi casa por sitios solitarios y obscuros; en más de una ocasión pudo estrujarme y besarme; pero, excepto oprimirme el brazo, de cuando en cuando, no se tomó la más insignificante libertad.

Tuvimos muchas conversaciones análogas, mostrándose cada día más tenaz, dándose el caso de que, siendo quien era, galantease con todo miramiento á una mujer de mis antecedentes. Claro que no había de hablar de casarse conmigo; mas puedo afirmar que su modo de solicitarme no era el propio de quien procura satisfacer un capricho de días ó semanas: parecía uno de esos viajeros que, tras de haber peregrinado mucho, luego que llegan á un lugar

deleitoso se proponen permanecer en él. Y esta misma seriedad al expresarse, la ausencia de descaro y cinismo á que yo estaba acostumbrada, me lo hacían más sospechoso; no digo que temible, porque yo era dueña de mí.

Hasta entonces no había conseguido nada de lo que pidió. No acepté, desde que llegó, almuerzos ni comidas; no quise ir con él á diversiones ni espectáculos; ni menos á tomar el te que me ofreció darme en su casa: cuantas veces hablaba de su casa, desviaba yo la conversación, persuadida de que era para mí peligroso visitarla, y tal cuidado puse en ello, que ni siquiera le pregunté hacia qué parte del pueblo estaba situada.

Entretanto, volaban los días, el gasto se me hacía enojoso; en Biarritz había peste de mujeres hermosas, cualquiera de las cuales podía de pronto atraerlo; sobre todo, me iba entrando miedo de que se cansara. Determiné, pues, aprovechar la primera oportunidad para ir cediendo. Me la procuró él mismo.

Su mayor empeño era que me quedase algún tiempo en Biarritz y que me mudase á otra casa, en la cual estuviese sola, ó á un *hotel,* para poder visitarme con más libertad que en la *maison meublée* donde vivía, bajo la molesta

mirada de dos familias inglesas que allí se hospedaban. Por fin, una mañana, sentados en la playa, formuló su pretensión diciendo:

—Temo que el día menos pensado me anuncie usted que se marcha, ó lo haga sin decirlo... Si se echan encima las lluvias, y viene el aburrimiento, estoy perdido. Me atrevo á rogar á usted que pase aquí una buena temporada: luego,... juntos, donde convengamos. Pero, por de pronto, se impone la mudanza. Usted misma me ha dicho que sólo tiene dos ó tres habitaciones pequeñas...

—No necesito más.

—Y me ha contado también que, sólo porque he ido un par de veces á buscarla, las inglesas han puesto mala cara.

—Es verdad.

—Déjeme usted que le procure alojamiento donde esté cómodamente y yo pueda visitarla. Mi plan es el siguiente: busco casa; pasado mañana almorzamos juntos en un *restaurant* cualquiera; me autoriza usted para que su doncella y mi criado, que es listo, hagan la mudanza donde yo les diga...

—Y quedo en poder de usted, que es lo que queríamos demostrar, como dicen los matemáticos—repuse riendo.

Bromeando mucho, le dejé insistir largo rato, y al fin accedí, temerosa de que tal vez fuese aquella la última tentativa que hiciera para lograrme; porque, á decir verdad, harta paciencia tenía, pues entre unas cosas y otras llevábamos así muchos días.

Esto era un jueves: convinimos que el sábado, comenzando yo por pedir y pagar la cuenta, lo dejara todo recogido en mi casa antes de salir; vendría su criado para ponerse de acuerdo con Remedios; Sancho y yo nos reuniríamos en la playa; me llevaría á almorzar donde quisiésemos, y, después, á mi nuevo alojamiento. Algo me mortificaba la idea de aceptarlo sin haberlo escogido yo misma ni saber cómo fuese; sin embargo, pasé por ello, ya resuelta á comenzar la realización de mi plan. Además, aquello había de ser transitorio, porque, ó me apoderaba pronto del hombre, ó desistía de mi empeño. Y aquí debo declarar dos cosas: primera, que el siguiente episodio entra de lleno en la categoría de lo anormal y novelesco; cuanto me sucedió hasta entonces, apenas rebasaba la línea de lo vulgar, porque, si bien se mira, vulgarísimos fueron mis amantes; pero Ajalvir era más original; la segunda, que me pasé de lista; el exceso de malicia me hizo caer en el

lazo que me tendió. Supuse que, según el sitio á que me llevara, podría yo calcular, hasta cierto punto, sus propósitos. Si tomaba habitaciones en una fonda, por lujosa que fuera, esto significaría que, en triunfando de mí, tras un lapso de tiempo, fuesen días ó semanas, con pagar la cuenta y hacerme un buen regalo, podía dar término á la aventura; si alquilaba cuartos en una *maison meublée* más cara que la mía, el resultado sería el mismo; si, por el contrario, escogía casa para mí sola, por ejemplo, un *chalet* ó una *villa* pequeña de las que allí abundan, pero que sólo se arriendan á quien ha de permanecer en ellas una temporada, esto sería síntoma, y casi prueba, de que la cosa iba seria. De todos modos, hiciera lo que quisiese, me sobraba carácter para dar al traste con su plan, en cualquier momento, escapándome de entre sus manos.

Después de cuarenta y ocho horas de espera, durante las cuales, con pretexto de que andaba buscando donde alojarme, tuvo la picardía de escurrir el bulto por si me arrepentía, llegó la mañana de la cita. Á las diez había yo recogido todas mis cosas, y estaban los baúles cerrados como para emprender viaje. Trascurridos unos minutos, se me presentó su criado,

di orden á Remedios para que acompañada por él fuese con los bultos á esperarme en nuestro nuevo alojamiento, según lo acordado, y acudí á la playa. Me vió desde lejos, y se acercó rápidamente. Tan contento venía, que me sentí lisonjeada, pareciéndome su satisfacción clara señal de la importancia que daba al terreno que suponía ir ganando.

—Alegre viene usted. ¿Será verdad que haya usted tomado esto tan á pecho?

—Soy el entusiasmo personificado.

—¿Y la constancia, dónde me la deja usted?

—¡También la constancia! «El tiempo y yo, para otros dos», como decía Felipe II—repuso sonriendo, y añadió:—Y usted, ¡qué elegante y qué preciosa viene!

Conforme á mis ideas, y persuadida de que en materia de ropa era necedad alardear allí de lujo, me había puesto un traje de paño gris sin adornos, admirablemente cortado; sombrero de fieltro fino, también gris, con un gran lazo del color del vestido; medias de igual tono; zapatos bajos de charol con lacito negro, y guantes altos de un matiz cenizoso muy claro. No debía de ir mal, porque hasta las mujeres me miraban.

Almorzamos en un gabinetito reservado de

un *restaurant* de primer orden; y, á decir verdad, ni aun después de cerrar el mozo la puerta, dejándonos solos, se permitió Ajalvir la menor licencia. Estaba muy sereno y dueño de sí. Yo, en cambio, algo desconcertada; antojándoseme que aquel era el comienzo de una especie de desafío entre la doblez del hombre acostumbrado á triunfar y la malicia de la mujer que se proponía ser para él lo que la llama para el leño.

Mientras almorzábamos, le hice algunas preguntas relativas á la nueva casa, y eludió las respuestas elogiando mi traje ó mi persona. Al salir del *restaurant,* esperaba en la puerta un coche. Montamos, arrancó, y á los pocos minutos, por la dirección que tomaba, no pude menos de sentir cierta sorpresa. En un abrir y cerrar de ojos, habíamos dejado á la espalda la parte de Biarritz donde estaban los tres ó cuatro *hoteles* lujosos que en aquella época existían, y tirando á la izquierda, por el camino que domina la playa, nos alejamos también del caserío, entonces menos extendido que ahora: no pude calcular adónde me llevaba. ¿Qué género de albergue me tendría buscado si hacia donde íbamos no había grandes fondas ni casas buenas? Al llegar poco más allá del arranque

de la carretera de Bayona, el carruaje torció, segunda vez, hacia la izquierda, y siguió el camino del faro. Yo no salía de mi asombro. «Indudablemente—me dije—ha alquilado una *villa*.»—No pude menos de preguntarle:

—¿Me lleva usted muy lejos?

—Muy cerquita.

Cruzamos un pinar donde luego se han alzado muchos hotelitos, más ó menos ricos; de pronto, el coche traspuso la puerta de una verja, y penetrando en un jardín pequeño, muy bien cuidado, se detuvo ante una casa tampoco grande, pero preciosa y de reciente construcción, en cuyo ingreso esperaban tres criados, uno de ellos el que yo conocía, y Remedios.

Al apearnos, Ajalvir me dió el brazo; atravesamos un vestíbulo, y dejando á derecha é izquierda dos habitaciones, que al paso comprendí eran un comedor y un saloncito, subimos una escalera adornada de preciosas plantas. Llegados al piso principal, entramos en otra habitación espaciosa con muebles de caoba al estilo inglés y alfombra en que dominaba el fondo blanco. Era un magnífico dormitorio, á uno de cuyos extremos se veía una gran cama: ocupaba el centro una mesa sobre la cual se erguía un jarrón de cristal de Bohemia lleno de

rosas color de fuego. Las paredes, pintadas de un tono amarillo casi blanco, ostentaban algunos excelentes grabados encerrados en marcos de buen gusto; bajo un ventanal desde donde se descubría la inmensidad del mar, había colocada una mesita con libros y periódicos, y junto á ella, invitando al reposo ó á la charla del amor, un ancho diván cubierto con una soberbia piel blanca de pelo corto, y varios almohadones de seda. Finalmente, en el lienzo de pared opuesto á la cama alzábase un enorme espejo, que llegaba desde el suelo hasta cerca del techo, reproduciendo y como duplicando todo el ámbito de la estancia. Cuanto mis ojos veían, era por igual rico, sencillo y elegante.

Sin soltar mi brazo ni dejar que me detuviera, Ajalvir empujó una puerta diciendo:

—El cuarto del baño.

Miré hacia dentro y vi que estaba puesto con toda clase de comodidades. En seguida me llevó á un pasillo, abrió otra puerta, y, señalando una habitación llena de armarios, añadió:

—Aquí, los vestidos.

La sorpresa me sellaba los labios. Como la servidumbre quedó abajo, estábamos solos. Guiándome por donde quiso, me enseñó otras habitaciones á cual mejor dispuestas. Por fin,

volvimos al dormitorio, y allí, aproximando una butaca, dijo:

—Estas son sus habitaciones de usted. El salón y el comedor están abajo. Faltarán muchas cosas; usted irá pidiendo lo que necesite...

—Pero, ¿qué es esto?, ¿dónde estamos?—pregunté, ya sin poder contenerme.

Entonces él, colocándose ante mí en actitud humilde, repuso:

—¿Dónde hemos de estar? En mi casa; mejor dicho, de usted. Biarritz está lleno, no hay donde meterse: ¿iba yo á llevarla á usted á un hotel de tercera clase ó una *pensión* de mala muerte?

Me levanté de la butaca como despedida del asiento.

—¿Su casa de usted? ¿Y ha tenido usted valor de engañarme así?

Tomándome de la mano con la mayor finura, me obligó á sentarme:

—Aquí es usted independiente; cierra esas puertas ó las abre cuando quiere. Este es mi dormitorio, que le cedo á usted, porque los otros cuartos son pequeños... Yo, mientras usted no disponga otra cosa, viviré en el piso de arriba.

—¿Y cómo he de aceptar semejante cosa?

—Pues no tiene usted más que dos caminos:

dar parte al alcalde para que me prendan por secuestrador...

—¡Qué osadía!

—Ó resignarse á ser tratada con toda clase de consideraciones.

Sobreponiéndome á la ira que su atrevimiento me causaba, procuré apreciar rápidamente la situación. Quedarme, aun aceptando aquello de las habitaciones separadas, implicaba ser suya en plazo brevísimo; irme, era renunciar á mi plan. Mas, ¿por qué había de renunciar? Lo mismo que acababa de hacer, la manera de llevarme á su propia casa, ¿no me ponía bien claro de manifiesto que era el tipo del hombre capaz de todo por conseguir á una mujer? ¿Dónde hallar otro que mejor representase el genio avieso y el alma torcida de los que me perdieron? Permanecí callada unos instantes, sin acertar á resolverme. No podía él adivinar mis pensamientos; pero conociendo mi perplejidad, supo aprovecharla. Lentamente fué acercándose á mí; con gran delicadeza me sacó las agujas del sombrero, me lo quitó, dejándolo con ellas sobre la mesa, y tomándome ambas manos é imprimiendo á su voz cierta dulzura, no exenta de gracia, dijo:

—¿No es usted libre? ¿Le inspiro á usted re-

pulsión? ¿Será usted capaz de marcharse? ¿Va usted á desconfiar de mí por el daño que otros le hayan hecho?

—Me tiene usted absorta de puro indignada.

—Y á mí me tiene usted encantado. ¿No hablaba usted de la comedia del amor? Para mí, esto no es comedia... Me causa usted una emoción grandísima. Pero, en cuanto á usted, yo le suplico que por de pronto acepte su papel en esa comedia; acéptelo usted; yo haré los imposibles porque llegue usted á empaparse de él y á sentirlo.

Poco á poco, me iba quitando los guantes, acariciándome tan suavemente las manos, que sus dedos, aunque me tocaban, no me ofendían. La emoción de que hablaba, acaso fuese sincera; yo, sin embargo, en la mezcla de audacia y sumisión formada por sus actos y sus palabras, sólo vi fría perversidad, costumbre de seducir. Era un profesional de la mentira y me consideré con derecho al engaño.

Le miré con fingida tristeza, diciendo:

—¿Qué obstinación es ésta? Yo para usted no significo nada, y para mí esto va á ser luego un desengaño: no quiero exponerme á sufrirlo.

—Estoy resuelto á que usted me crea. Repi-

to que, mientras usted no disponga otra cosa, viviré arriba.

—Eso es absurdo; parece increíble que, habiendo discurrido con tal astucia el modo de traerme aquí, haya usted pensado semejante cosa. ¿Va usted á ponerse en ridículo hasta con sus criados?

—Mayor será el ridículo á mis propios ojos, si usted ahora se marcha.

Entonces, dando á mis palabras ese acento resignado que caracteriza las resoluciones adoptadas sin entusiasmo, le miré fijamente, diciéndole:

—Me quedo... imponiendo condiciones.

—¡Aceptadas!

—Representaremos la comedia del amor... á gusto mío. De usted soy, pero aquí, solos, aislados, sin lujo, sin galas; no gastará usted conmigo más que lo que yo disponga, lo que yo pida. ¿No quiere usted la ilusión del amor? Pues completa. Yo rechazo todo lo que un hombre tan rico como usted puede dar á la mujer que escoge para envanecerse con lo que gasta; usted renuncia á exhibirme y lucirme; no voy á ser la querida costeada por vanagloria, sino la amante á quien se consagra una parte de la existencia: mis aficiones, mis gus-

tos, son modestos; no los violentará usted... ¡en nada!

Como si lo que iba escuchando le causase gratísimo efecto, varió la expresión de su rostro, los ojos se le llenaron de alegría, y rodeándome con un brazo la cintura, me dijo:

—¿Pero usted ha adivinado que todo eso para mí es completamente nuevo, y que la vida con una mujer así sería lo ideal?

—Pues así soy.

—Hasta ahora—repuso—usted ha sido engañada, porque no la han querido; y yo me he engañado, porque no he sabido querer: de dos vidas malogradas por la mentira, vamos á hacer una sola, en que la dicha sea verdad.

Mi emoción, aunque de diversa índole, también era grande. ¿Hablaría lealmente? ¿Sentiría algo más que deseo? Callamos unos minutos: yo, porque no acertaba con el modo de sondearle para calcular su sinceridad; él, poseído de extraña timidez, como si toda la osadía desplegada para llevarme á su casa, al verme en ella, se le trocara en cortedad y apocamiento. Cohibidos ambos por lo insólito de la situación, el hombre debía de pensar que, en sus propios dominios, el menor atrevimiento de manos, resultaría grosero; la mujer, aun después de ac-

ceder á lo principal, no quería mostrarse desapudorada. Por fin, rompiendo el enojoso silencio, me preguntó:

—¿Querrá usted hoy comer aquí, ó vamos á un *restaurant?*

—Aquí, aquí; ahora vemos el jardín ó damos un paseo. Entre tanto, que suban mis baúles y que la doncella vaya sacando algunas cosas.

—Que lo saque todo—interrumpió Ajalvir—, todo; hay bastantes armarios y así no se le estropeará á usted nada: los baúles se guardan; en mucho tiempo no harán falta...

—¡Quién sabe!—repuse—; quizá sea usted quien los mande traer de donde ahora se lleven.

—Parece que lo dice usted con tristeza, y sin embargo, es ofensivo. Seguramente los pediremos el día menos pensado; pero no será para irse usted sola.

Dimos un largo paseo por los alrededores del faro, y siguiendo la costa en dirección á la desembocadura del río. Desde lo alto de los acantilados que dominan la playa vimos perderse en la distancia un vapor que pasó dejando tras sí en el aire largos jirones de humo. Después contemplamos la puesta del sol. La colosal esfera de fuego se fué hundiendo en las aguas,

haciéndolas rielar tan intensamente, que desde nuestros ojos hasta el astro divino parecía quedar trazada por en medio del mar una ancha senda de agitadas llamas. Á la parte de tierra, el cielo se obscurecía por momentos, y brillaban las primeras estrellas. Íbamos respirando con delicia el aire marino que ensancha los pulmones y deja en los labios gusto salobre. Estábamos completamente solos.

Ajalvir no dejaba de hablar ponderando la impresión que le produje al verme por vez primera en el balneario; yo respondía con bromas entre agradecida é incrédula, y á largos ratos callaba pensativa, apurada por lo difícil que iba á ser mi situación dentro de pocas horas; pues si él se permitía alguna libertad, como era lógico que sucediese habiéndome quedado en su casa, ¿hasta dónde y en qué medida debía yo consentirla ó rechazarla?

En mis pasados amoríos pequé de puro débil, dejándome vencer del desfallecimiento y la sorpresa, ó cegada por la ira, pero nunca procuré entusiasmar á un hombre; y ahora éste, después de haberme traído donde quiso de aquel extraño modo, ¿llevaría su astucia hasta permanecer ó fingirse tan respetuoso y prudente que hubiese yo de alentarle? ¿Ó sería

capaz de pretender que yo le atrajese con impudente descoco?

Afortunadamente, antes de terminar el paseo, y gracias á la soledad en que nos hallábamos, se demostró lo infundado de mi temor. Si yo deseaba ceder envolviéndome en la poesía que prestan la honestidad y el decoro, él también—más tarde me lo confesó—iba discurriendo modo de facilitarlo, y aprovechó la primera oportunidad. Levantóse de pronto un airecillo tan vivo, que me descompuso el largo velo del sombrero: me lo quité para prendérmelo mejor, pero no pude, porque el viento, sin cesar, lo agitaba y revolvía. Nos detuvimos; me lo adapté á la cara, y teniendo las puntas cogidas y cruzadas por detrás, le dije:

—Átemelas usted de cualquier modo.

Las tomó, incliné hacia adelante la cabeza, y en vez de sentir el ligero apretón de la lazada que pedía, lo que sentí fué un beso recibido en la nuca, entre aquellos rizos que se llaman los tolanos, los cuales, dicho sea al correr de la pluma, tenía yo semejantes á preciosas y finísimas hebrillas de oro; pero no un beso brusco y rápido, sino lento y reposado: el beso propio de quien pacíficamente toma posesión de la beldad deseada.

Basta recordar cuanto precede para comprender que mi enojo hubiera sido ridículo; además, él no pudo menos de notar que, entre sorprendida y emocionada, toda me estremecí. El hielo estaba roto. En seguida ató el velo, y poniéndose ante mí, me miró preguntando con cierta candidez:

—No se enfada usted, ¿verdad?

—¿Qué derecho tendría?—pregunté fingiendo una contrariedad que no experimentaba.

Tuvimos que apretar el paso, porque el viento traía olor á tierra mojada y el cielo se iba cubriendo de nubarrones de tormenta: llegados á casa, me dejó subir sola al que iba á ser mi cuarto, diciendo:

—Usted bajará al comedor cuando quiera.—Y encarándose con un criado, añadió:—Que avisen á la doncella de la señora.

Remedios había ya sacado casi toda mi ropa y guardádola en los armarios; en el tocador inmediato al baño aparecían puestos en orden los objetos y utensilios de mi estuche de aseo, y sobre la cama estaba mi camisón de dormir adornado de cintitas azul celeste.

Lo primero que se me ocurrió fué ponerme un traje, si no precisamente vistoso, que me favoreciese mucho; pero renunciando á cuanto

pareciera coquetería premeditada, no hice más que lavarme cara y manos, dar cuatro toques al pelo, dejándolo como á mí me gusta, ahuecado y suelto, y mudarme de calzado, poniéndome, en vez de las botas que aborrezco para dentro de casa, unos zapatos bonitos.

Mientras hacía estas operaciones, Remedios, que era muy lista y solía permitirse esa libertad de lenguaje propia de las criadas madrileñas, me decía:

—Señorita, ¡qué casa tan preciosa! Aunque aquí todo es de verano, vamos, como preparado para temporadas cortas, se conoce que el Marqués vive á lo grande.

—¿Qué has visto?

—Un gusto tan fino, que parece que usted lo ha escogido todo. Si ésta es así, ¿qué será la casa de París? El señor Blancas tendría dinero, pero se me figura á mí que éste tiene más, y sobre todo tiene eso que usted dice que no se compra ni se imita con nada: verdadero señorío.

—Supongo que serás discreta y prudente—dije clavando en ella la mirada no hables—; con nadie, ni dejes que te hablen de modo que vaya yo á parecer interesada.

—Digo lo que observo, y nada más. Le ten-

go yo á la señorita más ley de lo que ella se figura.

Bajé al comedor, modelo de comodidad y elegancia, el cual recibía luz, como mi dormitorio, de una ventana enorme que daba al mar. Ajalvir me esperaba asomado á ella, mirando al cielo.

—Parece—dijo al sentirme cerca de sí—que la tempestad va á ser buena.

—Lo sentiré; me inspiran terror.

No se equivocaba; en aquel instante brilló el primer relámpago, y resonó á lo lejos un espantoso trueno. Mandó cerrar, y nos sentamos uno enfrente de otro, pero bastante cerca, porque la mesa no era grande.

Comimos admirablemente: lo exquisito de los manjares y el modo de servirlos justificaban la opinión de Remedios. Ajalvir se trataba con todos los refinamientos que procura el raro maridaje de la riqueza y el buen gusto. Largo rato estuvimos de sobremesa. Su conversación era agradabilísima, á pesar de lo cual, para mí resultaba un poco enojosa en algunos momentos, porque no hallando en la manera de expresar sus ideas y sus sentimientos nada que me le hiciese antipático, me faltaba pasto con que nutrir la prevención que le tenía.

Mientras anduvieron en torno los criados, no tuvo palabra, gesto ni ademán que denotase libertad demasiada; luego de retirarse aquéllos, viéndome inquieta porque los truenos menudeaban y el fulgor de los relámpagos, penetrando por el ancho ventanal, parecía prender fuego al comedor, se levantó de su silla, vino hacia mí, é hizo que yo también me levantara. En seguida, sin la menor rudeza, como recién casado que aprovecha el momento de la esperada soledad, con un brazo me abarcó el talle, con la otra mano cogió una de las mías, y tuteándome por primera vez, tan dulcemente que la osadía quedaba desvanecida por la ternura, me dijo:

—No te asustes. Aquí parece que se meten dentro los relámpagos, porque la ventana sólo tiene persiana; arriba todo cierra perfectamente, y nada se nota; ven, ven conmigo.

No me hacen gracia las tormentas, pero tampoco me meten el corazón en un puño; en mi pavor había algo de recurso encaminado á no quedarme sola, juzgando para mí más airoso dejarle permanecer á mi lado con todas sus consecuencias, que pasar después por la vergüenza de abrirle la puerta del dormitorio. Mi pudor, como los gladiadores vencidos, no pen-

saba en salvarse, sino en caer con gracia y gallardía. Matices y delicadezas son estos que añaden encanto á la mujer, sea cual fuere su condición, poniendo perfume de honestidad hasta donde al parecer no puede haberlo. Cuando nos dirigíamos al arranque de la escalera, un criado intentó precedernos y encender las luces.

—No haces falta—le dijo su amo deseoso de alejarlo.

Ya arriba, recorrimos varias habitaciones, donde él y yo, solos, cerramos las ventanas. Claramente comprendí que aquello era un pretexto para venir conmigo hasta el dormitorio. Dentro de éste, se dirigió al ventanal, cerró, no sin algún trabajo, la gran vidriera, por bajo de la cual estaba el diván cubierto de la piel blanca, y comenzó á correr una larga cortina que servía para tapar el hueco por completo; mas enredándose los cordones de que tiraba con poca maña, se le entorpecieron, y tuvo que subirse en el diván para arreglarlos. De pronto, estando á la mitad de la operación, el cielo se incendió con un relámpago mucho más vivo que los anteriores; su intenso fulgor, inundando de claridad el cuarto, nos dejó deslumbrados, y el trueno retumbó próximo y formidable,

cual si la chispa eléctrica hubiese estallado encima de nuestras cabezas. Entonces, yo, lanzando un grito lo más agudo que pude, me tapé el rostro con ambas manos, y, como quien se desploma de terror, me dejé caer sobre el diván. No creo que mujer alguna haya caído con tanta oportunidad, y aún me parece que debí de quedar en honesta y graciosa postura.

Acabó apresuradamente de correr la cortina, y en seguida, colocándose junto á mí, primero con halagadoras palabras, después cogiéndome en brazos para que me levantase, procuró tranquilizarme. Sus labios, nombrándome amorosamente, casi rozaban mis oídos, y sus manos palpaban mi cuerpo, cerciorándose de que al caer no me hice daño. Por cierto que en esta especie de investigación por el tacto parecía poner más delicadeza que codicia.

Todo mi deseo era que la tormenta, rompiendo con ímpetu todavía más espantoso que hasta allí, justificara mi susto, obligándole á prodigarme cuidados; pero los relámpagos y truenos fueron siendo menos frecuentes. Al mismo tiempo, él, cual si comprendiera que cesaba lo que causando mi turbación favorecía su intento, iba haciendo más expresiva la presión con que me sujetaba: ya era casi pasado el fragor

de la tempestad, y aún me tenía tan dulcemente oprimida, que sólo aquel largo y consentido abrazo era una toma de posesión. Lo extraño y sorprendente del caso estuvo en que, con ser tan gran conquistador y presentando la tierra conquistada tan débil resistencia, ni él pensaba en recurrir á la fuerza ni era vergonzoso mi rendimiento: parecía que poníamos empeño en poetizar aquella primera escena de la comedia del amor. Casi no hablamos; sólo dos ó tres veces, tímidamente, dije:

—Es muy tarde, Marqués; mire usted que puede subir la doncella á despeinarme.

Y respondía:

—Llámame por mi nombre; llámame Sancho. Tu doncella soy yo.

Por fin, sus manos se desprendieron de mi cuerpo, mas no para dejarlo en libertad. De pronto, sentí posarse sus dedos sobre mi cabeza: estaba quitándome las horquillas. Al coger una de las de concha, me la enseñó preguntando:

—¿Es la que se te cayó en el campo?

—La misma.

Y la besó. En el momento de sacarla se deshizo el moño, y toda mi seda rubia cayó revuelta en ondas sobre mis hombros. Entonces,

echando hacia atrás los rizos, me cogió la cara entre ambas manos y me besó en los ojos...

No me atrevo á seguir: los mismos que se hubiesen aprovechado de mi flaqueza me llamarían impúdica. Pero protesto de este tributo que nos impone la hipocresía, porque da grima ver consentido y buscado el relato de los crímenes más horrendos ó repugnantes, y vituperada la narración de las escenas de amor; las cuales, cuando limpia y artísticamente se describen, parece que traen á la memoria aquella misma deleitosa dulzura que tienen en la realidad. Esperemos que en lo porvenir la humanidad, más civilizada, no se avergonzará de lo que siendo su mayor ventura es también, y acaso por voluntad divina, el origen mismo de la vida.

. . . . . .

Recuerdo haber leído que en cierta región del Oriente antiguo hubo un templo consagrado al Sol, á cuyo gran sacerdote eran llevadas en ofrenda las jóvenes más bellas de cien leguas á la redonda; pero, conforme á los ritos de esta especie de hierogamia ó matrimonio sagrado, no eran admitidas á tan honroso empleo en estado de virginidad é ignorancia, sino previamente iniciadas en los misterios del culto

por otros hierofantes subalternos, los cuales escogían entre ellas, para esposas del gran pontífice, sólo las de beldad peregrina y vocación perfecta. Pues una de estas sacerdotisas debí yo de parecer á Sancho, porque desde entonces su agrado y ternura fueron mayores cada día; nunca he visto á nadie tan alegre y satisfecho de sí. En él se desmentía aquella horrenda abominación atribuída á San Agustín, según la cual el hombre se entristece con su propio deleite. Yo estoy segura de que le evité esa tristeza, hechizándole más y mejor después, que antes de poseída. Presto me convencí de que el conquistador empedernido, el mujeriego causador de desdichas, el ente de razón creado por mi rencorosa fantasía hasta fingírmelo como cifra y prototipo de cuantos me hicieron sufrir, estaba entre mis garras.

El alma se me inundó de la más cruel alegría. Mas para decirlo todo, debo añadir que la mañana siguiente á nuestra primera noche de amor, al recorrer la casa y el jardín acompañada y mimada por Sancho, que todo me lo iba mostrando cual si quisiera que me acostumbrase á considerarlo como mío, experimenté una emoción extrañísima, completamente nueva; porque interrumpiéndose aquella obce-

cada malquerencia en que me empeñé, tuve el presentimiento, algo así como la visión clara y rápida, de la vida en común; vida honrada y serena, dichosa y plácida; esa que, indudablemente, gozan los que amándose mucho se bastan á sí solos y saben apartarse del mundo... ¿Fué cobardía instintiva para el mal? ¿Horror al delito apenas concebido? ¿Nostalgia de la moral perdida?

De todo ello tuvo aquel desasosiego de mi espíritu, pero fué cosa más entrevista que sentida; impresión fugaz que estremeció mi conciencia como una libélula de alas brillantes é irisadas que roza la superficie de las aguas al pasar volando sobre un lago.

XV

Transcurrieron algunas semanas, mostrándose Sancho cada día más apasionado: sin duda era yo mujer muy diferente y mejor que mis predecesoras. La oposición á que gastase demasiado, mis gustos modestos, la resistencia á frecuentar espectáculos y sitios de diversión, hasta mi sencilla manera de vestir, le sorprendían mucho.

Estábamos una noche en su cuarto, yo entretenida con un periódico de modas, él acabando de escribir á un amigo de París: al terminar, vino á colocarse detrás de mí, y echando una ojeada á los figurines, dijo entre burlas y veras:

—Tanto mirar, y no compras un mal sombrero; desde que estás conmigo no te has hecho un traje.

—Tengo de todo.

—Estoy asombrado; no quieres, no pides nada: pasas por los escaparates de las modistas sin pararte.

—Eso te probará que yo no había nacido para cierto género de vida.

—Eres la mujer más hermosa que hay aquí, y... hasta me haces ahorrar.

—Quisieras que tirásemos el dinero.

—¿Por qué no has de lucir como todas?

—¿Me tienes porque te gusto, ó para que guste á los demás?

—¿No te agrada componerte?

—¿Para qué nos vestimos y adornamos las mujeres?

—Para dar envidia á las otras y pescar á los hombres.

—Exacto; pues yo no deseo que me envidien, y pescar... ya te tengo á ti. Además—añadí bromeando—, ¿sabes lo que decía un fraile de tiempo de Maricastaña?

—¿Qué dijo?

—Escribió un libro demostrando que unas se componen para pecar y otras pecan porque se componen, y así vamos todos al infierno.

—Esas son majaderías. El caso es que te me has entregado, sabes el placer que yo tendría en satisfacer tus caprichos, y no me has deja-

do regalarte ni un par de brillantes para las orejas.

—Ni pensarlo. Me parecería que en vez de ser dueño mío, por mi gusto, me habías comprado, y ¡adiós ilusión! ¿No estamos representando la comedia del amor? Pues las cosas, hacerlas bien, ó no hacerlas. El día que te canses de mí, cuando dispongas que me vaya, arreglaremos cuentas, para satisfacción de tu amor propio.

—Pues á mí me agradaría llevarte hecha una reina.

—No seas vanidoso.

—¿Es vanidad el deseo legítimo de engalanar á la mujer amada conforme á lo que uno tiene?

Su modo de discurrir debía lisonjearme; pero yo, cegada por aquel estúpido afán de encontrarle defectos, me empeñaba en atribuir á deseo de ostentación lo que era en él costumbre de gastar, y hasta prueba de afecto.

—¿Lo entiendes?—continuó—. Tengo empeño en que me complazcas, como yo te complaceré en otras cosas.

—Entonces, ¿esto no es comedia y me quieres de veras?—le pregunté entre irónica y cariñosa.

La respuesta fué echarme hacia atrás con butaca y todo, juntar su cara con la mía, y, teniéndome inmovilizada, darme una docena de besos, exclamando impaciente:

—¡Las diez y tres cuartos! En el campo una hora descompasada. Vamos á tu cuarto.

Casi todos nuestros diálogos concluían lo mismo.

Así llegamos hasta últimos del otoño, creciendo el enamoramiento, con la diferencia de que en Sancho era por entonces verdadero y en mí fingido; dejándonos avasallar, él, por la especie de fiebre que le causaba mi hermosura, yo, por el negro propósito que se me había entrado al alma. Cuantas veces he pensado posteriormente en su ceguedad y en mi perfidia, me he persuadido de que ambos sufrimos una racha de locura: la suya, digna de piedad, acaso de envidia; la mía, incapaz de perdón. Á cada uno lo suyo; igual imparcialidad tendré cuando se vuelvan las tornas. Harto sé que, confesando ahora mi proceder alevoso, me hago aborrecible; mas nadie será conmigo tan severo como yo misma. En referir la culpa está parte de la expiación; pero el relato habrá de ser muy rápido, porque si la pintura del amor compartido, por desordenado que sea, es siem-

pre deleitosa, la del amor convertido en instrumento de odio sería monstruosidad intolerable.

No era posible que situación tan falsa durase mucho: me veía expuesta á que Sancho se cansara del aislamiento en que vivíamos; además, no dando crédito al cariño que, según él, me había tomado, recelaba yo que mi exceso de complacencia y aquel fervor amatorio de que hice arma poderosa, en vez de mantener vivo su deseo, le fatigaran y hastiasen; á lo que debe añadirse que como yo no admitía que en su modo de codiciarme se diferenciara de mis antecesores en la posesión de mis encantos, y, según le veía de apasionado, aún me parecía más sensual que ellos, se me recrudeció el propósito de hacerle pagar las culpas de todos con las suyas propias. Y lo raro del caso era que al mismo tiempo, en medio de esta obstinación, experimentaba, sin poder dominarlos, impulsos opuestos; como si mi verdadera índole repugnara aquel falso papel de mujer novelescamente malvada que me impuse. Pero esto, tan fácil de explicar ahora, no lo vi entonces con claridad ni de pronto, sino confuso y poco á poco, necesitando multitud de ocasiones para darme cuenta de que ni Sancho era un prodi-

gio de iniquidad, ni mi odio estaba justificado. Podría describir muchas escenas que debieron contribuir á quitarme la venda de los ojos; no lo hago, porque en algunas mi figura resultaría repulsiva. Fuí la mala hembra que se complace en entusiasmar á su enamorado sabiendo que con cada beso le hace una herida, y que con cada acto de pasión da un azadonazo para abrirle la sepultura. Dominando el horror que se apodera de mí, recordaré uno solo de estos episodios, el que más me impresionó.

Llevábamos dos meses de vivir juntos: él estaba muy delicado; yo, aparentando no creer en su malestar, le llamaba flojo y aprensivo. Tras una semana de forzoso encierro por la continua lluvia, vino un día hermoso, aunque algo frío: á pesar de ello, Sancho pidió coche abierto para dar nuestro paseo favorito, el cual consistía en seguir la carretera de Bayona, torcer hacia la izquierda por otro camino solitario atravesando un bosque de pinos, llegar hasta cerca de la desembocadura del río, y volver á casa por la parte alta de la costa, donde parábamos un rato á contemplar la puesta del sol. Exceptuado el pequeño trozo del camino de Bayona, estos lugares en aquella estación eran demasiado frescos; desde que se daba la vuel-

ta, precisamente á la caída de la tarde, las praderas estaban húmedas, y sobre los acantilados de la costa hacía mucho viento.

Como de costumbre, cuando bajamos al jardín para tomar el carruaje, Remedios y el criado habían puesto el abrigo mío y el de Sancho sobre un arcón antiguo que á modo de banco teníamos en el vestíbulo. Yo al ver ambas prendas, de repente, con esa celeridad propia de las malas tentaciones, por un refinamiento de perversidad que hoy me inspira horror de mí misma, concebí y cometí el acto más estúpidamente cruel que cabe en cerebro humano. Sin que nadie lo viera, empujé el abrigo de Sancho, dejándolo caer entre el arcón y la pared, cogí el mío, que era una capa de paño gris, y, como si llevara los dos, lo coloqué dentro del coche.

Partimos; y de allí á poco comenzó á soplar un aire molestísimo y más que fresco; diríase que el tiempo se hacía cómplice de mi maldad. Sancho, sintiendo un ligero temblor, alargó el brazo á la capota, donde solíamos dejar los abrigos, notó la falta del suyo, é incorporándose para mirar, dijo poniéndose de mal humor:

—¡No está! Se les ha olvidado.

—¿Qué buscas?

—Mi gabán; me voy á helar.

—No es para tanto; no hace frío.

—Pues yo lo tengo.

—Si quieres, volvemos desde aquí—dije tímidamente.

—Eso no; pero tú no vayas así.

Y cogiendo mi larga capa de paño me la echó sobre los hombros. Por mero cumplido le pregunté:

—¿Por qué no te la pones tú, si nadie nos ve?

—¡Estaría bonito!

Seguimos: á los diez minutos, un nuevo estremecimiento le sacudió de pies á cabeza; al salir del pinar estaba como aterido; en la proximidad del río tuvo que anudarse al cuello un pañuelo de seda. Extremé, sin embargo, la crueldad hasta consentir que nos detuviéramos en lo alto de la costa para ver hundirse el sol en el mar, mientras las nubes grises y violáceas pasaban ante su disco rojo desgarradas por el viento en largos y estrechos jirones. Sancho iba callado, juntas y encogidas las piernas, apretando contra el cuerpo los brazos; se le demudó el semblante; casi tiritaba; yo, haciéndome la distraída, fingía no darme cuen-

ta de ello. De pronto, sin poder dominarse, dijo enérgicamente al cochero:

—¡Arrea, vivo!, ¡á casa!—Y volviéndose hacia mí, añadió con voz suave:—Chiquita, me pongo malo.

Le miré, haciéndome de nuevas: tenía el rostro amoratado y le temblaban los labios; debía de experimentar en todo el cuerpo una sensación que le asustara mucho, porque buscando instintivamente amparo, se acurrucó contra mí, repitiendo:

—¡Á casa!, ¡á casa!

No pude dominar la impresión que sentí: obrando movida por un impulso ajeno y superior á mi voluntad, me incorporé, me quité la capa, y venciendo su resistencia se la puse, cruzándosela por delante hasta envolverle en ella; quiso evitarlo, pero le apretujé bien el paño contra el cuerpo, y arrimándome á él cuanto pude, traté de comunicarle mi calor. Entonces él, buscando por bajo de los pliegues una de mis manos, la cogió entre las suyas, cuyo frío percibí al través de los guantes, y llevándosela á los labios, la besó diciendo:

—¡Qué buena eres!

En aquel momento, quien se estremeció de horror y de vergüenza fuí yo.

Llegados á casa, procuré que se acostara; no quiso, y nos quedamos en el gabinete contiguo al dormitorio. Mandé echar en la chimenea «un mediano monte de leña», como dicen en el *Quijote,* senté á Sancho en una gran butaca al amor de la lumbre, y yo misma le hice una taza de te con bastante ron, gracias á lo cual reaccionó, borrándosele por completo la impresión sufrida. Al cabo de un rato bromeaba alegremente, y de la mala tarde no le quedaba más recuerdo que el haberme yo quitado la capa para abrigarle. Lo que fué arranque de involuntario remordimiento, tomó él por rasgo de ternura. Comimos en aquel mismo gabinete, y más temprano que de costumbre nos retiramos al dormitorio.

Sin duda por la precipitación con que horas antes nos acudieron los criados, viendo á su señor volver indispuesto de paseo, la doncella se dejó olvidada mi capa sobre un sillón junto á la cama: la vió Sancho al entrar allí conmigo, y como si mirándola se le avivase la gratitud á mi supuesta bondad, en tanto que yo me arreglaba el pelo y hacía los preparativos para acostarme, comenzó á decirme frases de cariño acompañadas de dulces caricias. Por vez primera, aunque muy afablemente, traté de

evitarlas; mas no se resignaba él á verme esquiva, ni el afán que puso en sus halagos era fácil de distraer.

Tenía costumbre todas las noches, á igual hora, de contemplarme, prodigándome entre burlas y veras las más exageradas alabanzas, mientras yo me iba desnudando prenda por prenda y dejándolas encima de las sillas ó tiradas sobre el diván. En esta ocasión, los elogios fueron mayores: si en vez de ser una simple mortal la que se despojaba de sus vulgares ropas y adornos hubiera sido la misma Venus enjugándose con la cabellera el agua dejada por las olas en su perfectísimo cuerpo, no habría escuchado comentarios de admiración tan extremosa.

Todo el frío que pasó parecía habérsele transformado, mediante una evolución misteriosa, en cálido entusiasmo. De allí á poco, el dormitorio quedaba á obscuras, y yo me sentía doblemente arrullada, desde lejos, por el bramido poderoso del mar, y de cerca, muy de cerca, por las palabras de mi amante.

. . . . . .

Quisiera saber expresar con rigurosa fidelidad lo que ahora tengo que referir.

Un ruido extraño me despertó al amanecer.

Al abrir los ojos, noté que en el cuarto del baño había luz, y á favor de la escasa claridad que de allí venía advertí con sorpresa, primero, que estaba sola en la cama, y en seguida que la sábana en la parte del embozo y también la almohada tenían manchas negruzcas. Me levanté apresuradamente en camisa, y, sin ponerme más que los zapatos, fuí corriendo.

En pie, inclinado ante el lavabo, apoyadas las manos en el mármol y con sólo el pantalón puesto, vi á Sancho acometido de un vómito de sangre: aunque sin arcadas ni bascas, escupía mucho, y tenía las sienes y la frente cubiertas de sudor. Jamás he podido olvidar la angustia pintada en su rostro y aquel brillo de púrpura que esmaltaba la blanca concavidad de la jofaina. Me vió, y procurando sonreir, dijo:

—No te alarmes; que no venga nadie; la sangre siempre asusta.—Y al observar mi casi completa desnudez, mostrando con pasmosa espontaneidad que la atracción de la belleza era en él todavía más poderosa que el mismo terror de que se hallaba poseído, añadió:—¡Qué hermosa estás!

Nada refleja tan fielmente el imperioso encanto que la mujer tenía para Sancho como esta frase pronunciada en aquel momento.

De ningún modo consintió en que se llamase al médico; afortunadamente, la sangre perdida fué poca y se reanimó pronto. Le acosté, y vestida para servirle, si algo necesitaba, me eché á su lado dándole calor, porque se había quedado yerto. De cuando en cuando, deseoso de calmar mi susto y su zozobra, decía:

—Ha sido mucho menos que otras veces.

Entrada la mañana, logró conciliar el sueño, y, aunque desencajado y ojeroso, parecía tranquilo. Yo, en cambio, no pude recobrar la calma. Cuando por su respiración igual y pausada comprendí que dormía, me levanté callandito, y arrebujada en un abrigo, temblorosa de emoción y de frío, me senté en el cuarto del baño para correr á su lado apenas le sintiera bullir.

No sé reflejar mi dolorosa confusión de ideas en aquellos momentos. Inmóvil en la butaca, aguzando el oído, mi ser entero estaba pronto al socorro; y, sin embargo, los pensamientos de odio pugnaban por resurgir á modo de monstruos que heridos, pero no dominados, quisieran levantar la cabeza. Hubo un instante en que creí sentir el gozo salvaje de la venganza; mas al mismo tiempo, repugnando la mente, al verlo conseguido, aquello mismo que

con tanto ahinco concibiera y deseara, lo que debió ser placer, fué miedo. La vista de la sangre que había en la jofaina, helaba la mía; pareciéndome que no la echó Sancho por la boca, sino que brotó de una herida abierta pérfidamente y á mansalva por mi propia maldad. En vano me esforzaba por recordar antecedentes que atenuasen lo inicuo de mi proceder; de nada servían. Cierto que era hombre débil y gastado: «salud tiene poca», me repitió Irene en varias ocasiones; él mismo acababa de decir:—«es menos que otras veces»; luego venía enfermo de tiempo atrás, y su dolencia no la ocasioné yo; pero la sangre aquella de que mis ojos se horrorizaban, la vertió por mi culpa: el enfriamiento de la víspera, las consentidas caricias de la noche le habían puesto como estaba... Mas, ¿no era esto lo que me propuse? ¿No lo premedité arteramente? Entonces, ¿por qué aquella turbación donde se confundían en inexplicable disparidad el horrendo regocijo que mi propia fechoría me causaba y la piedad involuntaria que no podía dominar? Si mis nervios cobardes no soportaban aquel espectáculo, si me faltaban fuerzas para perseverar en mi negro propósito, ¿por qué no prepararme á huir aquella

misma tarde? Y sobre todo, ¿por qué permanecer allí esperando que resollase para acudir á su lado? Mi monólogo fué uno de esos combates en que luchan el corazón y el cerebro, mientras la voluntad anonadada carece de arrojo para el mal y de valor para el bien: quería alegrarme, y me escalofriaba el terror; quería irme, y no acertaba á moverme.

Cerca de medio día despertó, llamándome: corrí á la cabecera de la cama. Estaba muy pálido, tenía las pupilas brillantes, la nariz afilada, y su fino bigote, lacio y caído, parecía alargarle el rostro enjuto y anguloso; daba miedo. Al tenerme cerca, me cogió una mano, y oprimiéndola cuanto pudo, dijo como si hubiese adivinado parte de mis pensamientos:

—Aunque esté malo, no te irás, ¿verdad? Me siento mejor; esto ya pasó.

Vacilé en contestar, me miró fijamente, y tras unos segundos de silencio, no por bondad, lo confieso, sino por falta de valor, repuse:

—No, no me iré.

—Trae la otra mano.

Tomó ambas mías entre las suyas, y sacando fuerzas de flaqueza me atrajo de un tirón tan rápidamente, que caí de bruces sobre la cama: al tocarse nuestras caras, me cogió la cabeza,

y manteniéndola sujeta, me dió muchos besos en las mejillas, en los párpados y también en la boca; pero besos tan ajenos á todo anhelo de placer, que jamás los había yo sentido iguales.

—Mira—decía—, aquí no podemos seguir; nos falta toda clase de comodidades; dentro de cuatro ó seis días, que estaré fuerte, nos vamos á París; viviremos mejor, no te aburrirás: ¡allí sí que querrás ir conmigo donde yo quiera y me dejarás que te luzca! Además, tengo un deseo loco de ver á mi médico.

Esta era su idea fija: el médico. Yo estaba absorta. ¿Qué significaba aquello de llevarme á París? ¿Por qué? ¿Tal interés le había yo inspirado, ó tanto le gustaba, que le fuese grato tenerme y lucirme precisamente donde le conocían y donde sobran mujeres de extraordinaria belleza? ¿Qué clase de afecto sentía por mí? Acostumbrado á poseer y prescindir de la poseída, ¿qué singular encanto tenía yo para él y de qué modo pensaría alojarme en París? Pronto me sacó de dudas.

—No creas que te voy á poner casa más ó menos lujosa... no; quiero tenerte en la mía, igual que aquí, juntos á todas horas... como no he estado con ninguna.

La sorpresa, la curiosidad y cierto íntimo

halago que yo experimentaba viéndome solicitada de aquel modo, para mí tan nuevo, entorpecieron la resistencia que quería oponer.

—Tampoco—añadía—te voy á tener siempre allí; hasta París cansa. La primavera en Italia, donde se nos antoje, y luego, en Septiembre, otra vez aquí.

—Pero tú haces proyectos... para largo. ¿Aún no te has cansado de mí?

—Ya verás en cuanto me ponga bueno.

Es imposible que pueda recordar las cavilaciones que me atormentaron aquellos días; si no supe entonces explicarme lo que me pasaba, menos sabría hoy recapacitarlo y razonarlo. Realmente, lo que me sucedió fué que viendo ó imaginando ver en aquel hombre la encarnación del apetito y el egoísmo masculino, causa de mi desgracia, me propuse acabar con él empleando las armas que me concedió la Naturaleza: la hermosura y la astucia; y á la primera ocasión de triunfo, al tocar el primer resultado, me sentí vacilante y acobardada.

Acometí la empresa segura de mi fuerza, suponiéndome capaz de la más fiera perversidad: una tarde de frío, una noche de amor, demostraron que mi plan era realizable, que yo

podía destrozar á aquel hombre; y luego me bastó verle vomitar un poco de sangre y quedar postrado en la cama unas horas para experimentar una terrible sacudida de terror ante lo mismo que premedité y fragué con tanto ahinco. Si dos ó tres frases de ternura me hacían acercarme al lecho movida de involuntaria lástima, ¿qué me sucedería cuando al cabo de algunos meses le viera decaer, sufrir y destruirse? ¿No valdría más reconocerme incapaz de lo que me propuse y separarme de él? Tal era ya la inseguridad de mi pensamiento, cuando una noche, de repente, me dijo:

—Mañana nos vamos.

—¿Y si yo no quisiera?—repuse disponiéndome á ponerme en franquía.

Lo sucedido entonces me produjo emoción grandísima. Primero, se me quedó mirando con dolorosa sorpresa; en seguida me agarró ambos brazos con tal fuerza, que me lastimó mucho, y al mismo tiempo, todo descompuesto, fuera de sí, entre irascible y suplicante, me preguntó con extraordinaria amargura:

—¿Dejarme! Pero, ¿eres mala?

No sé lo que pasó por mí. Aquello era increíble, nuevo, asombroso. Un hombre me pedía que no le abandonase, y para evitarlo, hasta

me maltrataba. ¡Oh dulce ira! ¡Oh agradecida violencia! La presión brutal de sus dedos me pareció la mejor de las caricias.

Á las cuarenta y ocho horas estábamos en París.

XVI

La casa de Sancho estaba situada entre el Sena y *La Muette*. Era un hotel regalado por Luis XV á una de aquellas numerosas queridas de segundo orden que, por durarle menos que la Pompadour y la Du Barry, se llamaron *les petites maitresses*. Vendido por la Nación en la época revolucionaria, lo adquirió primero un convencional, después un alto dignatario del Imperio y, por último, una familia de banqueros, á la cual pertenecía la abuela materna de Ajalvir.

Lo exterior del edificio, estropeado por malas restauraciones, no conservaba el carácter de su época, y valía poco; en cambio, lo interior, hábilmente rehecho y dispuesto para la vida moderna, era precioso. Los dos pisos superiores, llenos de muebles magníficos y objetos artísticos, permanecían cerrados; Sancho

no utilizaba sino la planta baja, y en ella nos acomodamos. Además, aunque traté de oponerme, se empeñó en que su tapicero,. aprovechando alfombras, cortinajes, espejos, cuadros, accesorios y parte del moblaje que estaba como almacenado en las estancias cerradas, arreglase para mí en pocos días un gabinete, un tocador con su pieza de baño al lado y un cuarto donde guardar mis ropas, todo adornado con primor, y muy cerca una habitación para Remedios, con objeto de que siempre estuviese pronta á mi servicio.

Nada de cuanto digo tenía el aspecto antipático de lo comprado á fuerza de dinero ó de lo mal reunido de pronto por la improvisación y la vanidad. Yo estaba encantada, porque la manera de disponer lo que había de ser para mí y de acomodarme en la casa, cuanto Sancho iba realizando, no era como para huésped pasajero, sino de carácter definitivo y permanente. ¿Qué pensar? ¿Cuál sería su propósito? Juzgando por las apariencias, no entraba yo allí á modo de querida volandera traída hoy para desairada mañana: más semejanza tenía aquello con una verdadera toma de posesión.

Su lenguaje, en consonancia con sus actos, servía de autorización y base á cuantas ilusio-

nes en tal sentido pudiera forjarme; obraba y se expresaba como hombre que hubiese encontrado la compañera soñada para el resto de sus días, dándome á entender claramente que le atraía con algo más que la belleza; pues aparte aquellos momentos en que el placer da al hombre la felicidad ó la visión de ella, también se mostraba contento con tenerme á su lado en esa dulce intimidad que empareja las almas, como la posesión liga los cuerpos.

La unión así establecida se afirmó estimándonos mutuamente, según nos fuímos conociendo. Se complacía en llevarme á ver mil cosas y sitios de París, sirviendo los paseos y comentarios á que esto daba lugar para mostrarnos que nuestros sentimientos é ideas coincidían con frecuencia. Si á mí me alegraba convencerme de ciertas cualidades suyas, á él le encantaban las que imaginaba descubrir en mí: yo comprendía que lejos de ser, como supuse, uno de esos mimados por la fortuna que sólo hallan complacencia en el gasto inútil y la conversación frívola, pertenecía á la clase de ricos que saben hacerse perdonar lo que tienen por la nobleza de sus inclinaciones; él, en cambio, vió que el buen trato y el regalo, aun agradándome sobremanera, no eran para mí lo principal de la

vida, ni mucho menos. La variedad de cuanto contemplábamos y los diálogos que seguían imposibilitaban el aburrimiento. Un libro, un cuadro, un suceso leído en un periódico daban motivo á la más agradable charla, porque Sancho, sin presumir de gracioso ni pecar de pedante, revelaba esa fusión de ingenio y cultura merced á la cual pone el hombre singular encanto en lo que dice y en el modo de decirlo. Por último, le hacía en alto grado simpático cierto severo espíritu de justicia, mitigado siempre por la más amplia tolerancia y la completa falta de hipocresía.

Sus defectos eran todos de la misma índole: la vanidad fácilmente excitable, el amor propio exagerado, la ira á veces mal contenida y esa terquedad propia de quien no ha encontrado nunca grandes obstáculos; pero estos lunares apenas los barruntaba yo entonces, porque, deseoso de agradarme, ponía cuidado en ocultarlos.

Su enamoramiento no se fundaba sólo en la atracción ejercida por mi belleza. Mi manera de ser y mis gustos le agradaban tanto como las líneas de mi cuerpo y la expresión de mi rostro. Una de las cosas que más le sorprendían era verme conservar la serenidad respecto

del lujo y el capítulo de modas, en medio de aquel París lleno para la mujer de tentaciones, maravillándole que, lejos de perder la cabeza con trajes y perifollos, fuese prudente en las pocas compras que hacía y obedeciese á un criterio fijo en lo tocante á mi adorno personal.

Cuatro palabras quiero decir acerca de esto. Siempre he creído que mientras necesitamos ser solicitadas nos conviene engalanarnos lo mejor que podamos, pues á unos hombres el lujo les gusta por lo que nos favorece y á otros porque su amor propio se siente halagado con la ostentación y el boato de aquella que les cautiva; pero pienso también que luego de poseídas, ó, mejor dicho, poseedoras, debemos mudar de bisiesto, adoptando una táctica mixta, es decir, presentándonos en público ataviadas con severa elegancia y reservando para la intimidad lo que mejor realce la hermosura. Por estas ideas me gobernaba: mis trajes de calle, y aun los que tenía para las pocas veces que íbamos á teatros y conciertos, eran muy sencillos; en desquite, dentro de casa me componía mucho, escogiéndolo todo con el estudio minucioso, y casi me atrevo á decir malicioso, que da á cada prenda y á sus menores detalles la importancia debida.

Sobre tres puntos capitales descansaba este sistema de engalanarme para él solo: primero, gran cuidado en tener constantèmente las habitaciones muy templadas, lo cual me permitía vestirme con telas ligeras y vaporosas; segundo, para andar por casa, proscripción absoluta del corsé, que, sin dar esbeltez á quien no la tiene, roba al cuerpo su dulce flexibilidad y su cálida blandura; tercero, ropa interior finísima y elegante, pero sin detalles indecorosos, de esos que dan á la más honesta aspecto de perdida. En resumen, toda mi táctica se reducía á facilitar la ocasión del amor sin parecer imponerla, sabiendo mostrarme codiciable de manera tan decente, que hasta el mismo recato sirviera de incentivo, reservándome, por supuesto, el oportuno empleo de aquellos arranques de exaltada espontaneidad que en los momentos de pasión lo hermosean y poetizan todo.

Añádase á lo dicho que mi funesta belleza había llegado á su completa sazón, y se comprenderá el entusiasmo de Sancho. Aun cercado por tantas tentaciones como allí solicitan al hombre, no hallaba por entonces encantos superiores á los míos. Pudiera recordar muchos episodios que me persuadieron de ello.

Cierta noche, en un teatro, vimos salir á es-

cena una mujer casi desnuda, apenas envuelta en largos y flotantes velos de gasa, y tan admirablemente formada, que el escultor más exigente de la antigua Grecia pudiera escogerla para modelo de Afrodita. Un murmullo de admiración resonó en la sala. Sancho la examinó con los gemelos, me los pasó en seguida para que la mirase, y tocándome con la rodilla me dijo por lo bajo.

—¡Más impresión causarías tú!

Otra vez, contemplando juntos en el Museo de Versalles aquel famoso retrato de Diana de Potiers, donde, desnuda de medio cuerpo arriba, parece complacerse en lucir el pecho de admirables líneas, apartó los ojos del lienzo, y oprimiéndome el brazo murmuró en mi oído:

—¡Tengo yo más suerte que Enrique II!

Lo nuevo para mí era que junto á este culto de la forma, en Sancho tan vehemente, creía yo ir descubriendo señales de un afecto desinteresado por virtud del cual, no sólo con poseer mi cuerpo, sino también con la comunicación de mis ideas y mis sentimientos, se mostraba dichoso. Si querida, en el sentido bajo y ruin que la intolerancia de los hipócritas ha dado á la palabra, es la mujer á quien exclusivamente se busca por el deleite sensual, yo no era su

querida, porque á más de ese también le daba otros. En mí encontraba mil pequeños placeres que son dulce regalo del alma: el trato igual, la complacencia en la comunidad de inclinaciones, el cuidado en evitar lo molesto ó multiplicar lo gustoso y cuanto engendra ese anhelo sin nombre con que la propia naturaleza se sujeta y la voluntad aprende á dominarse, gozando en ceder para agradar á la persona preferida.

Sancho me trataba de manera que nunca pude considerarme reducida á la mísera condición de beldad contratada; al contrario, si algún inconveniente y peligro tenía para mí aquella situación, estaba en haberme rodeado de tal afecto y decoro, que cualquier cambio había de serme doloroso. Con dos cosas, entre otras muchas, demostró el concepto en que me tenía: la primera, llevarme á su casa en vez de ponerme una donde, como á posada de amor, fuese á buscarme; la segunda, no presentarme más que á media docena de amigos, siendo tal ante ellos su cortesía conmigo, que, viéndome de esta suerte respetada por él, me guardaron las mismas consideraciones que si estuviésemos casados. Quizá esto fuese mera consecuencia de su buena educación, pero yo se lo agradecí igual que si obedeciese á propósito deliberado. En

fin, la comedia del amor, como decíamos entre burlas y veras, no era tal comedia, sino dichosa realidad. Y conste que el bienestar y el lujo me importaban poco; si él quisiera, yo de grado los cambiara por una modesta medianía. Ignoro cuáles serían sus pensamientos ante la contingencia de que el encanto se rompiese; los míos se dicen con una sola palabra: terror. Y, sin embargo de este miedo á perderle, me iba cegando la confianza absurda que consiste en la resistencia del ánimo á admitir la posibilidad de la desgracia. Estaba persuadida de que no sólo le gustaba muchísimo, sino también de que algún cariño me había tomado; y al mismo tiempo el amor propio, la credulidad engañosa, no me dejaban discurrir que en el momento menos pensado otra mujer podía hacerle sentir lo mismo que sentía por mí.

Contento él, y al parecer fuerte, cual si su propio entusiasmo amoroso le hubiese vigorizado, olvidada yo de mi negro plan, vivíamos dichosos, cuando de pronto se convirtió todo en turbación y sobresalto.

Una mañana, hallándose solo en el tocador, le repitió el vómito de sangre, más copioso que en Biarritz y seguido de mayor postración. Llamé á su médico. Éste, ya por natural rudeza,

ya por obligarle á que se cuidara seriamente, le asustó mucho. En dos visitas seguidas observé que procuraba permanecer sólo con él, dejándole al irse muy abatido. Á la siguiente, no por indiscreta curiosidad, sino deseosa de contrarrestar luego lo que le acobardase y deprimiera, escuché su conversación oculta tras una cortina. Como los hombres, á solas entre ellos, hablan con tan brutal crudeza, no puedo repetir aquí todo lo que oí; bastan, sin embargo, unas cuantas frases para reflejar la importancia del diálogo que sostuvieron estando Sancho en la cama, mientras el doctor se despedía después de haberle hecho preguntas y dádole avisos que no me atrevo á reproducir. Decía Sancho:

—¡Vaya un mediquito! Me has metido el corazón en un puño.

—Lo que te he dicho no es para tomarlo así; pero no debo callar. Aunque se tratara de tu propia legítima esposa, con todos los sacramentos habidos y por haber, procedería lo mismo; porque, si no todo, gran parte del mal procede... de eso que hemos dicho. Tienes que ser prudente, cueste lo que cueste.

—Dílo de una vez: ¿tu opinión es que debo hacer que se vaya?

—Eso es lo que más te convendría. Pero te considero incapaz de semejante heroicidad, y lo comprendo, porque es hermosísima. Ya ves, en París estamos... y llama la atención. Hasta parece buena... y, sin embargo, no hay más remedio: prudencia... prudencia... y mientras esté aquí lo veo difícil.

—En fin, que se va ó me muero, ¿verdad?

—Nadie habla de morirse, sino de evitar que llegues á un estado de indudable gravedad. Si estuvieras para morirte no te lo diría; lo que sí te digo, redondamente, es que aquí el médico no soy yo. Tienes que serlo tú, tú mismo. ¿Te enteras?

—Bien claro lo dices. Tendré prudencia, procuraré ser amante platónico; no quisiera separarme de ella.

—¿Á eso hemos llegado? No, no lo creo. Eres incapaz de enamorarte de veras.

—¡No lo sé! Pero irse, no se va... si no sale de ella... y lo sentiría mucho.

—Como te restablecieras, pronto la reemplazarías; y en cuanto á marcharse... chico, no quisiera quitarte ilusiones, pero lo lógico es que se vaya, porque habrá venido á triunfar y gastar, no á ser enfermera.

—¡Pues ni gasta ni triunfa!—dijo Sancho

como si me defendiese, incorporándose en la cama con energía.

. . . . . .

Si abatido quedó él, yo mucho más. Dados mis antecedentes, mi existencia pasada, mis desengaños, la placidez de espíritu á que llegué por los sentimientos que creí haberle inspirado, y, sobre todo, por los que él me inspiró á mí, el golpe era terrible. Tuve, sin embargo, serenidad para reflexionar fríamente, y afronté la situación con valor.

Sancho pasó tres días muy malo; le cuidé cual pudiera hacerlo la esposa más enamorada, y sus ojos, mejor aún que sus palabras, me expresaron la íntima satisfacción que sentía viendo mi solicitud y mi ternura.

—Da gusto estar malo—me dijo varias veces.

Pero yo comprendía que, además del malestar físico y de la medrosa aprensión, algo le atormentaba moralmente, y recordando la conversación con el médico, me di cuenta de ello. No era difícil adivinarle los pensamientos; temía que le dejase, y al mismo tiempo no se consideraba con derecho para retenerme á su lado.

Al cuarto día mejoró mucho. Habíamos co-

mido, él en la cama y yo en una mesita á su lado, lo cual le encantaba, cuando al retirarse los criados, de pronto, con la tristeza de quien realiza un sacrificio muy pensado, me habló de este modo:

—Juanita... cuando llega la ocasión, tiene uno que armarse de valor. Quiero decirte una cosa muy seria.

Debí de palidecer, porque agorando con aquello el principio de mi desdicha, sentí un gran encogimiento de ánimo.

—¿Estás peor?

—No, estoy mejor; pero comprendo que tardaré en ponerme bueno, y tengo la obligación de proceder lealmente. Me he portado bien con bribonas que no lo merecían, conque ¡figúrate contigo!—Hizo una pausa, me miró penosamente y continuó:— Yo no te he traído á París para vivir entre estas cuatro paredes, como estás viviendo ahora, y sirviendo de enfermera.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que salta á la vista y es deber mío decirte, haciendo un verdadero sacrificio.

—Habla, que estoy en ascuas.

—Pues ya ves como estoy yo. El zángano del médico me ha dado á entender que esto es más grave de lo que parece, y que va para largo.

Tengo que variar de género de vida, y cuidarme. Ya sabes tú á qué llaman los médicos cuidarse: á comer uno lo que le disgusta, estar encerrado y privarse de cuanto le agrada... No has venido á París para presenciar estas cosas. Por mucho que imagines, no te formarás idea exacta de la pena con que te lo digo... pero eres libre.

Clavé en él la mirada ansiosa de leerle los pensamientos no acabados de formular, y, muy alterada, le pregunté:

—¿Me despides?

—¡No!, no es eso; te devuelvo la libertad. Hice contigo, con tu juventud y tu hermosura un pacto: os traje á pasarlo bien, llega el momento de no poder cumplir mi compromiso... y no me considero con derecho...

—¿Á qué?

—Á tenerte encerrada con un enfermo.

—Y abres al pájaro la jaula.

—Déjame acabar; falta lo más penoso, porque acaso lo interpretes mal; pero te juro que no quiero ofenderte...

—Pues me parece que me vas á ofender.

—Tú eres de un desinterés superior á toda ponderación; desde que estamos juntos, no me has dejado que te regale ni te compre... Quie-

ro darte un poco de dinero, que, añadido á lo que tengas, te asegure la vida: dime francamente, como yo te hablo, si prefieres cobrarlo aquí ó en Madrid.

La naturalidad con que lo dijo alejaba toda idea de ofensa; mas, fuera como fuese, aquello era la separación. Los ojos se me llenaron de lágrimas, me levanté de la butaca donde estaba, y sentándome en el borde de la cama, repuse procurando serenarme:

—También quiero ser leal contigo. Sé por qué me hablas así. Las mujeres tenemos una perspicacia especial para comprender á quién gustamos, física ó moralmente, y á quién no. Tu amigo el médico no tiene buena idea de mí. Desde hace días venía yo observando que cuando hablábais á solas te quedabas triste, y más asustado que triste. No soy nada curiosa; pero después de fijarme en lo que te acabo de decir, hace tres mañanas, al verle entrar, la verdad, me acometió un deseo atroz de saber lo que te decía para dejarte amilanado... y ahí, detrás de esa cortina, escuché cuanto dijo. De modo que podemos hablar claro.

—¿Escuchaste?

—Toda la conversación. Sugerido por él ó por tu propia aprensión, me has tomado miedo.

Así, en crudo... crees que te hago daño; soy manjar que te gusta mucho y te sienta mal, ¿verdad?

—Eres extraordinaria en todo.

—Pues óyeme bien. Ese hombre, por lo visto, con toda su ciencia, no sabe que la mujer apasionada lo mismo sirve para una cosa que para otra. Quizá lo pongas en duda; pero hazme la justicia de reconocer que igual que tú te has aficionado á mí, yo he podido también encariñarme contigo. Recuerda que hace ya mucho tiempo no hemos llamado á esto la comedia del amor... Desapareció la comedia y quedó el amor, y el amor no es sólo besos y caricias, desearse y hacerse pedazos... tiene muchas formas. En resumen, si dispones seriamente que me vaya... tendré que irme; pero lo que yo quiero es quedarme, por lo menos, mientras estés malo, y cuidarte. Ten la seguridad de que, por causa mía, no te pondrás peor... aunque te empeñes en ello. ¿Entiendes? Quedarme, cuidarte, y cuando estés bueno... entonces resolverás.

Echándome al cuello los brazos me cogió la cabeza y la oprimió contra su pecho largo rato. La emoción nos dejó sin palabra.

—¡Qué placer tan grande me has dado! Es-

taba seguro de lo que me ibas á contestar—dijo al soltarme.

—¿Lo ves?—repuse—; hay muchos modos de amar.

Desde aquel día me dediqué á procurar su restablecimiento por todos los medios imaginables. Inspeccionaba cuanto comía; le daba los medicamentos á sus horas, anotando las alteraciones que le causaban; me oponía á que saliese estando el tiempo desapacible; me esforzaba por atraer á tres ó cuatro de sus amigos para que se le hiciese más corta la noche, y si la pasábamos solos me desvivía por entretenerle.

El resultado inmediato de todo esto fué convencerme de dos cosas: la primera, que yo había nacido para vivir así, consagrada á un hombre, por poco afecto que me mostrase; la segunda, que ejercía sobre Sancho poderoso influjo, con el cual le atraía y encantaba; pero que, contra lo que yo quisiera y en algunas ocasiones me había figurado, esta especie de fascinación estaba fundada casi exclusivamente en mis encantos físicos. Una vez más vi claro que mi sino, mi maldita predestinación me condenaba á ser codiciada sólo por hermosa: mis prendas morales, mi carácter, mi genio,

apenas eran tomados en cuenta; un movimiento airoso, una postura graciosa, el menor adorno que realzase mi belleza, sobre todo el más insignificante descuido que descubriera un trozo de mi cuerpo, le producía impresión mucho más viva que un arranque de ternura ó una noche pasada en vela para cuidarle.

Permanecer días y días encerrada, privarme de comer lo que apetecía para que no lo desease si le hacía daño, supeditar mi voluntad á la suya no conservando más firmeza que la precisa para oponerme á lo que le perjudicaba, eran demostraciones que no había de presenciar insensible, y mil veces las pagó con dulces palabras; mas harto noté que su gratitud no procedía del corazón; estaba fríamente razonada por la reflexión. En cambio, á cada minuto revelaba lo que yo le hacía gozar con los sentidos: entrar en mi tocador mientras me vestía ó calzaba, verme probar un traje ó tenerme tumbada en un sofá con los pies fuera de la falda, le arrancaban frases de entusiasmo. Si en tales momentos hubieran animado, para entregársela viva, una de esas figuras de mujer creadas por el arte como cifra y síntesis de la belleza femenina, me habría preferido á ellas. Pero, ¿quién me aseguraba que yo le

causase en lo porvenir la misma impresión?

Por lo dicho queda indicado cuán difícil sería contrarrestrar aquel constante impulso amoroso. Mientras se sintió débil, le contuvo el instinto de conservación; mas cuando comenzó á recobrar fuerzas y perder miedo, me vi obligada á hacer prodigios de habilidad para eludir sus halagos.

Esta labor de resistencia, donde se confundían la maña y la entereza, la sinceridad y la astucia, consistía en lo contrario precisamente de aquello otro que me propuse cuando formé el proyecto de que mi belleza fuese para él como el opio que mata deleitando: antes, imaginé hacerle descaecer día por día á fuerza de caricias, y ahora me consumía por no causarle la excitación más leve; la amante que comenzó siendo sacerdotisa de la voluptuosidad, se trocó en casta compañera, y mi alma soñadora aceptó esta misión todavía con mayor empeño que aquella otra de agotamiento y muerte. Pero Sancho se mostraba rebelde.

Sería interminable la enumeración de las precauciones, artimañas y recursos con los cuales procuraba evitarle las ocasiones de lo mismo que pocos meses atrás le brindaba con astuta coquetería. Comencé por arreglar mi

ropa interior de modo que sin perder finura y elegancia fuese algo más pudorosa. Las más de las noches le dejaba que se acostase primero, no haciéndolo yo hasta contemplarle dormido; otras me desnudaba casi á obscuras, para que no me viese en paños menores. Por las mañanas me tiraba de la cama antes que se despertase, y luego procuraba no andar ante él en ropas de levantar. Perdí la costumbre de estar en casa sin corsé, suprimí las batas sin cuello que se cerraban sólo con un par de lazos, sustituyéndolas por vestidos altos difíciles de desabrochar, y finalmente, hasta hice especial estudio para no sentarme de manera que la falda se me ciñese demasiado. Confieso que me faltó el valor de calzarme mal; pero, en cambio, cuidé de no enseñarle los pies.

Como todo tiene su legua de mal camino, este sistema preventivo, tan provechoso á Sancho, me hacía correr el riesgo de que acabara por enojarse. Comprendiéndolo, empleé alternativamente la energía y la habilidad, la resistencia y la ternura. No son para escritos todos los episodios á que dió margen la contienda entablada entre su exaltación amorosa y mi saludable prudencia, pero hay uno que quiero recordar.

En cierta exposición de industrias se habían presentado por entonces unas hermosas pilas de baño de nueva y singular fabricación, las cuales estaban formadas de cuatro ó seis grandes piezas, unas planas, otras encorvadas, de magnífico cristal, unidas por estrechas varetas de bronce dorado. Con dificultad se puede imaginar nada más limpio ni de aspecto más lujoso, á pesar de su sencillez. No hubo dama de buen gusto ni *cocotte* de alto bordo que no adoptase estos baños. Naturalmente, dada la transparencia de la materia que los formaba, como el cristal era tan claro y diáfano, la persona que en ellos se metía quedaba expuesta á las miradas de quien entrase en la habitación donde estuvieran.

Supongo que esto lo evitarían las señoras muy pudibundas colocando un lienzo desde el borde de la pila hasta el suelo; mas también me figuro que para las menos asustadizas sería una verdadera delicia saber que después de sumergidas en el agua, los transparentes planos de cristal dejarían admirar su cuerpo completamente desnudo, asemejándolas con aquellas ninfas apsaras que andan jugueteando en los ríos y los lagos del paraíso de Indra.

Sancho, poco antes de su recaída, á pesar

de mi tenaz oposición, me compró uno de esos hermosos baños, y yo, al colocarlo en mi tocador, por si él entraba, tuve cuidado de poner delante para ocultarlo un precioso biombo. Además, procuraba bañarme temprano, siempre ayudada por Remedios, antes que él se levantase, y si acaso me quedaba sola corría el pestillo de la puerta. Pero quiso la casualidad dar al traste con todas estas precauciones. Una mañana, mi amante madrugó sin previo aviso; yo me retrasé en mis lavatorios, y la doncella salió á buscarme ropa. Ello fué, que mientras me estaba bañando, Sancho cruzó la galería inmediata en el momento en que yo, cansada de esperar á Remedios, toqué el timbre prolongadamente. La chica tardó en acudir, y él, imaginando que yo necesitaba algo con mucha prisa, empujó la puerta y se coló de rondón. Sin que el biombo le detuviera, se acercó al baño, me vió desnuda dentro del agua, y volviendo pies atrás rápidamente, echó el pestillo á la puerta, quedándose dentro del cuarto.

—¿Quieres salir?—dijo cogiendo una sábana felpuda.— Ven, yo te secaré.

—No, no; márchate y llama á la chica.

—¡Estás preciosa! Tantos días como hace

que está el baño en casa, y no me has llamado... Anda, sal, que te voy á secar.

—No, déjame... vete; llama á la muchacha.

—Pero, ¿qué aspavientos son estos?

—Digo que te vayas.

—Digo que no quiero—repuso con cariñosa firmeza.— ¡Pues no hay más sino entrar un hombre donde está la mujer que le gusta y es suya, encontrarla así... y decirle que se largue!

Me complazco en creer que agitada por la emoción, desordenado el pelo y desnuda entre los recios cristales, como náyade prisionera en urna de hielo, debí de parecerle bellísima.

—Anda, vete, monín—le supliqué dulcemente.

—Déjame un poquito.

—No me hagas pasar por la vergüenza de que venga ahora la doncella.

Era inútil rogar; seguía deleitándose en contemplarme, como si no me hubiera visto nunca. Entonces, persuadida de que cuanto más me mirase más se aferraría á la idea de secarme y en seguida sería inevitable lo que yo con tanta perseverancia esquivaba, tuve una idea feliz para evitar que continuase viéndome.

En la repisa de cristal que al alcance de mi mano estaba, fijada en la pared, había tres

enormes frascos, dos con agua de Colonia y el tercero con una disolución alcohólica perfumada que usaba para friccionarme el cuerpo: los cogí uno tras otro, y vertiendo en el baño todo su contenido, que era gran cantidad, enturbié de improviso el agua, la cual, primero, quedó surcada de ráfagas opalinas; luego, se puso tenuemente lechosa, y, por último, quedó blancuzca y opaca, dejándome enteramente oculta como por una nube líquida que me sustraía á sus codiciosas miradas.

—¡Se necesita mala intención!—dijo con tono muy cómico, pero verdaderamente contrariado, y en seguida, obedeciendo á distinta idea, añadió:— Sal, sal pronto de ahí; ¿no conoces que el exceso de alcohol te puede hacer daño? ¡Qué barbaridad! ¡Sal pronto!

Le sobraba razón; en todo el cuerpo sentía ya una impresión de ardor insoportable, y la intensidad del perfume exhalado por el agua comenzaba á turbarme. Tuve que salir precipitadamente. Me envolvió en la sábana, y, haciendo que me apoyase en él, me sentó en una butaca; quise incorporarme, se me fué la vista, y caí desmayada. Entonces llamó á Remedios, y entre ambos me pusieron un camisón, me acostaron, y de allí á poco recobré el conoci-

miento. No pasó más; pero él no permitió que me levantara, y todo el día se quedó conmigo, almorzando y comiendo junto á la cama. Ya de noche, viéndome repuesta, decía:

—La imprudencia ha podido costarte cara. Y todo por...

—Ya sabes por qué lo hago.

Aunque Sancho, en el fondo de su alma, agradeciese ésta y otras pruebas análogas de cariño, yo no podía menos de comprender que la situación se me iba haciendo insostenible. Realmente, si hasta para una esposa legítima, con todo el aparato de séptimo sacramento y registro civil hubiera sido difícil, calcúlese lo que sería para mí, pobre mujer con quien no le ligaba ningún vínculo de los que el mundo respeta, escogida sólo por hermosa y que, fuera por lo que fuese, le negaba su hermosura. Era tonto forjarme ilusiones: la simpatía y el afecto despertados en su alma por ciertas cualidades de la mía, no bastaban á sustituir y compensar los deleites que le escatimaba; mi poder no ejercía jurisdicción más que sobre sus sentidos.

Ya estaba persuadida de que su enamoramiento era meramente carnal, cuando tuvo un rasgo de tal delicadeza para conmigo, que me

hizo creer lo contrario, no concibiendo yo que hiciera lo que hizo sin profesarme hondo y verdadero cariño.

Quien lea estas memorias recordará que al vender la librería de mi padre, examinando sus papeles, encontré la documentación relativa á estar pagada la sepultura de mi madre sólo por cierto número de años, y que entonces hice la renovación por igual tiempo, proponiéndome adquirirla más adelante con carácter de perpetuidad. Entretanto, imaginaba yo que podía estar tranquila respecto del particular. Pero el cementerio era uno de los más viejos de Madrid; un día se hundió en él parte de una galería de nichos, precisamente aquella en que estaba el de mamá; la Junta directiva, ó lo que fuese, obligada á hacer obras, intentó valerse de la ocasión para realizar ciertas reformas; no se lo permitió el Ayuntamiento, y entonces, con la arbitrariedad propia de tales empresas, marcó un breve plazo, dentro del cual las personas que tuviesen allí parientes sepultados debían adquirir los enterramientos á perpetuidad ó proceder al traslado de los cuerpos, so pena de que éstos fuesen llevados á la fosa común. El conserje del camposanto, que conocía á Luisona de verla llevar flores todos los meses,

la avisó esperanzado en la propina, y ella hizo que un conocido suyo me escribiese contándome lo que pasaba. Al llegar á mis manos la carta en que se refería todo esto, faltaban sólo cinco días para la terminación del indicado plazo; es decir, no quedaba tiempo de escribir, esperar respuesta y designar persona de confianza que interviniera en el asunto; era preciso ir á Madrid inmediatamente ó resignarse á la profanación de que los restos de mi madre fuesen arrojados á la fosa común. La única circunstancia para mí favorable, en medio de aquella contrariedad, consistía en que era alcalde á la sazón el duque de ***, antiguo compañero de colegio é íntimo amigo de Sancho. Naturalmente, mi primer impulso fué salir para Madrid; mas estaba yo por aquellos días convaleciendo de un ataque de gripe, y el médico me declaró del modo más categórico que cometería una grave imprudencia poniéndome en camino, y que, si lo hacía, él salvaba su responsabilidad.

Recuerdo que cuando tal dijo estábamos de sobremesa, después de almorzar, el médico, Sancho y yo. Sería cerca de las dos de la tarde, y el expreso salía á las seis y minutos.

—Comprendo que tiene usted razón—le contesté—, como yo la tengo no transigiendo con

la idea de que echen á mi madre al hoyo grande. Ya que Sancho es tan amigo del alcalde, me va á poner una carta de recomendación para que evite el atropello, y esta misma tarde me marcho con la doncella: no necesito más preparativos que meter cuatro trapos en un baúl.

—Cometerá usted una locura.

—No hay otro remedio; ya me cuidarán ustedes luego si hace falta.

Sancho, que nos escuchaba callado, pero dándose cuenta desde el primer momento de la firmeza de mi resolución, exclamó poniéndose en pie:

—De ningún modo. Si estuvieses buena, iríamos los dos; estando como estás, no te metes en el tren. Quien va soy yo.

Uniendo la acción á la palabra, tocó el timbre dos veces, que era la llamada para el ayuda de cámara, y al verle aparecer en la puerta, le dijo:

—Esta tarde nos vamos tú y yo solos á Madrid; entérate bien de la hora exacta, y prepara las cosas como sabes.—Después, encarándose conmigo, añadió:— Escribe á esa Luisona tuya y dale órdenes para que me entregue los papeles que hagan falta. En veinticuatro horas lo arreglo todo.

Su arranque fué tan espontáneo y rápido, que me dejó pasmada. En vano intenté luego convencerle de que podía acompañarle; no hubo manera.

—De lo que se trata—repuso—es de que no viajes, porque estás delicada; yo, en cambio, ahora estoy fuerte. ¿No he de estarlo si entre tú y este Tirteafuera me tenéis privado de todo? Además, el asunto es de los que no se arreglan fácilmente por carta, y de palabra se resuelven en seguida.

En vista de su empeño y de que el médico se puso de su parte, cedí; confieso que con gusto, pues sus palabras me llegaron al alma.

Deseando corresponderle con una prueba de confianza, en vez de encargar á Luisona que buscase en mis muebles los papeles necesarios, expliqué á Sancho minuciosamente dónde los hallaría, le entregué unas llaves y le telegrafié á ella que se pusiese á sus órdenes.

—¿Me confías las llaves?—dijo bromeando. Todo te lo voy á curiosear. ¡De cuántas cosas voy á enterarme!

—Revuelve lo que quieras; esto te demostrará que á mí nadie me ha importado gran cosa, y que sólo de mi madre conservo prendas y objetos que signifiquen cariño y recuerdo.

—Estáis en pleno período sentimental—interrumpió el médico.

—Di en período platónico—añadió Sancho, aludiendo á las amorosas privaciones que yo le imponía.

Pocas horas después le acompañé hasta la estación, donde nos separamos como marido y mujer bien avenidos, y me volví saboreando una de las mayores satisfacciones que he tenido en la vida; porque aquel rasgo me pareció prueba indudable de cariño. Otra impresión grata experimenté también entonces, y fué que mientras estuve sola en la casa durante la ausencia de Sancho, aquella ilusión de haber regularizado mi vida, que yo me venía fraguando, tomó en mi ánimo tal incremento, favorecida por las circunstancias, que imaginé tocar al término de mis amarguras. Las comodidades, la existencia regalada, el lujo, cuanto contribuía á darme idea del bienestar y el porvenir asegurados, no eran, sin embargo, la causa de mi satisfacción; porque ésta se fundaba casi exclusivamente en el convencimiento de haber inspirado, por fin, á un hombre algo más que el deseo de gozar mi hermoso cuerpo. No hay palabras para expresar el íntimo regocijo que esto me causaba; y bien

considerada la situación, no discurría sin lógica.

Cierto que, en un principio, Sancho me escogió sólo por mi belleza; seguramente la causa de aficionarse á mí fué aquella vehemente y ardorosa manera de hacerle sentir el placer de poseerme; pero también era verdad que espantada de mí misma cuando le vi enfermo, puse su deseo á raya, me resistí á sus caricias, le escatimé las mías y hasta le privé de ellas, lo cual era como anular y destruir yo misma la razón de que viviéramos juntos. Á pesar de esto, él, de día en día, estaba más cariñoso conmigo: luego algo de índole puramente moral apreciaba en mí que le hacía quererme; y como este anhelo de ser querida antes que deseada era todo mi afán, al advertir la posibilidad de verlo cumplido se me desparramaba la placidez por el alma. Dejando libre su vuelo á la imaginación, pensé que así como hay hombres que al casarse con una virgen presto advierten que tiene instintos de cortesana, otros al enredarse con una mujer reputada por indigna descubren en ella cualidades de buena compañera; y bien podía mi amante comprender que se hallaba en este caso. El médico había dicho una gran verdad; yo estaba en pleno período sentimental.

En tales espejismos se complacían mi corazón y mi pensamiento cuando, dos días antes de regresar Sancho, recibí una carta redactada en los términos siguientes:

«Querida Juanita: Ayer he llegado de Niza. Sé que estás sola y deseo verte. Mañana á las once de la mañana te espero paseando en la entrada del parque de Passy, bien cerca de donde vives.

Te quiere de veras tu amiga

IRENE.»

La lectura de estas palabras me inquietó mucho. ¿Qué me querría? Ni yo la perjudicaba en lo más mínimo, ni habíamos hecho pacto, cuyo cumplimiento pudiera exigir: nada tenía que echarme en cara, y, sin embargo, aquella evocación de nuestras conversaciones y aquella cita me produjeron turbación indecible; pero ya he demostrado que cuando la energía es necesaria, no me falta. Dispuesta á defenderme, acudí sin miedo.

Llegué. Irene me esperaba elegantísimamente vestida; me acogió con el mayor cariño, y pronto vi que mis temores eran infundados, pues se alegraba de ver á Sancho en poder mío: suponía que, haciéndome ejecutora de

los designios de ella, le iba sorbiendo la vida á puras caricias, y hasta me aconsejó que sacara de la situación todo el provecho que pudiera. Después de elogiarme el traje muchas veces, dijo con aquella libertad de lenguaje que le era peculiar:

—Ya sé lo entusiasmado que está. ¡Cuánto me alegro! Todo, todo lo sé; y me lo explico viéndote tan hermosa. ¿Conque... tres vómitos de sangre?

Rebelándome contra lo que aquello significaba, la interrumpí:

—Dos; el segundo, hace tiempo, y afortunadamente está mejor.

—Ya vendrá el tercero...

Me pareció un monstruo. Aunque no me importaba lo que de mí pensase, hubiera yo querido entonces ocultar mis verdaderos sentimientos; pero con el coraje que me dió su modo de expresarse, quedé algo desconcertada; y ella, que era tan lista, lo conoció.

—Tú has cambiado—dijo, y sonriendo maliciosamente, añadió:— Es disculpable; pero, la verdad, pareces otra.

—¿Por qué?

—Porque sí; vives tranquila, sin carecer de cuanto una mujer puede desear; y eso, aunque

no seas interesada, tiene su importancia. Además, tú no servías para andar hoy con uno y mañana con otro. Sancho es rico, generoso... Ya convinimos en que reunía todo lo externo, nada más que lo superficial, ¿eh?, que puede tener un hombre para hacerse simpático... y á pesar de que estabas advertida... te has dejado prender... En fin, como las otras: engañada.

—¿Engañada!

—No te alarmes; no lo digo en el sentido que supones; eso vendrá luego, cuando menos lo esperes. Me refiero á la índole, al carácter de mi cuñado. Imaginas que se ha encariñado contigo, y es incapaz de querer á nadie. Como eres tan hermosa, le gustas más que le han gustado otras; tu reinado será un poco más largo, y esto es todo.

Al mismo tiempo que, para mis adentros, renegaba de tal hermosura, creyendo tener pruebas de haber inspirado á Sancho un afecto más noble, no supe reprimir un impulso de orgullo; y con gran aplomo contesté:

—Acaso no te falte razón; pero conmigo acaba de hacer lo que vas á oir...

—¿Qué ha hecho?

—Sabes que está fuera, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes dónde y á qué ha ido?

—No.

—Pues oye.

Y le referí el motivo del viaje. Escuchó con señales de asombro, y repuso:

—Me dejas pasmada; sí, indudablemente, eso es bastante significativo. Repito lo de antes: lo comprendo, porque estás guapísima; le tendrás loco.

Á punto estuve de decirle también el género de vida que hacía con Sancho y la continencia que le impuse después de su recaída; mas preferí callar. Ella siguió:

—Le conozco mejor que tú... Mira... no sé si acertaré á explicártelo. Si yo supiera escribir una novela, le escogería como prototipo y personificación de los hombres para quienes en la vida no hay más que una cosa: el placer material; les cautivamos mientras les dura el capricho... ¿Entiendes?...

—Y no hacemos gozar más que de una sola manera, ¿no es eso? No tenemos más que cuerpo, ¿verdad?—le pregunté irónicamente suponiendo echar por tierra cuanto pensaba.

—Para esa clase de hombres, y lo mismo abundan entre los pobres que entre los ricos, cuerpo y nada más... En fin, ¿crees que está

encariñado contigo? ¡Pobrecita mía! Lo que voy á decirte es duro, pero te puedo hablar con franqueza: si te quisiera como imaginas, yo nada saldría perdiendo; al contrario: harto sabes mi idea. Mi temor sería que se entusiasmase con quien se pudiera casar... y darle hijos.

—Comprendido.

—Perdona la crueldad... Contigo no hay ese peligro; ya ves si soy clara. Por eso... si no te sugerí la idea de apoderarte de él, por lo menos abrí en tu corazón camino á esa idea... y te expliqué quién era, para que no te inspirase piedad... No la merece.

—No adivino adónde vas á parar.

—Nunca me figuré que tú, tan experimentada, tan perspicaz, te forjases esas ilusiones... completamente quiméricas, y, atribuyéndole cualidades que no tiene, te apasionaras de ese modo. Porque ya está vista la situación: al suponerte querida, has pagado su amor, que es falso, ó mejor dicho, que no existe más que en tu fantasía, con amor verdadero. Y hasta puede que le estés cuidando... Me daría risa, si no me diera lástima; porque te quiero. ¡Valiente tonta!

—Me haces daño.

—Le cuidarías para otra; y acuérdate de lo que te digo: ¡ya lo verás!

—Tú le aborreces.

—No; me conviene que no salga de tus manos, y trato de abrirte los ojos, para que no se te escape. Ni más, ni menos. Créeme: su afabilidad, su cortesía, su esplendidez, aunque tú no la explotes, su aparente ternura, todas esas que supones pruebas de encariñamiento, no son más que manifestaciones de su buena educación, de su hábito de gastar, de su finura nativa, y, sobre todo, muestras de lo mucho que le gustas... mientras se presenta otra que le guste más y sea más lagarta que tú; porque ahora resulta que eres tan inocente como un pajarito. ¿Ternura? ¿Corazón? ¿Sensibilidad? Nada de eso tiene. Lo que hay es que esas cualidades que le faltan las ve en ti, y con su astucia extraordinaria, así como á otra que fuese interesada, vanidosa y escandalosa trataría de conservarla á fuerza de dinero, de satisfacciones de amor propio ó de rasgos que llamasen la atención, á ti, modesta y buena, te sujeta con la hipocresía y la mentira.

—Y el esfuerzo por conservarme que eso supone, ¿no puede ser amor?

—¡Al tiempo! Entretanto, lo que yo te digo, porque me conviene y te conviene para que no caiga en otras manos, es que con tu hermosu-

ra de diosa, con tu cuerpo de estatua, lo aprisiones bien... Si, por el contrario, pretendes ser el ángel de su hogar, si juegas á la mujer de su casa, estás perdida.

Sus palabras se me clavaron en el corazón como agujas emponzoñadas. En vano, por instintiva defensa, evocó mi memoria cuanto poco á poco me había ido inspirando fe en él: halagos, finezas, confianzas, expansiones, todo lo recordaba clara y distintamente, y todo lo veía como dudoso y desvirtuado por la argumentación despiadada de Irene...

¡Qué contraste entre lo que me rodeaba y lo que yo sentía! La mañana hermosa, el cielo azul, la atmósfera tibia, el paseo precioso, convidaban á vivir y gozar; sólo mi pobre alma estaba llena de pesadumbre y tristeza. Andábamos despacio. Irene continuaba hablándome sin darse exacta cuenta de la magnitud del mal que me hacía; yo iba completamente abatida: así debí de caminar largo trecho, porque de pronto, apretándome un brazo y mirándome con sorpresa mezclada de lástima, dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Te pones mala?

—No; no es nada.

Y notando que los ojos se me llenaban de lágrimas, añadió:

—Perdona; no creí causarte esta impresión. Además, ¿quién sabe?, acaso me equivoque, y le tengas bien amarrado. Pero, recuérdalo; yo te puse en guardia, y te expliqué la clase de hombre que era. Estabas avisada.

—Verdad; pero si tú conocieras mi vida, toda mi vida y mi alma, ¡toda mi alma!... Nadie me ha conocido. Tú tampoco. Todos han imaginado que con ser hermosa debía darme por contenta. ¡Maldita hermosura!

—Se necesita estar loca para maldecir así. ¿Quisieras ser fea? ¿Un esperpento?

—No; pero sí una mujer vulgar, una de esas que á los veinte años viene un hombre, se enamora y se la lleva. ¡A mí, tan hermosa, nunca me ha querido nadie! Los hombres con quienes he tropezado eran ciegos de alma... ¡No; no han sido ciegos, sino malos!

—Como todos.

—Se apoderó de mí un aborrecimiento hacia ellos superior á cuanto imagines...

—Entonces estabas en lo cierto.

—Cuando hablamos en el balneario, me propuse vengar en Sancho el daño que otros me causaron, hasta concluir con él matándole con su propio vicio... Luego creí que no era malo, que me iba cobrando afecto... ¡y aún lo creo!

—Siempre creemos lo que nos halaga—repuso.

—Y sobre todo—continué—cuando le vi enfermo por culpa mía...

—Comprendido: te han dado fama de domadora de hombres, y eres una sensitiva.

—No te burles; es que no soy perversa. Vamos á ver: ¿crees que yo no hubiera sabido sacarle dinero?, ¿que no podría tener hoy por lo menos un montón de alhajas?

—Seguramente.

—Pues ni una sortija; nada, no he querido nada.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué he de hacer? Mientras no se desprenda de mí, ¡con él!; cuando advierta desvío, cansancio... dejarle.

Mi emoción y mi desasosiego aumentaban por instantes. No pudiendo tenerme en pie, supliqué á Irene que nos sentásemos en unas sillas del paseo; así lo hicimos, y ella, procurando consolarme, yo, tragándome las lágrimas, descansamos algunos minutos. Esforzándose por atenuar mi pena y justificar su conducta, decía:

—¿Quién iba á pensar una cosa así! En fin, acaso tú estés en lo cierto, y esa misma belleza de que reniegas le haya transformado. Sí;

en realidad, este viaje de ahora para eso de la sepultura de tu madre, no lo hubiera hecho si no le inspirases cierto interés... En cuanto á mí, no vayas á creer que soy una de esas mujeres diabólicas que andan por las novelas. Ya sabes por qué me conviene que no tenga hijos... Si ha de estar en poder de alguna, prefiero mil veces que seas tú... Trataba de despabilarte para que desconfíes de él y puedas dominarlo... Nada más. Veremos por dónde sale, y lo que dura tu reinado. De todos modos, sé cauta, obsérvale mucho. El peligro para ti es que donde menos se piense surja una... cualquiera que le guste...

Tan mal me puse, que Irene no quiso separarse de mí hasta dejarme metida en un coche. Volví á casa muy angustiada, y al entrar no pude menos de reconocer que estaba en ella como de prestado. Nada concreto me dijo Irene que significara mi destronamiento inmediato; pero era forzoso hacerme á la idea de que un desaire, una mala palabra, un gesto de hastío, un movimiento de despego, me arrojaría de allí cuando menos lo esperase.

Á los dos días regresó Sancho. Salvando cuantos obstáculos se presentaron, gracias á la influencia de su amigo el alcalde, había adqui-

rido á mi nombre, con carácter de perpetuidad, la sepultura de mi madre.

Después de referirme cómo lo consiguió, hablando ya de otras cosas, por distraerme de la tristeza que causa toda conversación de muertos y enterramientos, me dijo:

—Y para no desperdiciar los días, he hecho por cuenta propia una cosa que de tiempo atrás deseaba.

—¿Se puede saber?...

—Sí; tú ya conoces mi manía de coleccionar dibujos y grabados antiguos, y hasta has visto muchos de ellos. Bueno; pues yo tengo en Madrid, también lo sabes, además de la casa grande y de tres ó cuatro de esas de vecindad, otra pequeña, muy pequeña, pero que no carece de encanto y aun de cierto interés artístico, porque hay en ella muchos muebles y trastos antiguos...

—¿En qué barrio de Madrid?

—Entre el río y la ronda de Segovia, cerca de la línea del ferrocarril de circunvalación. Valer, vale no vale gran cosa; lo bonito es el jardín; aunque abandonado, á mí me gusta mucho: tiene árboles magníficos, un estanque y una fuentecilla muy mona; todo ello encomendado á un guarda que es un grandísimo pillo;

como que había alquilado varias habitaciones de la planta baja sin que lo supiéramos ni mi administrador ni yo, guardándose los cuartos, y el estanque también lo alquilaba para lavadero.

—¿Junto á la ronda de Segovia?

—Sí. ¿Conoces la casa?

—¿En ese jardín hay una gran escalera con la barandilla toda cubierta de yedra?

—Exacto.

—¿No se llama *La Granja de la Duquesa?*

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Has estado allí?

—Muchas veces, de niña. Muerta mi madre, solía llevarme Luisona, porque al lado vivían unos parientes suyos y nos dejaban entrar al jardín y nos vendían flores que nosotras llevábamos al cementerio.

—¡Qué casualidad! Pues esas flores eran mías.

—*¡La Granja de la Duquesa!*... Si no conocía yo otra cosa.

—Bueno; sigo mi relato. En la casa hay un cuarto con unos armarios de libros, y desde hace tiempo tenía yo la sospecha de que, además de los libros, debía de haber allí estampas y grabados viejos, porque mi abuelo materno padeció esta misma chifladura mía de las estampas.

—¿Y qué sacaste en limpio?

—Lo primero, que la casita se puede arreglar y alquilarse, aunque rente muy poco; lo segundo, traerme quince ó veinte láminas que estaban donde me figuré.

—Oye: ¿y por qué se llama *La Granja de la Duquesa?* Siempre he tenido curiosidad de saberlo.

—Es una historia que parece novela. La casita la construyó á mediados del reinado de Carlos IV un hermano de mi bisabuelo, el Duque de Álora, para verse con una querida que era cómica: allí tenían sus citas, iban á merendar, á cenar... y lo demás. Se casó el señor Duque; es decir, por conveniencias de familia, sus padres le hicieron casarse con una prima suya, la cual estaba perdidamente enamorada de él, aun sabiendo, como todo Madrid, el trapicheo con la comedianta. Y aquí entra lo dramático. La muchacha, que era apasionada y vehemente, para estar segura de su futuro marido, hizo lo que vas á oir... La cosa parece un capítulo de novela de capa y espada.....

—Toda la vida es novela.

—Dos días antes de la boda, la que iba á ser duquesa citó con gran secreto por la mañana muy temprano, en el palacio de sus padres, á

su confesor y al novio; los llevó al oratorio, y allí, sirviendo el clérigo de testigo, hizo jurar al novio sobre los Evangelios que rompería para siempre con la cómica.

—Sí que es novelesco.

—El novio, cogido por sorpresa ó poco escrupuloso, juró en falso. Verificóse la boda, y antes de cumplirse el mes, la Duquesita supo que su marido continuaba viéndose con la comedianta, y que el nido de las citas era la casa de junto al río. Sobornó á la moza que la guardaba, y una noche entró, escondiéndose en el jardín. Cuando vió luz en las ventanas del cuarto donde su marido cenaba alegremente con la querida, se colocó junto al estanque, que es muy hondo, y desde allí llamó por su nombre con grandes voces al Duque. Éste y la querida abrieron la ventana, y entonces la Duquesita, erguida y arrogante, le gritó: «¡Por tu culpa!», y se arrojó al agua.

—¡Pobre mujer!

—El terror que de ellos se apoderó hizo que tardaran en socorrerla; cuando acudieron con luces y criados, se había ahogado. Sobre el macizo de ladrillo que forma el borde del estanque, encontraron un abrigo de los que llamaban entonces *citoyén* y un chapín de raso. Luego,

por tratarse de familia tan principal, se echó tierra al asunto. Esta es la pura verdad, y aún creo que así anda escrita en algún libro de tradiciones madrileñas... Ahora lo que necesito es que tú, por esa Luisona tuya ó por alguien más que conozcas en Madrid, me busques un hombre de confianza para ponerle al cuidado de aquello, despidiendo al gandul del guarda.

El relato me impresionó tristemente. Luego Sancho, entre su deseo de alegrarme y el afán con que me veía tras varios días de ausencia, estuvo amantísimo conmigo.

Esta fué la época en que se mostró verdaderamente cariñoso. Mis ilusiones retoñaron con fuerza, y el recuerdo del paseo con Irene se me borró, lo mismo que al despertar se nos quita el sobresalto que causa una pesadilla. Tal es la ceguedad del alma cuando se considera con derecho á la felicidad; que ni las amenazas la intimidan ni los avisos le aprovechan.

XVII

Aquel año fuimos á Biarritz casi á fines de Septiembre. Sancho, que, como ya he indicado, era aficionadísimo á la pintura y poseía una buena colección de cuadros y grabados, trajo de Madrid, además de las estampas mencionadas, un hermoso retrato de mujer hecho por Goya; lo dió á forrar y poner marco; tardaron en devolvérselo, y no quiso salir de París hasta tenerlo en su poder.

Al llegar á Biarritz recibí una mala impresión. Nunca he sido supersticiosa; pero entonces tuve un presentimiento muy triste, y por desgracia no se engañó mi corazón. Íbamos en el coche que nos llevó desde la estación, cuando ya cerca de casa, ambos, de pronto, dijimos á una:

—¿Qué novedad es ésta?

—¿De quién será eso?

Era que al lado del hotel de Sancho se alzaba otro casi acabado de edificar, y tan próximo, que entre una de sus fachadas y la verja del que pudiera llamar nuestro, sólo quedaba un espacio de seis á ocho metros.

El cochero nos dijo que la nueva finca y otras dos parecidas que se estaban construyendo un poco más lejos eran propiedad de un comerciante de Bayona, el cual las hacía para alquilarlas. Sancho se disgustó hasta enfurecerse casi, con razón quejoso de que ni administrador, ni amigos, ni criados, nadie le avisara oportunamente para tratar de adquirir aquel pedazo de tierra, ensanchando su jardín y ahorrándose las molestias que la futura vecindad le originase. El enojo no podía estar más justificado, pues la proximidad de ambos edificios iba á ser tal, que desde las ventanas de las fachadas que habían de quedar fronteras se vería perfectamente cuanto se hiciera dentro de las habitaciones.

Mi contrariedad fué de otra índole y más dolorosa, porque tuve que callármela. En seguida me di á pensar en la clase de gente que se alojase allí: quizá viniese una familia cargada de niños que pasaran el día vociferando en el jardín; tal vez señoras que ni siquiera me saluda-

sen, ó acaso una mujer hermosa y atrayente en quien pusiera Sancho los ojos. Y lo mismo fué admitir la posibilidad de esto último, que desasosegarme, como si el peligro hubiera de surgir aquel mismo día. El mayor encanto de la casa de Sancho consistía para mí precisamente en hallarse aislada, pues ya he dicho que fué la primera ó una de las primeras construídas en las cercanías del faro, y este apartamiento me producía la ilusión de vivir lejos de la gente con el hombre de quien imaginaba haberme apoderado, y á quien tanto deseaba conservar; así que la perspectiva de ver turbada nuestra soledad me sacó de quicio: casi no dormí aquella noche. No estaba el hotelito nuevo ni estaría en muchos meses para que se pudiese alquilar; mas ya con la imaginación lo veía yo concluído y habitado por alguien que me perjudicase. En fin, lo que sentí fué una verdadera corazonada, presagio de penas y sinsabores.

Vino luego el otoño, tan desapacible y lluvioso, que, hartos de ver caer agua y estar encerrados en casa, á las pocas semanas volvimos á París, donde pasamos hasta el verano siguiente.

Esta ha sido la época más tranquila de mi vida. Sancho estaba bien. Mis cuidados en lo

tocante á las horas y naturaleza de las comidas; mi vigilancia para que no sufriese enfriamientos, y, principalmente, el régimen de prudencia en lo más íntimo de nuestras relaciones á que conseguí someterle á fuerza de habilidad y ternura, le habían sido, al parecer, de gran provecho. Harto comprendía yo, sin embargo, que este vigor y fortaleza eran resultado de mi cariño y mi solicitud, obra exclusivamente mía, y que, entregado á la sensualidad ó la codicia de otra mujer, tardaría muy poco en ponerse peor que cuando vino á mis manos, y aún correría grave riesgo su existencia. En fin, tengo el orgullo de poder decir que la esposa más amante no le hubiera dado mayores pruebas de cariño; y creo que, durante algún tiempo, así lo consideró él. Por mi parte, días hubo en que me figuré haber encontrado el hombre capaz, si no de apreciar el tesoro de ternura contenido en mi alma, por lo menos dotado de bastante sensibilidad moral para comprender que, siendo tan hermosa de cara y tan bien formada de cuerpo, aún valía más mi corazón.

Nunca disputábamos; pero había dos cosas que Sancho sobrellevaba con disgusto: una, aquel régimen de relativa continencia que le impuse, que era precisamente la mejor prueba

de amor que podía darle; otra, mi tenaz aversión á presentarme llamativamente vestida donde, por decirlo así, me exhibiera y luciese, cual si ambos alardeásemos él de rico y yo de desvergonzada. Hablando claro; era muy sensual y en extremo vanidoso. Yo procuré poner á raya su amorosa vehemencia, porque ansiaba conservarle la salud, y me resistí cuanto pude á gastar y ser tratada como querida de lujo, imaginando hacerme con ello digna de estimación. Pero se atravesó en mi camino una mujer perversa, mala pécora en quien Sancho comprendió que tendría la sensualidad satisfecha y la vanidad colmada, y allí dió fin el corto período de mi dicha. Pude defenderme con las mismas armas con que fuí atacada; mas pensando que esto hubiera sido prostituir mis sentimientos, no quise, y, con saludable claridad, hasta brutalmente, avisé á Sancho de su daño, resignándome luego á ver destruídas y como pateadas mis ilusiones de vida honrada; sí, honrada, honradísima, porque mi afán era pertenecer á un hombre solo y para siempre. El duelo entre aquella ladrona y yo duró poco; fuí vencida, repitiéndose en nuestra rivalidad un caso no tan extraordinario como parece; la pecadora, á despecho de su turbio pasado, se portó digna-

mente, y la señorita, mimada por la fortuna, tenida por honesta, mostró instintos de ramera. He aquí cómo sucedieron las cosas.

En Septiembre llegamos también á Biarritz aquel año. Tres llevaba en compañía de Sancho, á quien le sobraban motivos para conocer lo que yo valiese. El hotelito contiguo al nuestro, que el verano anterior vimos á medio construir, estaba concluído, y habitado por la viuda y la hija de un rico comerciante español, socio de una gran casa de Burdeos.

El empeño de ambas era fijarse en Madrid, donde el muerto las había llevado á pasar algunas temporadas, porque en Burdeos estaban siempre renegando: la madre lo deseaba por estar cerca de una hermana suya, esposa de un acaudalado banquero, y la hija comprendiendo que en Burdeos acaso hallara marido tan rico ó más que ella, pero sin salir de cierta esfera burguesa inferior á sus aspiraciones. Su sueño dorado era la alta sociedad madrileña que había entrevisto durante las temporadas que pasó con su tía, la mujer del banquero; y esperaba que su fortuna y sus atractivos le conquistarían un porvenir á medida de su ambición. Pasado el luto y arreglados sus asuntos, determinaron veranear aquel año en Biarritz, lo cual ya era

aproximarse á la gente rica española, y al invierno siguiente avecindarse en Madrid. Por desgracia mía, alquilaron el hotelito nuevo.

La madre, doña Sofía, que representaba poco más de cuarenta años, no debió de ser hermosa ni aun en su juventud, pero tenía buen talle, figura distinguida y cierto aire triste de mansedumbre y resignación con que se hacía simpática. Era de cortos alcances y de carácter tan apocado, que nunca tuvo voluntad ni fué señora de sí, viviendo siempre sometida, primero á su marido y después á su hija.

Ésta no se le parecía en nada. He visto pocas mujeres tan bellas y ninguna de tan mala índole: el cuerpo, un prodigio; el alma, un asco. Cuando la conocí, acababa de cumplir veinte años. Era rubia, de correctísimas facciones que animaba con la más engañosa sonrisa, y de admirables formas, las cuales se complacía en lucir con el menor movimiento que hiciese y con cualquier postura que adoptase. Se llamaba Ernestina; pero su madre y sus íntimos, empleando uno de esos diminutivos que dan á las mujeres nombres de perros falderos, le decían *Niní*. No la describo minuciosamente, porque en mi relato se pintará sola.

Á las dos semanas de llegar nosotros á Biarritz, ya tenía yo el convencimiento de que se desvivía por atraer las miradas de Sancho. En un principio se contentaba con ponerse á leer junto á las ventanas, donde mejor pudiera ser vista desde las nuestras, ó con andar vagando por el jardín fingiéndose ensimismada y melancólica; pero pronto comenzó á desplegar más osadía y peor intención, amargándome la vida.

Una tarde volvíamos Sancho y yo hacia casa por el camino del faro; detrás venía ella con su madre: al vernos, se adelantó dejándola sola, y en el momento de pasar á nuestro lado, se detuvo á esperarla dando tiempo á que Sancho la examinase de pies á cabeza. Ante tal descaro no pude reprimir un gesto de disgusto, y ella entonces se juntó con su madre, riendo provocativamente sin dejar de mirarme.

Acostumbrábamos, después del almuerzo, á tomar café en el jardín, si hacía buen tiempo; y algunas veces, entretenidos charlando ó leyendo, permanecíamos allí hasta media tarde; por desgracia, nuestro jardín se veía desde el suyo, y ella, valida de que á tales horas por el camino inmediato no pasaba nadie, corría de un lado para otro mirando los planteles de flores ó llamando á un perrito, único animal que he

sentido deseos de estrangular en mi vida; y esto lo mismo lo hacía vestida con ligerísimas ropas de mañana que dispuesta para salir, en traje de paseo, pero siempre levantándose mucho la falda para que se le viesen los pies. No acabaría nunca de contar cosas parecidas.

Me tenía volada; Sancho estaba desasosegado y molesto; en esa situación del hombre que, teniendo al lado la mujer poseída, se ve solicitado por otra: no la miraba sino cuando creía que yo no le veía; pero pronto me persuadí de que tampoco hacía nada de lo que en tal caso debe hacer el enamorado leal para expresar á la desapudorada que pierde en balde el tiempo y la vergüenza.

Estos preliminares fueron obra de pocos días, y yo en seguida me di cuenta de la situación. Era absurdo que una señorita medio decente se arriscase á tales atrevimientos por mera coquetería. Sólo cabía una explicación, y no se necesitaba ser adivino para alcanzarla. La maldecida *Niní* sabía, indudablemente, que Sancho era muy rico; que llevaba un título; que no estábamos casados, y quizá no ignorase mi vida pasada. En resumen; debió de pensar que la conquista valía la pena de intentarse, y que yo, como rival, no merecía ser tomada en serio.

Si, además, le dijeron la fama que Sancho gozaba de mujeriego, aún le parecería más fácil y divertida la empresa de robármelo. Son increíbles los extremos de astucia y desenvoltura, pero desenvoltura de la fea, á que llegó, y lo provocativa que se puso. Si hubiéramos vivido en un barrio poblado ó en una fonda, no se hubiese atrevido á tanto; pero allí, valida del relativo apartamiento y de la disposición de ambas casas, no se paró en barras. Su madre, su servidumbre y la mía, le tenían sin cuidado; cada día acentuaba más el propósito de molestarme. Una tarde, hallándome yo junto á la verja del jardín esperando á Sancho, vestida con un trajecillo sin pretensiones, salían la hija y la madre. La grandísima infame me miró con el mayor descaro, y, en alta voz para que pudiera oirlo, dijo:

—¿Has visto, mamá? De cerca no es ningún prodigio... y se conoce que gastan poco con ella.

Delante de mí Sancho se contenía, no cometiendo la avilantez de complacerse en mirarla ó recrearse en su desvergüenza; pero á espaldas mías era otra cosa. Las predicciones de Irene estaban á punto de cumplirse. Remedios fué quien me abrió los ojos. Esta muchacha, la

misma que quité á la Marquesa de Palmares, me había tomado ley, y no sin causa.

Á los pocos meses de entrar á mi servicio, cuando ya sabía yo lo buena que era, su novio la engañó miserablemente. Por Luisona me enteré de que estaba embarazada; el seductor había desaparecido de Madrid, y la muchacha hablaba de quitarse la vida con la serenidad de quien es capaz de hacerlo. Medio año la tuve aún en mi casa; luego le procuré asistencia en una institución benéfica, encargando que nada le faltase, y al salir de su cuidado, no sólo la recibí de nuevo, sino que le pagué la lactancia del niño recién nacido, el cual, mientras ocurrían en Biarritz las cosas que voy refiriendo, estaba confiado á un ama buscada por Luisona. La pobre se encariñó tanto conmigo, que se hubiera dejado matar por evitarme un disgusto. Su estado de ánimo, consecuencia natural del abandono padecido, le hacía mirar la actitud de Sancho con verdadera indignación, como si se considerase moralmente obligada á cierta solidaridad femenina; y este sentimiento, unido á la gratitud, la impulsó á enterarme de lo que tanto me importaba.

Ya he hablado de que Sancho poseía en París una preciosa colección de dibujos, estampas

y grabados franceses, principalmente del siglo XVIII, los cuales catalogaba y cuidaba con el mayor esmero, lavándolos y limpiándolos cuando lo habían menester, engomando las roturas y poniéndolos en grandes hojas de cartulina. Siempre que íbamos á Biarritz se llevaba gran número de estas láminas, y en un cuarto del piso alto, donde tenía dos grandes tableros y cuanto para tales habilidades era preciso, se entregaba con entusiasmo á sus manipulaciones, juzgándose dichoso cuando conseguía tapar en una estampa los agujeros de la polilla ó quitarle las manchas de humedad y la amarillez que les da el tiempo.

Justo enfrente de este cuarto, que Sancho llamaba su laboratorio, un piso más bajo y á distancia de diez ó doce metros, caía la ventana de una habitación del hotel vecino; de modo que cuanto pasaba dentro de ella, gracias á la proximidad y á la diferencia de altura se veía perfectamente desde el dicho laboratorio. En aquella habitación tenía *Niní* los armarios de sus ropas y un gran espejo para probarse los trajes. No creo que mi amante hiciera por casualidad este descubrimiento; de algún modo se entenderían; lo cierto es que la condenada señorita se encerraba allí, con la ventana abier-

ta, y comenzaba á sacar de los armarios faldas, cuerpos, abrigos y sombreros; luego se colocaba ante el espejo, y, poniéndose unas prendas, quitándose otras, haciendo mudanzas ó ensayando posturas, se complacía en mirarse, y más aún en saber que era mirada, mientras Sancho, desde el laboratorio convertido en observatorio, la contemplaba como el santo rey David debía de mirar á Betsabé; con la diferencia de que ésta, según la Escritura, parece inocente de la seducción que ejercía, y en *Niní* estaba todo sucia y astutamente calculado. Tales escenas podían permanecer ignoradas, primero porque en aquella fachada de nuestro hotel no había ninguna pieza habitada, y segundo porque ellos aprovechaban la hora de la mañana en que yo salía á bañarme en el mar acompañada de Remedios. Mas tuvo ésta que volver un día desde la playa en busca de algo mío que se le había olvidado; para entrar más pronto en casa, llegó al jardín por una puertecilla trasera, y viendo á Sancho en la mencionada ventana con los ojos fijos en la casa vecina, comprendió que no estaba allí á humo de pajas; en seguida subió á una pieza inmediata al laboratorio, y desde otra ventana vió perfectamente á la desvergonzada mozuela.

Á los pocos minutos, en la playa, me lo refería todo.

La impresión que recibí fué tremenda. Cuanto hablé con Irene en el parque de Passy acudió á mi memoria. El amante verdadero que supuse conquistado á fuerza de habilidad, rendimiento y ternura desaparecía, dejando en su lugar al hombre de instintos exclusivamente carnales; ¡el de siempre! Y, sin embargo, mi mayor sufrimiento consistió en pensar que si aquella mujer se apoderaba de Sancho acabaría con él. ¡Cómo me acordé de la noche del primer vómito de sangre! Lo primero que se me ocurrió fué irme inmediatamente, separándome de él tras una explicación de cinco minutos, casi sin dejarle hablar; luego consideré que debía quedarme luchando para salvarlo, defendiéndole contra sí mismo; pero la idea de que me supusiese capaz de entablar rivalidad por seguir disfrutando vida cómoda y regalada, me infundía pavor; por fin, determiné arrostrar la situación, averiguando hasta dónde llegaba su afecto hacia mí, hablarle al alma, avisarle del riesgo, abrirle los ojos, y si no leía claro en los míos, si no comprendía mi desinterés y mi sinceridad, entonces, marcharme.

Antes quise desenmascararlos; no con el pro-

pósito de darle á él un mal rato, sino deseosa de humillarla á ella, obedeciendo á un sentimiento que aun hoy considero disculpable en una amante enamorada y ofendida. Me pareció que para la virgen rica, para la señorita que así se envilecía por voluntaria perversión, era buen castigo verse descubierta por la pobre mujer á quien quería perjudicar, y en esto me favoreció la casualidad, pues no creo que en días anteriores se hubiese mostrado tan impúdica como aquel en que mi doncella y yo la sorprendimos.

Á la mañana siguiente de contarme Remedios lo que llevo referido, salí con ella para el baño, diciendo á Sancho que tardaría en volver á almorzar, porque pensaba hacer en Biarritz algunas compras.

Retrocediendo antes de llegar á la playa, entramos en casa por la puertecilla trasera, y encerrándonos en el cuarto inmediato al laboratorio, esperamos. Poco duró nuestra impaciencia; pronto oimos llegar á Sancho, y nos colocamos junto á la vidriera, sin abrirla; desde allí, por entre los calados del dibujo de los visillos veíamos hasta el fondo del cuarto de los armarios, donde á los pocos minutos apareció *Niní*.

Llevaba una bata blanca, al parecer, sin pre-

tensiones, pero cortísima por delante, y de un crespón tan vaporoso, que se le ceñía dibujándole todo el cuerpo. Era alta y, para su edad, demasiado metida en carnes; el perfil, de medalla clásica; los labios, grosezuelos y rojos. Traía el cuello y los brazos libres, y el pelo, castaño claro, de anchas ondas, en ese estudiado desorden que saben lograr las manos propias mejor que la peinadora más hábil. Merecía, en justicia, ser calificada de soberanamente hermosa, aunque quizá pareciera demasiado robusta y fuerte á quien tuviese el gusto fino. Con ella por modelo se hubiera podido esculpir á Belona guerrera, á Juno soberbia, no una graciosa y gentil Diana. De figura y de atavío estaba preciosa; pero, hablando claro, más traza tenía de maestra en impurezas que de auténtica y pudorosa doncella.

Remedios y yo no le quitábamos ojo. Primero, anduvo de un lado para otro, como buscando algo; aquello fué un paseo preliminar para lucir la bata, y, sobre todo, el cuello y los brazos; en seguida, de uno de los armarios sacó un traje blanco de baile, y después de mirarlo mucho, como quien quiere darse cuenta de su estado, se metió detrás de un biombo para ponérselo, siendo este el único rasgo de pudor

que observamos en ella. De allí á poco salió engalanada y se dirigió al espejo. Después se volvió mostrando el escote, por cierto más propio de señora atrevida que de señorita honesta; y para que á Sancho no le cupiese duda de que merecía ser admirado, se apoyó de codos en el alféizar de la ventana, de modo que al juntar los brazos é inclinar el busto hacia adelante, se le vió perfectamente gran parte del pecho.

Sin duda Sancho hizo desde su escondite alguna seña con la cual se mostrara agradecido; acaso ademán de mandarle un beso. Cosa muy expresiva debió de ser, porque entonces ella se cruzó ambas manos ante el escote, pero con los dedos separados para no cubrirlo mucho, y alzando los ojos, encendidos los labios, pareció darle las gracias, ofreciéndole con la mirada y la sonrisa aquello mismo que aparentaba tapar. Luego, dejando caer lentamente los párpados, fingió quedar en dulcísimo arrobo, con la boca entreabierta, como el Bernini puso á Santa Teresa en aquella famosa estatua donde parece sentir el corazón traspasado por la divina saeta del amor, y finalmente, perdido todo recato, cual si obedeciese á súbita inspiración, se dirigió al fondo; de un jarroncito de flores que había sobre una mesa

tomó una rosa, volvió con ella, y recobrando la misma postura de antes, se la colocó entre los pechos. Jamás he visto semejante refinamiento de impudor. Y allí se me acabó la paciencia. Resuelta á humillarla, abrí de golpe con estrépito la ventana para que nos viese á mi doncella y á mí, dándole á entender que aquello no era cosa casual, sino sorpresa premeditada.

Pálida de coraje, con un movimiento muy rápido, se metió dentro, escondiéndose tras el biombo. Entonces despedí á Remedios, salí al pasillo y empujé la puerta del laboratorio.

Sancho, sin darse cuenta exacta de lo que originó el repentino sobresalto y la brusca desaparición de *Niní*, estaba todavía mirando hacia el biombo. Al verme se quedó estupefacto; y, con la cobardía de que en tales trances echan los hombres mano para aplacarnos, dijo procurando reirse, cual si quisiera expresar que se mofaba de ella y era todo cosa de juego:

—Tiene poquita vergüenza.

—¡Y tú menos!—repuse airada—; aquí eso no lo tiene nadie más que yo; y, por lo mismo, me marcho.

—¡No es para tanto! He venido á coger unos papeles; ella estaba en la ventana, y se ha

puesto á hacer tonterías. No ha pasado más. Pura casualidad.

Mientras así hablaba, noté que encima de un tablero había una estampa grande, y miré sin querer. Era un grabado de Moreau que representaba una pastora con el corpiño muy escotado haciendo ademán de colocarse una flor entre los pechos. En seguida comprendí todo lo sucedido, y no hacía falta ser brujo para adivinarlo. Indudablemente, cuando *Niní* se apoyó despechugada y desfachatada en el alféizar de la ventana, Sancho le mostraría el grabado que estaba sobre el tablero; acaso lo tuviese allí con toda intención; por su tamaño y por la corta distancia que les separaba, pudo ella verlo perfectamente, y, en el acto, fué en busca de la rosa y se la puso donde la tenía la pastora. Al persuadirme de que las cosas habían pasado así, tomé la estampa y se la enseñé diciendo:

—No tiene vergüenza, pero ha hecho eso porque tú le estabas enseñando esto. Lo dicho; puedes traerla á tu casa cuando quieras; yo me marcho.

Viéndose descubierto, soltó la carcajada. Su risa me pareció una confesión tan insolente y despreciativa, que arrugué la estampa, la

tiré al suelo, y salí dejándole con la palabra en la boca. Desde el pasillo le oí vociferar.

Todo el enojo que no había sentido al verme aparecer ni al quedar desenmascarado, le acometió al mirar la lámina estropeada; el coleccionista se enfadó más que el amante, y hasta con esto me ofendió. Poco después se fué, diciendo que no almorzaría en casa, y por la tarde no vino á comer.

Bajo la primera impresión del dolor resolví marcharme, creyendo sinceramente que sólo en el caso de rogarme y mostrarse arrepentido podía yo permanecer allí. Por la noche me encontró acabando de hacer los baúles.

—¿Insistes en irte?—preguntó muy fosco.

—Debías conocerme mejor. Una mujer que estuviese contigo por el interés, podría tolerar ciertas cosas: yo, no.

—¿Y dónde vas?

—Primero, á París, dos días, á recoger todo lo mío, y luego á Madrid, á mi casa...

—¡Ah!, á París; bueno... Allí lo pensarás mejor—interrumpió incrédulo.

—Sí; y en seguida á mi casa. Tú no has comprendido lo que yo quería ser para ti.

En vez de quedarse en el dormitorio procurando apaciguarme, se fué á pasar la noche en

otra habitación, y por la mañana salió temprano sin hablarme, con lo cual juzgué que me dejaba marchar por su gusto.

Al medio día, más muerta que viva y tragándome las lágrimas, tomé con Remedios el expreso para París. Mi resolución obedecía á la violencia de la pena, al descorazonamiento engendrado por lo que me pareció mezcla abominable de ingratitud y deslealtad; sobre todo, me impulsó la sacudida que experimenté viendo surgir en él nuevamente y desbaratando mi vida el tipo del hombre susceptible de dejarse dominar sólo por la sensualidad. Mi abnegación, mi ternura, habían resbalado sobre su alma dura como el agua sobre la piedra pulimentada por la corriente: estaba cansado de mi hermosura, de mi condición dulce y delicada; y la otra, la señorita sin pudor, le atraía con su belleza vistosa y sus alardes deshonestos.

Pero apenas arrancó el tren, me arrepentí enfurecida contra mí misma; cada hora que pasaba me parecía una eternidad interpuesta entre ambos. Á despecho de todo amor propio, sentía impulsos de bajarme á mitad de camino, volver en otro tren cualquiera y hasta pedirle perdón. Llorando salí de Biarritz y llorando entré en

París. Por fortuna íbamos solas en el vagón; Remedios me decía cariñosamente:

—Ya verá la señorita; en casa encontramos un telegrama llamándola, ó mañana viene el señor Marqués en persona... Si esa mujer parece de las que cantan y bailan en los teatruchos.

—Pues por eso le ha gustado; precisamente por eso. He querido ser para él como su mujer propia, y me ha traicionado y escarnecido lo mismo que si lo fuera.

En París no había telegrama ni lo recibí en todo el día, ni Sancho vino al siguiente, ni siquiera escribió. Entonces, considerándome abandonada, segura de que se alegraba de lo sucedido para verse libre de mí, determiné recoger pronto lo que era mío y marcharme á Madrid.

Los días que pasé en aquella casa esperando y desconfiando, volviendo á esperar y tornando á desconfiar, fueron de los más tristes de mi vida. No acierto á decir qué me atormentó con mayor violencia, si la amargura del desengaño ó el zarpazo de los celos. ¿Qué haría Sancho libre de mí? ¿La buscaría con mayor empeño? ¿Se pondrían al habla? ¿Se habrían entendido antes? ¿Para esto economicé yo su salud y le defendí de sí mismo? En cambio, ella le haría

sufrir. Porque, no me cabía duda, era capaz de todo. No se le entregaría de buenas á primeras, sino después de enloquecerle á puros deseos; luego le pondría en trance de casarse, y él, ¡necio!, acaso no comprendiera lo que yo adiviné: que el objetivo de su ambición era el título, el maldito título. ¡Qué noches pasé! En mi pobre cabeza, como en vaso lleno de tósigos distintos, se confundían la ira y el odio, el arrepentimiento y el despecho. Convencida de que ni me llamaba ni venía, en pocas horas concluí de hacer el equipaje.

La mañana del día en cuyo anochecer iba á salir de París, me anunciaron la visita del médico. Me negué; insistió diciendo que venía de parte de Sancho, y le recibí.

Con gran sorpresa mía, aquel hombre, á quien antes consideré hostil, era, si no amigo, un espíritu observador é imparcial que, haciéndose cargo de mi modo de querer á Sancho, había cambiado de opinión y de actitud respecto de mí. Venía en calidad de simple emisario, y acabó por ser un auxiliar.

—Ese loco—dijo—me escribe haciéndome un encargo... difícil de desempeñar con una mujer como usted. Temo algún disparate muy gordo. Cuénteme usted lo sucedido... Á ver si podemos

poner remedio, aunque desconfío mucho, y luego diré la misión que traigo. Hay mujer de por medio, ¿verdad?

—Hay mujer... y menos eso, todo se lo perdonaría.

—¡El de siempre!

—¡El de siempre!—repetí.

Con la misma frase aludíamos, el doctor á la versatilidad é inconstancia de Sancho, yo al tipo de hombre que me hacía desgraciada.

—Cálmese usted y dígalo todo: habla usted con un amigo.

—¿De veras?

—Palabra de honor. ¿Qué ha pasado?

Le hice relación detallada de lo ocurrido, me escuchó con la mayor atención, y en seguida se expresó de este modo:

—Malo lo veo. Francamente, ha estado usted desacertada marchándose, porque es muy vanidoso; no perdonará él que una mujer le deje... y se me figura que esta es la primera vez que le pasa. Si ahora esa descaradísima niña le trastea con maña halagándole el amor propio, fingiendo que toda una señorita se altera y se solivianta por él, y al mismo tiempo usted exagera este arranque de natural altivez...

—No es altivez, sino dignidad, cariño ofendido...

—Pues no se lo perdonará á usted. Y, en cuanto á él, si las cosas llegan á cierto punto, está perdido. Ya me comprende usted. Yo soy muy claro. En un principio, viéndola á usted tan hermosa... y como andaba el pobre tan delicado, me dió usted miedo. Luego supe todo lo que usted hacía, y me persuadí de que le quería... de que le estaba usted salvando...

—De modo que usted sabe cómo vivíamos. Hemos sido marido y mujer; pero mujer que no ha querido quedarse viuda, y que se ha visto obligada á regatear y escatimar, por verdadero cariño, lo que se le pedía, al parecer, con amor... Porque hay que decir las cosas con toda claridad, aunque sea preciso ruborizarse.

—Nada ignoro. Entre quejas y asombros, él me lo contaba. Lo dicho: le estaba usted salvando la vida. Esta fuga de usted es una gran torpeza. Prescinda usted del amor propio, y proceda con calma. Usted no debe, si aún es tiempo, romper en absoluto, sino procurar mantener con él algún lazo que en lo futuro haga posible la reconciliación. Pienso también que

esa señorita no se contenta con ser rica, y quiere ser marquesa; hay que estorbarlo.

—Yo no vuelvo si no me llama. Dudaría de mi desinterés, de mi sinceridad... ¡y eso no!

—No la llamará á usted; le conozco.

—Entonces... ¿Y qué encargo trae usted?

—¿Puedo decirlo sin rodeos?

—Sí; estoy hablando con el corazón en la mano.

—Dinero.

—Es inútil.

—No conviene contestar á su orgullo con otro mayor. Haga usted que entre ambos subsista una relación, por débil que sea, para facilitar la paz el día de mañana. Si esa mujer es astuta y á Sancho le gusta tanto como temo, por conseguirla es capaz de casarse; y, lo repito,... está perdido. Si usted le quiere, procure evitarlo.

—¡Pobre de mí! ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo?

—Dejando las cosas de suerte que pueda usted acudir cuando haga falta. No se vaya usted hoy. La cosa merece reflexionarse, por usted y por él; sobre todo por él. De no volver inmediatamente á Biarritz...

—¡Eso no!

—Pues, entonces, cuanto más tiempo permanezca usted aquí, mejor. Esperemos dos ó

tres días, á ver si resuella. Yo vendré pronto, para que hablemos.

. . . . . .

Pasé la noche entregada á los pensamientos más tristes; pero considerando que aquel hombre discurría razonablemente y abría camino á la esperanza. Cuando volvió al cabo de dos días, le dije:

—Voy á seguir el consejo de usted, y me parece que he encontrado medio de dejar entre él y yo un cabo, un asidero á que poder agarrarme en momento determinado... Es algo que facilita la comunicación entre ambos.

—En estos trances, las mujeres son ustedes de gran sabiduría.

—Á ver qué le parece á usted lo que he pensado. ¿Usted le ha oído hablar á Sancho de la *Granja de la Duquesa?*

—Sí; conozco la casa. Antes, aquello era un destierro; hoy, con los tranvías, hasta se podría habitar.

—Pues eso precisamente; que me deje vivir allí. Al parecer, es pedirle que me dé casa de balde, procurándole ocasión de mostrarse generoso; en realidad, es probarle que yo quiero hacer vida de aislamiento, y, sobre todo, tener pretexto constante para comunicarme con él.

—Comprendido, y me parece muy bien. Esta es la prosa de la vida. Estoy seguro de que le dejará á usted la casa, muy sorprendido de que después de vivir en este incomparable París, se resigne usted á meterse allí; y cuando vea que es usted capaz de semejante heroicidad... ¿quién sabe?, puede que hasta vaya á buscarla.

—No le conoce usted, ó dice eso para consolarme. De todos modos, pídaselo usted en nombre mío.

El doctor escribió á Sancho, y éste, á vuelta de correo, contestó que aquel mismo día daba órdenes á un apoderado suyo en Madrid para que pusiera á mi disposición la *Granja de la Duquesa,* haciendo previamente en ella todos los arreglos y composturas que yo pidiese, y que me fueran entregadas las llaves.

Emprendí el viaje con Remedios. Renuncio á decir en qué estado de ánimo lo hice, y la mezcla de abatimiento y excitación que sufrí desde Bayona hasta la frontera. Neciamente concebí la esperanza de que Sancho, á quien el doctor anunció mi partida, saliese á detenerme en la estación de Biarritz. Al llegar allí, me asomé á la ventanilla; era noche cerrada, llovía, y el andén estaba desierto.

En Madrid, avisada Luisona, fuimos á parar á mi casa, donde la pobre mujer me recibió con los mayores extremos de alegría. Pensando en la vida de apartamiento que me proponía hacer, aconsejé á Remedios que buscase colocación; mas no quiso separarse de mí, diciéndome:

—Haga la señorita lo que pueda por mi hijo; yo no la dejaría aunque no pudiese pagarme: ya vendrán días mejores.

Gran trabajo me costó tenerla en casa, por el corto número de habitaciones; pero me faltó valor para insistir en que se fuera. Tal es mi sino; dos criadas han sido los seres que más apego me han tomado.

Rudo era el contraste entre mi pobre casa y la que acababa de dejar en París. Sin embargo, ninguna comodidad ni regalo eché de menos; sólo de Sancho me acordaba. Cierto que no lo merecía; pero, ¿quién manda en su propio corazón? Quedábame un consuelo; el cual consistía en que siendo Sancho tan rico y no ignorando mis antecedentes, salí de su poder sin un regalo, sin un par de pedruscos para las orejas, como él solía decir cuando imaginé que me quería; y harto persuadido podía estar de que haberle pedido que me dejara vivir en la *Granja de la Duquesa* no era señal de codi-

cia, sino ansia de conservar, aunque remota, alguna relación con él.

No tardó en presentárseme su apoderado, y por la exquisita cortesía con que me trató comprendí las órdenes que tenía. Fuimos juntos á la *Granja de la Duquesa;* indiqué, sin excederme en pedir, varias reparaciones; se llevaron á cabo, y al mes siguiente tomé posesión de ella.

La casa, aislada de las pocas que por allí había, estaba compuesta de planta baja, piso principal y buhardillas. El principal tenía diez ó doce habitaciones, algunas de las cuales conservaban en las paredes, más ó menos descolorido, el rico damasco con que fueron tapizadas á fines del reinado de Carlos IV; varias estaban desamuebladas; en otras había restos de sillerías, alfombras, buenos espejos y cómodas de talla dorada, armarios con loza y cristalería y una gran cama; todo ello de puro estilo del gusto del Imperio, y muy rico. Sin duda, el bisabuelo de Sancho fué hombre fastuoso, y para alhajar el escondite de sus amores con la comedianta mandaría traer de Francia muchas de estas cosas. En parte de ellas se había ensañado la polilla; en otras, según la orientación y el sitio, hicieron estragos la humedad y el

polvo: veíanse cortinajes y guardamalletas comido el color por la luz, sillones medio desencolados ó con manchas, ventanas sin fallebas, cristales rotos y techos con goteras; pero no había nada malo ni feo.

El apoderado de Sancho me dijo que podía utilizarlo todo ó mandarlo sustituir á mi antojo, porque tenía orden de obedecer cuanto yo dispusiese. Me negué en redondo á que se gastase más de lo preciso para la conservación de lo verdaderamente artístico; guardé lo que quise en la planta baja, y, con lo que llevé de mi casa, me arreglé tres ó cuatro piezas, consiguiendo crear un conjunto grato á los ojos, por su misma variedad.

Lo que me gustó mucho fué el jardín que, como he dicho, vi cuando niña, y del cual ya no tenía memoria. No era grande ni estaba cuidado; pero de él se desprendía ese encanto indefinible de los lugares que revelan haberse dispuesto para solaz de alguien que se gozó en ellos, y donde luego el tiempo y el abandono han ido destruyendo unas cosas, alterando otras y poetizándolo todo.

Se bajaba á este jardín por seis grandes escalones de piedra berroqueña con barandillas laterales de hierro ocultas por una hiedra viejí-

sima cuajada de bayas negras y brillantes como cuentas de azabache. Desde lo alto de estos peldaños se veían cuatro recuadros de mirto muy crecido, antaño sin duda llenos de flores, y ahora invadidos de jaramago y de maleza. En los dos paseítos que formando cruz los separaban, la grama y otras hierbecillas rastreras cubrían por completo la arena, y en el centro del cruce había una graciosa fuentecilla con pilón circular de granito, en medio del cual se alzaba un Cupido de mármol desnarigado, manco y cubierto de verdín. Al fondo se erguía un grupo de frondosas acacias y soberbios plátanos que parecían beber la vida del estanque que á sus pies se hallaba, el cual era de catorce varas en cuadro y muy hondo. Alimentábalo una noria, cuyo funcionamiento, según contrato, pagaban los dueños de varias huertas cercanas, donde llegaba el agua por cañerías puestas bajo tierra. Una tapia con cascos de botella hincados en lo alto lo rodeaba todo, y en uno de sus ángulos había restos de un pequeño espacio cerrado que debió de ser invernadero ó estufa, pues que aún quedaban en pie fragmentos de marcos con vidrios embadurnados de blanco.

Desde los balcones del piso principal, la vista

abarcaba parte de la ribera; más allá la carretera de Extremadura, las arboledas de la Casa de Campo, los cerros del Pardo, y en último término las cumbres de la sierra. Las puestas de sol tenían allí soberana magnificencia; pero, aunque parezca inverosímil, lo que más atraía las miradas era el estanque. De día su tersa superficie era un espejo donde se retrataban todos los cambiantes del cielo; de noche, á poco que las estrellas fulgurasen, la masa de agua, lóbrega é inmóvil, llenaba el alma de pavor; y sabiendo la tradición que iba unida á la casa y le daba nombre, era inevitable que la imaginación evocase el trágico fin de la Duquesa. Jamás lo contemplé sin miedo, y aun alguna vez, sugestionada por la fantasía, que involuntariamente reconstruye lo que se ha oído contar, creí ver, sobre los anchos bordes de ladrillo, el chapín y el abrigo de la desventurada suicida.

Con los preparativos de la instalación pasé unas semanas entretenida, por lo menos ocupada en algo. Sin calcular lo que duraría aquel período de mi vida, ordené mis gastos. El sostenimiento de Luisona y Remedios importaba más de lo que yo quisiera; en cambio, no tenía que pagar inquilinato. El jardinero corría por

cuenta del apoderado; pero éste, á quien sin duda fuí simpática, me entregaba sus mensualidades para que aquél, recibiéndolas de mi mano, me sirviera con mayor respeto.

Terminado el arreglo de las habitaciones, al darme cuenta exacta del aislamiento á que me condenaba, hizo presa en mi espíritu esa melancolía tediosa inseparable de toda existencia sin objeto. También sentí fuertes impulsos de rebeldía contra la desgracia. ¿Por qué resignarme? ¿No estaba en la plenitud de la hermosura? ¿No me lo decían en cuanto echaba á andar por las calles las codiciosas miradas de los hombres y el gesto envidioso de las mujeres? ¿Á qué insistir en aquel estúpido apartamiento de la alegría y el placer? ¿Por qué renunciar á todo consuelo y esperanza? ¿No podría hallar un nuevo amante que supiera estimar lo despreciado por otro? ¿No lo encontraron mujeres llegadas á situación análoga? ¿No habría uno capaz de comprenderme?

Al discurrir así, la idea de la soledad me ponía espanto, la relativa pobreza me parecía pura insensatez y el dulce recuerdo de los días pasados con Sancho se me antojaba ridícula flaqueza propia de ánimo cobarde y apocado. Había noches en que la pena, exacerbada por

el insomnio, iba tomando formas de franca desesperación. ¿Por qué me doblegaba á vivir así? ¿Tenía más que resolverme de una vez, buscar otra casa, encargarme media docena de trajes y presentarme en público?

La verdad es que la tentación no llegó á cuajar en mi cerebro. Fácilmente fuí dándome cuenta de que no me importaba vivir sola, ni disponer de poco dinero, ni carecer de amante en el sentido material de la palabra; no: lo que yo echaba de menos no era un hombre cualquiera; el deseado era Sancho; Sancho mismo, á despecho de su ingratitud, con todos sus defectos. Entonces comprendí que si sólo es dichoso el amor comunicado y compartido, puede haber ocasiones en que el amor solitario tenga también su poesía y se baste á sí propio. Esta especie de apacible sentimentalismo hizo oficio de bálsamo, y aunque sin llegar nunca á la verdadera resignación, que implica en quien sufre dominio absoluto de sí, poco á poco me dejé dominar por una tristeza reflexiva y mansa, análoga á la que deben de experimentar los que, injustamente desposeídos de cuantiosos bienes, saben recordar en calma la riqueza perdida.

XVIII

Catorce meses llevaba en aquel abatimiento tranquilo, que no llegó nunca á ser verdadera conformidad con la desgracia, cuando recibí una carta de Irene, carta cuya lectura hizo sangrar mi herida.

Tras un largo preámbulo sobre la maldad de los hombres, decía lo siguiente: «... y á Sancho le pasa lo que le debía pasar. Alentado por la desenvoltura de esa *Niní* á quien Dios confunda, creyó que podría primero trastornarla con sus atractivos personales, tantas veces triunfantes; luego rendirla con sus artes de conquistador, y, por fin, remunerarla con dádivas ó poner tierra por medio. Ella, todavía más astuta que desvergonzada, le permitió cuanto atiza el deseo menos aquella última concesión con que se pierde lo que ninguna recobra, hasta ponerle en ese vergonzoso estado en que el hombre

pasa por todo con tal de hacer su gusto; y ahora, después de dejarse manosear de lo lindo, mostrando ser de las que saben esperar y abrasan sin quemarse, cuando le tiene bien persuadido de que no ha estrechado nunca entre los brazos hembra semejante, le dice de buenas á primeras que, si quiere gozarse en la lectura del libro cuyas estampas tanto le gusta mirar, ha de adquirirlo con todas las de la ley, haciéndolo suyo sagrada y legalmente, porque ella no lo presta ni le consiente que lo siga hojeando. ¿Entiendes? Y Sancho, que con unos cuantos billetes de Banco, muy poquitos, encontraría en este París miles de mujeres más hermosas, se dispone á pagar el capricho, no con dinero, sino con su nombre, y ¡ay!, lo que yo más siento... con su título.

»La insensatez no puede ser mayor; una verdadera barbaridad. Ya sabes la edad que tiene, cuarenta, con un pico muy largo, y que está para pocas fiestas. Ella, con sus veintiuno, querrá ser festejada, y, además, su pinta no engaña: no tardará Sancho en sufrir lo mismo que otros sufrieron por su causa. Quien tal hizo, que tal pague. No seré yo quien llore, y tonta serás tú si no te alegras recordando lo

bien que te portaste con él. En fin, creo que se casa muy pronto.»

Terminaba Irene su carta anunciándome la próxima venida de Sancho á Madrid, por sólo dos días, para procurarse unos documentos.

Yo no vi en aquella noticia ni en sus comentarios más que una cosa: el hombre á quien quería se casaba, débil y enfermizo, con una mujer mucho más joven que él, é indudablemente mala.

Un deseo irresistible se apoderó de mí; mas con impulso tan limpio de egoísmo, que ni por asomo pensé en recobrar la posición que á su lado tuve: mi afán no era reconquistarle, sino salvarlo, diciéndome que la mayor prueba de amor que le podía dar era hablarle como en tales casos saben hacerlo sólo la madre ó una amante verdadera; seres, al parecer, de índole tan opuesta, y á los cuales, á veces, la fuerza del querer hace asemejarse tanto. ¿Qué me podría pasar? ¿Ver acentuada su ingratitud? ¿Ser maltratada de palabra, y acaso hasta de obra? Todo ello no importaba nada en comparación del beneficio que quizá le reportase mi cariño.

No sabía yo, en un principio, cómo tener oportuno conocimiento de la venida de Sancho y de la fonda donde se hospedase; mas á poco

de pensar en ello me acordé del apoderado.

Era este hombre de más de sesenta años, al parecer inteligente, y que desde el primer día que hablamos se mostró finísimo conmigo. Andando el tiempo me enteré del origen de su amabilidad. Sancho le daba casa en una de sus fincas de Madrid, y él, naturalmente, había escogido y habitaba una que le convenía: entonces Sancho le indicó repetidas veces que se fuese á vivir á la *Granja de la Duquesa,* cosa que al infeliz, por lo apartado del sitio, le contrariaba mucho; de suerte que al recibir la orden de ponerla á mi disposición, se alegró sobre manera; por esto hizo en ella cuantas reformas pedí y allanó todos los obstáculos que surgieron; pues así pudo, con causa justificada, seguir viviendo en uno de los mejores barrios de Madrid. Tal era el origen de su extrema complacencia para conmigo. Á él acudí. Mediante formal promesa de guardarle el secreto, me avisó el día que llegó Sancho, y me dijo la fonda donde paraba.

No quiero recordar cuánto sufrí la noche que, ya sabedora de su llegada, me determiné á verle; ni lo que me atormentaron la casi seguridad de no conseguir nada y el miedo á ser malamente recibida. Sofocando penas y acallando

temores, fuí resuelta á decirle todo lo que mi cariño me dictaba; y con orgullo declaro que, durante algunas horas, hasta los celos quedaron ahogados bajo la grandeza de un sentimiento que tenía mucho de maternal y verdaderamente sagrado.

Aunque parezca inverosímil, la prueba de que no concebí el proyecto de rescatar en provecho propio el perdido amante, es que no me adorné ni me compuse para ir á hablarle. Viéndome salir con un sencillísimo vestido negro y un velo prendido sin la menor coquetería, me dijo Remedios:

—La señorita debía arreglarse más.

Á lo cual contesté:

—No es ocasión de trapos.

Por el camino, sobreponiéndome á la emoción que me estremecía, procuré serenarme; y, como en todas las ocasiones graves de mi vida, me sentí animosa, con ese valor frío que consiste en ejecutar lo pensado sin vacilación, cueste lo que cueste. Del fondo de mi corazón surgió aquella energía con que arrojé de mi casa á mis tíos, humillé á la Palmares y desprecié á Gonzalo... Nada fié al dudoso encanto de recordar la intimidad pasada, ni al poder de las lágrimas, ni á cosa alguna que implicase

flaqueza: mi propósito era decirle con cariñosa crueldad el peligro á que se exponía; y como lo pensé, lo hice.

Llego á la fonda, pregunto el número del cuarto, subo, y llamo á una puerta: «¡Adelante!» Su voz, hace tanto tiempo no escuchada, me penetra hasta lo más hondo del alma; entro, cierro, y, de repente, perdiendo por unos instantes todo vigor al verme en presencia suya, siento que me faltan la fuerzas, y, para no caerme, tengo que apoyarme en la silla más próxima.

Estaba escribiendo. Al verme, se levantó, me arrojé en sus brazos, y la débil presión con que éstos me acogieron fué la primera revelación de que lo pasado era cosa muerta. Su rostro reflejaba mayor contrariedad que sorpresa.

—Siéntate, siéntate—decía con más urbanidad que agrado, llevándome hacia un sofá donde me sentó, tomando él un sillón.

—¡Verte!... ¡Quería verte!—exclamé.

—Pues ya me ves—repuso con una tranquilidad afectada, mil veces peor que el enojo franco.

—Sí; y también veo que no puedes... ni sabes... ni quieres disimular el disgusto. ¡Parece mentira!...

—Disgusto, no; lo que me atrevo á decirte es que, dadas las circunstancias, la verdad, no esperaba esto; me figuraba que una entrevista de esta índole sería para ti tan dolorosa como para mí: parecía lo natural.

—Dolorosa, para mí; para ti, desagradable.

—No; disgusto, repito que no. Ni concibo que tú te propongas dármelo... ni hay motivo. No somos mujer ni hombre para escándalo.

Su cara iba tomando la expresión desabrida de quien está resuelto á no entrar en explicaciones largas.

—No me ofendas fingiendo suponer que soy capaz de darte un escándalo. Te has equivocado, mejor dicho, nunca me has comprendido. ¡Pobrecitos conquistadores! Imagináis conocer á las mujeres... y no pasáis de la epidermis. ¿Para qué quiero yo el escándalo? ¿Qué falta me hace? ¡Ni quejarme!

—¿Entonces...?

—Aunque creas que no tengo respecto de ti ningún derecho, tengo varios.

—¿Cuáles?

—Primero, el de recordarte que yo no te busqué; que me resistí á ser tuya; por sorpresa me llevaste á tu casa. Te he querido con el mayor

desinterés... Y, sobre todo, tengo el de probarte que todavía te quiero.

—¡Ya! Vienes romántica.

—Ni sueño con reconquistarte, ni pretendo inspirarte lástima.

—No quieres más que hablar un rato—dijo secamente.

—Sí, hablar, y muy claro.

—No has estado acertada al proponértelo. ¿Con qué objeto? La vida es así, y hay que tomarla como viene. ¿Á qué empeorar las cosas, pudiendo conservar buen recuerdo uno de otro?

—Es que yo no lo conservaría si no te dijese lo que mi corazón me manda decirte.

—No sé lo que te propones.

—Vengo resuelta; me has de oir.

En este momento tuvo la crueldad de ponerse en pie, cual si procurase significarme que, por su gusto, allí debía terminar la entrevista. Pero, viendo que no me movía, tornó á sentarse, diciendo:

—Lo que menos podía esperar de ti... una falta de sensatez, de desconocimiento del mundo... ¿Qué te habías figurado?

Sin levantarme, dominando la mezcla de pena y enfado que me ahogaba, le dije:

—No; no me echas con una simple falta de cortesía, ni diciéndome cosas amargas. Me dejaría pegar: conque... ¡figúrate lo que me importará todo eso!

—En resumidas cuentas: ¿á qué has venido? —preguntó ya con la mayor acritud.

—Tienes razón; basta de medias palabras: ni tú reticencias, ni yo cobardía. ¿Sabes á lo que vengo?

—Tú dirás.

—¡Cuánto quiera! Á decirte la verdad, por que no tienes madre, ni hermano, ni amigo, ni nadie que te la diga: á llamarte loco y suicida.

—Locura, la tuya, atribuyéndote el derecho de juzgar mis actos.

Dando rienda suelta á mi deseo, continué:

—¿No he de tener derecho? ¿He sido yo para ti una querida vulgar? ¿No recuerdas cómo hemos vivido? ¿Puedes serme indiferente? Yo me metería para siempre en un rincón á llorar, y aun aceptaría que ese rincón me lo dieses tú, si te casases con una mujer de otra índole, capaz de quererte...

—Supongo que no te permitirás...

—¿Ofenderla? ¡Si ella no me importa nada! ¡Si á esto no me han movido los celos ni el despecho! Quien me importa eres tú, tu salud, tu

vida. ¡Si es que te vas á matar... y no quiero! Si yo no te he salvado y te he economizado para que te destruya y te aniquile una señorita con alma de perdida; una mujer ambiciosa...

—Le sobra dinero; es rica.

—¡Y quiere ser marquesa! Será duro, parecerá despiadado hablarte así; tómalo como te acomode; pero, ¿no comprendes lo que vas á hacer? ¿Has perdido la memoria? ¿No ves que te matas? ¿Y tus meses de debilidad? ¿Y tus placeres dolorosos seguidos de postración y tristeza? ¿Y tus días de fiebre? ¿Y tus vómitos de sangre? ¿Y tus miedos horribles? Si con una mujer como yo, amante verdadera que te contenía poniendo tu amor á raya, y que con una pasión que no has sabido comprender se te negaba precisamente cuando más te deseaba, rechazándote porque te veía enfermo, y aun así has vivido de milagro, ¿qué te va á pasar con una moza de veinte años, toda egoísmo, toda carne, sin pizca de ternura? ¿Qué señales de amor te ha dado, como no sea dejarse manosear?

Me oía espantado, pálido, tembloroso. ¿Era terror ante la descarnada verdad? ¿Ira reprimida? ¿Vanidad humillada? Acaso todo junto.

—Se te va la lengua, ¡y no estoy dispues-

to á tolerarlo!—dijo, dominándose á duras penas.

Creyendo hacer mella en su ánimo, y que cuanto más le atemorizase más probabilidades tenía de salvarle, continué resueltamente:

—Cosas peores que éstas habrás de tolerar. Sí, es rica; no se casa por codicia, sino por ambición: son pasiones distintas. ¿Cómo no lo comprendes? En cuanto sea marquesa, acabó tu reinado. Tú le das el título; lo demás que no puedas, otro se lo dará. ¿Crees que cuando vuelvas del viaje de novios en el estado en que estuviste conmigo en Biarritz el primer año, te va á cuidar como yo? ¡Estás ciego! ¿Imaginas que perderá por ti la ocasión de asistir á una fiesta ó lucir un traje? ¿Eres tú hombre para acompañarla quebrantado, deshecho y celoso, de comida en comida y de salón en salón?

Me escuchaba entre irritado y atónito, procurando contenerse y mordiscándose los labios. Yo, anhelante, con la voz apagada para que no me oyesen en las habitaciones contiguas, seguía sin acobardarme:

—¡Loco, más que loco! Y si no es capaz de tener piedad de tu salud, ¿la tendrá de tu honra?

—¡Basta!—dijo mirándome descompuesto.—¡Calla, ó márchate!

—No me asustas. ¡Aunque me pegues! ¡Podías desconfiar de mí, si esperase algo! Te hablo por puro amor, por interés tuyo. No quiero de ti cosa ninguna ni vivir contigo. ¡Si después de las ilusiones que me has quitado no me puedes dar nada! Lo que te pido es que abras los ojos... La supones desinteresada, porque es rica; pero hay mil clases de interés. ¿Estás seguro de que se casaría contigo si no tuvieras el título que llevas? ¿Te has hecho esta pregunta?

—Ya la haces tú, como si tuvieses autoridad para ello—repuso de mal modo.

—¿Qué cara te pondría si, de la noche á la mañana, le dijeses, por ejemplo, que para no sostener un pleito, por cariño á un pariente, con cualquier pretexto, cedías el título, quedándote de caballero particular? ¿Crees que tu apellido suena en sus oídos lo mismo que el marquesado de Ajalvir? Contesta.

Lo que entonces ocurrió entre nosotros, ni pude preverlo, ni siquiera me pasó por las mientes. Burlándose de mí, como si se me hubiese ido la lengua y descubriera torpemente el propósito que me movía, exclamó:

—¡Acabáramos! Te has vendido. Esa idea puede que no sea tuya, sino de alguien á quien tal cosa convenga. Engañada, ó consintiéndolo, te has hecho instrumento ajeno.

—¿Cómo?

—Sí; arma de tercera persona.

No alcanzando, al pronto, lo que quería expresar, repuse con toda sinceridad:

—De veras, no te entiendo.

—Bien claro lo digo. Semejante disparate no ha salido de ti.

—¿Cuál?

—Lo del título. Eso no ha podido ocurrírsele sino á quien está pensando en el título continuamente.

—Explícate.

—Claro lo veo... y tú también, aunque lo disimulas. Hay alguien que, si me caso, pierde todas las esperanzas que haya concebido respecto del marquesado: esa persona, sea quien fuere, ha supuesto que si yo sometiese á la que va á ser mi mujer á la prueba de decirle que no tenía título, me dejaría plantado, y te han movido á hablarme como lo has hecho, recordándome mi poca salud sin consideración á meterme miedo y hacerme daño; han sabido aprovechar tus celos, tu despecho, para que me su-

gieras la idea, no de renunciar al título, eso sería estúpido, sino de que lo aparente y lo finja, imaginando que, si tal hiciera, la que se va á casar conmigo rompería la boda. En una palabra, chiquita, te han hecho un flaco servicio; te han expuesto á que, en vez de desconfiar de otros, desconfíe de ti... como si fueras capaz de hacer algo por el interés... aunque ya sé que no.

Me quedé aturdida. Real ó fingidamente, suponía que mi conducta era resultado de la astucia de Irene, y hasta que acaso ésta me ofreciese una recompensa. Al comprender el sentido de sus frases, la afrenta me produjo el efecto de un trallazo que me cruzase la cara; peor aún, como si me hubiese escupido; el insulto más soez no me lastimara tanto; y poniéndome en pie para irme, contesté con amarga cólera:

—¡Todo eso has supuesto de mí! Yo, convertida en instrumento de alguien, sea quien fuere, para hacer algo que te perjudique... á sabiendas... ¡y por el interés! Mira... si lo crees, eres imbécil, porque no me has conocido; si lo dices sin creerlo, tu villanía no tiene nombre.

Quiso hablar; le atajé:

—¡Calla! No envenenes esta separación. Te

he hablado de la mera posibilidad de que probaras á esa... señorita; porque pienso, y se le ocurre al más topo, que, si no fuera por la corona de marquesa, no te haría caso. Nadie me ha dicho nada; nadie sabe que he venido, y tú te has pasado de listo y me has ofendido groseramente.

—Tu torpeza ha tenido la culpa.

—No; tu exceso de malicia y tu falta de corazón. Cásate, cásate. Dada la ceguera que padeces, lo que me conviene es que te cases. Tú me vengas de ti mismo. No sabrás lo que he sido, lo que aún puedo ser para ti, hasta que te llegue la hora del desengaño; como sufro ahora el mío, sufrirás el tuyo.

—De modo que tú me puedes querer; tú, y nadie más.

—¡Esa no! Estoy segura. ¡Al tiempo! Pero procura que te deje algo de vida: por poca que sea, yo la recogeré.

—Ya dije que venías romántica.

—Los fríos de corazón llamáis así á los que sabemos sentir. No se irá ella de tu lado, el día que te deje, con la pena que yo me llevo ahora. Entretanto, ninguna relación debe existir entre nosotros. Quise vivir la casa donde estoy para tener un lazo de unión contigo... Era un pretex-

to para acercarme á ti; lo confieso. Ahora no he de necesitarlo; puedes disponer de ella. No quiero nada tuyo.

El natural vanidoso de Sancho, sobreponiéndose á su enojo, le hizo cometer entonces una nueva torpeza.

—Sí; es verdad; no tienes nada mío; no he sido generoso contigo, ni tú me has dejado. La casa, si la quieres, es tuya. Lamento que no valga más, pero te haré una donación en toda regla.

—De ningún modo: si mientras imaginé que me querías no admití nada, ahora, menos.

—Eso es soberbia.

—Y lo tuyo, vanidad.

Fuí hacia la puerta con propósito de no pronunciar palabra más; pero, de repente, por uno de esos anhelos instintivos con que quien sufre se aferra á la esperanza antes de perderla del todo, me detuve en medio del cuarto y miré á Sancho poniendo el alma en la mirada. No sé qué expresión tomaría mi rostro en aquel momento; si fué de súplica, no quiso atenderla; si de dolor, le dejó insensible.

—¿Se acabó?—murmuré entreabriendo apenas los labios.

Sancho, sin desplegar los suyos, bajó la ca-

beza y extendió los brazos dejándolos caídos á lo largo del cuerpo, como si diese la respuesta con aquel ademán de seca conformidad. Salí sin volver la cabeza.

. . . . . .

Aunque no esperé gran cosa de aquella tentativa, tampoco creí encontrar tan frío y duro al que fué mi amante apasionado. Uno de los rasgos distintivos de su modo de ser era la cortesía, y estuvo conmigo hasta grosero, si no en las palabras, en la actitud y el tono. Yo, sin embargo, ciega de cariño, aún me sentía inclinada á disculparle, considerándole irresponsable y casi trastornado; si fuese supersticiosa, me hubiera parecido que obraba sometido á la acción de un maleficio.

Volví de la fonda poseída de esa desesperación que dispone á las resoluciones extremas. No niego que, entonces, empapada de que Sancho tenía sorbido el seso por la que iba á ser suya, los celos me abrasaron el alma: si aquel día me encuentro de pronto en una calle ó en una tienda á la maldecida *Niní*, seguramente me abalanzo á ella, la retuerzo al cuello las cintas del sombrero, ó el velo, lo que llevase, y me doy el placer de ahogarla. Esto lo comprenderá cualquier mujer que se haya visto en situa-

ción análoga. Lo inconcebible era que, valiendo Sancho moralmente mucho menos de lo que imaginé y persuadida de ello, todavía me produjese mayor tormento que los celos la idea de lo desgraciado que iba á ser. No me quedaba más que una esperanza dudosa y remota: la posibilidad de probar algún día mi superioridad sobre aquella mujer aborrecida, y esta esperanza era para mí como la lucecita que, cerrada la noche, ven brillar en la negrura del bosque los niños abandonados de los cuentos de hadas.

La misma tarde ordené á Luisona que cuanto antes preparase, para trasladarnos á ella, la casita donde vivió durante mi ausencia, en la cual estuve cuando volví de París hasta ir á la *Granja de la Duquesa*, y que nunca quise dejar por lo incierto de mi situación. Malamente íbamos, tres mujeres, á estar allí; tendríamos que buscar otra vivienda; lo urgente era salir presto de la *Granja de la Duquesa*. Pero el Destino—y empleo esta palabra porque no creo que la Providencia tuviese ningún resentimiento conmigo—dispuso las cosas de otro modo, aplazando la realización de mi propósito. La misma noche me sentí mala. Entre la emoción sufrida y un enfriamiento, cogido al salir acalorada de la fonda, amanecí con un ca-

lenturón espantoso. Un mes pasé enferma: naturalmente, el médico me prohibió pensar en la mudanza mientras no me restableciese, y se lo comuniqué al apoderado, añadiendo que, como manifesté á Sancho, me iría de la casa en cuanto pudiese.

No sé lo que tuve; oí hablar en torno mío de fiebre nerviosa: para mí, fué una de esas grandes perturbaciones, que acaso carezcan de nombre, con que el organismo se resiente de una tremenda sacudida moral.

Peor que la enfermedad fué la convalecencia. Por fin, aunque lentamente, el cuerpo comenzó á recobrar fuerza. Mas el abatimiento de ánimo persistía con tenacidad: todo se me volvía preguntarme á mí misma cuál iba á ser mi porvenir.

Recursos para atender á las necesidades materiales, no me faltaban. De Sancho no recibí nada. Desde que comprendí que le quería, cifrando mi ventura en que lo creyera, me propuse no admitir dinero suyo; salí de su poder con el puñado de luises que me quedaba cuando, por sorpresa, me llevó á su casa de Biarritz; todo lo que gastó conmigo fué lo que importara mi parte de nuestra vida común en París, unos cuantos trajes (por cierto, ninguno lu-

joso) y lo poco que le costara la sepultura de mi madre; ni en dinero ni en joyas recibí nada. Lo que yo tenía, todo en papel del Estado, era el producto de la venta de la librería, de lo cual nunca distraje un céntimo; lo que me legó la Marquesa, con los ahorrillos que hice estando á su lado, y los más importantes de mientras pertenecí á Blancas: en junto, una renta de siete á ocho mil pesetas. Que procediera de Sancho, ni un céntimo. De modo que el único hombre á quien real y positivamente amé, estaba imposibilitado para pensar que le hubiese querido por interés. En resumen, reunía más de lo necesario.

Pero si, por lo que al dinero se refiere, mi tranquilidad era completa, en cambio, respecto de lo que atañe á la vida afectiva, la miseria en que me encontraba era muy dolorosa. ¿Cómo iba á vivir? ¿Esperando neciamente la aparición de otro hombre á quien tendría que considerar como nuevo comprador de mi hermosura? ¡Esta sí que hubiera sido la más fea prostitución! No; preferible era resignarme al repudrido amargor de todas mis desdichas exacerbadas por el último desengaño. Mi ansia de ensimismarme, de recogerme mentalmente para amar saboreando mi amor y mis penas, podía

más que la torpe esperanza de ser otra vez codiciada por sólo mi belleza. En parecidos soliloquios se me pasaban las horas... Pero, ¿por qué no me quiso ninguno de mis amantes? ¿Qué prendas me faltaban para apoderarme de los hombres? ¿Fué carencia mía de condiciones morales ó intelectuales? ¿Era mala, ó era bestia? ¿No había visto por el mundo mujeres estúpidas ó perversas enseñoreadas de un hombre? ¿Estaba yo predestinada á ser escultura de carne incapaz de inspirar amor? ¿Nadie iba á conocer mi alma ni merecer nunca mis encantos otro empleo que la galantería?

El final de tales monólogos era siempre preguntarme si merecía conservarse vida que daba margen á semejantes dudas. Primero se fué apoderando de mí la lógica tenebrosa de los desesperados que imaginan discurrir libremente cuando ya el dolor les ha ensombrecido el ánimo; después vino á concluir de turbarme la sugestión misteriosa de lo externo, la influencia del ambiente que respiraba. Las cosas tienen sus lágrimas, como dijo el poeta, y tienen también el secreto poder de engendrar ideas. Lo que vemos, y sobre todo lo que vemos continuamente, estimula nuestro entendimiento: el ramo de flores secas que hallamos

tirado en la calle trae memorias de obsequios y de amores; la reja tupida no es mero conjunto de barrotes de hierro, es al mismo tiempo imagen de prisión; una racha de aire, el más leve perfume, evocan lugares donde se ha gozado ó se ha sufrido. Sí; las cosas hablan con voz unas veces enérgica y violenta, otras mansa y sutil, y el alma las escucha penetrándose de lo que dicen, saturándose de ello, hasta tomar por pensamiento propio lo que han sugerido en su lenguaje recóndito y arcano...

Una tarde, á cosa de las seis, Luisona y Remedios se fueron á la cocina, dejándome sola en el gabinete. Estábamos á principio de verano, y aunque el tiempo era bueno, el médico no me dejaba todavía salir á la calle ni bajar al jardín, lo cual me tenía harta de reclusión y consumida de tristeza. Viendo al través de las vidrieras el aspecto del día y tomando la precaución de echarme un ligero chal de lanilla sobre los hombros, cogí un libro, abrí de par en par uno de los balcones y acerqué á él una butaca; mas al respirar de pronto con delicia el aire libre, en vez de sentarme á leer me puse de codos en la barandilla.

El jardín estaba precioso; ya no lo invadían, como cuando tomé posesión de la casa, la gra-

ma y la maleza. Entre el verde obscuro de los recuadros de mirto había multitud de plantas baratas y vulgares, pero muy bonitas: rosas, geranios, claveles, alelíes, lirios, peonias, pensamientos, jeringuilla, bola de nieve y espuela de caballero. La sombra del ramaje de los plátanos, dejando en algunos sitios paso á la luz, formaba sobre la arena dibujos negros con fondo de oro; la parte de tapia orientada al mediodía estaba guarnecida de una frondosa pasionaria, cuyas flores parecían joyas de esmalte; en el pilón de la fuentecita caía con ruido monótono y continuo el chorrito del surtidor; las acacias enviaban su aroma, y el sol, hiriendo al sesgo el agua del estanque, reberberaba con destellos tan vivos, que era penoso fijar allí la vista.

Al cabo de un rato, su tersa é inmóvil superficie, perdiendo aquel fulgor intenso por la desviación de los rayos solares, tomó aspecto de plano duro y resistente, como si fuera de cristal; sólo si daba en el haz del agua alguna hoja desprendida de los árboles se percibía un ligero temblor, engendrándose ondas que, dilatadas en círculos concéntricos, iban á chocar contra los murallones de ladrillo; después, según fué avanzando la tarde, quedó de un ver-

de claro y sucio semejante al de las madejas de ovas que se sacaban de su fondo al limpiarlo; luego, al menguar la claridad en el espacio, toda la masa líquida se obscureció rápidamente, y en los últimos momentos del crepúsculo, cuando aún se distinguían los objetos y las flores tenían todavía color, el rectángulo formado por el estanque era una mancha negra y pavorosa: parecía una gran sepultura á la cual hubiesen arrancado la tapa. Yo, fija en el balcón, continuaba mirando sin querer mirar, al sitio donde sabía que estaba el agua, aunque ya no podía verla.

Abstraída y como pasmada, debí de permanecer largo rato sin discurrir, insensible, paralizado el pensamiento, en suspenso la voluntad, puesta toda la fuerza de mi ser en los ojos que se me iban hacia el estanque. Allí estuve contemplándolo tenazmente, mientras lo pude distinguir; y al cesar de divisarlo, seguí, seguí obstinada con terca insistencia, pugnando por descubrirlo entre las sombras crecientes de la noche. Tenía los pies como clavados al piso del balcón; pero por bajo de mí, entre la negrura de las ramas de hiedra, los peldaños blancuzcos de la escalinata parecían brindarme la bajada libre. Algo misterioso y aciago me atraía...

Brillaban las primeras estrellas; el vientecillo vespertino oreaba mansamente el jardín; las cosas iban perdiendo la forma y el color; casi no se veía en torno; sólo el chorrito de la fuente rompía el silencio de aquella medrosa soledad; y alguna pareja de murciélagos comenzaba sus revuelos veloces y tortuosos, pasando y repasando rápidos ante mi rostro, cual si quisieran, siniestros y agoreros, rozarme la frente con sus negruzcas alas...

De pronto, sentí que alguien me cogía por los brazos.

—¡En el balcón... tomando humedad!

—Señorita de mi alma..., si creíamos que estaba usted leyendo.

Eran Luisona y Remedios. Yo no me daba cuenta de nada, poseía por esa mezcla de confusión de entendimiento y laxitud física que se experimenta al volver de un desmayo.

Transcurridos unos minutos, me recobré y tuve la clara visión de cuanto me rodeaba, pero comprendiendo que me había sucedido algo anormal y extraordinario. Mientras fuí presa de aquella especie de enajenamiento, debí de pronunciar palabras reveladoras de lo que pasó por mi mente sin anuencia de mi voluntad, pues oí que Luisona me preguntaba:

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué duquesa ni qué niño muerto, ni qué nos importa el estanque?

.....

Está para mí fuera de duda que Luisona y Remedios se asustaron mucho. Las frases ó fragmentos de frases que yo había dejado escapar, sin conciencia de lo que decía, debieron de ser la causa de su miedo; porque desde aquella tarde nunca faltó á mi lado una de ellas, y hasta que salimos de la *Granja,* como si hubiesen establecido una guardia, ni de día ni de noche se apartaban de mí. Nunca olvidaré lo bien que se portaron; pero quien real y positivamente me salvó del riesgo que corrí fué el apoderado de Sancho.

Luego de arreglada por Luisona mi modesta casita para mudarnos á ella, le mandé á llamar con objeto de hacerle entrega de la *Granja,* y vino á verme.

Era un viejecito de buena presencia, de ojos vivos, barbilla blanca, gran pulcritud en el vestir y muy amable con las mujeres. Á la legua se le conocía lo mucho que le gustaban y cuánto se complacía en dárselo á entender. Ya he dicho que cuando tomé posesión de la *Granja* se desvivió por contentarme; si la finca le perteneciese, á buen seguro fuera él capaz de

amueblarla de nuevo y hasta ponerle verja dorada por darme gusto.

El diálogo que tuvimos no pudo ser para mí más beneficioso. Comenzó lamentando mi determinación. Temía que Sancho, con propósito de alquilar la casa que él entonces disfrutaba, le ordenase trasladarse á la *Granja*, demasiado distante del centro de Madrid. Después, como la conversación lo daba de sí y yo supe tirarle de la lengua, me habló de lo lealmente que sirvió á los padres de Sancho, de las condiciones del carácter de éste, y, de unas cosas en otras, vinimos á parar en la boda. Yo no quería excederme en darle cuerda, por prudencia, y sin embargo deseaba enterarme de cuanto supiese. Por fin, lo mejor que pude, le abrí camino con cautelosa discreción, y él, que además de querer mostrarme simpatía era de los que no saben callar, se despachó á su gusto. Dando á las palabras esa entonación, entre afable y misteriosa, propia de quien, falto de perspicacia, pretende que su indiscreción pase por prueba de confianza, me decía:

—Sí, amiga doña Juanita; estoy enterado de todo. Una verdadera locura. Tiene cuarenta y no sé cuántos años; está quebrantadillo de salud, como usted sabe mejor que yo, y á pesar

de su experiencia en achaque de faldas, se enreda en las de esa mocita. ¡Crea usted luego en la habilidad de los que tienen fama de llevárselas de calle! Todos acaban lo mismo: con la criada que tienen cerca, ó con la primer chiquilla que les resiste un poco; y en este caso, la resistencia debe de haber sido muy hábil.

Por avivar su locuacidad, dije:

—No le suponía capaz de entusiasmarse tanto.

—Es que cuando se encapricha, se ciega. ¿Dónde hay ceguedad mayor que dejar írsele de entre las manos una criatura como usted, después de tenerla tanto tiempo á su lado? Porque ninguna le ha durado lo que usted.

—Precisamente por eso me dejaría marchar, por cansancio; para hombres así, el mayor encanto es la novedad.

—También habrá contribuído mucho el exceso de amor propio. Ella se habrá hecho desear, y él paga el capricho con su titulo y su libertad, como pudiera pagarlo con dinero.

Hasta aquí no me contaba nada nuevo. Deseosa de que se explayara, le dije:

—Es muy guapa.

—Tan guapa, que, según tengo entendido, en Burdeos, donde vivía, llamaba la atención...

acaso más de lo que á una señorita conviene.

—No hay hermosa de quien no se murmure. Si se habla de ella, y él sabe que sin motivo, se habrá interesado más. Pero de una señorita rica, de buena familia, ¿qué habrán podido decir? Devaneos, ligerezas...

—Sí; muy grandes... Debe de ser mujer de mucha trastienda.

—¡Me deja usted pasmada!

—Líbreme Dios de pecar de murmurador. Me complazco en creer que esa señorita... perdone usted mi libertad de lenguaje, conservará íntegro, aunque quizá no intacto, aquello que un gran escritor francés llama «el capital de las jóvenes». Lo que sé no se refiere á que en ese particular haya tenido algún tropiezo real y positivo, sino á que se ha expuesto mucho á tenerlo.

—¿Hasta eso? ¿Y usted lo sabe?

—Sí, señora, hasta eso, muy expuesta; ella misma lo ha procurado á trueque de satisfacer su ambición, porque lo de sentirse engolosinada con un título, no es nuevo en ella.

—No tenía la menor noticia.

—No es la vez primera que sueña con título; pero antes no pasó de soñar, y ahora lo consigue.

—Cuente, cuente usted.

—Yo tengo un sobrino, hombre formal, honradísimo, incapaz de levantar falso testimonio; ha sido en Burdeos muchos años cajero de una casa de banca, y por él sé ciertos antecedentes de *mademoiselle Niní*.

—¿Y qué? ¿Se deshonra Sancho casándose con ella? Á mí no me creería; pero en su lugar de usted sería capaz de avisarle.

—Yo, no—repuso fríamente—; además, no digo que se deshonre, pero aunque así fuera... cada uno entiende la vida á su modo; yo no le avisaría más que con pruebas al canto, y documentadas, lo cual, como usted comprende, es imposible. Me limito á afirmar que esa damisela es de las que dan una noche buena y cien días malos.

—En fin, ¿qué sabe usted?

—Sus extravagancias nada tranquilizadoras, sus grandes imprudencias, sus pretensiones nobiliarias, todo lo cual, unido al género de belleza que usted me ha descrito otras veces y á la desproporción de edad... ¡Hombre perdido!

—Pero ¿qué extravagancias?... ¿Qué imprudencias?

—Mire usted, doña Juanita; esa *Niní* es hija de un señor Prado, riquísimo, pero comerciante,

¿eh?, nada más que comerciante. En Burdeos, como en todas partes, y más en capitales de provincia, sean del país que fueren, hay establecidas ciertas diferencias sociales entre las familias de la burguesía rica, por mucho caudal que tengan, y las otras de rancio abolengo que pertenecen, ó tienen la pretensión de pertenecer, á la antigua nobleza. ¿Va usted comprendiendo?

—Perfectamente.

—Bueno; pues *mademoiselle Niní*, atacada de una gran vanidad, con la triple base de su hermosura, el dinero de su padre y la complicidad mansa de su madre, ha tenido desde que salió del colegio, donde moralmente no la educaron, la pretensión de introducirse entre esas familias... y aprovechándose de la falta de carácter y poco seso de su madre ha cometido toda clase de imprudencias, mortificando él amor propio de esas gentes, y, al mismo tiempo, obstinándose en alternar ó competir con ellas.

—Su dinero le habrá costado.

—Por ejemplo: se celebraba una fiesta de caridad, y los duques ó los marqueses de tal ó cual daban mil francos: pues *Niní* y su mamá, el doble; llegaba á una joyería una alhaja que

no adquirían por muy costosa las señoras de corona y escudo: y en seguida, instigada por *Niní*, la compraba su mamá; se abrió no se cuándo una suscripción para restaurar las vidrieras de colores de una iglesia viejísima: las damas de pergamino costearon á duras penas varios huecos: *Niní* y su madre encargaron á Bélgica el ventanón de más precio...

—¿Y cómo el padre permitía todo eso?

—Para que le dejasen vivir con una hermosísima querida á quien mantenía con gran lujo... Y después de muerto, ya eran libres.

—Todo eso indica que la mujer con quien Sancho se va á casar es extremamente vanidosa y que se ha fijado en él por ser marquesa; ya lo sabíamos. Pero las imprudencias de mal género, las ligerezas, ¿en qué han consistido?

—Cuando toda esa nobleza provinciana, con más soberbia que lo más pingorotudo del *Faubourg Saint Germain,* de París, estaba harta de la niña y de su madre, aparece en Burdeos el primogénito de los Condes de... no recuerdo el título, en fin, condes. Tenía veinte años; venía del Norte de Francia, donde los padres le mandaron á pasar una temporada con una abuela muy rica para que se encariñase

con él, y era no precisamente tonto, pero muy corto de alcances. ¿Va usted adivinando?

—Me parece que sí.

—Lo mismo fué llegar el futuro Conde á Burdeos, que *Niní* ponerle cerco, ¡y qué cerco!

—Me lo figuro—dije acordándome de la escena de la ventana en Biarritz.

—Le atrajo con monadas y coqueterías; aparentó distinguirle en público con pequeños favores; concedióle otros que, aunque no definitivos, serían de agradecer, en el jardín de su casa, donde á hurtadillas se veían, y, después de volverle tarumba, le propuso que se escapasen juntos, con lo cual forzosamente habrían en seguida de casarlos.

—¡Pobre Sancho! ¡En qué manos cae!

—La dificultad estaba en faltarle al chico dinero. Pero ella disponía de unos cuantos cientos de francos ahorrados de lo que le daban para sus galas; lo bastante con que llegar á cualquier parte y esperar á que les cogieran en una fonda; además, metió en un saquito sus joyas y parte de las de su madre. El muchacho, con tal de llevársela, ó mejor dicho de dejarse llevar, pasaba por todo. Una doncella confidente de la atrevida seductora protegió en un principio la conspiración; pero, al saber que

tomaban parte en la fuga las alhajas de la señora mayor sin noticia de ésta, temiendo verse envuelta en un lance de mal género, avisó á un tío del muchacho, el cual pariente anduvo tan listo que la misma noche de la proyectada escapatoria sorprendió á la pareja, á punto de salir por la puerta trasera del jardín: de modo que el tonto quedó salvo, aunque contrariado, y la señorita completamente desacreditada, porque la aventura se divulgó con gran escándalo.

—Se conoce—dije yo por hacer algún comentario—que es atrevida.

—Y mala. Por vengarse de la doncellita, intentó acusarla de haber sido ella quien le sugirió la idea de apoderarse de las joyas de la madre; mas pronto se demostró que la muchacha ni sabía siquiera dónde aquélla las guardaba, probándose que la niña tenía tan mal corazón como poca vergüenza. Hija y madre, corridas, se marcharon de Burdeos, y al verano siguiente fueron á Biarritz, donde hizo *Niní* la conquista del Marqués. Ya ve usted si estoy enterado.

—¿Y Sancho no ha sabido nada de eso? Es absurdo, tratándose de dos mujeres ricas; que en la sociedad que él trata deben de ser conocidas. ¿Y no hay quién se lo cuente?

—Nadie puede meterse en eso: á usted, por

ejemplo, no la creería; y á un hombre le costaría caro. ¡Cualquiera se atreve!...

—Tiene usted razón; á mí no me creería.

—Naturalmente. Además, un enamorado lo perdona todo, menos que le demuestren la maldad de la mujer deseada... y nuestro Marqués peca de vanidoso.

—¡Pobre Sancho!

—Sí; la futura marquesa de Ajalvir es un dije.

. . . . . .

Pude regocijarme considerándome vengada; y sin embargo experimenté una pena muy grande. Aquel viejo parlanchín y comunicativo, si no me hizo desistir entonces en absoluto de mi negra resolución, por lo menos la quebrantó mucho. No; yo aún no tenía derecho á quitarme la vida... Mi deber era esperar. Vendrían para Sancho días de angustia... Su ingratitud, su inferioridad moral respecto de mí, nada me importaban: en esto consiste el amor. Y más, mucho más miedo que la idea de la muerte, me daba pensar en la hora de su desengaño; porque, si estaba enamorado, sufriría como yo sufrí cuando él fríamente me dejó marchar; y si yo no vivía, al hacerle infeliz la otra, ¿qué iba á ser de mi Sancho?

XIX

Á los pocos días de la conversación que precede estaba instalada en mi casa. Después del hermoso piso principal que habité mientras fuí de Blancas, de la preciosa villa de Biarritz, de la casa magnífica de Sancho, en París, y comparada, por último, con el carácter noblemente anticuado y señoril de la *Granja de la Duquesa,* mi modesta vivienda había de parecerme muy pobre. Aunque conservaba algunos muebles bonitos y lo aproveché todo de la mejor manera, el contraste de lo pasado con lo presente, la estrechez, la falta de comodidades y hasta la fealdad de algunos trastos me fueron harto desagradables. Cualquiera otra mujer se hubiese desesperado; yo, de igual modo que antes no perdí la cabeza dejándome seducir por el lujo, tampoco ahora me afligí desatinadamente. Pero mi vida entró en una fase de tris-

teza tan honda, que á veces, durante muchos días, ni siquiera experimentaba aquel «dulce afán de llorar» de que habla el gran poeta griego. Salía poco y no me trataba con nadie: la sola persona con quien me comuniqué algo fué una señora muy vieja, antigua amiga de mi madre; me la encontré en una tienda, puso empeño en venir á verme, nada me preguntó de cómo viví hasta entonces, y sus visitas rompieron de cuando en cuando la monotonía de mi existencia.

Buscando, según mi costumbre, distracción en la lectura, compraba libros baratos, y además todas las semanas cierta revista francesa á la cual me había aficionado durante mi estancia en París, una de tantas publicaciones que hablan de modas, de artes, de teatros, de viajes y acontecimientos recientes, todo con multitud de figurines y grabados.

Llevaba más de dos meses de hacer esta vida, cuando una mañana compré en la librería la mencionada revista. Al llegar á casa la dejé sobre una mesa. Por la tarde la cogí para entretenerme, y sentándome en una butaca comencé á mirar las estampas. Lentamente iba pasando hojas: un rey difunto, una exposición de encajes, una fiesta de caridad, el *camerino* de

una tiple, el retrato de una dama principal hecho por un gran pintor... De pronto, vino una página en cuya cabecera, con gruesas letras, decía: *Dans le monde*, y estaba compuesta por cuatro pequeños fotograbados, en cada uno de los cuales se reproducía un suceso de actualidad: *Garden party* en casa de unos duques, presentación de un perro que hacía habilidades en un circo, y dos bodas: la primera de un duque francés con una princesa rusa; la segunda tenía debajo este letrero: *Grand mariage espagnol: Mr. le Marquis d'Ajalvir et Mademoiselle de Prado;* es decir, mi Sancho y la maldita *Niní*... Quedé sobrecogida y estrujé nerviosamente el papel. No debía sorprenderme, y, sin embargo, el modo de recibir la noticia me hizo mucho daño, porque aquello no era leerlo ni oirlo contar, era verlo. El grabadito, á pesar de su pequeñez, estaba clarísimo. Al fondo, la fachada principal de Santa Clotilde, una de las iglesias más aristocráticas de París; en primer término, el pórtico, y allí, rodeados de convidados y curiosos, Sancho dando el brazo á *Niní,* que iba envuelta en su velo blanco, con el ramo de azahar en una mano y con la otra recogiéndose la falda. Aunque no tenían las figuritas más de seis ó siete centíme-

tros de alto, se les conocía perfectamente. Eran ellos: el único hombre á quien quise y la despreciable mujer que me lo había robado. La sangre se me agolpó á la cabeza, y casi se me nublaron los ojos; pero me dominó el deseo de verlos y reconocerlos bien para convencerme de la realidad. Como había pasado muchas veces por delante de aquella iglesia, me di perfectamente cuenta del sitio y del momento; mas á ellos, á ellos mismos, quería distinguirlos mejor, adivinarles el pensamiento, sorprender la expresión de sus caras. Un año de vida hubiera dado por que la fotografía fuese mayor y por que aquellos insignificantes muñecos tuvieran aspecto de retratos verdaderos. De repente, me levanté, corrí á una cómoda, saqué del fondo de un cajón unos gemelos de teatro, y, desatornillando una de sus grandes lentes, miré con ella el grabado, pugnando por descubrir en los menudos rostros lo que en aquella ocasión sintieran el amante ingrato y la mala mujer. El empeño fué inútil: el cristal de aumento no hacía más que agrandar las rayitas, los puntos negros y las sombras del estampado, como esfumando, desvaneciéndolo todo, sin dar la menor idea de lo que yo buscaba; vistas con la lente, las cabezas eran un conjunto informe

de menudas manchas. Me pareció, sin embargo, que *Niní* sonreía, y rompí á llorar amargamente.

La sacudida que experimenté fué tan honda que, á pesar de todas las reflexiones pasadas, si en vez de vivir en mi casa estuviera entonces en la *Granja de la Duquesa,* me habría tirado al estanque. El abatimiento me dejó como anonada; pero pronto sobrevino una especie de reacción que, reanimándome, infundió arrestos á mi voluntad. Sí, Sancho estaba perdido; mas, por lo mismo, á partir de aquel instante, debía yo hallarme dispuesta á pensar en su socorro: era un cautivo que el día menos pensado necesitaría rescate ó consuelo, alguna manifestación de ternura que fuese la esencia misma del amor, y como si el haber visto, por decirlo así, la boda retratada me avivase los deseos de saber de él, hice una cosa de la cual en un principio me arrepentí, considerándola inútil, y que á la larga me fué altamente beneficiosa: escribí á Irene suplicándole, por caridad, que, de cuando en cuando, dedicase algunos minutos á escribirme, contándome todo lo que supiera de Sancho.

Tardó bastante en contestarme; después, sus cartas menudearon. En unas, la malque-

rencia venía envuelta en circunloquios y eufemismos; otras veces, mostraba su odio sin miramiento ni rebozo: lo esencial para mí era que, ansiosa ella de saber cuándo le llegaba á Sancho el momento de la desgracia, le seguiría paso á paso, y, por consiguiente, yo lo sabría también.

El nefando contubernio, como llamaba á la boda, la sacó de quicio; y aunque sin mentar el título, ante la perspectiva de que tuviese hijos, la ira se le salía por los puntos de la pluma. Yo, sin conceder á tales desahogos la menor importancia, en teniendo alguna noticia de la vida de Sancho, experimentaba consuelo. Á *Niní* la describía presentándola como capaz de toda maldad y afirmando que, tarde ó temprano, sería causa del mayor oprobio que una mujer puede causar á su marido. El ingenio mordaz, el libre lenguaje de Irene adquirían al hablar de esto caracteres crueles; y como cuanto narraba venía impregnado de realidad y no era invención del odio, aunque con odio lo comentase, yo iba viendo que sus profecías no eran disparatadas. Entonces, el alma, limpia de egoísmo, henchida de cariño y piedad, se me iba hacia Sancho; pensaba sobre todo en su salud, y al parar mientes en su luna de miel

se me representaban los primeros meses que pasamos juntos en Biarritz, y, principalmente, aquella horrible madrugada del vómito de sangre. Este recuerdo me estremecía de terror; pero, al mismo tiempo, me daba la medida de la grandeza y nobleza de mi amor, pues los rencorosos celos que sentía me atormentaban infinitamente menos que la idea de que estuviera enfermo.

Luego escasearon las cartas de Irene. En la incertidumbre de lo que pudiera sucederle á Sancho, pasé unos cuantos meses; sólo sabía de él leyendo en algunos periódicos de París su nombre entre los asistentes á bailes ó fiestas. Mi vida tornó á ser tan monótona como en la *Granja de la Duquesa*.

Y ahora debo decir, no por ridícula vanidad, sino para justificar esta parte de mi relato, que yo estaba entonces más hermosa que nunca, como si las penas hicieran en mí el oficio de aquellas aguas donde la diosa Juno se bañaba para mantener y aumentar sus atractivos. Hasta el aspecto de laxitud y abandono que las penas imprimían á mi cuerpo, la misma huella que la amargura de las ideas dejaba en mis facciones y el tenue livor que sombreaba mis ojos contribuían á hacerme interesante, dándome

cierto parecido con aquellas Magdalenas y Dolorosas pintadas por los grandes artistas del Renacimiento italiano, en los semblantes de las cuales la expresión del dolor añade poesía á la belleza y severidad á la gracia. Diríase que mi talle y mis miembros, poseídos de un descaecimiento melancólico, guardaban promesas de voluptuosidad delicada, y que la triste serenidad de mi rostro reflejaba toda la ternura de que es capaz el alma femenina. En las calles, en las tiendas, dondequiera que iba, llamaba la atención: aunque vestía sin gran esmero, me miraban muchas mujeres; los hombres, todos, desde el estudiantillo que iba con un par de libros bajo el brazo, hasta el señor mayor que paseaba arrastrando los zapatos de paño y apoyándose en una hija ó un criado; desde el caballero de aspecto aristocrático, hasta el albañil tumbado ante la valla de una obra. Mi continente modesto, mi sencillo atavío, el recogimiento en que vivía, me hacían más codiciable: rara era la salida en que no regresaba á casa seguida de algún adorador callejero; muchos trataban luego de sonsacar á porteros y criadas. Por cierto que Luisona les pegaba grandes bufidos y Remedios les hacía burla con singular donaire. Yo, como reina discreta

que dudase de las lisonjas palaciegas, me resistía á creer que los años aumentasen mis atractivos en vez de aminorarlos.

Un episodio inesperado vino á convencerme de que esta plenitud de hermosura era verdad; pues el gustar la mujer á los que por primera vez la contemplan es cosa vulgar y corriente; pero ejercer atracción sobre quien la poseyó, después de pasado mucho tiempo, renovando el impulso de los primeros deseos, es privilegio reservado á la de encantos poderosos. Tales eran, indudablemente, los míos.

He aquí lo que me sucedió, causándome al pronto viva contrariedad, y luego, abriendo mi corazón á la esperanza de que el hombre á quien amaba volviese á mí, lo mismo que intentó volver otro al cual rechacé con esa honda complacencia que experimenta la mujer enamorada cuando se defiende y se guarda para el único á quien reconoce por dueño.

Una mañana fuí á llevar flores al camposanto donde estaba sepultada mi madre, y como era natural, dado lo que hizo Sancho al comprar el enterramiento, no cesé de recordarle. Al volver por una de las rondas que rodean Madrid, los tranvías iban llenos y tuve que seguir andando: subía la cuesta de un paseo engolfada

en mis melancolías, cuando vi avanzar un grupo de coches, que acaso regresaban de un entierro en otro cementerio próximo; el último de aquellos coches era una berlina tirada por dos soberbios caballos. Al mirar á las hermosas bestias observé que el cochero me sonreía entre respetuoso y afable: «Yo conozco esa cara», pensé. De repente, el tronco se pára, se abre la portezuela de la berlina, se apea un hombre elegantemente vestido y se dirige hacia mí: era Blancas.

Grande fué mi sorpresa. Desde que se casó no nos habíamos visto; y el encuentro, trayéndome á la memoria una época de mi vida que yo hubiera querido borrar, me causó mala impresión. Cuanto diga es poco para expresar lo amable que estuvo. Cortés en la forma y atrevido en el fondo, como siempre, me dijo con aquella mezcla de desparpajo y cinismo que le era peculiar:

—¡Juanita estupenda! ¡Juanita ideal! ¿Qué haces ó qué aire respiras, ó qué filtro tomas, para estar tan hermosa? ¿Qué traes por estos barrios? ¿Vienes á ver si se alzan los muertos para adorarte? ¿Y cómo vas tan modestita? ¿Te has hecho avara, ó es que los hombres han perdido el gusto y el dinero?

Yo, sin gana de bromas, le escuchaba muy seria.

—Parece que no te alegra verme—dijo.

—¿Por qué no?

—Para mí el encuentro es un encanto y me despierta grandes deseos de hablar contigo: ¿dónde vives?

Pareciéndome inútil ocultárselo, le di las señas.

—¿En la misma casa de donde yo te saqué?

—La misma.

—Iré á verte.

—Como gustes—repuse con frialdad, sin atreverme á negarme, y comprendiendo que no lo evitaría.

—Bueno, mujer; no me detengo, porque hoy es un día muy ocupado para mí... Y conste: me gustas más que antes. Á ti tampoco se te habrán olvidado ciertas cosas, ¡caramba! Y, lo dicho, estás hecha un sol.

—Eso es lisonja; el tiempo no pasa en balde.

—No; para ti no pasa en balde, porque estás magnífica, es decir, magnífica de cara... y de figura... Por lo demás, no sabes el interés que me inspira verte así... Nunca te agradó engalanarte demasiado; pero, en fin, ibas hecha una

delicia... Y ahora te veo... muy mona, primorosa, pero tan sencilla... Pareces una viuda antes de consolarse.

—No tengo humor para componerme. Cosas de la vida.

—Algunas sé yo de la tuya. Ya me contarás las otras.

—No son interesantes.

—¡Tú sí que lo eres! Me contraría mucho no poder charlar un rato largo contigo; pero queda aplazada la conferencia.

Sacó el reloj, miró la hora como quien siente vivo disgusto por tener prisa, y se despidió.

—Adiós; hasta pronto.

—Adiós.

Montó en el coche y desapareció en seguida, dejándome de muy mal humor: el encuentro resucitaba recuerdos que yo quisiera tener enterrados para siempre, y además me causaba horror la posibilidad de que me buscase.

Pasaron dos días, y ya me lisonjeaba la idea de que Blancas no volviese á pensar en lo que yo temía, cuando al tercero se plantó en casa. El mero hecho de venir me dió á entender que mi malhadada belleza le había causado la misma impresión que cuando me solicitó años atrás,

y que sus exigencias serían iguales. Yo era para él una fruta que saboreó á gusto, y, al encontrarme de nuevo en su camino, quería volver á paladearla. En mi ánimo, por el contrario, el movimiento de repulsión fué indomable. Entonces comprendí la indignación que debe de sentir la esposa verdaderamente enamorada cuando se ve ofendida. La escena no pudo ser más desagrabable: él no sospechaba el daño que sus palabras me hacían, y yo le hablé un lenguaje que era incapaz de comprender. Sentados en el mismo gabinetito donde le prometí ser suya, por vengarme de su querida, hablamos, poco más ó menos, de este modo:

—Aquí me tienes—dijo;—ya te has apoderado de mí otra vez, y con más fuerza que antes.

—¿Yo? La mujer que menos debe importarte; ya sabes como es, y no puede tener para ti atractivo ninguno.

—¡Te equivocas! Estoy como quien encuentra una alhaja perdida y se muere de impaciencia por volver á ponérsela. Supongo que nadie tendrá derecho á disputármela.

—Yo sola tengo derecho sobre mí.

—Tanto mejor. Hagamos cuenta que no ha pasado el tiempo para nosotros.

—Eso, no; ni por soñación.

—¿Por qué? ¿Tan mal te fué conmigo?—preguntó amoscándose.

—Porque quiero ser libre.

—Es que vengo resuelto...

—¿Á qué?

—Á que nos demostremos á nosotros mismos que eso de «nunca segundas partes fueron buenas» es una solemne tontería.

—Pues no puede ser; no insistas. ¿Qué has de sentir por mí que no satisfaga cualquiera otra? Se reanudan los amores rotos, cuando han sido tales amores.

—También se renuevan los contratos—repuso muy mortificado.

No quise contestar á tamaña grosería, y callé como si no lo hubiera oído.

Quedóse vacilante y cortado, tal vez pesaroso de la crudeza de aquella frase, y paseando despacio la mirada por mi modesto gabinete, continuó:

—No te comprendo. Te hallo en la misma situación que hace años, porque no has mejorado de fortuna...

—Tengo todo lo que me diste, y me basta.

—Te hago la misma proposición que entonces; eres libre y...

—Contigo dejaría de serlo.

—¿Pero no te acuerdas de cómo vivías y no ves cómo vives? ¿Qué te faltaba? No tenías más, porque no querías. Compara aquéllo con ésto. ¿Cuánto te cuesta el cuarto?

—Unos cuantos duros; muy pocos.

—Pues la situación es idéntica. No me explico esas vacilaciones.

—Si no vacilo. Mi resolución es inquebrantable.

—Pretendes hacerte valer...

—Te ruego que no insistas. Ni debo darte, ni puedes exigir ciertas explicaciones.

—¿Ni siquiera por cortesía?...

—Partes de un supuesto falso; la situación no es la misma. Cierto que soy libre en el sentido de que ningún hombre tiene derecho sobre mí; pero además quiero serlo por respeto á mis propias ideas, á mis sentimientos, á lo que me he jurado á mí misma. No sirvo para esa vida de fingimientos; no quiero soportarla, ni contigo ni con nadie. Ahora pienso y siento cosas que, al entregarme á ti, me eran desconocidas. Ya lo sabes: estas son las explicaciones que no quería darte.

—¡Ya! ¡Ya!—interrumpió irónicamente.—Has cambiado; te estás regenerando.

Su voz y su semblante se agriaban por momentos, no cabiéndole en la cabeza que, hermosa, libre y con poco dinero, no le abriese los brazos como á un enviado del cielo.

—Agradezco lo que para mí es lisonjero en tus proposiciones—repuse sin hacer caso de su tono burlón;—pero, lo repito, deseo ser libre.

—En fin, me rechazas, como rechazarías á un estudiantillo, á un hortera.—Y añadió groseramente:—Si tienes más pretensiones que la otra vez, dilo claro y nos ajustaremos.

—Te he expresado mi propósito de buena manera, sin lastimarte ni ofenderte; si te atufas me obligarás á no darte más que una razón: no quiero... y contigo menos.

—Y tú vas á obligarme á decirte lo que no quería.

—¿Qué?

—Sé lo que ha sido de ti desde que nos separamos, y te adivino los pensamientos. Debes de estar bajo la influencia de otro arrechucho romántico y novelesco como cuando creiste apoderarte de Gonzalo... Y total, lo mismo que entonces: aquél se fué; el de ahora se ha casado... y por lo visto no ha sido espléndido, puesto que estás en este cuarto.

—No he consentido que me diese nada.

—¿Lo ves? Presumes de desinteresada, quieres vivir pobremente, jugar á la amante perfecta...

Por instantes iba llegando á ese punto de exaltación en que el hombre pasa de la descortesía al insulto.

—Piensa lo que te plazca: en mí mando yo, y no quiero ser tuya.

—Has tomado en serio tu papel: Marion Delorme y Margarita Gauthier son poco para ti; hay que remontarse á la Magdalena: como ella, fuiste pecadora; ahora haces de penitente... quizá llegues á santa.

—Todo, menos tuya—repuse con mucha acritud;—haz cuenta que no nos hemos encontrado, y ya que no puedas comprenderme, no me hieras, porque se me va acabando la paciencia.

La firmeza con que pronuncié estas palabras le mortificó mucho.

—Mira—dijo—, no seas tonta, acuérdate de cómo vivías; por última vez... ¿te decides?

La cólera le hacía palidecer. Deseosa de no excitarle, me limité á repetir:

—Quiero ser libre; no insistas.

Calló, frunciendo el entrecejo, mordiscándo-

se los labios y el bigote, como si procurase encontrar frase con que desahogar su despecho. Por fin, sonrió, diciendo burlonamente:

—Anda, piénsalo; gastarás lo que quieras. Yo no soy Ajalvir.

Había aguantado los insultos á mí sola; al escucharle nombrar á Sancho con aquel desprecio, sin poder ni querer reprimirme contesté fieramente:

—No; tú no eres Sancho, no os asemejáis en nada; por eso á ti no te he querido, y á él sí.

—Pues te ha pagado bien.

Estaba blanco de coraje; sus ojos relampagueaban con aquel brillo acerado y frío que adquirían en los momentos de deseo, y que yo, por desgracia, vi lucir tantas veces.

—¡Vete! ¡Haz el favor de irte!—dije, fuera de mí.

De pronto, haciendo un violento esfuerzo, se mostró sereno y sonriente, como amansado de improviso.

—Sí, me marcho; pero sin reñir. Escucha un momento.

—Ni un segundo.

—Pues has de oirme. He hecho grandes negocios... Serás la reina de Madrid. Y basta de tonterías: ¡si nosotros no podemos regañar!...

Avanzó hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Te ahogo, si me tocas!—grité, mostrándole las manos crispadas.

—¡Cosa más ridícula!—exclamó entre asustado y burlón—. ¡Qué virtud de última hora!

—¡Será tardía, pero es brava!

Salió sin atreverse á mirarme. Quedé satisfecha de mí. No tenía honra ni pudor que defender, nada; pero defendí mi lealtad al sentimiento que llenaba mi corazón. «¡La reina de Madrid!...» ¡Estúpido! ¡Ni la reina del mundo!

Al verle marchar, por unos instantes fuí dichosa, forjándome la ilusión de que todo mi pasado desaparecía con él...

XX

Nada turbaba la triste paz de mi retiro; los meses corrían sin que sintiera el más leve desfallecimiento en el propósito de bastarme á mí misma, ni la menor intención de quebrantarlo. La soledad, la relativa estrechez, no aumentaban mi pena; estar sola era complacerme en aguardar, y carecer de algo, darme el gusto de considerarlo con desprecio. Increíble parece que, estando ya connaturalizada con toda suerte de comodidades y satisfacciones materiales, me amoldase tan fácilmente á la privación de ellas. En casa de la Marquesa participé algo de la vida de los ricos; con Blancas gasté cuanto quise; con Sancho, en Biarritz, y sobre todo en París, acabé de saber lo que son la elegancia y el regalo, acostumbrándome, aun en los más insignificantes detalles, á respirar esa atmósfera de lujo con que la mujer, por juiciosa

que sea, tan fácilmente se entontece y deslumbra; y, sin embargo, nada tuve que violentarme para prescindir de todo. Necesidades, sentía pocas; vanidad, ninguna; de trajes y galas no hacía caso. En mi ser moral estaba como muerto cuanto pudiera ligarme al mundo, llegando á apoderarse de mí esa indiferencia que debe de sojuzgar á las que llegan al monjío más desengañadas que creyentes. La potencia del espíritu que en mí prevalecía, viva y fuerte, era la voluntad, consagrada á sostenerme en espera de la ocasión que me aproximase á Sancho, y no para provecho ni deleite mío, sino en beneficio suyo. Mi amor estaba limpio de impureza y egoísmo, acrisolado al fuego del sufrimiento, acibarado por la mortificante idea de que, teniendo él tan gran experiencia en achaque de mujeres, no hubiese sabido ni vislumbrar siquiera la índole de mi pasión. No; no debía de ser tan gran conocedor del alma femenina como me dijeron; pertenecía á esa clase de hombres que nos rinden, antes por las cualidades que á nosotras nos faltan que por las que ellos tienen. En fin, fuera lo que fuese, yo prefería suponerle poco sagaz á tenerle por ingrato: lo esencial para mí era considerar nuestras vidas como mitades de un todo

que, á la corta ó á la larga, en la desdicha ó la ventura, habían de juntarse y confundirse. Estaba resuelta á dejar correr los años mirando á la esfera de un reloj hasta que sonase mi hora.

Tales eran mis pensamientos, cuando, una mañana, recibí carta de Irene, que había pasado meses sin escribirme. Lo abultado del sobre y el venir certificada me hicieron comprender que su contenido debía de ser grave. La copio íntegra:

«París...

»Querida Juanita: He tardado en escribirte, para poder contarte de un tirón todo lo sucedido. Te vas á quedar asombrada. No nos habíamos equivocado. La flamante Marquesita es una mala mujer.

»Por mis anteriores cartas sabes que, de recién casados, pasaron tres meses en Italia. Ignoro si allí tuvieron ya algún disgusto; el primero, que yo sepa, fué al volver á París.

»Te consta, aunque no quisiste nunca aprovecharte de ello, que Sancho es gastador y generoso hasta la esplendidez. Recordarás también su afición á cuadros, tapices, telas, armas, cacharros y demás restos de otros tiempos; en fin, que es hombre de gusto verdadera-

mente artístico y apasionado por las antigüedades.

»Figúrate la cara que pondría cuando, recién llegados de Italia, después de ver lo que allí habrían visto, se le antojó á su cara mitad poner en la casa de París un salón con arreglo al estilo llamado modernista; es decir, con muebles de esos que tienen curvas imposibles, colores mal casados y ornamentación donde lo extravagante y ridículo pretende pasar por original. ¡Hablarle de modernismo á Sancho!... Primero, lo tomó en broma; luego, se opuso abiertamente. Terquedad de ella, negativa de él y pelotera fenomenal. Quizá hubiese acabado por ceder; mas la señora, en vez de rogarle con dulzura y engatusarle con gracia, se encrespó de mala manera, dándole á entender que se oponía por miseria, y concluyó por ofenderle diciéndole que era tan rica como él y que gastaría lo que le pareciese. Una semana estuvieron sin hablarse. Así comenzaron las hostilidades, y de principios ruines vinieron los disgustos gordos. Ya no pensó ella más que en mortificarle.

»Se habían casado en Marzo; volvieron de Italia en Julio, y fué preciso preparar el veraneo. Á Sancho no le gusta más que Biarritz; *la Marquise* se empeñó en ir á Ostende, y allí le

tuvo pasando frío en pleno Agosto. Luego, excursión á Londres hasta más que mediado el otoño. Á la entrada del invierno ya estaban aquí.

»Para la mejor inteligencia de lo que sigue, recordarás que Sancho está en París bien relacionado; pero, al fin y al cabo, es un extranjero, y no son muchas las familias francesas realmente principales y de cierta categoría con los cuales se trata. Por otra parte, entre el elemento aristocrático de la colonia española, *Niní* no cayó bien, como vulgarmente se dice. Algunas señoras desdeñadas y quejosas de Sancho, hicieron el vacío en torno de su mujer. Finalmente—hay que decir claro las cosas—, aquí un título como Sancho, que por estar fuera de su patria carece del prestigio de raza, y, aunque sea rico, no puede competir con cualquier chocolatero millonario, un hombre así, en este inmenso París, no es nadie. ¿Vas adivinando?...

»Apenas comenzó á hacer vida de invierno, viendo *Niní* defraudadas sus esperanzas de introducirse en el medio social con que soñaba y de brillar lo que había imaginado, exigió á su marido con toda solemnidad que fijasen su residencia en Madrid. Sancho, aunque español y

patriota hasta la medula de los huesos, está acostumbrado á París; aquí le gusta vivir entre una docena de amigos, comprando cuadros y antiguallas, visitando museos y colecciones. Además, Madrid le da miedo, porque cada vez que ha querido pasar ahí una temporada, se ha puesto malo: tú misma le habrás oído decir que tres tentativas de permanecer el invierno en Madrid le costaron, hace años, una pulmonía y dos bronquitis. Se negó en absoluto. La rebeldía fué inmediata. Por gente de la casa he sabido que no tenían día tranquilo.

»Aunque no conozcas este París tanto como yo, sabes que aquí quien, sea por lo que fuere, no consigue alternar con ciertos elementos genuinamente aristocráticos, puede, en cambio, hallar fácil acceso á los círculos de la burguesía rica y del mundo artístico, donde también queda la vanidad sobradamente satisfecha. Cuestión de dinero. Este fué el campo de operaciones escogido por *Ninì,* que unas veces acompañada, de mala gana, por Sancho, otras sola, comenzó á desplegar un lujo estupendo, y lo que es peor, una libertad, un desenfado, capaces de pudrir la sangre al marido menos celoso. En cuanto al gasto, Sancho no ponía tasa; pero la falta de tacto al escoger amigas,

la manera de vestirse, la facilidad en adoptar modas extravagantes ó demasiado llamativas, y, sobre todo, el capítulo de los escotes, ocasionaron recias tormentas conyugales; y te advierto que para llamar aquí la atención por el modo de escotarse es forzoso enseñar mucho y muy bueno.

»Añade á cuanto voy diciendo que, aunque vivaracha y chistosa, no es inteligente, ó, si lo es, tiene el entendimiento turbado por el afán de que hablen de ella. Agravadas estas circunstancias por su hermosura, la cual no se puede negar; lanzada á toda clase de imprudencias y con marido que le dobla la edad, comenzó pronto á andar en lenguas, y, naturalmente, habiendo tenido Sancho fama de conquistador afortunado, ahora la amenaza del ridículo era tremenda. Figúrate los comentarios de las mujeres quejosas y de los maridos ultrajados. Antes de cumplirse el aniversario de la celebración de la boda había ya quien la cortejase con la mayor imprudencia, lo cual, como comprendes, es enormidad sólo posible cuando la cortejada se presta. Quizá al principio no se propusiese más que disgustar á Sancho, asustarle y hacerle la vida imposible en París; pero es mala á toda ley, y sucedió lo inevitable: el co-

queteo excesivo, los alardes de independencia y las pequeñas deshonestidades le abrieron el sucio apetito de más graves desórdenes.

»¿Para qué vamos á andar con rodeos ni buscar atenuantes? No lo merece. No es una de las innumerables mujeres á quienes las culpas ó los errores de un marido, imbécil ó malo, impelen y precipitan á lo que ellas no quisieran, ni menos una infeliz desequilibrada, juguete de sus nervios ó presa de su involuntaria sensualidad; es, lisa y llanamente, una de esas que, en cualquier esfera donde nazcan, tienen la nostalgia del arroyo, entendiendo por arroyo lo mismo la calle que el tablado de un teatrucho ó un gabinete puesto con todos los refinamientos del lujo, y hasta con sus escuditos ó coronas; y eso que, como sabes, yo pienso que el orgullo de raza es con frecuencia gran sostén de la virtud. En fin, el escenario es lo de menos; la que tiene vocación de perdida, lo es donde se tercia, y si pudiese entrar en el cielo sacaría de sus casillas á los ángeles del Señor. De éstas es *Niní*. Para clasificarla, sólo hay una palabra que los grandes escritores castellanos usaron libremente, y de la cual hoy se escandalizan nuestros castísimos oídos.

»El primer favorecido por *Niní* fué un escul-

tor, arrogante mozo que anda por aquí ganando premios en las Exposiciones y echando á perder señoras, con el cual había coqueteado á cara descubierta. La grandísima loca le encargó un busto; advirtiéndote que la firma de este hombre, puesta al pie de un retrato, es hoy en París una patente de notoriedad. ¡Y para esto sí que se escotó de veras! La aventura fué un soplo, porque á las pocas semanas, habiendo él satisfecho su capricho, ó, como dicen algunos, porque acostumbrado á mujeres más listas le pareció una hermosa bestia, lo cierto es que la dejó ignominiosamente plantada. Cuentan que la modelo predilecta del escultor, una muchacha como una Venus, celosa y vencedora de *Niní,* por quien había rabiado un poco, fué la encargada de esperarla al acudir á una cita: la recibió con la sonrisa en los labios y le dijo que, hallándose el artista cargado de trabajo, no podía verle. Este desprecio debió de sacarla de quicio y convencerla de que sólo apoderándose presto de un hombre con quien pudiese hacer papel de triunfadora quedaría á salvo su amor propio, y tras un escándalo dió otro.

»Te aseguro que me estoy bañando en agua de rosas.

»De la noche á la mañana, aparece en París el duque de Merteuil: veinticinco años, huérfano, la estirpe nobilísima, la figura aceptable, riquísimo y de poco entendimiento. Un muchacho parecido á aquel con quien intentó en Burdeos lo del rapto, pero todavía más rico. Para ella, ¡ni soñado! Por lo visto, tenía indudable tendencia á la corrupción de menores; bien es cierto que, con relación á nosotras, para ciertos lances, todo hombre es menor de edad.

»De la aventura con el escultor se enteró Sancho cuando era agua pasada. La segunda la supo en sus albores, y, hay que ser justos, cortó por lo sano; mejor dicho, amputó por donde pudo, y pronto. Aquí hay modo de hacer bien estas cosas. Tuvo el buen gusto de no ir personalmente; pero preparó la celada, y fueron sorprendidos tan oportunamente, que el comisario de policía recogió de encima de un mueble y entregó al amigo del esposo, que como testigo le acompañaba, el corsé de la señora, llamémosla así. Ésta desapareció en seguida de París. Se dijo entonces que estaba en Burdeos con la mamá; pero pronto se supo que anda por Londres con un nuevo poseedor. Allí continúa.

»Entre la boda y lo que te acabo de referir, han mediado diez y siete meses. Es uno de los casos más rápidos que aquí se recuerdan.

»Sancho ha manifestado propósito de divorciarse. No sé cómo podrá ser ello, pues aunque se casaron en Francia, ambos son españoles. De lo que estoy segura es de que agotará cuantos recursos existan para lograrlo, y de que jamás ha de perdonarla ni vivir con ella. Al principio se mostró animoso; después cayó malo, llegando á inspirar serios temores durante algunos días. Las emociones propias de los comienzos del matrimonio le traían quebrantado y el desengaño le cogió con pocas fuerzas.

»Atormentado por la humillación, en cuanto se lo permitió el médico se fué á Biarritz, donde tuvo una grave recaída, de la cual no se ha repuesto enteramente; y allí está, solo con sus criados, sin querer ver á nadie, más muerto de vergüenza que si hubiese cometido una estafa. Dicen que da lástima; no me la da á mí. Tampoco á ti debe inspirártela. Acuérdate de que tomaste en serio la aventura; de lo mal que se portó contigo; y piensa que el rencor, como la gratitud, es para las ocasiones. Pero, dado lo lista que eres, te supongo curada, y por eso te

lo cuento todo sin atenuaciones ni rodeos. Harto vengada estás. Si tuvieras malas entrañas, podrías ir este verano á Biarritz, hacerte la encontradiza y preguntarle por la Marquesa.

»La verdad es que los diez ó doce Marqueses de Ajalvir que tiene retratados en su vetusto caserón de Madrid deben de haberse reído de él, aunque á alguno de ellos acaso le haya ocurrido lo mismo.

»Escríbeme tus impresiones. Si no le hubieses querido, discurrirías igual que yo; si realmente te llegó á interesar, será curioso lo que pienses. De todos modos, entierra en tu memoria al Marqués don Sancho de Ajalvir. ¡Esta es la vida! Adiós, monina.

»Tu mejor amiga,

IRENE.»

. . . . . .

Expresar bien lo que me hicieron sentir estos párrafos, equivaldría á poner en claro las mayores contradicciones que caben en el alma. ¡Qué dolor tan sincero! ¡Qué gozo tan impetuoso! Al enterarme de las amarguras y, sobre todo, de la enfermedad de Sancho, ¡qué pena tan espontánea y tan honda!; al darme cuenta de que tales sufrimientos podrían acercarme á él y abrían campo á mi esperanza, ¡qué explo-

sión de alegría! Estaba enfermo, atormentado, solo; es decir, en situación propicia á convencerle de que yo le amaba de veras. No vacilé. Mi resolución era de esas á que el corazón se va preparando lentamente; y que, llegado el momento, la voluntad ejecuta sin arredrarse. Pasé la noche haciendo los preparativos de viaje, tantas veces deseados en las angustias del insomnio, y al otro día, acompañada de Remedios, tomé el primer tren que pude.

Las veintitantas horas de viaje me parecieron una eternidad. Sin dormir ni aquietárseme un punto la imaginación, fuí todo el camino pensativa, pasando mi ánimo de la esperanza al desaliento y de temer la desventura irremediable á considerar la dicha asegurada. Y simultáneamente, por un soberano esfuerzo de la razón, traté de prevenirme para cuanto me pudiera ocurrir.

Si era cierto que estaba solo, le vería sin dificultad; si había alguien con él, los criados que de mi tiempo quedaran me allanarían los obstáculos en instante oportuno; si me recibía en seguida y me escuchaba, mi triunfo era seguro; si al pronto se oponía á que pasase, yo sabría esperar; si por la forma de su

vacilación ó su resistencia daba á entender que no quería verme... mi propósito era irrevocable. En aquellas horas de incertidumbre, bravamente arrostrada, sentí algo análogo á lo que debe de experimentar un rey destronado cuando, persuadido de su legítimo derecho, arriba tras largo destierro á playa que considera suya, resuelto á coronarse en ella ó caer muerto. Igual era mi resolución: si Sancho quería, con él; si me rechazaba... más hondo era el mar que el estanque de la Duquesa. Entonces sí que podrían llamarme romántica. Fuera como fuese, no se quedaba sin saber que mi vida era suya.

.....

Por última vez en estos apuntes quiero recordar que al ir decidida á ser de Sancho, ó acabar de sufrir, mi hermosura conservaba todo su encanto. No podía dar un paso sin convencerme de ello. En el tren tuve la prueba.

Por fortuna, estábamos Remedios y yo solas en un departamento. En el inmediato viajaban, también solos, dos hombres de poco más de treinta años, ambos elegantes, de buena figura y porte distinguido; con traza de finos. Me vieron subir al tren en Madrid y luego me mi-

raron mucho. Con gran frecuencia se salían á fumar al pasillito del vagón, sin quitarme ojo; y de cuando en cuando, como una de las ventanillas estaba abierta y no hablaban tan quedo como suponían, la corriente del aire traía hasta mi oído sus palabras.

Remedios hizo que me fijase en ellos cuando cruzaban estas frases.

—De lo que se ve poco—decía uno.

—Es cara de las que no se olvidan.

—¿Y el cuerpo? Mira, mira cómo se dibuja sentada... Parece la estatua de la vida.

¡Cuánto les hubiera sorprendido saber que aquella que se les antojaba la imagen de la vida tenía el alma preparada para la muerte!

Sí; la flor de mi belleza estaba en plena lozanía.

. . . . . .

Tan absorta iba que, al parar en Biarritz, la violenta sacudida que los frenos imprimen al tren para detenerlo, me arrancó un grito.

En la estación, dejando allí depositados los baúles, tomamos un coche. Luego, al ver los lugares tantas veces recorridos con Sancho y al respirar el aire del mar según nos fuimos aproximando á la costa, me pareció que todo mi ser se saturaba de esperanza.

Poco antes de llegar á la villa, en una curva que formaba el camino por donde salimos de paseo aquella tarde en que despiadadamente le dejé sentir frío, el recuerdo de mi acción malvada se me representó de pronto, y la sangre pareció helárseme en las venas. Poco más allá mandé parar y nos apeamos, ordenando al cochero que esperase. Seguimos á pie hasta la verja, que estaba cerrada. Buscándola entre los barrotes de hierro, tiré de una cadenita medio oculta por las ramas de los tamarindos, y oí el sonido de la campana. El criado que salió era de los de mi tiempo. Por la expresión de su rostro comprendí que me sería propicio.

—¡Señorita!

—¿Cómo está? ¿Cómo está el señor?—pregunté anhelosa.

—Cuando la señorita viene, es que ya sabe que no está bien... Pero... peor lo hemos tenido.

—¿Solo? ¿Dónde? ¿En qué cuarto?

—Solo. En el dormitorio grande. Hace tres días que se levanta, y no sale de allí.

—Corriendo... dígale usted que soy yo.

Noté que vacilaba; mas, de pronto, mirándome como quien comprende la gravedad de la

situación y demuestra toda la simpatía que siente, dijo:

—Mejor es que la señorita entre sola... que la sienta llegar...

—Quédate aquí, con éste—ordené á Remedios.

Atravesé el jardín, subí precipitadamente la escalera, crucé un pasillo, el saloncito, y deteniéndome junto á la puerta del dormitorio, entornándola sin acabar de abrirla, dije con la voz medrosa y medio ahogada:

—¡Sancho... soy yo!

—¡Juana! ¡Juanita!

La rapidez y la entonación con que pronunció y repitió mi nombre me llegaron al fondo del alma. Fué una confusión de grito y de palabra, de sorpresa y de alegría, tan imposible de explicar como lo que á mí me hizo sentir. Empujé la puerta y entré.

La luz vigorosa de las primeras horas de la tarde inundaba aquella habitación, jamás olvidada, donde pasamos juntos tantos días. Por el ancho ventanal abierto se descubría una extensión inmensa de cielo, y entraba el aura salada y viva del mar. El aspecto del cuarto apenas había variado y ningún detalle indicaba huella ni rastro de mujer. Sobre el diván en

que caímos abrazados la noche de la tormenta se veía la misma piel blanca y sedosa.

Sancho estaba hundido, más que sentado, en una gran butaca puesta ante una mesita cargada de periódicos y cubiertas las piernas con una manta inglesa. Las arrugas que formaba la americana en torno de su cuerpo y lo que descubría el pañuelo blanco de seda mal anudado al cuello revelaban su extremo enflaquecimiento. Tenía la mirada mortecina; el bigote, que fué rubio, canoso y lacio; las sienes, deprimidas; los labios, exangües; la nariz, afilada; las mejillas, amarillentas y casi demacradas: era la figura lamentable del varón hermoso, avejentado, deshecho, rendido á la pesadumbre terrible de los placeres pasados, y del dolor presente; ¡ruina de hombre!; espectáculo tan triste á mis ojos, como pudiera serlo para un amante fervoroso el acabamiento de la mujer adorada.

Sin pronunciar palabra le cubrí la cara de besos. Intentó incorporarse, apoyando las manos descarnadas y sarmentosas en los brazos de la butaca; pero, faltándole las fuerzas, se desplomó sobre el asiento, y quedando su cabeza apoyada sobre mi pecho, le sentí llorar. Sin alzar la cara, preguntó:

—¿Cuándo lo has sabido?

—Anteayer.

—Pero... ¿lo sabes todo?

—Todo. Por eso vengo... ¿Me quedo?

—Estoy viejo, enfermo... aquí no hay hombre... ¡Y has venido!...

—Y, si tú quieres, ¡para siempre!

Entonces, alzó la cabeza, me miró con una ternura que antes jamás tuvieron sus ojos, y oprimiéndome nerviosamente las manos, con tal fuerza que me hizo dulcísimo daño, dijo en voz baja:

—¡Para siempre!

FIN

Madrid, 1909-10.

Se imprimió este libro en Madrid,
en la Imprenta de Fortanet;
y se acabó la tirada
el día treinta de
Noviembre
de 1910.

153116

Author Picón Jacinto Octavio

Title Obras completas tomo 3 - Juanita Tenorio.

Ls.

P5986

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU